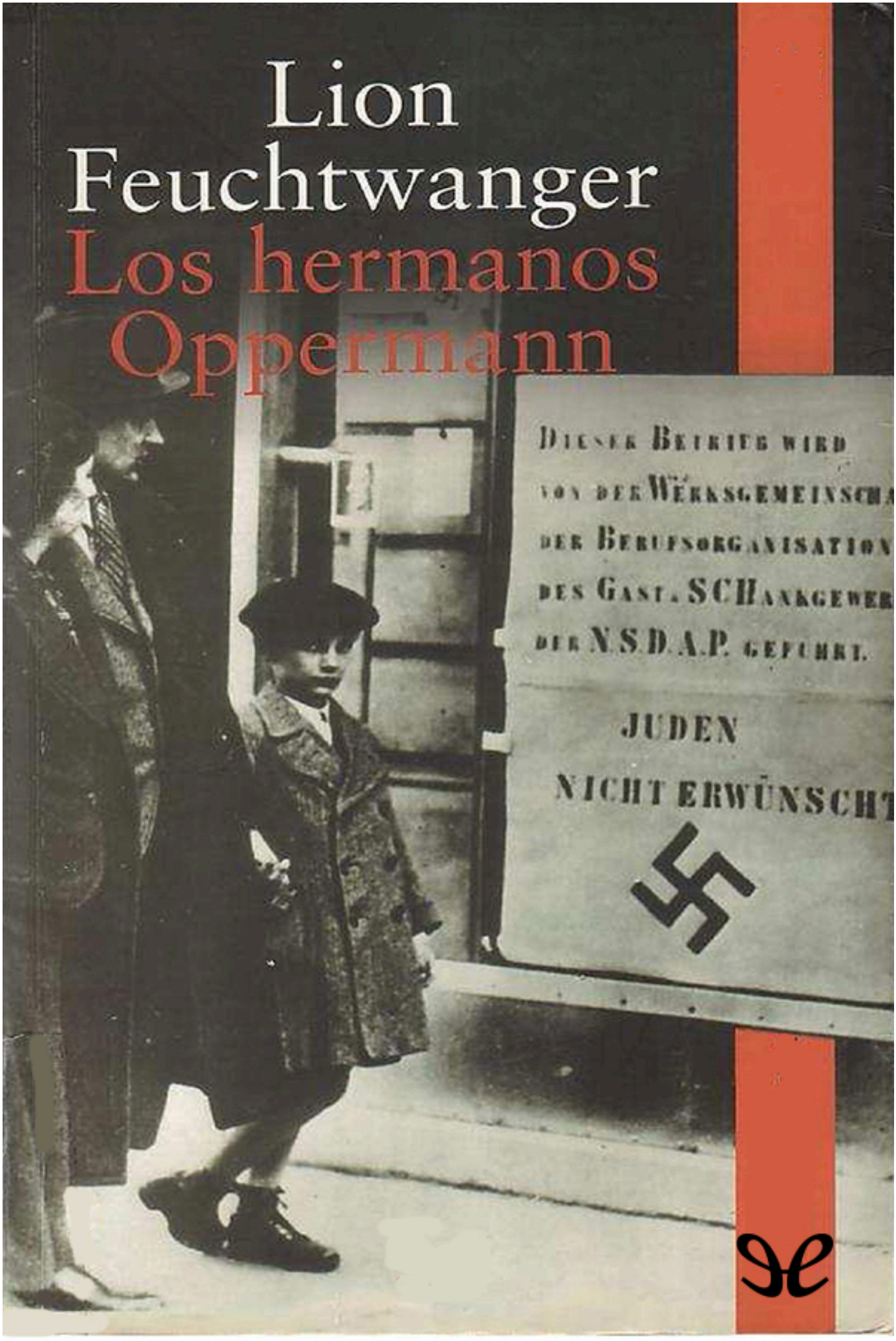
Lion Feuchtwanger

Los hermanos Oppermann



Los Oppermann, una familia de la alta burguesía de Berlín, experimentan las consecuencias de la llegada al poder del nacionalsocialismo, en la Alemania de 1933. La novela transcurre entre noviembre de 1932 y el verano de 1933. Gustav Oppermann, escritor, y su hermano Martin, dueño de un comercio de muebles, van viendo con preocupación la campaña que se va orquestando contra los judíos. Edgar, otro de los hermanos, médico de reconocido prestigio, empieza a sufrir las discriminaciones en el hospital en el que trabaja. Berthold, hijo de Martin y alumno aventajado, es humillado por profesores y compañeros hasta límites insospechados. Los nazis comienzan a boicotear los comercios judíos.

El incendio del Reichstag viene a precipitar el imperio de la violencia que se cierne sobre sus cabezas. La campaña contra los judíos pasa de los dichos a los hechos, de la satanización a la agresión organizada. La vorágine termina proyectando dramáticamente a los Oppermann al campo de concentración, el exilio y la muerte.

La importancia de *Los hermanos Oppermann* es su carácter premonitorio ya que, habiendo sido escrita en el verano de 1933, en un momento en el que el Holocausto era inimaginable, anuncia con una aterradora claridad, con los elementos apasionantes de toda buena trama novelística, lo que va a pasar en Alemania en los años siguientes.

Lion Feuchtwanger

Los hermanos Oppermann

ePub r1.2
German25 23.11.17

Título original: *Die Geschwister Oppermann*
Lion Feuchtwanger, 1933
Traducción: Carlos Fortea Gil
Diseño cubierta: Ángel Uriarte

Editor digital: German25
ePub base r1.2

Libro primero

AYER

La chusma no teme a nada
más que al entendimiento.
Debería temer a la necedad,
si comprendiera qué signi-
fica la palabra terrible.
GOETHE

Cuando el doctor Gustav Oppermann despertó aquel 16 de noviembre, día de su quincuagésimo cumpleaños, faltaba mucho para que saliera el sol. Eso le resultó desagradable, porque el día iba a ser agotador, y se había propuesto dormir bien.

Desde su cama divisaba unas pocas y exiguas copas de árboles y un trozo de cielo. El cielo estaba alto y despejado, sin rastro de la niebla tan frecuente en noviembre.

Se estiró y desperezó, bostezó. Ya despierto, apartó con decisión la manta de la ancha y baja cama, sacó ambas piernas con agilidad, cambió el calor de las sábanas y las mantas por la fría mañana y salió al balcón.

Ante él, un pequeño jardín en tres terrazas descendía hasta el bosque; a derecha e izquierda se elevaban colinas boscosas; también al otro lado del fondo lejano y cubierto de árboles se alzaba un terreno ondulado y boscoso. Desde el pequeño lago que, invisible, había abajo a la izquierda, desde los pinos de Grunewald, subía un agradable frescor. Respiró hondo y con satisfacción el aire del bosque, en el gran silencio que precedía a la mañana. A lo lejos llegaba en sordina el golpear de un hacha; le gustó oírlo, el sonido uniforme subrayaba el silencio reinante. Gustav Oppermann, como cada mañana, se alegró de tener su casa. ¿Quién que fuera traído aquí sin previo aviso podía sospechar que se encontraba a tan sólo cinco kilómetros de distancia de la iglesia memorial, el centro del Berlín occidental? En verdad, ha escogido el lugar más hermoso de Berlín para instalarse. Aquí disfruta de toda la paz campestre que pueda desear, y además de todas las ventajas de la gran ciudad. Hace pocos años que construyó y amuebló esta su pequeña casa en la Max Reger Strasse, pero siente que ha crecido a la par con la ciudad y el bosque; cada uno de los pinos que le rodean es un trozo de sí mismo; él, el pequeño lago y el camino de arena de allí abajo, felizmente vedado a los coches, se pertenecen mutuamente.

Permaneció un rato en el balcón, respirando la mañana y el paisaje familiar sin pensar demasiado. Luego, empezó a tener frío. Se alegró de que aún le quedara una horita hasta la diaria cabalgada matinal. Regresó al calor de la cama.

Pero no concilió el sueño. El maldito cumpleaños. Habría sido más inteligente irse de Berlín y sustraerse a semejante alboroto.

Ya que estaba aquí, por lo menos tenía que dar a su hermano Martin el gusto de ir hoy al trabajo. Los empleados, tal como son, se ofenderían si no recibiera en persona sus felicitaciones. Oh, vamos. Es incómodo plantarse allí y escuchar las ruborizadas felicitaciones de la gente.

Naturalmente, un verdadero director general tiene que asumir esas cosas. Director general. Tonterías. Martin es el mejor hombre de negocios, por no hablar de su cuñado Jacques Lavendel y de los apoderados Brieger y Hintze. No, hace bien en mantenerse tan lejos del negocio como le es posible.

Gustav Oppermann bosteza ruidosamente. Un hombre en su situación tendría en realidad el maldito deber de estar de mejor humor el día en que cumple cincuenta años. ¿Acaso no han sido buenos esos cincuenta años? Ahí está él, propietario de una hermosa casa, adecuada a sus gustos, de una considerable cuenta bancaria, de una valiosa participación en un negocio, coleccionista y apreciado entendido en materia de libros, poseedor de la medalla de oro al deporte. Sus dos hermanos y su hermana le quieren, tiene un amigo en el que puede confiar, innumerables y satisfactorios conocidos, tantas mujeres como desee, una amante cariñosa. ¿Qué más quiere? Si hay alguien que tiene motivos para estar de buen humor en un día

así, es él. ¿Por qué, maldita sea, no lo está? ¿A qué se debe?

Gustav Oppermann resopla molesto, se vuelve del otro lado, cierra con decisión los pesados párpados, mantiene inmóvil sobre la almohada la gran, carnosa, varonil cabeza. Ahora va a dormir. Pero la impaciente decisión no sirve de nada, no concilia el sueño.

Sonríe travieso, juvenil. Lo intentaría con un medio que no ha empleado desde su juventud. Me va bien, mejor, de fábula, piensa. Y una y otra vez, mecánicamente: me va bien, mejor, de fábula. Cuando lo haya pensado doscientas veces, se habrá dormido. Lo piensa trescientas, y no se duerme.

Y eso que realmente le va bien. De salud, económica, espiritualmente. A sus cincuenta años, bien puede decirlo, aparenta poco más de cuarenta. Y así se siente. No es demasiado rico ni demasiado pobre, ni demasiado sabio ni demasiado necio. ¿Logros? El poeta Gutwetter jamás se habría abierto paso sin él. Eso ya es algo. También ha ayudado al doctor Frischlin a establecerse. Lo que ha publicado él mismo, un par de escritos sobre hombres y libros del
siglo XVIII
, son obras decentes para un hombre ocioso, nada más, no se hace ilusiones. Aun así, no está mal para el director general de una empresa de muebles. Él es un hombre normal, sin especiales dotes. Lo normal es lo mejor. No es ambicioso. O no demasiado.

Diez minutos más, y podrá prepararse para el paseo a caballo matinal. Rechina un poco los dientes, tiene los ojos cerrados, pero ya no piensa en dormir. Para ser sincero, desde luego que hay cantidad de cosas que aún desea. Primer deseo: Sybil es una amiga que muchos le envidian, con razón. La bella e inteligente Ellen Rosendorff le quiere más de lo que merece. De todas formas, si hoy no llegara determinada carta de determinada persona, sufriría una grave decepción. Segundo deseo: naturalmente, no cuenta con que la editorial Minerva le contrate su biografía de Lessing. Tampoco es importante si en tiempos como los que corren se cuenta una vez más o no la vida y la obra de un autor que murió hace ciento cincuenta años. No obstante, si la editorial Minerva rechaza el libro le dará un buen disgusto. Tercer deseo…

Ha abierto los ojos: son ojos marrones, profundos. No parece tan contento, tan conforme con el destino como creía hace apenas un minuto. Profundas arrugas verticales sobre la poderosa nariz, las gruesas cejas enérgicamente fruncidas, mira con esfuerzo, sombrío, al techo. Es curioso cómo su fuerte rostro refleja enseguida cada giro de su mente impaciente, a menudo cambiante.

Si la gente de Minerva edita el Lessing, necesitará más de un año para prepararlo. Si no lo hacen, meterá el manuscrito tal cual está en un cajón. ¿Qué hará entonces durante el invierno? Podría ir a Egipto, a Palestina. Hace mucho que lo tiene previsto. Hay que haber visto Egipto, Palestina.

¿Realmente hay que hacerlo?

Tonterías. ¿Para qué estropear un día tan hermoso con tales consideraciones? Afortunadamente es la hora de la cabalgada matinal.

Recorre el jardincito que da a la puerta de la Max Reger Strasse. Su cuerpo está un poco relleno, pero bien entrenado, camina a paso firme y rápido, pisando con firmeza, pero lleva con ligereza la pesada cabeza. El criado Schlüter está en la puerta, le felicita. También Bertha, la mujer de Schlüter, la cocinera, sale y le felicita. Gustav, radiante, da las gracias en voz alta, cordial, entre abundantes risas. Sale a cabalgar. Sabe que ahora mismo están mirándolo. No pueden sino constatar que se conserva condenadamente bien para ser un cincuentón. Además, a caballo tiene un aspecto especialmente atractivo, más alto de lo que en realidad es; porque tiene las piernas un poquito cortas, pero el torso muy largo. Como Goethe, suele observar su amigo de la asociación de bibliófilos, el director François, del instituto Königin Luise, al menos una vez cada cuatro semanas.

Gustav se encuentra por el camino a algunos de sus conocidos, saluda con un alegre gesto de la mano, no se entretiene. La cabalgada le sienta bien. Regresa excitado. Bañarse y ducharse es algo espléndido. Canturrea, complacido y mal, algunas melodías no del todo fáciles, tose con fuerza bajo la ducha. Desayuna abundantemente.

Pasa a la biblioteca, la recorre unas cuantas veces con paso firme y rápido, pisando con firmeza. Disfruta de la hermosa estancia y de su oportuna decoración. Finalmente, se sienta ante la gran mesa de trabajo. Las anchas ventanas apenas le separan del paisaje, está sentado como al aire libre, y ante él, formando un grueso montón, yace su correo matutino, el correo de su cumpleaños.

Gustav Oppermann siempre abre el correo con una leve y alegre curiosidad. Desde la primera juventud, ha mantenido muchas relaciones: ¿cómo reaccionarán? Aquí está el correo de cumpleaños, felicitaciones, ¿qué más? Tiene alguna esperanza de que de entre esas cuarenta o cincuenta cartas llegue a su vida algo emocionante. Al principio las deja sin abrir, las reparte por remitentes, los indicados y los intuidos. Entonces experimenta una leve y súbita emoción: es la carta de Anna, la carta que ha estado esperando. La

sostiene en sus manos por unos instantes. Un corto y nervioso parpadeo. Luego un resplandor juvenil recorre su rostro, la deja a un lado, bastante apartada, quiere guardarse esa carta como un niño que deja para el final el plato que más le gusta. Empieza a leer las otras. Felicitaciones. Son agradables, pero no precisamente sensacionales. Vuelve a coger la carta de Anna, la sopesa en la mano, coge el abrecartas. Titubea. Finalmente, se alegra de ser molestado por una visita.

El visitante es su hermano Martin. Martin Oppermann viene hacia él, con su paso un poco pesado, como siempre. Gustav quiere a su hermano, y le desea lo mejor. Pero, constata para sus adentros, Martin, que tiene dos años menos, parece mayor que él. Los hermanos Oppermann se parecen, todo el mundo lo dice, seguro que es verdad. Martin tiene la misma gran cabeza que él, y también sus ojos están bastante hundidos en las cuencas. Pero los ojos de Martin resultan algo tristes, extrañamente somnolientos; todo en él es más pesado, más carnoso.

Martin le tiende ambas manos.

—¿Qué te puedo decir? Sólo puedo desearte que todo siga como está. Te lo deseo de todo corazón.

Los Oppermann tienen voces gruñonas, no gustan, a excepción de Gustav, de mostrar sus sentimientos; todo en Martin es contenido, digno. Pero Gustav percibe la cordialidad.

Martin Oppermann ha traído su regalo. El criado Schlüter lo acerca. De un gran paquete sale un cuadro, un retrato. Es un busto, ovalado. Sobre un cuello de camisa bajo como el que se llevaba en los años noventa, encima de un cuello bastante corto, se asienta una gran cabeza. La cabeza es carnosa y tiene, sobre unos ojos hundidos, un poco somnolientos, los ojos de los Oppermann, una frente pesada y abombada. La cabeza parece astuta, reflexiva. Es la cabeza de Immanuel Oppermann, el abuelo, el fundador de Muebles Oppermann. Así era al cumplir sesenta años, poco después de nacer Gustav.

Martin ha puesto el cuadro encima de la gran mesa de trabajo y lo sostiene entre sus manos carnosas y cuidadas. Gustav, con sus ojos pardos y reflexivos, mira los ojos pardos y astutos de su abuelo Immanuel. No, el cuadro no es muy bueno. Es anticuado, sin mucho valor artístico. No obstante, los cuatro hermanos Oppermann aprecian ese retrato, les es querido y familiar desde su primera juventud, probablemente ven en él más de lo que tiene. A Gustav le gusta tener vacías las luminosas paredes de su casa, solamente hay un cuadro en toda ella, en la biblioteca; pero siempre había deseado tener ese retrato del abuelo Immanuel para su despacho. Martin, por otra parte, consideraba que su sitio estaba en el despacho principal de la empresa. Gustav, aunque por lo demás se llevaba bien con Martin, le había tomado a mal que le negara el cuadro.

Así que ahora lo contemplaba lleno de alegría y satisfacción. Sabía que para Martin había sido un sacrificio separarse de él. Charlatán, radiante, expresó su alegría, su gratitud.

Cuando Martin se fue, llamó al criado Schlüter y le indicó que colgara el cuadro. El sitio estaba elegido desde hacía mucho tiempo. Así que ahora, enseguida, lo iba a colgar realmente allí. Gustav esperó ansioso a que Schlüter concluyera su trabajo. Por fin. Despacho, biblioteca y la tercera estancia de la planta baja, la habitación del desayuno, se entrelazaban de manera orgánica. Lentamente, con cuidado, Gustav dejó vagar los ojos desde el retrato de Immanuel Oppermann, el abuelo, su pasado, hasta el otro cuadro de la casa, hasta ahora el único, el de la biblioteca: el retrato de Sybil Rauch, su amiga, su presente.

No, la verdad es que el cuadro de Immanuel Oppermann no era una obra importante. El pintor Alexander Joels, que lo había pintado en su tiempo por encargo de los amigos de Immanuel Oppermann, había sido sobrevalorado entonces de forma grotesca. Hoy ya no lo conocía nadie. Pero lo que Gustav Oppermann valoraba en el cuadro era algo distinto de su valor artístico. Él y sus hermanos veían en ese retrato al hombre mismo y a su obra.

En sí, la obra de Immanuel Oppermann no era nada grandiosa, sólo negocio y éxito. Pero para la historia del judaísmo berlinés era mucho más. Los Oppermann residían en Alemania desde tiempo inmemorial. Procedían de Alsacia. Habían sido allí pequeños banqueros, comerciantes, plateros y orfebres. El bisabuelo de los actuales Oppermann se había trasladado desde Fürth, en Baviera, hasta Berlín. El abuelo, ese Immanuel Oppermann, había hecho considerables envíos de suministros al ejército alemán que operaba en Francia en los años
1870-1871
; en un escrito que ahora colgaba enmarcado en el despacho principal de Muebles Oppermann, el silencioso mariscal de campo Moltke certificaba que el señor Oppermann había prestado buenos servicios al ejército alemán. Pocos años después Immanuel había fundado Muebles Oppermann, una empresa que fabricaba mobiliario para la pequeña burguesía y atendía de forma económica a su clientela por medio de la estandarización de sus productos. Immanuel Oppermann quería a sus clientes, los tanteaba, averiguaba sus deseos ocultos, les creaba nuevas necesidades, respondía a ellas. Hasta muy lejos eran conocidos sus joviales

chistes, que mezclaban agradablemente el sano entendimiento de los berlineses con su personal y benévolo escepticismo. Se convirtió en un personaje popular en Berlín y, pronto, más allá de Berlín. No fue ningún rasgo de arrogancia que más adelante los hermanos Oppermann convirtieran su retrato en marca de fábrica de la empresa. Mediante su sólida y múltiple vinculación con la población, contribuyó a convertir la emancipación de los judíos alemanes, estipulado en unos párrafos escritos en papel, en un hecho, a hacer de Alemania una auténtica patria para los judíos.

El pequeño Gustav había llegado a conocer bien a su abuelo. Iba tres veces por semana a su casa en la Alte Jacobstrasse, en el centro de Berlín. La imagen de ese caballero bastante obeso, sentado cómodamente en su sillón orejero negro, con un gorrillo en la cabeza, un libro en la mano o en el regazo y a menudo una copa de vino al lado, se había grabado profundamente en el muchacho, inspirando respeto y al mismo tiempo familiaridad. En el domicilio del abuelo se sentía en un lugar de devoción, y sin embargo en casa. Podía hurgar sin trabas en la gigantesca biblioteca; aquí había aprendido a amar los libros. El abuelo no dejaba de explicarle lo que no entendía de esos libros, parpadeando astuto con ojos somnolientos, equívoco, sin que nunca se supiera si hablaba en broma o en serio. Nunca en lo sucesivo entendió Gustav con tanta claridad que lo que decían los libros era mentira, y aun así más cierto que la realidad. Cuando se preguntaba al abuelo se obtenían respuestas que parecían tratar de otra cosa distinta de la pregunta, pero que al final se revelaban como respuestas, incluso como las únicas correctas.

Gustav Oppermann, ahora, en pie ante el retrato, no pensaba en nada de eso. Pero lo veía todo en el cuadro. En los ojos pintados había tanto de la benévola y taimada sabiduría del anciano que ante ellos Gustav se sentía pequeño, y sin embargo cobijado.

Quizá no era bueno para el otro cuadro, el del despacho, el retrato de Sybil Rauch, recibir ahora este contrapeso. No había duda de que André Greid, el pintor, era diez veces superior al viejo y simple Alexander Joels en arte y en técnica. En su cuadro había mucha superficie blanca; sabía que iba a colgar la pintura en esa pared clara, y había hecho que toda la pared sirviera de fondo. De esa pared clara se destacaba nítida, voluntariosa, Sybil Rauch. Estaba allí, esbelta, decidida, con una pierna levemente adelantada. Sobre un largo cuello se alzaba la cabeza, debajo de una frente alta, estrecha y testaruda miraban unos tercos ojos de niña, los arcos de las cejas se marcaban con fuerza. La alargada parte inferior del rostro retrocedía y terminaba en una mandíbula infantil. Era un cuadro sin compromisos, un cuadro muy claro; «claro hasta la caricatura», se quejaba Sybil Rauch cuando estaba de mal humor. Pero el retrato tampoco ocultaba nada de lo que le atraía de ella. A pesar de sus innegables treinta años, la mujer del cuadro tenía un aspecto infantil, a la vez que inteligente y voluntarioso. Egoísta, pensó Gustav Oppermann, bajo el influjo del otro cuadro.

Hacía ahora diez años que Gustav había conocido a Sybil. Por aquel entonces ella era una bailarina de muchas ideas, poco ritmo y algún éxito. Tenía dinero y vivía cómodamente, malcriada por una madre experimentada y tolerante. El ingenio meridional y cándido de la delicada muchacha, tan extrañamente contrapunteado por su fina y precoz inteligencia, había atraído a Gustav. Ella se sintió halagada por la manifiesta inclinación del asentado y prestigioso caballero. Pronto entre la muchacha y el hombre veinte años mayor que ella surgió una gran e inusual familiaridad. Él era su amante y su tío a un tiempo. Estaba atento a cada uno de sus caprichos, podía confiarse sin reservas a él, sus consejos eran meditados, juiciosos. Le había expuesto, a su cautelosa manera, que dada su falta de musicalidad su baile jamás podría conducirle a obtener verdaderos éxitos, éxitos interiores. Ella lo entendió, cambió de gremio con rápida decisión y bajo la dirección de él se convirtió en escritora. Sabía expresarse de forma personal y colorista, las revistas gustaban de publicar sus cuadros de ambiente y pequeñas historias. Cuando, en los vaivenes de la economía alemana, su patrimonio se desvaneció, pudo ganarse la vida en gran medida gracias a los rendimientos de sus escritos. Gustav, sin talento creativo, pero buen crítico, la apoyó con sus consejos sensatos y diligentes; también la ayudaron sus numerosas relaciones con un buen mercado. Habían pensado a menudo en casarse, sin duda ella con más vehemencia que él. Pero entendía que él prefiriese no dar rigidez a su unión legalizándola. En resumidas cuentas, habían pasado diez largos años, para ella y para él.

¿Buenos años? Digamos que años agradables, pensó Gustav Oppermann, mirando en el cuadro a la inteligente, amable y voluntariosa chiquilla.

Y de pronto la carta volvió a estar ahí, la carta sin abrir en el gran escritorio, la carta de Anna. Con Anna no habrían sido diez años agradables. Habrían sido años llenos de disputas e irritación. Pero, por otra parte, de haber estado con Anna difícilmente habría tenido que preguntarse hoy por la mañana en qué emplear el invierno si rechazaban su biografía de Lessing. Habría exactamente un Qué y un Dónde, probablemente habría tenido tantas ocupaciones como para suplicar que no le dejaran caer en la tentación con Lessing.

No, él odia esa loca agitación que ve en muchos de sus amigos. Ama su ocio decente y ocupado. Es

bueno estar sentado en tu bonita casa, con tus libros, tu renta asegurada, ante los pinares de Grunewald. Es bueno haber terminado con Anna entonces, después de dos años.

¿Terminó él o fue ella? No es fácil orientarse en la historia de la propia vida. Lo cierto es que la echaría de menos si Anna desapareciera por completo de su existencia. Naturalmente, siempre queda amargura cuando se encuentran. Anna es tan discutidora… Tiene una manera tan franca, tan áspera, de señalar cualquier defecto, hasta la más mínima debilidad. Siempre que va a reunirse con ella, incluso cuando se enfrenta a cada una de sus cartas, tiene la sensación de ir a comparecer ante un tribunal.

Sostiene la carta en la mano, coge el abrecartas, rasga el sobre de un solo corte. Con las espesas cejas fuertemente fruncidas, arrugas verticales y profundas sobre la poderosa nariz, con todo el gran rostro en tensión, lee.

Anna le felicita, en pocas palabras, de corazón. Con su hermosa y uniforme caligrafía, le comunica que ha fijado sus vacaciones para finales de abril y le gustaría pasar con él esas cuatro semanas. Si quiere reunirse con ella, le ruega que le proponga dónde.

El rostro de Gustav se relaja. Le daba miedo la carta. Es una buena carta. Anna no tiene una vida fácil. Es secretaria de dirección de la Stuttgarter Elektrizitätswerke, muy sujeta a su trabajo, su vida privada se reduce a las cuatro semanas de vacaciones. El hecho de que le ofrezca esas cuatro semanas demuestra que no ha renunciado a él.

Lee la carta una segunda vez. No. Anna no le da por descartado, se lo dice. Él tararea en voz baja, diligente y mal, la difícil melodía de esta mañana. Contempla, de manera medio consciente, medio mecánica, el cuadro de Immanuel Oppermann. Se siente íntimamente complacido.

Entretanto, Martin Oppermann acudía al negocio. La casa de Gustav estaba en la Max Reger Strasse, en el límite entre Grunewald y Dahlem. La casa originaria de los Oppermann está en la Gertraudtenstrasse, en el centro de la ciudad vieja. El chófer, Franzke, necesitará por lo menos veinticinco minutos. Si va bien, Martin estará en la oficina a las once y diez; si no tiene suerte con los semáforos, a las once y cuarto. Ha citado a Heinrich Wels a las once. A Martin Oppermann no le gusta hacer esperar. Y que Heinrich Wels tenga que esperar le resulta doblemente molesto. De todos modos, la entrevista no va a ser agradable.

Martin Oppermann se sienta rígido en el coche, sin reclinarse, en una postura no precisamente estética y natural. Los Oppermann son pesados de aspecto; Edgar, el médico, un poco menos; también Gustav ha perdido un poquito de peso a base de entrenamiento. Martin no tiene tiempo para eso. Es hombre de negocios, padre de familia, tiene obligaciones de todo tipo. Se sienta erguido, con la gran cabeza adelantada, los ojos cerrados.

No, la entrevista con Heinrich Wels no será agradable. Ahora, es raro tener momentos agradables en la tienda. No habría debido hacer esperar a Wels. Habría podido entregarle el cuadro a Gustav por la noche, a la hora de cenar; no era imprescindible llevárselo por la mañana. Quiere a Gustav, pero le envidia. Para Gustav es fácil, demasiado fácil. También para Edgar, el médico, es fácil. Él, Martin, ha tenido que asumir en solitario la sucesión de Immanuel Oppermann. En estos tiempos de crisis y de creciente antisemitismo, es condenadamente difícil representar esa sucesión con dignidad. Martin Oppermann se quitó el sombrero rígido, se pasó la mano por el ralo cabello negro y suspiró levemente. No debería haber hecho esperar a Heinrich Wels.

Estaban en la bulliciosa Dönhoffplatz. Enseguida, por fin, llegarían. Allí estaba ya la casa. Se alzaba encerrada entre otras, estrecha, anticuada, pero firme, construida hacía mucho tiempo para durar mucho tiempo, inspirando confianza. El coche pasó por delante de los cuatro grandes escaparates y se detuvo ante el portal principal. Martin se habría bajado de un rápido salto, pero se dominó, mantuvo la dignidad. El viejo portero Leschinsky se puso firme antes de poner en movimiento la puerta giratoria. Martin Oppermann se tocó el sombrero con un dedo como todos los días. August Leschinsky llevaba en el negocio desde los tiempos de Immanuel Oppermann, conocía todos los detalles. Sin duda sabía que Martin había felicitado a su hermano Gustav por su quincuagésimo aniversario. ¿Aprobaría el anciano el retraso por semejante motivo? El rostro de Leschinsky, con su gris y rígido bigote, siempre estaba malhumorado, la actitud del hombre siempre era pétrea. Hoy estaba especialmente erguido y firme: aprobaba la conducta de su jefe.

Martin estaba menos conforme con su conducta que el portero. Subió al tercer piso, a su despacho. Utilizó la puerta trasera. No quería ver a Heinrich Wels sentado esperando.

En la pared, encima de su escritorio, colgaba, como en todas las tiendas de la familia, el retrato del viejo Oppermann. Le produjo una pequeña punzada que ya no fuera el original, sino una copia, aunque en el fondo daba lo mismo que el original estuviera aquí o en casa de Gustav. Sin duda Gustav entendía más, tenía más tiempo, estaba mejor con él, y en el fondo también tenía más derecho. Sin embargo, le resultaba

incómodo no tener a partir de ahora el original ante sus ojos.

Vino la secretaria. Correo enviado por los apoderados. Firmas. Ruegos de llamadas telefónicas. Sí, y luego, el señor Wels espera. Está citado para las once.

—¿Hace mucho que está el señor Wels?

—Algo menos de media hora.

—Hágale pasar.

Martin Oppermann siempre se sentaba erguido, no necesitó sentarse bien; pero hoy no estaba en buena forma para esta entrevista. Había preparado cuidadosamente la respuesta que iba a dar a Wels, lo había hablado todo con sus apoderados Brieger y Hintze. Pero se trataba de no disgustar a Wels, se trataba de los matices, era una desgracia haber hecho esperar a Wels.

El asunto era el siguiente: al principio, Immanuel Oppermann no fabricaba los muebles que vendía, sino que se los encargaba a Heinrich Wels senior, un joven y fiable artesano. Cuando se fundaron las filiales berlinesas, la de Steglitz y la de la Postdamer Strasse, la colaboración con Wels se hizo más difícil. Wels era de confianza, pero se veía forzado a trabajar demasiado caro. Poco después de la muerte de Immanuel Oppermann, y a instancias de Siegfried Brieger, el actual apoderado, una parte de los muebles empezó a producirse en fábricas más baratas, y cuando la dirección del negocio pasó a Gustav y Martin, se fundó una fábrica propia. Para ciertos trabajos difíciles, para piezas concretas, se seguía prefiriendo los talleres de Wels, pero ahora los talleres propios atendían el grueso de las necesidades de Muebles Oppermann, a la que entretanto se habían sumado otra filial en Berlín y cinco en provincias.

Heinrich Wels junior veía esta evolución con amargura. Era unos cuantos años mayor que Gustav, trabajador, sólido, voluntarioso, lento. Unió a sus talleres establecimientos de venta. Empresas modelo, dirigidas con el mayor esmero para hacer frente a los Oppermann. Pero no pudo con ellos. Sus precios no podían competir con los de los estandarizados muebles Oppermann. Innumerables personas conocían el nombre Oppermann; su marca de fábrica, el retrato de Immanuel, llegaba hasta la más remota provincia; el honesto y anticuado texto de sus anuncios: «Quien compra en Oppermann compra bien y barato» era un lugar común. En todos los lugares del país había alemanes que trabajaban en mesas Oppermann, comían en mesas Oppermann, se sentaban en sillas Oppermann, dormían en camas Oppermann. En las camas Wels probablemente se dormía con mayor comodidad, y las mesas Wels estaban elaboradas de forma más duradera. Pero todos preferían gastar menos dinero, incluso aunque el mobiliario adquirido fuera quizá un poquito menos sólido. Heinrich Wels no podía entenderlo. Era algo que corroía su corazón de artesano. ¿Había muerto el sentido de la solidez en Alemania? ¿No veían esos extraviados compradores que en su mesa, la mesa Wels, un hombre había trabajado dieciocho horas, mientras que el producto Oppermann era un producto fabril? No. Lo único que veían era que en Wels una mesa costaba cincuenta y cuatro marcos y en Oppermann cuarenta, así que iban y la compraban allí.

Heinrich Wels ya no entendía nada. Su amargura crecía.

En los últimos años, de todos modos, las cosas habían ido mejor. Se abrió paso un movimiento que difundió la idea de que la artesanía respondía mejor al carácter nacional alemán que la fabricación internacional estandarizada. Expresaba lo que Heinrich Wels había sentido hacía mucho, que las casas comerciales judías y sus taimados métodos de venta eran los culpables de la decadencia de Alemania. Heinrich Wels se unió a ese movimiento de todo corazón. Se convirtió en jefe de distrito del partido. Veía con alegría que el movimiento ganaba terreno. Sin duda la gente seguía prefiriendo comprar las mesas más baratas, pero al menos a la vez insultaba a los Oppermann. El partido también consiguió que se impusieran mayores impuestos a las grandes empresas, de manera que los Oppermann tuvieron que pedir cuarenta y seis marcos en vez de cuarenta por mesas que Wels vendía a cuarenta y cinco.

A las nueve casas de los Oppermann llegaban masivamente escritos antisemitas; por las noches se hacían pintadas hostiles en los escaparates, los viejos clientes se retiraban. Había que mantener los precios por lo menos un diez por ciento más bajos que la competencia no judía; si se mantenían sólo un cinco por ciento más bajos, había gente que se iba a los comercios cristianos. Las autoridades molestaban cada vez más, bajo la presión del creciente partido nacionalsocialista. Heinrich Wels llevaba ventaja. La diferencia entre el precio de sus productos y el de los de los Oppermann disminuía.

A pesar de todo, de puertas afuera Muebles Oppermann mantenía buenas relaciones con la casa Wels. Bajo la influencia de Jacques Lavendel y del apoderado Brieger, se sugirió a Wels que hiciera propuestas encaminadas a una fusión de ambas firmas, o al menos a una más estrecha colaboración. Si se llevaba a cabo tal transacción, la firma Oppermann se libraría del odio antisemita; una vez participada por Wels, seguro que ciertas medidas oficiales le serían aplicadas de manera más suave.

Cuando los Oppermann sobrepujaban a Heinrich Wels, su ambición personal sufría aún más que su ansia

de beneficio. Estaba radiante al ver que ahora sus talleres ganaban cada vez más terreno. Incluso había recibido, después de unos cuantos tanteos verbales del apoderado Brieger, un escrito muy cortés de la firma Oppermann diciendo que tenía ciertas propuestas que hacer a su empresa, encaminadas a mantener una relación aún más estrecha que la mantenida hasta la fecha. La firma estaba muy interesada en ello y le rogaba que acudiera el 16 de noviembre a las once al despacho principal de la casa, en la Gertraudtenstrasse, para una personal toma de contacto.

Así que Heinrich Wels esperaba sentado en la antesala del despacho de los Oppermann. Era un hombre de buena presencia, de rostro abierto y duro, marcadas arrugas en la ancha frente. Era un hombre decente, y partidario de la exactitud. ¿Quién se había aproximado a quién? En una reunión de la asociación de fabricantes de muebles, el apoderado Brieger le había hablado de las crecientes dificultades de su empresa. Brieger le había sugerido algunas cuestiones. Ya no era posible desentrañar quién se había acercado a quién. Como siempre, aquí estaba él sentado, con una propuesta que no era desfavorable para él, pero que probablemente aún fuera más ventajosa para su interlocutor.

Estaba claro que los otros no querían darse cuenta de esa circunstancia. Miró el reloj. Había sido oficial de la reserva, había pasado toda la guerra en el frente, en el ejército había aprendido a ser puntual. Había llegado unos minutos antes de las once. Ahora estaba allí sentado, y esa chusma arrogante le hacía esperar. Las once y diez. Su duro rostro se ensombreció. Si le hacen esperar otros diez minutos se va, y que se las arreglen solos con su mierda.

¿Con quién tendrá que vérselas? Heinrich Wels no es un conocedor del género humano, pero sabe muy bien dónde está la gente de la casa Oppermann que es posible ganar para su proyecto, y dónde sus adversarios. Gustav y Martin Oppermann son de una arrogancia insoportable, auténticamente judía, con ellos hay poco que hacer. El apoderado Brieger es una sinagoga entera, pero con él se puede hablar. Probablemente habrá allí cinco o seis hombres, quizá hayan llamado incluso a su asesor jurídico. Sin duda no se lo pondrán fácil, tendrá que luchar solo contra esa mayoría de cinco o seis. Aun así, lo conseguirá.

Once y veinte. Esperará otros cinco minutos. Lo dejan ahí sentado, hasta que eche raíces. Cinco minutos más, y dará su propuesta por caducada, y entonces que les den por culo, señores míos.

Once y veinticinco. Ya se conoce de memoria los números de la «guía de comerciantes de muebles» que hay sobre la mesa. Los del despacho parecen estar deliberando a conciencia. ¿Será una buena señal? Tampoco hay ninguna secretaria a la que poder enviar a buscarlos. Es una vergüenza. Pero se las pagarán. Once y veintiséis. Se le ruega que pase.

Martin Oppermann está solo. De pronto, el señor Wels habría preferido tener que vérselas con cinco o seis. Este Martin es el peor. Va a ser más difícil hacerse con él que con nadie.

Martin Oppermann se levantó cuando entró el señor Wels.

—Le pido disculpas —dijo cortésmente— por haberle hecho esperar.

En realidad, tenía intención de ser aún más cortés y aducir el motivo de su retraso. Pero el grande y duro rostro de Wels le repelió, como siempre, y no lo hizo.

—Por desgracia, hoy en día el tiempo —repuso el señor Wels con su voz sombría y rechinante— es lo único de lo que un hombre de negocios puede disponer en abundancia.

Serio y concentrado, Martin Oppermann miró con ojos somnolientos al hombretón allí sentado. Se esforzó para que su voz fuera lo más amable posible:

—He reflexionado largamente acerca de sus propuestas, estimado señor Wels —dijo. En principio, nos inclinamos a discutirlas, aunque tenemos muchas objeciones. Nuestros balances son mejores que los suyos, señor Wels, pero, se lo digo con sinceridad, no son satisfactorios. Son insatisfactorios —no miraba al señor Wels, miraba hacia lo alto, hacia el cuadro de Immanuel Oppermann, y lamentaba que fuera una copia. Su tono no era el correcto para hablar con aquel hombre amargo y ofendido. Hoy por hoy aún no se veían forzados a entenderse con Wels, la situación política parecía tranquila, probablemente tampoco sería peor en unos meses o incluso en unos años. Pero no había seguridad alguna, se imponía la prudencia, la única táctica posible era hacer esperar a Wels, mantenerlo de buen humor. La forma de ser de Martin no era hoy la adecuada para esta conversación: seguro que el viejo Immanuel habría sabido abordar mejor a ese hombre duro y leñoso.

También el señor Wels estaba descontento. Así no se podía seguir.

—A mí no me va bien —dijo—, y a ustedes tampoco. Bien podíamos entendernos como «buenos hermanos» —torció el duro rostro en una sonrisa; el giro coloquial, en su sorda voz, sonaba doblemente sombrío.

Entraron en detalles. Martin sacó los quevedos, que empleaba muy raras veces, los limpió. Realmente hoy al señor Oppermann le costaba trabajo soportar al señor Wels, y lo mismo le ocurría al señor Wels con

el señor Oppermann. Uno encontraba arrogante al otro, la conferencia estaba siendo una tortura para ambos. Al señor Wels le parecía que Oppermann no iba en serio. Aquello que querían que aceptara era un experimento que les obligaba a poco; querían fusionar una de las sucursales de Berlín y una de las de provincias con las dos empresas correspondientes de Wels. Eso no le interesaba al señor Wels. Si la historia iba mal, los Oppermann habrían perdido dos de sus ocho sucursales, lo podían soportar; él en cambio habría perdido dos de sus tres filiales y estaría acabado.

—Veo que me he equivocado —dijo amargamente el señor Wels—, pensaba que llegaríamos a un acuerdo. A un armisticio —se corrigió con una tenue y rabiosa sonrisa. Martin Oppermann, con su aspecto pesado, aseguró cortés, flexible, que no tenía intención de considerar fracasadas las negociaciones. Estaba seguro de que si volvían a hablar a fondo sobre la materia se entenderían.

El señor Wels se encogió de hombros. Se había convencido a sí mismo de que los Oppermann estaban en las últimas. Ahora resultaba que ellos le consideraban acabado a él. Querían darle un aperitivo y comerse solos el verdadero menú. Se marchó indignado, lúgubre.

Que no se equivoquen los señores, pensó mientras bajaba en el ascensor. No sólo lo pensó, lo dijo en voz baja. El ascensorista miró sorprendido al hombre sombrío.

Después de la entrevista, Martin siguió sentado a su gran mesa de despacho. El gesto cortés y confiado desapareció de su rostro apenas Wels se hubo marchado. No había conseguido su objetivo. Había fracasado. Se sentó, malhumorado y descontento consigo mismo.

Pidió a los apoderados Siegfried Brieger y Karl Theodor Hintze que pasaran al despacho.

—Bien, ¿ha terminado con ese gentil tormentoso? —disparó enseguida Siegfried Brieger, tras un fugaz saludo. El pequeño y vivaz caballero, recién entrado en la sesentena, enjuto, vehemente, de aspecto marcadamente judío, puso una silla muy cerca de su jefe; la gran nariz sobre el espeso bigote, de un gris sucio, olisqueó. Karl Theodor Hintze en cambio se mantuvo de pie a prudente distancia, contenido, desaprobando visiblemente el informal apresuramiento de su colega.

Karl Theodor Hintze desaprobaba todo lo que hacía el señor Brieger, y el señor Brieger se burlaba de todo lo que Karl Theodor Hintze hacía. Durante la guerra, Karl Theodor Hintze había sido jefe de la compañía en la que Brieger servía como reservista raso. Ya entonces la relación entre ambos era la misma, y los dos sabían cuánto se apreciaban. Cuando, terminada la guerra, al fino señor Hintze le fue fatal, el señor Brieger lo empleó en Muebles Oppermann. Enseñado por él, ese hombre duro, trabajador y fiable había ascendido con rapidez.

Martin Oppermann informó a sus dos hombres. Los tres se conocían, el resultado de la entrevista era previsible; nadie había pensado que Wels aceptara. La cuestión sólo radicaba en el desarrollo de la conversación. Después del informe de Martin, todos supieron que habría sido más sensato enviar al señor Brieger a negociar con el señor Wels. Brieger habría podido ofrecer aún menos que Oppermann a Wels, y aun así éste se habría ido más satisfecho.

Estaba claro lo que iba a ocurrir ahora. Había que demostrar a Wels que, incluso sin su ayuda, los negocios de los Oppermann podían sacudirse el odio a los judíos. Una demostración semejante le volvería más dócil. La momentánea calma política era la mejor oportunidad para dar los pasos necesarios, meditados hacía mucho tiempo.

Había que transformar la firma judía Oppermann en una sociedad anónima con un nombre neutral y no sospechoso. Otras empresas judías habían tenido buenas experiencias con los cambios de nombre. Ocurría que compradores que querían boicotear determinada empresa judía cubrían sus necesidades con una sociedad anónima no judía, que en realidad no era más que una filial de la odiada casa judía. Ya que Wels no cooperaba, los Oppermann podían fundar por sí mismos una Sociedad Anónima Alemana de Fábricas del Mueble y empezar por reunir en esa sociedad a una de las filiales berlinesas y una de las provinciales.

Eso era técnicamente fácil de hacer, prometía éxito, era lo correcto. Sin embargo, costaba decidirse. Alemana de Fábricas del Mueble, ¿qué era eso? Un nombre neutral, general, que no decía nada, como un vagón de tranvía. En cambio, Muebles Oppermann era algo inseparable del retrato de Immanuel Oppermann, del pesado y digno Martin, del vivaz señor Brieger y su gran nariz. Separarse de la filial de Berlín-Steglitz y de la de Breslau como Alemana de Fábricas del Mueble era como amputarse un dedo de la mano o del pie.

Y sin embargo, ¿no había que hacerlo para salvarlo todo? Sí había que hacerlo.

Una vez decididos, se trataba de actuar con rapidez. Martin informará a los otros Oppermann y se pondrá de acuerdo hoy mismo con el profesor Mühlheim, el asesor jurídico de los Oppermann.

Una vez solo, Martin apoyó pesadamente los brazos en el respaldo del sillón y dejó caer los hombros.

Quizá fuera bueno hacer todas las mañanas un poco de gimnasia, como su mujer le aconsejaba. Cuarenta y ocho años no es una edad avanzada, pero si uno no toma precauciones, en dos años se ha convertido en un anciano. Gustav tiene un aspecto agradablemente joven y fresco. Para Gustav es fácil. Entrenar de manera eficaz lleva por lo menos veinticinco minutos cada mañana. ¿De dónde va a sacar él, Martin, esos veinticinco minutos?

Se irguió, respiró y cogió su correo. No. Esto no es tan importante. Lo difícil primero, es lo que siempre ha hecho. En primer lugar, tiene que informar a sus hermanos. No va a echarle a perder el día a Gustav. Está claro que no pondrá reparos. Suspirará, hará algunas observaciones generales de naturaleza filosófica, firmará. Con Edgar aún será más fácil. Lo más difícil vendrá con Jacques Lavendel, su cuñado, el marido de Klara Oppermann. Él tampoco pondrá reparos; al contrario, ese hombre entendido en los negocios lleva mucho insistiendo en el cambio de nombre. Sólo que la forma de ser de Jacques Lavendel es demasiado sincera. Martin no tiene nada en contra de que a uno le digan claramente su opinión. Pero Jacques Lavendel es demasiado claro.

Pide las dos conexiones telefónicas, con el profesor Edgar Oppermann y con Jacques Lavendel. El profesor Oppermann, dice la secretaria, está en su clínica. Naturalmente, siempre lo está. Le dirán que le llame. Desde luego, no lo hará; tiene demasiado que hacer en la clínica y está muy poco interesado en el negocio. Como siempre, Martin ha cumplido con su obligación hacia él.

Ahora, Jacques Lavendel está al aparato. Él nunca da rodeos. Con su voz amable, un tanto ronca, después de las primeras frases introductorias de Martin declara que le gustaría discutir personalmente el asunto con él; si no tiene ningún inconveniente, después de comer irá al domicilio privado de Martin, no vive lejos. Martin responde que se alegra.

No se alegra. La comida con su mujer y su hijo y la corta hora libre que le sigue son sus momentos preferidos. A veces, no puede evitar tener invitados; ciertas cosas se arreglan mejor en un domicilio privado que en el despacho. Pero no le gusta hacerlo; el día se le echa a perder cuando ha de ser así.

Immanuel Oppermann mira a su nieto con sus ojos somnolientos, astutos, agradables. Él no piensa, pero siente: es una copia, ya no es el original.

Martin llegó puntualmente a las dos, como todos los días, a su casa situada en la Corneliusstrasse, en el barrio del Zoológico. Se cambió de cuello y de chaqueta: tenía que haber una diferencia entre la vida privada y el negocio. Luego fue al invernadero; era una habitación grande, amueblada de forma aparente y un tanto banal; Martin insistía en emplear muebles Oppermann también en su casa.

Encontró a su mujer y su hijo en animada conversación. Berthold, de diecisiete años, era a veces un tanto parco en palabras, como su padre, y aunque era capaz de conversar bien y con vivacidad, no le gustaba sacar a la luz sus sentimientos. Martin se alegró de encontrarlo sociable hoy.

Liselotte interrumpió a su hijo cuando Martin entró. Por encima del vestido cerrado de cuello alto, volvió hacia él su rostro grande y luminoso, con una sonrisa:

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien, gracias —respondió Martin; le dijo a Berthold: «Hola, muchacho», y sonrió a su vez. Pero en los dieciocho años de su matrimonio, los ojos grises y alargados de Liselotte habían aprendido a leer en el rostro de su esposo. No le gustaba hablar de temas de trabajo en el ámbito familiar; aunque él no lo dijera, ella sabía que ahora, hoy, él se encontraba inmerso en importantes asuntos.

Se sentaron a la mesa. Berthold habló, excitado. El muchacho de diecisiete años tenía, en el rostro carnoso del padre, los ojos grises y osados de la madre. Era ya casi tan alto como el padre; cuando creciera le superaría en media cabeza.

Habló de acontecimientos escolares. El tutor de la clase, el profesor Heinzius, había muerto hacía unos días en un accidente de automóvil, y provisionalmente el director del centro, el profesor François, impartía clase a los alumnos de penúltimo curso en las asignaturas del fallecido, lengua alemana e historia. Eran las asignaturas favoritas de Berthold —como su tío Gustav, amaba el deporte y los libros—, y se había entendido extraordinariamente bien con el doctor Heinzius. Se daba el caso de que para la exposición oral que todos los alumnos de penúltimo curso tenían que hacer una vez al año el profesor Heinzius le había asignado un tema especialmente difícil: «El humanismo y el
siglo XX
». ¿Le dejarían hacer su exposición ahora, tras la muerte del venerado profesor? ¿Y podría con el «humanismo» sin la ayuda del benévolo profesor Heinzius? El director François le había dicho que él personalmente no tenía nada en contra del tema, pero no quería sustraer la decisión al nuevo tutor que probablemente la semana próxima se haría cargo de la clase.

—Me he excedido —decía Berthold. El humanismo es un tema endemoniadamente duro —aseguraba, reflexivo, con voz profunda.

—Quizá puedas elegir un tema menos general —aconsejó Martin.

—Tal vez algo sobre un autor moderno —propuso Liselotte, y lanzó a su hijo una mirada de ánimo con sus ojos grises y alargados. Martin se sorprendió. ¿No resultaba delicado hablar de literatura moderna en el instituto? En el fondo, normalmente Martin y Liselotte tenían la misma opinión. Pero ella, la cristiana, la hija de los Ranzow, la vieja familia de funcionarios prusianos, solía ser más radical.

Martin cambió de tema. Contó que esperaba a Jacques Lavendel después de comer. Eso alejó rápidamente a Berthold del humanismo. Quizá hoy pueda utilizar el coche. Su padre es un ocupado hombre de negocios, y anda por ahí todo el día; es muy raro que Berthold disponga del coche para él solo. No puede dejar pasar la ocasión. Podría, por ejemplo, ir al campo de deportes de Sachsendamm, a jugar al fútbol. Sería un buen pretexto. En todo caso, la broma costaría unas tres horas que, en realidad, tenía destinadas al humanismo. Tonterías. Siempre puede encontrar tiempo para el humanismo; en cambio, nadie sabe cuándo podrá volver a hacerse con el coche.

Así que, en cuanto termina la comida, Berthold se despide de sus padres. Telefonea a su compañero de colegio Kurt Baumann, le pide que se reúna con él en la Puerta de Halle para ir al campo de deportes de Sachsendamm. Kurt Baumann no se muestra entusiasmado. La radio no funciona, la ha desmontado, quiere arreglarla, y eso requiere tiempo. Pero Berthold no cede en sus intenciones. Le dice que le guarda una sorpresa con una voz tan triunfal que Kurt adivina y estalla:

—Tienes el coche. Eh, va a ser estupendo.

Berthold Oppermann es un buen compañero, es generoso y juega limpio; copia de Baumann en matemáticas y le permite copiar las redacciones, y cuando el chófer August Franzke le deja el volante sólo conduce las dos terceras partes del tiempo; la tercera se la cede a Kurt Baumann.

Ya están listos. Berthold se sienta al volante junto al chófer Franzke. Es íntimo suyo. Desde luego que Franzke tiene sus momentos, y no siempre se puede hablar con él. Pero hoy sí se puede, Berthold se da cuenta enseguida, y seguro que le dejará el volante, aunque está prohibido conducir si se tienen menos de dieciocho años. Arde en deseos de salir de una vez a los barrios del extrarradio. Pero sería poco viril revelar la impaciencia. Así que mantiene con August una seria conversación de hombres sobre la situación, sobre economía y política. August Franzke y el chico se entienden bien.

Cuando Franzke deja el volante a Kurt Baumann y Berthold se sienta inactivo al fondo, le asalta de repente el recuerdo de una vivencia que tuvo inmediatamente después del entierro del profesor Heinzius. Le habían dado permiso para ir con el coche hasta el lejano cementerio, y para la vuelta se había traído a Kurt Baumann y a su primo Heinrich Lavendel. El turbio y gris cementerio boscoso de Stahnsdorf y los acontecimientos del entierro le habían impresionado mucho. Pero sus dos acompañantes, apenas cinco minutos después de dar tierra al profesor Heinzius, parecían mucho más interesados en el coche que en el muerto, sobre todo en que Franzke les dejara por fin, aunque esté prohibido, ponerse al volante. Berthold no había podido comprender que sus compañeros se libraran tan rápido de lo que acababan de vivir. Todavía ahora, mientras Kurt Baumann estaba al volante, era algo que le confundía y le hacía pensar. Pero cuando él mismo pudo conducir, tales pensamientos se esfumaron, y en él y a su alrededor no hubo nada más que el tráfico de la carretera suroeste de Berlín.

Entretanto, en la Corneliusstrasse esperan al señor Jacques Lavendel. Liselotte se alegra de la visita. Martin, lo sabe, no ve precisamente en su cuñado Jacques a un santo de su devoción. No le gustó que su hermana menor, Klara Oppermann, se casara precisamente con ese caballero del Este. Jacques es un destacado hombre de negocios, sin duda, tiene patrimonio, conoce el mundo, siempre es agradable. Pero lo que le falta es sentido de la dignidad, de las formas, de la contención. No es que tenga unos modales ruidosos o importunos. Es sólo que llama de forma excesivamente desnuda, por su nombre, a las cosas desagradables, y su leve y amable sonrisa cuando alguien habla de honor, dignidad y cosas por el estilo irrita a Martin.

A Liselotte no le irrita. Le gusta su cuñado Jacques. Ella procede de la severa familia de los Ranzow. Su padre, de grandes títulos pero sueldo escaso, había sustituido la falta de comodidades externas por una actitud distinguida y una forma de vida estricta. Liselotte Ranzow, que entonces tenía veintidós años, contenta de poder cambiar las estrictas costumbres de la casa paterna en Stettin por la amplitud del modo de vida de los Oppermann, había estimulado por todos los medios el parco y torpe afecto del joven Martin.

—¿Esperamos a que Jacques venga para tomar el café? —preguntó, mostrando sonriente los grandes dientes de su alargada y hermosa boca. Vio que Martin vacilaba, como si quisiera estar a solas con Jacques

o pedirle que los dejara a solas. ¿Tienes algo importante que discutir con él? —preguntó directamente.

Martin reflexionó. Liselotte y él son buenos compañeros. Naturalmente, le comunicará hoy mismo la decisión acerca del cambio de nombre de las filiales. No es fácil. Hasta ahora han sido pocas las ocasiones en que ha tenido que dar malas noticias. Quizá lo más sensato sea decírselo a Jacques y a ella al mismo tiempo.

—Me gustaría que nos acompañaras —dijo.

Jacques Lavendel se acomodó entre ellos. Los ojos pequeños y hundidos bajo la ancha frente miraban inteligentes y amables; el fuerte bigote pelirrojo contrastaba con el escaso pelo de la cabeza, la voz baja y ronca atacaba como siempre los nervios de Martin Oppermann.

Mientras Martin explicaba, Jacques escuchaba con los ojos medio cerrados, las manos cruzadas sobre el chaleco, la cabeza inclinada, sin movimiento en el rostro y la actitud, en apariencia, indiferente. Martin habría preferido que le interrumpiera, que le hiciera preguntas; pero no le interrumpió. También guardó silencio cuando Martin hubo terminado. Liselotte miraba, en tensión, a Jacques Lavendel. Estaba más tensa que entristecida. Martin, por más que se alegró de que no le hubiera afectado demasiado, pensó con amargura: no se lo toma en serio. No toma mis cosas en serio. Uno se esfuerza y no obtiene gratitud alguna. Jacques callaba obstinadamente. Hasta que, por fin, Martin preguntó:

—Bueno, ¿qué piensa usted, Jacques?

—Bien, bien —dijo Jacques Lavendel, asintiendo varias veces con la cabeza. Me parece bien. Lástima que no lo hayáis hecho hace tiempo. Y más lástima aún que no hayáis ido hasta el final y hayáis absorbido a ese Wels.

—¿Por qué? —preguntó Martin. Se esforzaba en hablar con contención, pero tanto Liselotte como Jacques Lavendel notaron la irritación ante el reparo. ¿Cree usted que nos queda tan poco tiempo? Conozco a esa gente. Se pondrá impertinente en cuanto digamos que sí. Saben que sólo podemos ganar con la espera.

—Quizá sí, y quizá no —dijo Jacques Lavendel, sacudiendo la gran cabeza pelirroja. No soy ningún profeta, no pretendo decir que soy un profeta. Pero ¿no ha sido siempre demasiado tarde para todos? Puede tardar seis meses, puede tardar un año. ¿Quién sabe cuánto puede tardar? Pero si tenemos jaleo puede tardar tan sólo dos meses —de improviso, irguió la cabeza, dirigió hacia Martin los ojos pequeños y hundidos, le guiñó astutamente un ojo y contó, en un tono llamativamente fresco y seco—: Grosnowice ha cambiado de propietario diecisiete veces. En siete de ellas hubo pogromos. Por tres veces sacaron a un tal Chaim Leibelschitz y le dijeron: «¡Ahora te vamos a colgar!». Todos le decían: «Sé sensato, Chaim, vete de Grosnowice». No se fue. Cuando le sacaron la cuarta vez, tampoco le colgaron. Pero lo fusilaron.

Había terminado, volvía a tener la cabeza inclinada, cerró los párpados sobre los ojos azules.

Martin Oppermann conocía la historia, se indignó. También Liselotte la había oído antes, pero la escuchó por segunda vez con interés.

Martin sacó sus quevedos, los limpió y volvió a guardarlos.

—Al fin y al cabo, no podemos regalarle las tiendas Oppermann —dijo, y sus ojos ya no parecían somnolientos.

—Bueno, bueno —le tranquilizó Jacques. Te digo que sí, que está bien lo que habéis hecho. Por otra parte, si queréis conseguir verdadero dinero americano, me ofrezco a organizarlo todo en ocho días de tal modo que nadie pueda atreverse con vosotros. Y nadie podrá hablar de «regalos» —sonrió.

Ya habían considerado en varias ocasiones la idea de transferir Muebles Oppermann a Jacques Lavendel, que había adquirido oportunamente la ciudadanía estadounidense; pero habían abandonado la idea, por muchas razones. Curiosamente, Martin no alegó ahora ninguna de esas razones objetivas.

—Lavendel no sería un buen nombre para nuestros negocios —dijo sin venir a cuento, con bastante perversidad.

—Lo sé —replicó pacíficamente Jacques. Que yo sepa, nunca se ha hablado de tal cosa —sonrió.

La transformación de las dos filiales en Alemana de Fábricas del Mueble no era tan sencilla. Aún había que discutir un montón de detalles. Jacques Lavendel hizo algunas indicaciones útiles. Martin tenía que admitir que Jacques era el más astuto. Le dio las gracias, Jacques se levantó y se despidió con un largo y fuerte apretón de manos.

—También yo se lo agradezco de corazón —dijo Liselotte enfáticamente, con su voz robusta y oscura. Yo no entiendo nada de vuestros negocios —dijo a Martin una vez que Jacques se hubo ido. Pero ¿por qué si quieres absorber a ese Wels no lo haces ya?

Gustav Oppermann había pasado la mañana trabajando con el doctor Frischlin. El doctor Klaus Frischlin, un hombre alto y delgado con mal color de cara y ralos cabellos, procedente de una familia adinerada,

había empezado por estudiar Historia del Arte; poseído por sus estudios, había soñado con hacerse profesor. Luego se quedó sin dinero, y pasó hambre y miseria; cuando ya no tenía más que un traje raído, unos zapatos estropeados y el manuscrito de un estudio inusualmente concienzudo sobre el pintor Theotocopulos, llamado El Greco, Gustav Oppermann lo rescató. Para darle trabajo, había organizado un Departamento de Arte en Muebles Oppermannn y le había nombrado jefe de ese departamento. En su desbordante optimismo, Gustav había soñado al principio con propagar a través de la empresa, dando un rodeo por Klaus Frischlin, objetos modernos como muebles de acero, diseños de la Bauhaus y cosas por el estilo. Pero pronto se había visto forzado a ver, entre divertido y amargado, cómo el Departamento de Arte rendía sus armas ante las necesidades de la robusta clientela pequeño-burguesa de los Oppermann. Klaus Frischlin siguió intentando, dura, astuta e inútilmente, colar su propio y sensible gusto por alguna puerta trasera. Gustav lo observaba divertido y conmovido. Le gustaba ese hombre testarudo, y a menudo requería sus servicios como secretario privado y colaborador científico.

También aquel miércoles, como todos los miércoles, Gustav había llamado a Frischlin. En realidad, quería trabajar en la biografía de Lessing. Pero ¿no conjuraba al destino envidioso al dedicarse a eso precisamente hoy? Así que no lo hizo, y en vez de ello se aplicó a revisar de una manera un tanto cronológica su propia vida. ¿No se le había ocurrido esta mañana lo difícil que era orientarse en la historia de la propia vida? El quincuagésimo aniversario es el día apropiado para poner un poco de orden en esta cuestión.

Gustav conocía bien la biografía de muchos hombres de los
siglos XVIII
y XIX. Tenía práctica en reconocer qué vivencias habían sido decisivas para ellos. Era curioso lo difícil que le resultaba decidir qué era importante para su propio destino, y qué no. Y eso que había vivido acontecimientos emocionantes, que marcaron su propio destino y el destino de todos, la guerra y la revolución. Pero ¿qué le había cambiado realmente? Incómodo, veía cuánto había pasado de largo. La revisión le puso nervioso.

La interrumpió abruptamente. Sonrió.

—Por favor, coja una tarjeta, querido Frischlin —dijo—; voy a dictarle.

Dictó:

—«Muy señor mío. Tome nota para el resto de su vida: “Se nos ha encargado trabajar en la obra, pero no nos ha sido dado culminarla”. Sinceramente suyo, Gustav Oppermann».

—Una hermosa frase —dijo Klaus Frischlin.

—¿Verdad? —dijo Gustav. Es del Talmud.

—¿A quién va dirigida la tarjeta? —preguntó Frischlin. Gustav Oppermann sonrió juvenil, travieso.

—Escriba —dijo—. «Doctor Gustav Oppermann, BerlínDahlem, Max Reger Strasse 8.»

Aparte del dictado de la tarjeta, fue una mañana estéril, y Gustav se alegró de encontrar una razón plausible para interrumpir el trabajo. Esa razón vino en la agradable figura de su amiga Sybil Rauch. Sí, Sybil Rauch llegó conduciendo su pequeño, simpático y destartalado vehículo. Se daba un poquito de importancia, como siempre. Gustav salió a su encuentro al portal de la casa. Sin preocuparse por la presencia del criado Schlüter, que iba a abrir, ella se puso de puntillas y le besó en la frente con sus fríos labios. No fue del todo fácil, porque bajo el brazo llevaba un gran paquete, su regalo de cumpleaños.

El regalo resultó ser un reloj antiguo. En la esfera tenía un ojo móvil, de los llamados «ojo de Dios», un ojo que se movía con los segundos de derecha a izquierda, sin parar. Gustav llevaba mucho tiempo pensando en instalar un reloj así en su cuarto de trabajo, una especie de constante advertencia destinada a hacer que un trabajo un tanto irregular se convirtiera en trabajo ordenado. Pero resultaba difícil hallar una carcasa adecuada a la estancia.

Se alegró de que Sybil hubiera encontrado la adecuada. Le dio las gracias, ruidosa, cordial, cariñosamente. Pero en el fondo, estaba un poco decepcionado. ¿No era el ojo peregrino que iba a vigilarlo una crítica que ella establecía en la habitación? No deja que las cosas lleguen tan lejos como para que el sentimiento defensivo se convierta en idea. Él sigue charlando, cordial, alegre, pero el regalo de Sybil ha removido en él, contra su voluntad, un sentimiento durmiente que no quiere dejar aflorar; que Sybil, a pesar de que ambos tienen la buena voluntad de pertenecerse por entero, sigue en la periferia de su existencia.

Entretanto, Sybil está ante el retrato del viejo Oppermann. Sabe cuánto le gusta el cuadro a Gustav, se alegra de que ahora esté ahí, elogia con palabras de experta el buen efecto que hace en el despacho. Mira el cuadro con atención, sopesando, como acostumbra, a ese hombre astuto, agradable y feliz.

—Todo concuerda —dice al fin—, el pintor, el hombre y su época, y queda bien aquí: ¿Cómo le iría a

Immanuel Oppermann en nuestro tiempo? —preguntó pensativa.

No era ninguna observación necia ni desatinada. Merecía la pena pensar en cómo un hombre del cuño de Immanuel saldría adelante hoy en día. No obstante, la observación de Sybil fue una leve punzada para Gustav.

Sí, era un tiempo desaparecido, aquel en el que había vivido Immanuel Oppermann, aunque para Gustav aún estaba muy vivo. Qué pequeñas parecían sus preocupaciones, qué sencillos sus problemas, qué lenta, rectilínea, aburrida discurría una vida como la de Immanuel Oppermann, comparada con la vida de un ser humano medio de hoy. Naturalmente, la observación de Sybil había sido inocente, se imponía en presencia del cuadro. Aun así, injustamente, Gustav tuvo la impresión de que había sido dirigida contra él. El reloj producía su tictac, el «ojo de Dios» se movía de un lado para otro y contemplaba cómo se empleaba el tiempo, Sybil estaba ante el cuadro del hombre desaparecido. La sensación de ociosidad volvía a hacerse presente, ese pequeño y perturbador malestar, la sensación de vacío de por la mañana.

Se alegró cuando Schlüter anunció que la comida estaba lista. Fue una alegre comida. Gustav Oppermann entendía un poco de gastronomía. Sybil Rauch tuvo un montón de ocurrencias divertidas y supo expresarlas con gracia y personalidad. Su acento meridional sonaba agradable al oído de Gustav. Tenía cincuenta años y era muy joven. Estaba radiante.

Su felicidad se hizo completa cuando a los postres vino el profesor Arthur Mühlheim, su amigo, y con él Friedrich Wilhelm Gutwetter, el novelista. Ambos eran el perfecto complemento a Gustav y Sybil.

Arthur Mühlheim, un caballero bajito y vivaracho, de rostro lleno de arrugas, divertido e inteligente, unos cuantos años mayor que Gustav, siempre inquieto, dispuesto a las bromas, uno de los mejores juristas de Berlín, tenía aficiones similares a las de Gustav. Ambos pertenecían al mismo club, amaban los mismos libros, las mismas mujeres. Arthur Mühlheim se interesaba además por la política, Gustav Oppermann por el deporte; así que siempre tenían abundante material para intercambiar. Mühlheim había enviado a Gustav una gran remesa de coñacs y aguardientes escogidos, sólo cosechas del año de nacimiento de Gustav; consideraba bueno para la salud tomar bebidas que tuvieran la misma edad que uno mismo.

Friedrich Wilhelm Gutwetter, un caballero bajito de unos sesenta años, muy atildado, con una vestimenta marcadamente antigua, gigantescos ojos de niño en el tranquilo rostro, era autor de unas historias muy cuidadosamente pulidas, ensalzadísimas por la crítica y leídas y apreciadas por muy poca gente. En los raros instantes en que Gustav sentía el prurito del ocupado vacío de su vida, se decía que al menos no había vivido en vano porque había promovido a Gutwetter. El hecho era que, sin su apoyo, Gutwetter habría tenido que padecer las más amargas privaciones.

Friedrich Wilhelm Gutwetter estaba allí sentado, tranquilo y amable, miraba adorador y codicioso a Sybil con sus grandes ojos, a menudo tenía que hacerse explicar los ágiles chistes de Mühlheim para entenderlos, e insertaba lentas observaciones de carácter poético y general en la ruidosa y alegre conversación de los otros.

Había traído un regalo para su amigo, pero no habló de él hasta pasados veinte o treinta minutos; la rápida conversación de los demás y la visión de Sybil le habían hecho olvidar por completo su regalo. Ha tenido una conversación con el doctor Dorpmann, el jefe de la editorial Minerva, su editor. Le ha hablado de la biografía de Lessing. El doctor Dorpmann, ya se sabe cómo son los editores, quiso dar una respuesta evasiva, pero él, Gutwetter, no soltó la presa. Ya está, es seguro como la muerte, el alma y la resurrección, que Minerva Verlag editará la biografía de Lessing. Lo dijo con su voz baja y tranquila, mirando a su amigo Gustav con calma y enorme amabilidad.

—¿Qué significa seguro como el alma y la resurrección? —preguntó Mühlheim. ¿Quiere decir seguro al cien por cien o inseguro al cien por cien?

—Quiero decir seguro, sencillamente seguro —repuso Gutwetter con inconmovible amabilidad.

No les resultó fácil entenderse el uno al otro, porque Gustav, que se había incorporado con estrépito de un salto, agarró al ancho y callado Gutwetter por ambos hombros, lo sacudió y le palmeó la espalda entre ruidosas protestas de amistad.

Luego, cuando el señor Gutwetter se quedó a solas con Sybil, dijo con su voz tranquila, alegre y franca:

—Qué fácil es hacer felices a los hombres. Una biografía. ¿Qué es una biografía? Como si contara algo, aparte de la obra creativa. Pero alguien hurga en la basura, en la llamada realidad, en lo ya vivido, y es feliz. Qué infantil, nuestro amigo Gustav.

Sybil miró pensativa sus grandes y luminosos ojos de niño. Friedrich Wilhelm Gutwetter pasaba por ser uno de los primeros estilistas alemanes, para muchos el primero. Sybil, que se entretenía, concienzuda, escribiendo sus pequeñas narraciones, le pidió ayuda para una determinada frase que no le permitía avanzar. Gutwetter la ayudó. Miró alegre y reverente a su dócil discípula.

Gustav rebosaba alegría, le parecía que el mundo era grandioso, quería que todo estuviera bien a su alrededor. Comunicó también al criado Schlüter con todo detalle la alegre noticia que le había traído Friedrich Wilhelm Gutwetter. Era feliz.

Cuando sus primeros invitados llegaron y los vio juntos, en forzada conversación, Gustav temió que la velada se echara a perder. Era arriesgado reunir a gentes tan distintas. Pero precisamente eso era lo atractivo de su forma de vida, mezclar orgánicamente lo que estaba separado. Quería, se había empeñado en ello, reunir aquella noche a su alrededor a todos los que eran importantes para él, su familia, los caballeros del negocio, sus amigos de la sociedad de bibliofilia, del club de teatro, del deporte, sus mujeres. Ahora, después de la cena, veía con alegría que los buenos y ligeros platos del menú cuidadosamente confeccionado habían relajado a todo el mundo, de forma que la primera rigidez se fundía.

Allí estaban, juntos, en pie y sentados, sus veinte invitados, en grupos, pero de tal modo que ningún grupo se aislara del todo de los otros, charlando agradablemente. Se hablaba de política, por desgracia eso era algo que ahora nunca se podía evitar. El más desenvuelto era, como siempre, Jacques Lavendel, reclinado amplia y perezosamente en el sillón más cómodo de todos, con los ojos astutos y benévolos medio cerrados, oía con burlona indulgencia a Karl Theodor Hintze condena a todo el movimiento popular[1] en su conjunto. Según el apoderado Hintze, todos sus seguidores eran necios o estafadores. El amplio rostro del señor Jacques Lavendel sonreía con provocativa tolerancia.

—No hace usted justicia a esa gente, querido señor Hintze —dijo con su amable y ronca voz, moviendo la cabeza. Ése es el punto fuerte del partido, que rechaza la razón y apela al instinto. Hace falta inteligencia y fuerza de voluntad para hacerlo de forma tan consecuente como esos tipos. Esos caballeros conocen su clientela, como todo buen hombre de negocios. Su mercancía es mala, pero de fácil salida. Y su propaganda es de primera clase, se lo digo yo. No subestime a su caudillo, señor Hintze. Muebles Oppermann podría estar contenta de tener un jefe de propaganda así.

El señor Jacques Lavendel no hablaba alto, y sin embargo, sin muchas alharacas, su ronca voz se hizo oír. Pero no había voluntad de escucharla. Aquí, en las cultivadas estancias de Gustav Oppermann, nadie estaba inclinado a conceder en serio posibilidades a algo tan necio como el movimiento popular. Los libros de Gustav Oppermann ocupaban las paredes; la biblioteca y el despacho se entrelazaban de manera hermosa, el retrato de Immanuel Oppermann miraba astuto, bondadoso, enormemente real, a los congregados. Pisaban un terreno sólido, equipado con la sabiduría de la época, saturado del gusto de siglos, con una considerable cuenta bancaria detrás. Sonreían al pensar que ahora ese animal amansado, el pequeño burgués, amenazara con regresar a su naturaleza lobuna.

El vivaz apoderado Siegfried Brieger hacía chistes sobre el Führer y su movimiento. El Führer no era alemán, era austriaco, su movimiento era la venganza de Austria por la derrota que había sufrido a manos de los alemanes en el año 1866. ¿Acaso no era una empresa imposible recoger el antisemitismo en leyes? ¿Cómo se iba a determinar quién era judío y quién no?

—Naturalmente a mí me conocerían —dijo con desahogo el señor Brieger, señalando su gran nariz. Pero ¿acaso la mayoría de los judíos alemanes no se ha asimilado de tal forma que, en realidad, sólo depende de ellos declararse judíos o no? ¿Conocen la anécdota del viejo banquero Renario? Al señor Renario su apellido le suena demasiado judío. Así que lo cambia. Declara: desde ahora ya no soy el señor Renario, desde ahora soy el señor Rinario. El señor Cohn se encuentra en el tranvía al señor Rinario. «Buenos días, señor Renario», dice. Éste contesta: «Disculpe, señor Cohn, ahora mi apellido es Rinario». «Perdón, señor Rinario», dice el señor Cohn. Dos minutos después vuelve a llamarle señor Renario. «Disculpe: Rinario», corrige con énfasis el señor Rinario. «Perdón, perdón», se disculpa vehemente el señor Cohn. Los dos caballeros bajan del tranvía, llevan por un trecho el mismo camino. Al cabo de unos pasos, el señor Cohn pregunta: «Señor Rinario, ¿podría decirme dónde está el “urenario” más cercano?».

El señor Jacques Lavendel se divirtió con la anécdota. El poeta Friedrich Wilhelm Gutwetter no la entendió al principio, se la hizo repetir; luego sonrió alegremente con todo su tranquilo rostro.

—Por lo demás, el caballero —señaló al señor Lavendel ha expresado de forma sencilla lo que pugna por estallar en las gentes de estas latitudes. El imperio de la sobria razón se derrumba. El pueril revoco de la lógica está siendo arrancado. Se avecina una época en la que el gran animal humano, parcialmente subdesarrollado, volverá a encontrarse a sí mismo. Ése es el sentido del movimiento popular. ¿No se sienten felices de asistir a él?

Tranquilo, giró en círculo la cabeza con los radiantes ojos de niño; con la enorme corbata cubriendo el escote del chaleco, parecía, con su anticuada ropa, un reposado clérigo.

Hubo sonrisas a costa del poeta. Pensaba en milenios. Ellos, aquí, tenían que pensar a más corto plazo,

años, meses, y entonces el movimiento popular era un burdo movimiento de agitación atizado por militaristas y partidarios del feudalismo, que especulaba con los bajos instintos de la pequeña burguesía. Así lo veía el cínico profesor Mühlheim, que bromeaba frívolo pero sensato al respecto; de la misma manera, a pesar de todas las precauciones que como inteligentes hombres de negocios tomaban, lo veían los Oppermann, y también las damas Caroline Theiss y Ellen Rosendorff. Hasta que de repente una de las invitadas rompió el agradable ambiente de la velada y tradujo, indignada, al sobrio lenguaje de la cotidianeidad lo que Jacques Lavendel había expresado con agradable cautela y Friedrich Wilhelm Gutwetter con poética abstracción. Fue Ruth Oppermann, una muchacha de diecisiete años, que, silenciosa a lo largo de toda la tarde, estalló de repente ahora:

—Todos tenéis teorías tan espléndidas, lo explicáis todo con tanta sensatez, lo sabéis todo. Los otros no saben nada, les importa un pimiento si sus teorías son estúpidas y llenas de contradicciones. Pero saben una cosa: saben exactamente lo que quieren. Actúan. Hacen algo. Te digo, tío Jacques, y a ti, tío Martin, que *ellos* lo conseguirán, y vosotros seréis los engañados.

Allí estaba, algo desmañada; el vestido azul colgaba feo alrededor de su cuerpo; su madre, Gina Oppermann, no sabía vestirla, sus negros cabellos parecían desordenados a pesar del cuidadoso peinado. Pero sus grandes ojos miraban enérgicos, decididos; desde el rostro de un moreno aceitunado, su discurso era algo más que el de una simple niña.

Los demás habían dejado de hablar, se hizo un total silencio cuando ella terminó; se oyó el fuerte ruido del reloj, que la gente miraba de manera involuntaria, y veía moverse al «ojo de Dios» de izquierda a derecha, de izquierda a derecha. El doctor Edgar Oppermann, el médico, sonreía, con un punto de ironía, pero a la vez orgulloso de su impetuosa hija. En cambio, Gina Oppermann, la madre, una mujer bajita e insignificante, miraba extasiada a Ruth. Ruth ha salido a su padre, seguro que un día va a ser algo grande, igual que él, el gran médico. Ella es muy distinta de las muchachas que la rodean. Sólo hay dos cosas que le interesan: la política y la medicina. Es sionista, ya habla pasablemente hebreo. Estudiará, en Berlín, en Londres, en Jerusalén, y se establecerá como médico en Palestina.

Gustav Oppermann disfruta con su sobrina Ruth. Se burla jovialmente de su sionismo; pero le parece bien que también exista ese matiz en la familia Oppermann. Si no fuera por su vehemencia, por su urgencia, faltaría algo esencial. Su fanatismo la vuelve hermosa. Es lo bastante joven como para poder permitirle extravagancias.

La guapa y rubia Caroline Theiss, de afilada nariz, miraba divertida a la vehemente y fea muchacha. Ellen Rosendorff, en cambio, no sonreía. Es curioso qué gente ha reunido la invitación de Gustav Oppermann. Ellen Rosendorff, alta, esbelta, de piel morena, ojos alargados, conoce a Gustav Oppermann por el club de tenis rojo y blanco, los colores de la bandera imperial alemana. Ama la compañía, el deporte, el coqueteo; su carácter esnob está en estimulante contradicción con su bíblico aspecto. Tiene una afilada lengua, adora los chismorreos malvados. Es una de las jóvenes judías con las que coquetea el príncipe heredero, y es conocida en la ciudad su frase cuando en una ocasión el coche del príncipe, que él mismo conducía, escapó por poco a un accidente: «Conduzca con cuidado, *monsieur*. Imagínese a ambos debajo del coche aplastado, una única masa irreconocible. Impensable: huesos judíos en el mausoleo de Postdam y huesos de Hohenzollern en el cementerio judío de Weissensee». Tampoco emplea un tono distinto con Gustav Oppermann, hablan de las mil cosas banales de las que hablan los berlineses ricos y ociosos, y de nada más. Aun así, lo que los une es más que una fugaz complacencia. Él sabe que su esnobismo es una máscara protectora, que en realidad es una mujer melancólica, atormentada por el ajetreado vacío de su existencia. Y ella conoce ciertas cualidades similares en él, sólo que mucho más enterradas, que Gustav Oppermann no quiere ver. Ahora mira a Ruth Oppermann, seria, curiosa. Si alguien se tomase la molestia, podría convertir sin dificultades a Ruth Oppermann en una berlinesa mundana, pero en la mayoría de los casos sería inútil querer convertir a berlinesas mundanas en Ruth Oppermann.

El doctor Edgar Oppermann, el médico, mantenía una conversación con el director François, del instituto de bachillerato Königin Luise. Edgar, de cuerpo un poco pesado como todos los Oppermann pero elástico, de pelo rubio oscuro, se reía de la necia arbitrariedad de todas las teorías raciales. Cuántas pruebas sanguíneas se han hecho, cuántos cráneos se han medido, cuántos cabellos se han analizado: siempre sin resultado. Edgar Oppermann hablaba con vivacidad, en modo alguno doctrinario, con muchos gestos rápidos; sus manos eran ligeras, menos carnosas que las de los otros Oppermann, las manos de un gran cirujano.

—Nunca he observado —concluyó sonriendo— que la laringe de lo que llaman un ario reaccione a determinados estímulos de distinta manera que la de un semita.

Él no era judío, ni cristiano, ni semita ni ario, él era laringólogo, un científico, tan seguro de lo que

decía que ni siquiera mostraba desprecio, ira o compasión por los teóricos racistas.

El director François asintió vivamente. También él era en primer término un científico, un filólogo, apasionado amante de la literatura alemana; miembro desde hacía largos años de la asociación de bibliófilos, tenía buena amistad con Gustav Oppermann. La naturaleza humana, explicaba, no se ha modificado desde que conocemos la historia. Si se estudia, por ejemplo, el movimiento de Catilina, nos sorprenderá cuánto se parece externamente al movimiento popular. Exactamente los mismos medios de entonces: eslóganes, discursos exaltados, agitación sin escrúpulos, el peor diletantismo.

—Ojalá pronto encontremos también un Cicerón —concluyó. El esbelto caballero, de delicadas mejillas rosadas, severas gafas sin montura, blanca y cuidada perilla, hablaba de manera fluida, ni demasiado deprisa ni demasiado despacio, con frases bien redondeadas, listas para la imprenta. Sin duda habría preferido dedicar su atención a los volúmenes de la biblioteca antes que a las gentes que charlaban a su alrededor. Pero aún con más frecuencia que a los libros, miraba de reojo a una dama ancha y robusta que llevaba un vestido de seda oscura: su esposa. Está bajo estricta vigilancia; si la señora François le pierde de vista por un minuto, seguro que al siguiente le ha encontrado.

No lo tiene fácil con su esposo. Él se deja llevar, dice siempre lo que piensa. Es verdad que el momento parece políticamente tranquilo, pero la señora François no confía en esa paz. Colegas con aspiraciones tienen oídos atentos en todas partes, guardan cada palabra que atrapan. Una vez los populares estén en el poder, una manifestación imprudente hecha hoy puede privarles del cargo y del pan. ¿Qué será entonces de ella y de sus tres hijos? Nadie le pagaría ni para la mantequilla del desayuno por sus estudios sobre la influencia del antiguo hexámetro en el estilo de Klopstock. Pero ese hombre frívolo no tiene oídos para tales consideraciones. Siempre piensa que si se puede probar una afirmación, todo está en orden. Cuando ella le dice que hoy en día no importa la veracidad de una afirmación, y se pone un poco drástica, él levanta la vista al cielo, dulcemente irritado, paciente. «Nubecilla Negra», la llama. Oh, no entiende que ella sólo se atormenta por él; no tiene ningún sentido práctico. La señora François aprieta los labios, con aspecto sombrío. El director François la mira, y enseguida desvía la vista, atemorizado. Nubecilla Negra, piensa.

François desempeñaba sus funciones en el instituto Königin Luise, en cuyo penúltimo curso estaba el hijo de Martin, Berthold. Martin se acercó. Tenía a François por un caballero de concepciones liberales, con el que se podía hablar. Sí, admitió François, en la mayoría de los institutos los alumnos judíos no lo tienen fácil. Pero hasta el momento ha podido mantener la política alejada de su centro. Ahora, desde luego, quieren asignarle a un profesor de Tilsit del que tiene cierto miedo. Se interrumpió ante una mirada de la señora François, que de todos modos difícilmente podía haber oído su declaración.

Entretanto, Jacques Lavendel seguía explicando sus teorías a su cuñada Liselotte y su esposa Klara. Klara, como todos los Oppermann, era ancha, rechoncha. Su gran cabeza de un rubio oscuro, con su pesada frente, miraba concentrada, testaruda, inteligente. Cuando por fin se decidió a casarse con el judío oriental Jacques Lavendel, todos le habían aconsejado que no lo hiciera. Pero a ella se le había metido en la cabeza. Precisamente aquello que molestaba a los otros, que le consideraban falto de modales, la despreocupación con la que expresaba los resultados de su sano entendimiento, su bondadosa astucia, todo en él le atraía. Ella no hablaba mucho, pero tenía opiniones decididas, y las imponía cuando había que hacerlo. También ahora escuchaba en silencio, con sonriente aprobación, lo que Jacques les exponía a ella y a su cuñada Liselotte. Que había visto crecer varios movimientos peligrosos durante años, a veces durante décadas, sin sacar las necesarias consecuencias. Lo que había aprendido de la historia es que era asombroso que los amenazados en cada momento pensaran en ponerse a salvo demasiado tarde. Por qué, maldita sea, tantos aristócratas franceses habían sido tan burros como para dejarse sorprender por la Revolución, cuando hoy cualquier niño de colegio sabía que desde los escritos de Rousseau y Voltaire tenían que haberlo sabido décadas antes.

Martin Oppermann miró a las dos mujeres, que escuchaban atentas y divertidas a Jacques Lavendel. El gran rostro de Liselotte, con sus alargados ojos grises, parecía el doble de luminoso junto a la pesada y ancha cabeza de su cuñada. Estaba allí sentada, fresca y floreciente, el cuello destacaba blanco, muy joven, sobre el pequeño escote del vestido negro. Le sonrió rápida con sus grandes dientes, pero enseguida se volvió otra vez hacia Jacques Lavendel. Martin estaba un poco celoso de su cuñado. Percibía como un leve reproche hacia sí mismo la manera en que Liselotte daba la razón a Jacques. Él ya conoce la fuerza de esos judíos orientales, su desenfrenada ansia de vivir. Cualidades positivas, sin duda: pero ¿es que no le repele a ella la ronca voz de Jacques, su tono penetrante? La ronquera procede de la guerra, del roce de una bala que le hirió la garganta. Lamentable, por supuesto: pero ello no le hace más simpático. Por lo menos no a sus ojos. Desde luego, es más agradable que Liselotte esté a gusto con Jacques que el que sienta repulsión por él. ¿Se puede imaginar un matrimonio mejor que el suyo? Quizá se deba a que él se preocupa tanto de

separar la vida y los negocios. En la Corneliusstrasse no habla de la Gertraudtenstrasse. ¿Por qué iba Liselotte a interesarse por si vende una silla por treinta y seis o por cuarenta y tres marcos? Sin embargo, es una lástima que no se interese por tales cuestiones. Ha recibido con agradable frialdad la noticia de la transformación de las filiales de Oppermann en Alemana de Fábricas del Mueble. Aun así, es una lástima.

También su hermano Edgar ha aceptado el asunto con frialdad. A Gustav le afectará más que a Edgar, Jacques y Liselotte. Es una bendición que tenga tantos otros intereses que le distraigan. En verdad, Gustav es encantador. Seguro que sólo ha invitado a los dos apoderados para darle gusto a él. Gustav lo hace todo con facilidad, es un afortunado.

Martin le reconoce su suerte. También reconoce a Edgar su fortuna y su fama de todo corazón. Para algunos no es tan fácil. Bueno, a él, Martin, le ha tocado tenerlo más difícil. Saca sus lentes, los limpia, los vuelve a guardar. Presa de repentina agitación, va hacia Gustav, le toca ligeramente el brazo, le conduce hasta Klara y Jacques Lavendel. Luego, de forma parecida, trae a Edgar.

Se sientan juntos, los hermanos Oppermann, fuertes, poderosos. Es una época tempestuosa; también a ellos les ha caído algún chaparrón que otro, pero pueden soportarlo, están seguros. Ellos y el cuadro del viejo Immanuel Oppermann juntos; pueden resistir ante ese retrato, no han hecho empalidecer sus colores. Han conquistado su lugar en este país, un buen lugar: pero también lo han pagado. Ahora se asientan sólidos aquí, contentos, seguros.

Los otros vieron al grupo familiar, se percataron y se apartaron de él, de modo que los hermanos Oppermann quedaron sentados a solas.

Sobre todo al apoderado Brieger le gustaba esta marcada familiaridad. Le gustaban todas las formas de solidaridad.

—Cohesión —decía al profesor Mühlheim—, de eso se trata. Felizmente, los judíos tenemos cohesión. Como los monos. Por eso no puede sucedemos nada. Aunque nos tiren cien veces del árbol, hay uno que vuelve a trepar, y los otros, como los monos, nos agarramos a su cola y él tira de nosotros.

Emilie François envidiaba con toda el alma a las mujeres Oppermann por el sentido de la familia que tenían sus maridos. Seguro que con ellos ninguna se arriesgaba a una declaración imprudente que pusiera en peligro mujer e hijos. Ruth Oppermann miraba a su tío con sus grandes y penetrantes ojos. Seguro que un hombre que siente con tanta claridad la cohesión familiar podrá aclararle al fin el contexto más amplio en el que ha nacido.

También Sybil Rauch miraba al grupo de los Oppermann. Estaba allí, esbelta y decidida, sus ojos miraban malévolos y obstinados bajo la alta y testaruda frente de niña; nadie habría podido decir que el cuadro de André Greid era una caricatura. Una curiosa idea de Gustav, la de representar esta escena familiar ante sus amigos. Sentimental. Pequeñoburguesa. Es joven para su edad, tiene buen aspecto, la ama, y ella le aprecia. La ayuda, la comprende, no sabría cómo arreglárselas sin él. Y sin embargo, ahora se demuestra, en realidad es un viejo judío sentimental. Alza la vista hacia Friedrich Wilhelm Gutwetter, sopesándolo. Gustav es diez veces más inteligente, más hombre de mundo. Pero el poeta, de grandes ojos, con su ropa pasada de moda, ridículo y conmovedor a un tiempo, está hecho de una sola pieza. En Gustav todo es múltiple, dividido, todo se asienta capa sobre capa. Está su familia, su ciencia, su deporte, su afecto por ella, con su extraño amor por esa tal Anna al fondo: ¿dónde está el verdadero Gustav?

El verdadero Gustav era completamente feliz. Había bebido, no demasiado, eso no lo hacía nunca, pero lo suficiente como para sentirse ligero; lástima que los otros no vieran lo feliz que era, plenamente y sin reservas. Que disfrutaba de las mujeres, de los amigos, de la familia, de la casa, eso todos podían entenderlo. Que disfrutaba de los libros, de su trabajo para el poeta Gutwetter, de su trabajo en Lessing, podían entenderlo algunos. Pero la felicidad que brotaba del hecho de unir ambas cosas, la posesión de lo uno y lo otro, era un sentimiento de dicha que como mucho sólo comprenderían Mühlheim y François.

Pero aunque los demás no pudieran entenderlo, él quería poner de su parte lo necesario para hacerles todo lo felices que le fuera posible. Decidió servirles el coñac que le había regalado el profesor Mühlheim, el coñac destilado en el mismo año de su nacimiento, 1882.

Schlüter trajo la botella, una botella gigantesca, y las grandes copas abombadas. Pero no se podía beber así, sin más. El apoderado Karl Theodor Hintze insistió en las formas. Sería una vergüenza verter una materia tan valiosa como ese viejo coñac francés de espléndido aroma sin las debidas palabras de introducción. Con su chirriante voz de mando, en medio del silencio general, expresó en concisas palabras el deseo de que los hermanos Oppermann y la firma Oppermann siguieran muchas décadas en el estado de florecimiento y desarrollo, en la prosperidad por así decirlo, en la que ahora los veían. Sólo entonces se pudo beber.

Sybil Rauch se marchó con los otros. Como en todas las ocasiones, se hicieron bromas a costa de su

pequeño y destartalado vehículo. Luego, cuando los demás se hubieron perdido de vista, condujo de vuelta. Había prometido a Gustav quedarse un rato a solas con él.

La habitación estaba llena de humo. Schlüter y Bertha se habían ido a la cama, el personal auxiliar se había marchado. Salieron a la terraza del jardín. Hacía mucho frío, una luna envuelta en la bruma, los pinos de Grunewald se alzaban silenciosos y rígidos. Sybil estaba impresionada ante el cambio producido en el paisaje; pero Gustav lo conocía en todas sus variantes.

Se estremeció en la fría noche. Regresaron, se fueron pronto a la cama. Gustav, con la estrecha y alargada cabeza de Sybil sobre su pecho, yacía cansado, feliz. Bostezando, satisfecho, le contó por cuarta vez lo contento que estaba de que el contrato para la biografía de Lessing le procurase una tarea para los próximos años.

Sybil yacía despierta. Como quería marcharse a casa antes de amanecer, no merecía la pena dormirse. Curiosa, despiadada, ajena, contempló al hombre dormido. ¿Cree él realmente que la biografía de Lessing es una «tarea»? La biografía de Lessing será un grueso volumen. Hay un estrecho tomito de Friedrich Wilhelm Gutwetter: *Las expectativas de la civilización blanca*. Sybil Rauch sacó el labio inferior, despreciativa, como una niña maleducada.

Se levantó, se vistió tiritando ligeramente, en silencio; Gustav dormía.

Fue al despacho; había dejado allí su bolso. En el escritorio había toda clase de papeles. Sybil era una muchacha curiosa. Revolvió en ellos. Encontró una postal: «Muy señor mío. Tome nota para el resto de su vida: “Se nos ha encargado trabajar en la obra, pero no nos ha sido dado culminarla”. Sinceramente suyo, Gustav Oppermann». Sybil contempló la dirección y la firma, leyó la postal dos veces, sonriendo. Su amigo Gustav era un caballero divertido, sabía muchas y buenas verdades. Cuidadosa, dejó los papeles en el desorden en el que yacían inicialmente.

Condujo hacia su casa en su pequeño y gastado descapotable, a través de la fría noche. Su amigo Gustav es uno de los que han alcanzado el éxito, sin duda. Se ha podido ver hoy, cuando ha organizado la exposición de lo que le hace rico y feliz. Sybil Rauch era una muchacha inteligente y escéptica, escéptica incluso respecto a sí misma; no sobreestimaba su talento. Sabía que sus pequeñas y bonitas historias estaban cinceladas con más pulcritud que la media, no se ponía las cosas fáciles, tenía su propio tono. Pero su secreta ambición era escribir algo más grande, una gran obra épica, un espejo de su tiempo, una novela. «Se nos ha encargado trabajar en la obra, pero no nos ha sido dado culminarla». Tome nota, señora. Toma nota, Sybil.

Probablemente su amigo Gustav podrá terminar su biografía de Lessing. Sonrió, silenciosa y perversa. No le envidiaba.

En el penúltimo curso del instituto Königin Luise, durante la pausa de cinco minutos entre la clase de matemáticas y la de lengua alemana, los estudiantes estaban sumidos en excitadas discusiones. La autoridad había decidido quién iba a sustituir al doctor Heinzius, fallecido en tan tristes circunstancias, y su elección había recaído definitivamente en el doctor Bernd Vogelsang, hasta ahora catedrático del instituto de Tilsit, el hombre al que, en la fiesta de cumpleaños de Gustav Oppermann, el director François había declarado tener cierto miedo. Los estudiantes esperaban curiosos a su nuevo tutor; para cada uno de ellos era importante el tipo de hombre que éste fuera. En general, para los jóvenes berlineses era un banquete tener que vérselas con profesores de provincias. Se sentían superiores a ellos de antemano. ¿Qué podía saber de la vida un hombre de Tilsit? ¿Acaso había allí un palacio de deportes, un ferrocarril metropolitano, un estadio olímpico, un aeropuerto como el de Tempelhof, un Lunapark, una Friedrichstrasse? Además, los estudiantes ya sabían que el doctor Vogelsang tenía fama de nacionalista. El nacionalismo no era popular en el instituto Königin Luise, bajo el mandato del suave y liberal director François.

El estudiante Kurt Baumann cuenta por centésima vez una anécdota del instituto Kaiser Friedrich. Allí, los colegiales habían enseñado hábilmente lo que valía un peine al catedrático nacionalista Schulte. En cuanto empezó con sus proclamas, comenzaron a ronronear con la boca cerrada. Habían entrenado durante días, de forma que el intenso ronroneo cubrió la voz del profesor, sin que los rostros de los chicos dejaran traslucir nada. Al principio, el profesor Schulte creyó que la causa del ruido era un avión. Le habían reforzado en esa opinión. Pero cuando el avión empezó a aparecer regularmente en cuanto él comenzaba a derramar sus mieles patrióticas, se olió la tostada. Sólo que guardaron el secreto. Trabajaron con todas sus fuerzas en descubrir la causa del ruido, se perdieron en mil suposiciones. ¿Sería la calefacción central, las tuberías del agua, habría alguien en el sótano? Consiguieron que el caballero se inquietase. El catedrático nacionalista Schulte era un hombre nervioso, sensible. Cuando el ronroneo se puso en marcha por cuarta vez rompió a llorar, volviéndose hacia la pared. Después, naturalmente, cuando la dirección tomó las

riendas del caso, los nacionalistas de la clase rompieron el pacto de silencio, y los cabecillas de la revuelta fueron castigados. Aun así, los jóvenes del instituto Kaiser Friedrich habían conseguido mucho. El método también era aplicable en el instituto Königin Luise, si ese señor de Tilsit intentaba molestar a alguien.

Heinrich Lavendel no creía que el método se pudiera utilizar. Estaba sentado en el tablero de su pupitre, vigoroso, rubio, columpiando las piernas alternativamente a modo de gimnasia. A pesar de ser bastante bajito, Heinrich Lavendel tenía un aspecto más sano, más robusto que la mayoría de sus compañeros. Casi todos ellos estaban pálidos y olían a cerrado; su delicada piel estaba fresca y bronceada, dedicaba todo su tiempo de ocio a hacer ejercicio al aire libre. Mirando interesado las puntas de sus pies, que se alzaban y bajaban uno tras otro, dijo lentamente:

—No, no servirá de nada. Quizá funcione la primera y la segunda vez; a la tercera te cogen.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Kurt Baumann, levemente ofendido.

Heinrich Lavendel dejó de columpiar las piernas, miró a su alrededor, abrió los labios muy rojos y dijo con ligereza, encogiendo los anchos hombros:

—Resistencia pasiva, muchacho. Eso es lo único adecuado.

Berthold miró pensativo, con sus grises y audaces ojos, a su primo Heinrich Lavendel. Para él era fácil. En primer lugar era americano, a veces aún se le escapaba en el discurso alguna palabra inglesa de sus primeros años, y en segundo lugar, era insustituible como portero del equipo de fútbol, dos hechos que tenían que impresionar a un profesor nacionalista. Para Berthold, la cosa era más difícil. No sólo porque el nuevo enseñaba lengua alemana e historia, las asignaturas favoritas de Berthold, sino sobre todo porque dependía de ese hombre que pudiera tener lugar su querida exposición sobre el humanismo.

En torno al estudiante Werner Rittersteg se había formado un grupo. Seis o siete chicos, los nacionalistas de la clase. Hasta el presente no lo habían tenido fácil, pero ahora comenzaba su gran momento. Juntan las cabezas. Cuchicheos, risas, gestos solemnes. El catedrático Vogelsang está en la dirección nacional de los «Jóvenes Águilas». Gran acontecimiento. Los Jóvenes Águilas son una asociación juvenil secreta, rodeada por un aura de aventura y misterio. Se practica la hermandad de sangre, existe un tribunal de honor; quien revela aunque sea lo más mínimo de los acuerdos es cruelmente castigado. Todo es emocionantísimo. Seguro que el profesor Vogelsang captará a alguno.

Entre tanto, el profesor Bernd Vogelsang se encuentra en el despacho del director François. Está sentado rígido, no está reclinado, las manos rojizas, recubiertas de un plumón de pelitos rubios, afirmadas en los muslos, los ojos azul pálido fijos en François, esforzándose en defenderse con la menor cantidad posible de movimientos.

El director François mira involuntariamente el sable al costado de su nuevo profesor. Bernd Vogelsang no es alto; suple su falta de presencia con una redoblada energía. Un bigotito trigueño separa la parte superior y la inferior del rostro, un largo tajo corta la mejilla derecha, una rígida raya los cabellos.

Ya dos días antes, cuando se presentó al director François, el centro no causó buena impresión a Bernd Vogelsang. Lo que ha visto hasta ahora confirma sus tristes presentimientos. De todo el personal del instituto, sólo le gustó uno: Pedell Mellenthin. Se había puesto en posición de firmes ante el nuevo catedrático. «¿Sirvió usted?», había preguntado Bernd Vogelsang. «En el 94 —había respondido Pedell Mellenthin—, herido tres veces». «Está bien», había respondido Vogelsang. Pero, hasta ahora, ése era el único punto a favor. Por culpa de semejante blandengue, el tal François, el instituto está completamente echado a perder. Menos mal que ahora él, Bernd Vogelsang, aparecía para poner la casa en orden.

El director François le sonreía amablemente desde detrás de su perilla blanca. La señora François le había dado instrucciones de ser cauteloso, de quedar bien con el nuevo. Éste no se lo ponía fácil al señor François. La entrecortada forma de hablar, la escueta, abrupta y a la vez hinchada construcción de las palabras, el gastado vocabulario de editorialista de prensa, todo eso le repugnaba profundamente.

El nuevo se había vuelto, con un espasmódico movimiento, hacia un hermoso y antiguo busto de mármol, una fea cabeza inteligentísima, la del escritor y erudito François-Marie Arouet, Voltaire.

—¿Le gusta el busto, querido colega? —preguntó cortésmente el director.

—Me gusta más el otro —declaró sin rodeos el nuevo en su marcado y graznante prusiano oriental, señalando al rincón opuesto, al busto de otro hombre feo, la cabeza del escritor y rey prusiano Federico de Hohenzollern. Puedo entender, señor director —prosiguió—, por qué ha enfrentado al gran rey con su contrario. Aquí el hombre espiritual en toda su grandeza, allí la bestia intelectual en toda su miseria. La dignidad del hombre alemán resalta precisamente por el contraste. Pero permítame confesarle abiertamente, señor director, que me resultaría desagradable tener que ver todo el día la fea cara de ese güelfo.

El director François siguió sonriendo, forzadamente cortés. Le resultaba difícil trabar contacto con el

nuevo profesor.

—Creo —dijo— que es hora de que le presente a su clase.

Los alumnos se pusieron en pie cuando los dos caballeros entraron. El director François pronunció unas cuantas frases, habló más del fallecido profesor Heinzius que de Vogelsang. Respiró cuando la puerta se hubo cerrado entre él y el nuevo.

Durante el discurso del director, el profesor Vogelsang se había mantenido en posición de firmes, pecho fuera, los ojos azul pálido fijos hacia delante. Ahora se sentó, sonrió, se esforzó en resultar coloquial:

—Bueno, chicos —dijo—, ahora veremos cómo nos las arreglamos juntos. Enseñadme lo que sabéis.

Al primer vistazo, el nuevo profesor no había gustado a la mayoría de los estudiantes. El cuello alto, el brío convulsivo no les gustaban. Provincias, lo más oscuro de provincias, se habían dicho. Pero sus primeras palabras no carecieron de habilidad, no era un mal tono para el penúltimo curso.

Se añadió a favor de Vogelsang que estaban leyendo en ese momento *La batalla de Hermann*, de Grabbe, obra de un semiclásico de la primera mitad del XIX, tosca, intelectualmente pobre, pero llena de auténtica impetuosidad, muy gráfica a veces. La batalla de Hermann contra los romanos, la grandiosa entrada de los alemanes en la historia, la primera gran victoria de los alemanes sobre los güelfos, era uno de los temas favoritos de Bernd Vogelsang. Estableció comparaciones entre los poemas a Hermann de Grabbe, de Klopstock, de Kleist. Hizo pocas preguntas, se lanzó a hablar. No era ningún amante de las sutilezas, no le importaban los matices, como al fallecido profesor Heinzius, trataba de contagiar su entusiasmo a los chicos. Ocasionalmente, dejó que tomaran la palabra. Se mostró confiado; quería saber hasta qué punto estaban familiarizados con la lírica patriótica. Uno mencionó el impetuoso himno de Kleist *Germania a sus hijos*.

—Grandioso poema —se acaloró Vogelsang. Conocía el poema de memoria, citó alguno de los poderosos versos de absurdo odio contra los güelfos:

Todos los pastos, todos los lugares
iréis a blanquear con vuestros huesos;
lo que el cuervo y el zorro despreciaron
lo daréis a los peces;
alborea el Rin con vuestros cadáveres;
dejad que, en el recipiente de vuestro esqueleto,
los ablande espumeante en torno al castillo imperial,
¡y formaréis con ellos la frontera!
¡Placentera cacería, como cuando los arqueros
se lanzan tras el rastro de los lobos!
¡Matadlos! ¡El juicio universal no os preguntará
vuestros motivos!

Vogelsang celebró en éxtasis los versos del odio. La cicatriz que dividía su mejilla derecha enrojeció, pero el resto del partido rostro se mantuvo rígido como una máscara mientras las palabras brotaban entre su alto cuello y su bigotito blanquecino. Sonaban extrañas en su marcado prusiano oriental. El personaje entero era un poco ridículo. Pero los chicos de Berlín tienen buen oído para lo que es sincero y lo que es convulsivo. Los alumnos de penúltimo curso percibieron muy bien que ese hombre que tenían delante, por divertido que fuera su aspecto, hablaba de corazón. No se rieron, miraron más bien perplejos, curiosos, a ese hombre, su profesor.

Cuando sonó el timbre, Bernd Vogelsang tenía la impresión de haber triunfado en toda la línea. Había puesto fin al penúltimo curso de un instituto berlinés liberal y rebelde. El director François, ese blandengue, va a llevarse una sorpresa. Sin duda que la clase está ya devorada por el veneno disgregador del intelectualismo berlinés. Pero Bernd Vogelsang está lleno de confianza: sabrá acunar al niño.

En la siguiente pausa de un cuarto de hora, llama a los dos alumnos que tienen que presentar las dos próximas exposiciones para debate. El discurso es más importante que la escritura, considera sagrada esa tesis del caudillo de los populares, se toma muy en serio las exposiciones para debate. Con el primer alumno se entiende con facilidad. Quiere hablar acerca de los nibelungos, del tema: «¿Qué podemos aprender las gentes de hoy de la lucha de los nibelungos contra el rey Atila?». «Bien —dice Vogelsang—. Podemos aprender unas cuantas cosas».

Pero ¿qué quiere este otro, el de los ojos grises? ¿«El humanismo y el
siglo XX
»? Mira al de los ojos grises. Un tipo alto, llamativo; el pelo negro y los ojos grises no concuerdan. En

Berlín, un chico así puede hacer un buen papel: en un equipo de jóvenes, marcando el paso; apesta.

—¿Cómo? —pregunta el profesor Vogelsang—. ¿«El humanismo y el siglo XX»? ¿Cómo vamos a discutir de manera fructífera sobre un tema tan gigantesco en una hora escasa?

—El profesor Heinzius me dio algunas indicaciones —dice con modestia Berthold, atenuada la hermosa, varonil y profunda voz.

—Me sorprende que mi predecesor haya aceptado temas de un carácter tan general —prosigue el profesor Vogelsang, su voz suena áspera, chirriante, agresiva.

Berthold calla. ¿Qué va a replicar? El profesor Heinzius, que seguramente habría tenido unas cuantas cosas que decir, yacía en el cementerio de Stahnsdorf, él mismo había echado una paletada de tierra sobre el ataúd; no podía ayudarle.

—¿Lleva mucho tiempo dedicado a ese trabajo? —siguió preguntando la voz chirriante.

—Casi he terminado la exposición —respondió Berthold. Iba a hacerla la semana que viene —añadió, casi como una disculpa.

—Lo siento —dijo Vogelsang, muy cortés por otra parte. No me gustan los temas tan generales. No quiero aceptarlos por razones de principio.

Berthold se contiene, pero no puede evitar que su carnoso rostro se estremezca un poco. Vogelsang se da cuenta, no sin cierta satisfacción. Para ocultarla, repite:

—Lamento que haya desperdiciado usted tanto esfuerzo. Pero: *principiis obsta*. Al fin y al cabo, todo trabajo tiene su recompensa en sí mismo.

La verdad es que Berthold se ha puesto un poco pálido. Pero el otro tiene razón, es cierto que no se puede despachar el humanismo en una hora escasa. Ese Vogelsang no le cae simpático a Berthold, pero es un tipo de una pieza, lo ha demostrado durante la clase.

—¿Qué tema me propondría usted, profesor? —pregunta. Su voz suena ronca.

—Veamos —reflexiona el profesor Vogelsang. Por otra parte, ¿cómo se llama usted? —se interrumpe.

Berthold Oppermann da su nombre. Ah, piensa el profesor, ahora está todo claro. De ahí el extraño tema. El apellido ya había llamado su atención en las listas de clase. Hay Oppermann judíos, y hay Oppermann cristianos. No hace falta rascar mucho: el judío, el disgregador, el enemigo, se revela enseguida a los ojos del experto. Humanismo y siglo XX. Siempre se ocultan bajo la máscara de las grandes palabras.

—¿Qué le parecería —dice con ligereza, con camaradería, pues hay que estar doblemente en guardia frente a este peligroso joven— una exposición sobre Hermann el Alemán? ¿Qué opina, por ejemplo, del tema: «¿Qué significa hoy para nosotros Hermann el Alemán?».

El profesor Vogelsang está sentado inmóvil ante su mesa, la mirada fija en el muchacho. ¿Quiere hipnotizarme?, piensa éste. Hermann el Alemán. Se dice Hermann el Querusco, hombre. Por lo demás, Hermann el Querusco o Hermann el Alemán, me importa un cuerno. No me interesa. Mira esforzadamente el dividido rostro del profesor, la abrupta raya del pelo, los ojos rígidos de un azul pálido, el alto cuello. No me interesa. No me importa. Pero si digo que no, seguro que le parecerá cobardía. El humanismo le resulta demasiado general. Hermann el Alemán. Sólo quiere desafiarme. Claro, hombre. Voy a decir que lo pensaré. Entonces él responderá: hágalo, muchacho, y sonará como si dijera: escaqueado. ¿Soy un escaqueado?

—¿Qué significa hoy para nosotros Hermann el Alemán? —repite la voz chirriante de Vogelsang. ¿Qué opina usted, Oppermann?

—Bien —dice Berthold.

La palabra aún no ha terminado de resonar cuando ya quisiera retirarla. Tendría que haber dicho: lo pensaré. Quería decirlo. Pero es demasiado tarde.

—De acuerdo, entonces —reconoce Vogelsang. Ha sido un buen día para él, ha salido victorioso de esta entrevista.

Cuando los otros le preguntaron, en la siguiente pausa, cómo le había ido con el nuevo jefe, Berthold se mostró parco.

—Mitad y mitad. Habrá que ver —no dijo nada más.

Solía hacer un buen trecho del camino a casa junto a Heinrich Lavendel. Los dos muchachos pedaleaban, con los libros y cuadernos sujetos al manillar con una correa de cuero, ora juntos, con una mano en el hombro del otro, ora separados por el tráfico.

—Ha tirado por tierra mi exposición —dijo Berthold.

—Demonios —dijo Heinrich. Ese cerdo. Va a por ti. Es la pura maldad personificada.

Berthold no respondió. Los coches los separaron. En el siguiente semáforo en rojo volvieron a reunirse. Estaban muy juntos, cada uno con un pie en el suelo, aprisionados entre los coches.

—Me propuso: «¿Qué significa Hermann el Alemán para nosotros?» —dijo Berthold.
—¿Has aceptado? —preguntó, entre los pitidos de los coches, Heinrich.
—Sí —dijo Berthold.
—Yo no lo habría hecho —dijo Heinrich. Ten cuidado, sólo quiere desafiarte.
Amarillo, verde, empezaron a pedalear.
—¿Tienes idea de qué aspecto puede haber tenido? —preguntó Berthold.
—¿Quién? —preguntó Heinrich, que pensaba en el entrenamiento de fútbol de esa tarde.
—Hermann el Querusco, naturalmente —dijo Berthold.
—Habrá sido un «indio» feo como todos los demás —declaró Heinrich.
—Piensa en ello —pidió Berthold.
—*Okay* —dijo Heinrich; a veces, cuando quería ser cariñoso, le venían las palabras de su infancia. Luego, sus caminos se separaron.

Berthold luchó con su tema. Aquello era un gran combate, y el profesor Vogelsang el enemigo. Vogelsang había conseguido elegir el campo de batalla, tenía el sol y el viento a su favor, conocía el terreno mejor que Berthold. Vogelsang era astuto, Berthold era valiente y duro.

Se inclinó caviloso sobre los libros que se ocupaban de su tema, sobre Tácito, Mommsen, Dessau. ¿Hizo realmente algo Hermann el Querusco? Maldito de lo que le sirvió la victoria. Dos años después los romanos volvían a estar en el Rin; recuperaron dos de las tres águilas perdidas por sus legiones. Todo aquello fue una guerra colonial, una suerte de rebelión bóxer con la que los romanos acabaron con rapidez. Hermann, vencido por los romanos, fue asesinado por sus propios compatriotas; su suegro contempló desde el palco imperial cómo los romanos paseaban en triunfo a la mujer de Hermann y a su hijo.

¿Qué significa Hermann el Alemán para nosotros? Las consideraciones generales no le servían de nada a Berthold. Tenía que tener imágenes, algo aprehensible. La batalla. Las legiones. Una legión son alrededor de seis mil hombres, de diez a veinte mil si se suman la impedimenta y los accesorios. Ciénagas, bosques. Tiene que haber sido como en Tannenberg. Un círculo de carromatos, niebla hirviente. Los alemanes pusieron ante todo en la parrilla a juristas romanos, los reservaron para matarlos como mártires escogidos. Los alemanes, leyó Berthold en el historiador nacionalista Seeck, consideraban que el Derecho Público iba contra el honor individual. No querían Derecho alguno. Ésa fue la principal razón de su revuelta.

Habría que saber qué aspecto tenía Hermann. Enseguida se le había ocurrido a Berthold. Trataba con esfuerzo de hacerse una imagen de él. El monumento del bosque de Teutoburgo, sólo un gran pedestal, y una estatua impersonal encima, no servía para nada.

—Oye, tu Hermann no era tonto —le dijo Heinrich Lavendel. Esos boys tienen que haber tenido una forma de inteligencia distinta de la nuestra. Una especie de inteligencia «india». Era astuto, eso seguro.

Probablemente tendría la astucia nórdica, pensó Berthold, de la que tanto se habla ahora. El profesor Vogelsang también la tiene.

Berthold yacía despierto en mitad de la noche, era algo que ahora le ocurría a menudo; no tenía encendida más que la lampara de la mesilla. El papel de la pared presentaba un delicado diseño, cien veces repetido, un pájaro fantástico posado en un aro colgante. Si se cerraban los ojos, la línea que describía el vientre del pájaro unida a la línea del aro colgante trazaba los contornos de un rostro. Sí, ahora lo tenía: ése es el rostro de Hermann. Frente ancha, nariz plana, larga boca, la mandíbula corta, pero fuerte. Berthold sonrió. Ahora tenía a su hombre. Ahora era superior al profesor Vogelsang. Se durmió complacido.

Hasta ahora, salvo con Heinrich Lavendel, Berthold no había hablado con nadie de sus dificultades. Desde ese momento, su silencio se trocó en lo contrario. Sólo ante sus padres siguió callando. Sin duda advertían que el chico estaba excitado, pero sabían por experiencia que si se le preguntaba, sólo se conseguía volverlo obstinado. Así que esperaron a que hablara cuando él quisiera.

Pero Berthold habló con muchos otros, y escuchó muchas opiniones. Ahí estaba, por ejemplo, el chófer Franzke, hombre con experiencia en la vida. Para él la batalla del bosque de Teutoburgo ya no era un problema.

—Está claro, hombre —zanjó. Entonces el nacionalsocialismo aún tenía por así decirlo su justificación.

Jacques Lavendel en cambio declaró que los bárbaros habían cometido en su momento el mismo error que los judíos setenta años después: emprender una rebelión sin esperanzas contra una superpotencia tan bien organizada.

—Una cosa así nunca puede salir bien —concluyó, con la cabeza inclinada, los párpados muy cerrados sobre los azules ojos.

Mucho más simpática que esta sobria interpretación le resultó a Berthold la opinión de su tío Joachim.

Berthold miraba con respeto y cariño a Joachim Ranzow, el hermano de su madre. El jefe de sección ministerial Ranzow, delgado, alto, atildado, medido en las palabras y en su carácter, se había ganado el corazón del joven al tratarlo como a un adulto. Lo que el tío Joachim dijo sobre el problema de Hermann el Alemán fue romántico. Berthold no lo entendió del todo, pero le impresionó.

—Sabes, muchacho —dijo el tío Joachim, sirviéndole cuidadoso con su larga mano un fuerte aguardiente—, que al final la cosa terminara mal no demuestra nada. «Uno pregunta qué será lo mejor / Otro, qué está bien / Y en eso se distinguen / El hombre libre y el esclavo». Hermann tenía razón. No sólo con la rebelión, también con el peligro de la ulterior derrota, los germanos supieron lo que son, cristalizaron, se vivieron a sí mismos. Sin esa rebelión jamás habrían entrado en la historia, se habrían disuelto en la historia de los otros. Sólo a través de Hermann alcanzaron su nombre, están ahí. Y lo que cuenta es sólo el nombre, la fama. Carece de interés saber cómo era el verdadero César: lo que vive es el mito de César.

Así que, si Berthold lo había entendido bien, no sólo importaba el verdadero rostro de Hermann, sino que también el rostro de la estatua del bosque de Teutoburgo representaba un papel. Así que no bastaba con tener el rostro de Hermann. Eso inducía a confusión. Aún estaba muy lejos de la meta.

Una conversación incidental con su prima Ruth Oppermann no contribuyó a simplificar las cosas. Ruth Oppermann le trató con altanería, como a un niño pequeño crecido en falsas concepciones. Pero él era joven, tenía que ser posible librarlo de los prejuicios, aclararle la verdad, que al fin y al cabo era tan sencilla. Se esforzó en salvarlo con todas sus fuerzas. Siempre que Berthold veía a esa fea muchacha de vehementes modales se irritaba. Aun así, no hacía más que buscar nuevas oportunidades de discutir con ella. Desde luego, su lógica era débil, pero sus objetivos se adecuaban a ella; era un carácter, era auténtica.

Para Ruth Oppermann, la acción de Hermann había sido la única posible. Hizo lo que unos siglos antes habían hecho los macabeos, se resistió contra los opresores, los echó del país. ¿Qué otra cosa se puede hacer con los opresores?

Viéndola allí, con los grandes ojos chispeantes en el rostro moreno, los cabellos como siempre un poco desordenados, Berthold no pudo por menos de pensar en las mujeres germanas, que fueron con sus hombres a la batalla para defender el círculo de carros. Eran rubias aquellas mujeres alemanas, naturalmente, su piel era clara, sus ojos azules; pero también sus cabellos estaban probablemente algo desordenados, sus ojos eran grandes y salvajes, su expresión era quizá la misma.

Su prima Ruth tenía razón, tío Joachim tenía razón, él mismo, Berthold, admiraba a Hermann. Lo perturbador era que por desgracia también el tío Jacques Lavendel tenía razón en que, realmente, al final no habían servido de nada todas las victorias de Hermann.

Por lo demás, el enemigo, el profesor Vogelsang, se comportó de manera impecable en las semanas previas a la exposición de Berthold. Bernd Vogelsang no quería apresurar los acontecimientos. El instituto Königin Luise era un terreno peligroso, había que proceder con cautela, con astucia nórdica. Vogelsang presentía adversarios en todos los estudiantes, sondeaba. De todo el penúltimo curso, por el momento, sólo encontraba a dos dignos de ingresar en las filas de sus Jóvenes Águilas. Max Weber y Werner Rittersteg.

Werner Rittersteg, pálido y de aspecto enfermizo, con una voz chillona, era el más alto del penúltimo curso. Sus compañeros se referían a él como Larguirucho. El profesor Vogelsang le había impresionado desde el principio. Había puesto sus ojos saltones con tan canina devoción en el nuevo profesor, que enseguida había llamado su atención. Bernd Vogelsang apreciaba la sumisión ciega a la autoridad; para él era lealtad varonil. Concedió al estudiante Rittersteg la admisión en los Jóvenes Águilas.

Hijo único de padres acomodados que querían hacer de su chico algo grande, hasta ahora Werner Rittersteg jamás había destacado entre los demás, a pesar de su altura. Medianamente dotado, lento de juicio, no había prosperado bajo la tutoría del profesor Heinzius. La admisión en los Jóvenes Águilas fue el primer gran éxito de su vida. Su estrecho pecho se hinchó. El profesor Vogelsang le había elegido a él, y desechado a los otros, con una única excepción.

No cabía duda de que el secreto que rodeaba a los Jóvenes Águilas, a su hermandad de sangre, a sus extraños y secretos ritos, su tribunal de honor, atraía mucho a los restantes colegiales, de forma que envidiaban a Weber y Rittersteg. Incluso el sobrio Heinrich Lavendel había dicho, al enterarse de la admisión de ambos: *Lucky dogs*.

El Larguirucho habría deseado que Heinrich Lavendel no se conformara con semejante exclamación. Precisamente a ese compañero le habría gustado causarle impresión. Le envidiaba y admiraba por la fuerza y agilidad con las que sabía mover, revolver, acelerar su corto y robusto cuerpo. A su torpe manera, trataba constantemente de ganarse la amistad de Heinrich. Incluso había aprendido inglés en su honor. Pero, a

pesar de todo, cuando un día le saludó con las palabras: *How are you, old fellow*?, Heinrich se mantuvo frío. A Rittersteg le carcomía que su gran éxito no cambiara nada esa frialdad.

Aparte del nombramiento de los dos Jóvenes Águilas, no ocurrió nada digno de mención en el penúltimo curso. Los estudiantes pronto se acostumbraron a su primer jefe nacionalista. No era especialmente popular, pero tampoco impopular; era un profesor como todos los demás, no hubo más movimiento a su alrededor. Rápidamente, las fenomenales hazañas futbolísticas de Heinrich Lavendel volvieron a ser más interesantes que las ocasionales manifestaciones nacionalistas del profesor Vogelsang.

También el director François se tranquilizó. Suave, calmo, seguía sentado en el gran despacho de la dirección, entre los bustos de Voltaire y Federico el Grande. Habían pasado casi tres semanas, y no había ocurrido ningún incidente. Solamente una cosa le preocupaba: el espantoso alemán del señor Vogelsang, ese neoalemán nacionalista tieso, acartonado, de artículo de fondo. Por la noche, cuando se iba a dormir, sentado en la cama, mientras se bajaba cuidadosamente los tirantes, se quejaba a su esposa:

—Echará a perder todo lo que les he dado a los chicos. Pensar y hablar es una misma cosa. Durante siete años nos hemos esforzado en enseñar a los chicos un alemán directo y claro. Ahora el ministerio lanza a esos teutones sobre ellos. Se puede conformar el cráneo de un recién nacido como se quiera, para que sea ancho o alargado. ¿Estará el alemán de esos chicos lo bastante asentado como para resistir al antialemán convulsivo y confuso? Sería una pena que salieran al mundo y les faltaran, junto con las palabras claras, conceptos claros.

Sus amables ojos miraban preocupados por los gruesos cristales de las gafas sin montura.

—Eso no importa ahora, Alfred —declaró resuelta la señora François. Alégrate de haberte entendido bien con él hasta el momento. Hoy en día no se puede ser lo bastante cauteloso.

La señora de Pedell Mellenthin estaba decepcionada. Según lo manifestado por su marido, había esperado que el nuevo se distinguiera enseguida por una gran acción. Pero Pedell Mellenthin no se dejaba arrebatar tan pronto su buena opinión:

—Tannenberg tampoco se ganó en un día —dijo. Llegará lejos —declaró con énfasis. La señora Mellenthin se tranquilizó y repitió la opinión de su esposo; porque tenía buen olfato, y olía cualquier viento con dos días de antelación.

A las once y veinte el señor Markus Wolfsohn, vendedor de Muebles Oppermann, sucursal de la Postdamer Strasse, había empezado a atender a la señora Elsbeth Gericke, que quería comprar a su marido una silla por Navidad. No estaba segura de si una silla o un sillón; lo único que sabía con certeza era que tenía que ser un mueble especialmente destinado a su esposo. El señor Wolfsohn le había enseñado sillas y sillones de todo tipo. Pero la señora Gericke era una dama con escasa capacidad de decisión. Además, semejante compra era para ella una fiesta que había que disfrutar el mayor tiempo posible; le gustaba que se ocuparan tan intensamente de ella. Y el señor Wolfsohn así lo hacía. El señor Wolfsohn era un buen vendedor, el servicio al cliente era para él la misión de su vida.

A las once y cuarenta y seis la cosa estaba hecha. Había picado, el señor Wolfsohn lo advirtió con la mirada experta de muchos años de psicólogo comercial. La señora Gericke, a pesar del tiempo y la elocuencia que había empleado en ella, era un golpe de suerte para él. Porque aquello en lo que había picado era el sillón barroco modelo 483. Hacía cinco años, en las fábricas Oppermannn se había producido una gran serie de ese sillón barroco modelo 483. A costa de él, dicho sea de paso, casi se había producido un enfrentamiento entre los jefes. El director general, el doctor Gustav, por lo demás un caballero muy tratable que no se inmiscuía en los negocios, había calificado el sillón barroco modelo 483 como de un mal gusto comprometedor, y en realidad éste había sido el motivo para constituir el Departamento de Arte y para el nombramiento del doctor Frischlin. Por lo demás, al vendedor Markus Wolfsohn le había gustado el sillón modelo 483; era opulento, y la clientela pequeñoburguesa de la casa Oppermann gustaba de un cierto boato. Sea como fuere, el modelo no había tenido éxito. El sillón ocupaba mucho espacio y las viviendas eran pequeñas; había sillones menos amplios, más baratos, en los que se podía uno sentar más cómodo; a pesar de todos los esfuerzos, no se había logrado ganar el corazón de la clientela para el sillón barroco. Las piezas fueron vendidas con pérdidas, a la mitad de su precio originario, y los vendedores que se deshacían de ellas obtenían una prima del cinco por ciento.

Y ahora el señor Wolfsohn estaba a punto de deshacerse de una de esas piezas. En términos elocuentes, explicó lo mucho que se distinguía de inmediato cualquier habitación adornada por el sillón barroco. Había invitado a la señora Gericke a probar lo cómodo que era; no había podido por menos de observar de pasada lo distinguida que resultaba precisamente ella en ese sillón.

A las doce lo había conseguido. La señora Gericke se declaró dispuesta a adquirir el sillón barroco

modelo 483 al precio de noventa y cinco marcos.

El señor Markus Wolfsohn había perdido pues ocho minutos de su tiempo para comer, que empezaba a las doce y terminaba a las dos. Pero no lo lamentaba. Al contrario, se sentía muy animado. Había tenido el presentimiento de que esa difícil clienta mordería al final el anzuelo del sillón barroco modelo 483, ese viejo invendible. Las doce y ocho, ocho minutos perdidos. Pero cuatro marcos setenta y cinco ganados. Convertido a minutos, significaba cincuenta y nueve céntimos por minuto. Una hermosa ganancia. Si le pagaran así todos los minutos, sacrificaría gustoso todo su tiempo para comer.

El señor Wolfsohn se apresura a ir al café Lehmann, donde suele pasar la pausa de la comida. Antes compra la edición del mediodía del *Berliner Zeitung*. También tienen el *BZ* en el café Lehmann, pero siempre lo está leyendo alguien, y hoy, tras el golpe de suerte con la compradora del sillón barroco, puede permitirse su propio *BZ*. Encuentra el asiento junto a la ventana que le gusta, desenvuelve los bocadillos que su mujer le ha dado, se toma a sorbitos su café muy caliente. El señor Lehmann, el propietario, acude en persona a la mesa.

—¿Todo en orden, señor Wolfsohn? —inquiere.

—Todo en orden —confirma el señor Wolfsohn.

Masticando, sorbiendo, sobrevuela con la vista el periódico. El número de parados aumenta; espantosa, esta crisis. Desde luego, a él personalmente no le asusta. Lleva veinte años en la casa Oppermann, está asentado. A pesar de la crisis, hoy ha vuelto a conseguir una prima de cuatro marcos con setenta y cinco. Es la séptima vez en el actual mes de noviembre que consigue una prima. Está satisfecho de sí mismo.

Mientras hojea el periódico, el señor Wolfsohn se mira en el espejo. No se hace ilusiones. Tiene un aspecto pasable, pero hay colegas que lo tienen mejor. Desde el espejo le mira un caballero más bajito que alto, de rostro moreno, ojos negros y ágiles, cabello negro peinado a raya, muy graso, un bigotito negro, que aspira sin mucho éxito a ser elegante. La preocupación del señor Wolfsohn son sus dientes pequeños, separados, cariados. Sobre todo es el hueco de arriba, en el centro, el que molesta. El seguro se ha mostrado dispuesto a implantarle un diente. Un compañero de la peña de ahorradores Los Arenques Feos, el dentista Hans Schulze, le ha explicado que sería mucho mejor hacerlo por medio de lo que se llama un puente. Pero el seguro no quiere pagarlo, para eso tendría que rascarse su propio bolsillo. Podría costarle unos ochenta marcos. El arenque feo Hans Schulze lo haría por setenta, por pura fraternidad; quizá el señor Wolfsohn pueda incluso hacerle bajar hasta sesenta y cinco. Setenta marcos es mucho dinero, pero los gastos en el propio cuerpo son los más justificados. Lo que se pone uno en la boca lo lleva consigo toda la vida, hasta el día del Juicio Final. Si le quedan treinta y cinco años de vida, los gastos se reducen a unos dos marcos al año, unos ocho marcos a interés compuesto. Cuatro marcos setenta y cinco son una hermosa prima, y ha ganado siete primas este mes de noviembre. El asunto del puente requeriría seis o siete sesiones. Por razones de tiempo, no cabe pensar en someterse a un tratamiento tan largo antes de Navidad. Sería estupendo rehacerse la fachada de un golpe.

Por lo demás, el señor Wolfsohn tiene claro que no debe a su aspecto sus éxitos en la vida y en su profesión. Se los ha arrebatado al destino a base de talento y una dura energía. Se ha estudiado al dedillo el servicio al cliente. Ante todo, uno no puede desalentarse. No puede rendirse. No puede dejar que ningún cliente se marche, por importuno que sea. Los almacenes Oppermann están llenos. Si el cliente ha rechazado veinte piezas, siempre se encontrará la veintiuna. No cabe pretextar cansancio.

Los bocadillos del señor Wolfsohn se han terminado, pero en vista de los cuatro marcos setenta y cinco hoy aún puede permitirse un pastel de chocolate y nata. Lo pide.

Por un instante, la anticipada alegría por el pastel se ve enturbiada por una noticia de su BZ. Con indignación, lee que unos nacionalsocialistas quisieron tirar del metro en marcha a un caballero de aspecto judío porque, supuestamente, había puesto cara de repugnancia cuando al cantar sus himnos llegaron a los versos: «Cuando la sangre de judío salpica el cuchillo / es que las cosas van bien». Pero habían dado con un caballero robusto; los otros pasajeros le ayudaron, los camorristas no pudieron cumplir sus intenciones, antes bien, constata con satisfacción el periódico, fueron detenidos por la policía y esperan su castigo.

El señor Wolfsohn lee la noticia con malestar.

Pero el malestar no dura mucho. Es un asalto aislado; en líneas generales, la situación política es la más satisfactoria desde hace mucho. El canciller Schleicher sujeta con mano firme a los populares, el punto culminante de su movimiento ya ha pasado. El señor Wolfsohn lee esto tres veces al día, por la mañana en el *Morgenpost*, a mediodía en el *BZ*, y por la noche el *Acht-Uhr-Abendblatt* demuestra de manera irrefutable que los nacionalsocialistas no podrían conseguir mayores avances bajo ninguna circunstancia.

El señor Wolfsohn está conforme consigo mismo y con el mundo.

¿Acaso no tiene motivos para estar tranquilo y contento? Si esta noche se pasa a verle Moritz, su cuñado

Moritz Ehrenreich, volverá a mandarlo a paseo. Moritz Ehrenreich, cajista en las *Vereinigten Grossdruckereien*, sionista, miembro de la asociación deportiva Makkabi, ve completamente negros los asuntos alemanes. ¿Qué es lo que quiere la gente como Moritz Ehrenreich? Unos cuantos camorristas han querido tirar del metro a un judío. ¿Y? Han sido detenidos y esperan su castigo. El señor Markus Wolfsohn no ha sufrido personalmente malas experiencias. Se lleva magníficamente con sus colegas, es querido en el Café Lehmann, en la peña Los Arenques Feos.

Es, lo que quizá sea más importante, querido por el administrador de su casa, Krause. Fue una suerte conseguir un cómodo piso de tres habitaciones en el bloque de casas de la Friedrich Karl Strasse, en Tempelhof. Ochenta y dos marcos es un regalo, señor mío, en toda regla. El bloque ha sido construido con una subvención municipal, los alquileres son más bajos que los intereses normales de los gastos de edificación. Un regalo, señor mío. Muebles Oppermann ha podido conseguir esos pisos baratos para veinte de sus empleados; él debe el suyo al apoderado Brieger; en el fondo, pues, a su capacidad comercial.

Por desgracia, los contratos de arrendamiento sólo se hacen por un período de hasta tres años, y han pasado ya veinte meses. Pero el señor Wolfsohn se lleva bien con el administrador Krause, sabe tratarlo. Al señor Krause le gusta contar chistes, muy viejos, y siempre los mismos. No es fácil escuchar siempre con atención, no reírse demasiado pronto ni demasiado tarde. Markus Wolfsohn sabe hacerlo.

Se chupa los restos de nata del bigote, llama al camarero para pagar. Su buen humor aumenta conforme saca el monedero. No son sólo las siete primas. Más bien todo el balance del mes de noviembre es de primera clase.

Hechos todos los descuentos, al señor Wolfsohn le pagan doscientos noventa y ocho marcos al mes, además de primas y comisiones por una media de unos cincuenta marcos. Trescientos marcos se los da a la señora Wolfsohn para el sustento de la familia de cuatro miembros; descontado el abono del metro, le quedan pues unos cuarenta marcos para el café del mediodía y los pequeños gastos. Una vez a la semana, el señor Wolfsohn suele ir al restaurante *Zum Alten Fritz* y jugar al *skat* con Los Arenques Feos. Es un jugador hábil, y con sus ganancias, aunque el veinte por ciento sean para la caja de la asociación, a veces aumenta sus ingresos mensuales en seis o siete marcos. Este mes de noviembre ha tenido una suerte loca. En la rendición mensual de cuentas, puede ocultar a la señora Wolfsohn entre ocho y diez marcos.

Mientras espera al camarero para pagar, reflexiona voluptuoso en qué podrá hacer con el excedente oculto. Podría, por ejemplo, comprarse un par de corbatas que hace mucho que le han gustado. Podría invitar a salir con él a la señorita Erlbach, de contabilidad. Podría apostar a un caballo extranjero en el estanco de Meineke. Apostar a un caballo. Claro, hombre. Eso es. Ocho, o incluso doce marcos son algo estupendo, pero el bocado sólo se vuelve sabroso cuando se convierten en ochenta o cien. Markus Wolfsohn va a por todas; en la tienda lo saben, y Los Arenques Feos lo saben. Ahora mismo, antes de volver a la tienda, se pasará por Meineke y apostará.

El señor Meineke saluda satisfecho a su viejo cliente:

—Hace mucho que no le veía, señor Wolfsohn. Bueno, ¿qué nos dice hoy el olfato? —pregunta. Marquesina está muy cotizado —explica—, pero ya sabe, querido señor Wolfsohn, que yo jamás tengo opinión propia.

No, el señor Wolfsohn no se atreve con Marquesina. Hoy corre un caballo llamado Quelques Fleurs. El señor Wolfsohn está orgulloso de su distinguida pronunciación francesa.

—No —dice—, estoy decidido por Quelques Fleurs.

Después de la agitación de la mañana y el mediodía, fue una tarde tranquila. Y luego venía la parte más hermosa del día, la noche.

Ya durante el viaje a casa, por malo y lleno de humo que fuera el aire del metro, Markus Wolfsohn siente el presentimiento de la calidez que le rodeará en su casa. Luego, sube las escaleras de la estación. Ahí están ya los conocidos árboles. Ahí está la parcela que van a edificar el año que viene. Ahora está en la Friedrich Karl Strasse. Y ahora, aquí, está su querido bloque. Sí, Markus Wolfsohn quiere a su bloque, está orgulloso de sus doscientas setenta viviendas, iguales entre sí como una lata de sardinas a otra. El señor Wolfsohn se encuentra en su casa como una sardina en su lata. *My home is my castle* es una de las pocas frases que recuerda de sus tres años de formación profesional.

Sube las escaleras de la casa. En cada piso le sale al encuentro el olor a comida, atraviesa las puertas la música de la radio. En el tercer piso, la puerta de la derecha es la suya.

Antes de abrirla siente, como todos los días, una leve sensación de ira. En la puerta de al lado hay una tarjeta: Rüdiger Zarnke. El señor Wolfsohn la mira con odio. Es un hombre tranquilo, pero a menudo le asalta el deseo de arrancarla. Se siente unido a todos o al menos a la amplia mayoría de los habitantes del bloque; comparte sus alegrías, sus penas, sus opiniones son las suyas, son sus amigos; pero el señor Zarnke

es su enemigo. No es sólo que el cuñado del señor Zarnke haya pujado por la casa del señor Wolfsohn: además, aprovechando cualquier ocasión el señor Zarnke acostumbra a colgar de sus tres ventanas tres banderas con la cruz gamada. El señor Wolfsohn no hace más que irritarse por culpa del señor Zarnke. Las paredes son delgadas, día y noche oye la voz alta y chirriante del señor Zarnke. A menudo también se lo encuentra en la escalera; no puede por menos de constatar que el señor Zarnke tiene unos grandes, fuertes y blancos dientes.

Así pues, con una mirada furiosa a la tarjeta, el señor Wolfsohn abre la puerta de su casa. De la cocina viene la voz alta y cantarina de su esposa:

—¿Ya estás aquí, Markus? —a menudo él se ríe de esa tonta pregunta.

—No —responde con bienhumorado sarcasmo—, no estoy aquí.

Ella sigue trasteando en la cocina. Él se quita el cuello almidonado, cambia el traje marrón de trabajo por un viejo y raído traje de estar por casa, los zapatos por unas gastadas y cómodas zapatillas. Se desliza sin ruido a la otra habitación, mira sonriendo a sus hijos que duermen, Elsita, de cinco años, y Bob, de tres, y sale sin ruido. Se sienta en el negro sillón orejero comprado a precio de oferta en Muebles Oppermann, una auténtica ocasión, que es como se dice *Mezije* en alemán. Olfatea complacido el olor de las chuletas adobadas, las llamadas chuletas de Sajonia. No necesita encender la radio, gorronea la del señor Zarnke. Hoy hay una música agradablemente alta, echa un vistazo al periódico: ajá, *Lohengrin*.

La señora Miriam Wolfsohn —él la llama Marie—, activa, pelirroja, bastante gorda, trae la cena. También una botella de cerveza, fría, escarchada, sugerente. El señor Wolfsohn coge el periódico, come, bebe, lee, escucha la música de la radio, su esposa le habla. Disfruta con todos sus sentidos de la paz vespertina.

Por lo demás, lo que la señora Miriam Wolfsohn tiene que contarle con profusión de palabras no es precisamente agradable, y cuenta con que él pondrá reparos. Le habla de la necesidad de comprar un abrigo nuevo a Elsa. Realmente, es una vergüenza que Elsita ande por ahí con un abrigo que se le ha quedado así de pequeño. La señora Hoppegart ya le ha hecho comentarios alusivos. La niña se sale del abrigo por delante y por detrás. «Su mocosita parece una salchicha reventada», ha observado certera la señora Hoppegart. Es hora de que Bob herede de una vez el abrigo de Elsa. La señora Wolfsohn ha empezado su relato antes de que Telramund pronuncie su acusación contra Elsa de Brabante. Cuando Lohengrin reta a Telramund, va por el precio que puede costar el abrigo. Entre ocho y diez marcos, calcula. Naturalmente, el señor Wolfsohn se queja. Pero la señora Wolfsohn se da cuenta enseguida de que la batalla no está perdida. Al final del primer acto de *Lohengrin*, han llegado al acuerdo de comprar el abriguito para Navidad.

La señora Wolfsohn recogió la mesa. Markus Wolfsohn volvió a sentarse en el negro sillón orejero, terminó de leer el periódico, lo replegó, y mientras Lohengrin y Elsa contraían matrimonio y el olor de las chuletas de Sajonia y el chucrut seguía flotando agradable en la habitación, contempló pensativo cierta mancha verdosa de humedad en la parte de arriba de la pared. La mancha había aparecido muy pronto, poco después de que los Wolfsohn entraran en la casa. Diminuta al principio, pero ahora había crecido. Se encontraba encima de un cuadro impresionante, llamado *El juego de las olas*, que representaba a unos dioses y diosas jugando a perseguirse entre las olas. El cuadro procedía del Departamento de Arte de Muebles Oppermann, se lo habían dejado especialmente barato al señor Wolfsohn, incluido su precioso marco. Hace un mes la distancia entre el cuadro y la mancha era por lo menos de dos palmos, ahora es como mucho de uno. El señor Wolfsohn habría dado cualquier cosa por poder comprobar si la mancha también se veía por el otro lado de la pared, en casa del señor Zarnke, y hasta dónde llegaba. Pero por desgracia era imposible; con esa gente no se puede hablar, lo tiran a uno del metro en marcha. Cuando el señor Wolfsohn habló sobre la mancha con el administrador Krause, éste había contestado que en primavera se llevarían a cabo todas las reparaciones necesarias; por lo demás, las manchas de humedad no significaban nada, iban aparejadas a cualquier casa decente, como el niño a la virgen. Era posible; en cualquier caso, la mancha tenía un aspecto desagradable. En los próximos días, el señor Wolfsohn tendrá que volver a hablar con el administrador Krause.

Sus meditaciones se vieron interrumpidas por la llegada de su cuñado Moritz. La señora Wolfsohn trajo una segunda botella de cerveza, y los dos caballeros hablaron del mundo y de la economía. Moritz Ehrenreich, el cajista, bajito, rechoncho, de rostro duro y vital, lleno de arrugas, ojos pardos y enérgicos, pelo enmarañado, caminaba a zancadas arriba y abajo por la habitación, agresivo como siempre, lleno de los más tenebrosos presentimientos. No se inclina a considerar una excepción el ataque al judío en el metro. Tales actos llegarán a estar a la orden del día en Alemania, anuncia, como en su momento en la Rusia zarista. Habrá incendios y quemas en la Grenadierstrasse, en la Münzstrasse, y tampoco la Kurfürstendamm se librará. Esos señoritos se van a enterar.

Markus Wolfsohn sirve otra botella de cerveza, escucha con placer el sonido siseante que emite al abrirla, contempla con desahogada burla la rechoncha figura de boxeador de su cuñado.

—Bueno, ¿y qué hemos de hacer, Moritz? —pregunta. ¿Hemos de ingresar todos en Makkabi y aprender a boxear?

Moritz Ehrenreich no entra en el chiste tonto. Sabe exactamente lo que hay que hacer. Hay que tener quinientas libras esterlinas para poder emigrar a Palestina. A consecuencia de la caída de la libra, en los últimos meses se ha acercado mucho a su objetivo. Ya ha reunido cuatrocientas cuarenta.

—Si fuerais listos —dice—, tú, Markus, y tú, Mirjam —llama a su hermana Mirjam con la misma testarudez con la que el señor Wolfsohn la llama Marie—, si fuerais listos vendríais conmigo.

—¿Quieres que aprenda hebreo en mi ancianidad? —bromea de buen humor el señor Wolfsohn.

—Nunca lo conseguirías —se burla Moritz Ehrenreich. Pero los niños lo aprenderían. Además, en nuestro curso hay una Oppermann, y no lo hace nada mal.

El hecho de que una Oppermann aprenda hebreo deja pensativo al señor Wolfsohn. También escucha con interés los datos estadísticos que Moritz Ehrenreich le proporciona. Palestina es uno de los pocos países que se han mantenido al margen de la crisis. Las exportaciones aumentan. También el deporte avanza. El señor Ehrenreich espera poder asistir a una Olimpiada allí en un plazo de tiempo no demasiado largo. Habla con ímpetu, da de vez en cuando una enérgica patada en el suelo, se atropella, su entusiasmo impresiona.

Aun así, el señor Wolfsohn no piensa ni por lo más remoto en abandonar Berlín. Ama la ciudad, ama Muebles Oppermann, ama el bloque de la Friedrich Karl Strasse, su familia, su casa. *My home is my castle*. Complacido, contempla el cuadro bellamente enmarcado en el que los dioses y las diosas juegan a perseguirse. Si no fuera por la mancha encima y el señor Zarnke al lado, sería inmensamente feliz.

Con los codos en la mesa, el doctor Edgar Oppermann se sienta al escritorio del despacho principal de la clínica laringológica. Con rostro severo, mira fijamente el montón de papeles impresos y escritos. Aunque le apasiona lo que tiene que ver con su actividad, odia el despacho de dirección, el trabajo de oficina, la administración. La enfermera jefe Helene, resuelta y rolliza, plantada en las cercanías de la puerta, lo examina de nuevo cada mañana como si se tratara de un caso interesante recién ingresado. Sabe que los dos rostros que el mundo ve con más frecuencia en Edgar Oppermann, uno serio, severo, concentrado, y otro marcadamente fresco, confiado, son máscaras. Sí, él es un furioso y alegre trabajador de la naturaleza, confía en la naturaleza, pero mostrar esa confianza, esa energía durante todo el día a cientos de personas siempre nuevas exige esfuerzo, y ella sabe que su frescura es a menudo artificial, convulsiva.

En general, la enfermera Helene se lleva bien con su jefe. Pero cuando está sentado ante el escritorio es difícil tratarle. Observa los surcos verticales, que conoce muy bien, en el puente de su nariz. Mala señal. No son más que las once y pico de la mañana. El doctor Oppermann ha pasado consulta, ha hecho dos o tres visitas a pacientes particulares; todavía le queda por delante una jornada de desgaste. Pero ella sabe que su primera energía ya se ha consumido, que tiene que ponerse en marcha de nuevo. Está desbordado por el trabajo. Su doctor siempre está desbordado por el trabajo. Si la señora Gina Oppermann no fuera tan débil, piensa la enfermera Helene. Aquí en la clínica, ella puede protegerle. Pero esa gentuza se ha olido la tostada. Ahora llaman al doctor a su casa, y la señora Gina, ese perro triste, no sabe defenderle contra nadie de su eterna disponibilidad.

Hoy, Edgar Oppermann se sienta ante su correo con especial repugnancia. Las cosas se van complicando de año en año. Detalles que antes se despachaban de manera automática exigen ahora un trabajo largo y repelente. Con severidad, como si fueran alumnos mal preparados para un examen, mira las cartas.

La enfermera Helene se acerca con resolución al escritorio. Señala un papel en el que en grandes letras, subrayado tres veces en rojo, hay algo anotado, y pregunta directamente:

—¿Ha visto esto, doctor?

El doctor Oppermann, en bata de médico, sin cambiar la postura de los brazos muy abiertos, sin cambiar la postura de la grande y pesada cabeza, mira de reojo la carta y dice sin aspereza:

—Sí.

En la nota dice: «El director general Lorenz pasará a las doce. Ruega al doctor Oppermann que le atienda si es posible».

Edgar Oppermann resopla molesto por la nariz.

—Será por lo de Jacoby.

—¿Por qué iba a ser si no? —dice rigurosa la enfermera Helene. El caso Jacoby está durando ya mucho.

El caso Jacoby, reflexionó Edgar Oppermann. ¿Hay ya un caso Jacoby? Simplemente, así están las cosas.

El doctor Müller II, el antiguo médico jefe de la clínica laringológica, ha tomado posesión de una cátedra en Kiel. Edgar Oppermann quería nombrar en su lugar a su ayudante favorito, el doctor Jacoby. Hace seis meses, el nombramiento que quería Oppermann se habría producido en quince días. El doctor Jacoby está especialmente cualificado desde el punto de vista científico, es un clínico magnífico, insustituible en el laboratorio. Pero es un hombre desmañado, de una familia pobre del gueto de Berlín, insignificante, feo, lleno de inhibiciones. Antes, todo eso no habría sido ningún obstáculo. Edgar Oppermann sabe que el doctor Jacoby, que ha hecho la carrera pasando hambre, que acaba de librarse de sus preocupaciones económicas más apremiantes, está llamado a grandes cosas si puede trabajar con libertad. Cierto, el doctor Jacoby recuerda las caricaturas de judíos de las revistas satíricas: pero ¿qué es más importante para un paciente, que le guste la cara del médico o que sepa reconocer sus dolencias?

Edgar suspira. Así que el director general Lorenz desea hablar con él. Lorenz es el director médico de todo el complejo hospitalario de la ciudad. No es un gran teórico, pero sí un práctico competente, y no es, como muchos prácticos, alguien que desprecie la teoría. Respeta la ciencia y la apoya humildemente en la medida de sus fuerzas. También le ha prometido, en principio, que apoyará la candidatura del doctor Jacoby; no obstante, Edgar se siente incómodo ante la entrevista.

Lorenz piensa venir a las doce. Así que Edgar tiene que traspasar al doctor Reimer la visita a los enfermos.

—Bien —suspira. Estaré aquí a las doce. Si me retraso unos minutos, ruegue al señor director general Lorenz que espere.

Edgar se retrasa siempre, la enfermera Helene cuenta con ello. Hoy le viene bien; tiene que discutir con el director general Lorenz ciertas cosas que afectan a su jefe.

Edgar se vuelve hacia ella. Ahora que ha tomado una decisión su rostro ha cambiado, vuelve a ser el rostro fresco y confiado de Edgar Oppermann que el mundo conoce.

—Al menos en el laboratorio sirvo para algo, ¿no? —sonríe. Todo esto —señala los papeles desperdigados— me lo va a perdonar por hoy, hasta que me haya reunido con Lorenz.

Travieso, como un escolar que quiere escaparse de una tarea desagradable, sonríe, se levanta, se va.

Con paso rápido, los pies metidos hacia adentro, navega por los largos corredores tapizados de linóleo hasta el laboratorio. El doctor Jacoby está sentado ante el microscopio, bajito, con la espalda encorvada. Edgar Oppermann le hace una enérgica seña, aunque no quiere molestarle. Pero el doctor Jacoby se levanta. Ese hombre débil, afligido, torpe, le alarga una blanda y seca mano de niño. Edgar sabe el trabajo que le cuesta a este hombre que tiende a una fuerte transpiración mantener la mano siempre seca, de manera que no le moleste en el ejercicio de su profesión.

—No podemos engañarnos, profesor Oppermann —dice el doctor Jacoby. El resultado del 834 es desesperado. El caso estaba en el tercer estadio.

Edgar se encoge de hombros. El procedimiento Oppermann, el procedimiento quirúrgico que le ha hecho famoso, no puede ser aplicado a partir de cierto estadio sin el riesgo de un desenlace fatal. Nunca ha sostenido lo contrario. Se lanza con el doctor Jacoby a una conversación sobre la estadística de casos de la enfermedad. Hay que delimitar exactamente los distintos estadios de la misma, establecer con precisión cuándo el segundo estadio pasa al tercero. Hay que encontrar a toda costa medios para rebajar los coeficientes de incertidumbre.

Apasionada, torpemente, el doctor Jacoby habla con su jefe. Y a éste se le impone con más fuerza que nunca la convicción de que si hay alguien capaz de culminar el procedimiento Oppermannn es este fanático de la precisión. Realmente, para Jacoby las cifras de su estadística de enfermos son más importantes que las de sus ingresos. No piensa en que está hablando con la única persona que puede conseguirle una existencia segura. Y también esa persona olvida que dentro de muy poco mantendrá una entrevista decisiva para el destino de su interlocutor. Encogido en su blanca bata de médico, como si tuviera frío, el hombre bajito está allí sentado en postura torpe y rígida. El otro en cambio va de un lado para otro, con su paso vivaz, un tanto rígido, los pies hacia dentro, la bata blanca envolviendo sus piernas. Ambos hombres tienen los sentidos cerrados a todo lo que no tenga que ver con la capacidad de supervivencia y los coeficientes de fertilidad de cierto bacilo.

De pronto, Edgar se levanta de un salto. Saca el reloj, son las doce y diez. Con un golpe de calor, recuerda que el viejo Lorenz espera. Se interrumpe, en mitad de la frase. El pequeño doctor Jacoby, que hace un instante era aún un brillante científico, se extingue en cuanto ya no puede hablar de sus microbios, se convierte en el gris y feo enano que es. ¿Va a decirle Edgar que tiene que irse a causa de él? Imposible. El viejo Lorenz es un tipo decente, pero en cuestiones burocráticas sigue siendo un coeficiente de incertidumbre, por lo menos tan alto como en el procedimiento Oppermann. Cómo se sienta este chico, un

auténtico desastre. Apresurado, Edgar le da la mano. Su propia mano no es grande, pero la diminuta del otro desaparece en ella.

—Una de estas noches tiene que cenar conmigo, querido Jacoby. Tengo que hablar largo y tendido con usted. Esta maldita agitación berlinesa…

Sonríe; su cara rejuvenece cuando sonríe.

Vuelve a navegar por los pasillos. Ha invitado a cenar al pequeño Jacoby, tiene que decírselo a Gina, tiene que precisar una hora, la enfermera Helene tiene que recordárselo. Si es posible, debe ser una noche en la que también Ruth tenga tiempo. ¿Por qué piensa de pronto en su hija? Una asociación con el pequeño Jacoby, evidentemente. ¿Por qué? Quizá sea por la vehemencia, más bien habría que decir obsesión, con la que ambos persiguen sus objetivos. Él mismo, Edgar, sonríe ante el sionismo de Ruth. Debería ocuparse más de ella. *Ratio, ratio*, hija mía. No vayas a un convento, Ofelia. Lástima que las cosas más sencillas sean las más difíciles de entender. Él es un médico alemán, un científico alemán; no hay medicina alemana, no hay medicina judía, hay ciencia y nada más. Él lo sabe, Jacoby lo sabe, lo sabe el viejo Lorenz. Pero Ruth no, y algunos otros lo saben aún menos. Piensa un poco incómodo en la conferencia hacia la que se dirige. Al final habrá que mandar al pequeño Jacoby a Palestina, sonríe.

En el despacho del jefe ha ocurrido lo que la enfermera Helene esperaba. El director general Lorenz ha sido puntual, y su doctor no; así que tiene tiempo para consultar con el director general.

El procedimiento Oppermann, famoso en todo el mundo, se ha convertido en los últimos tiempos, de manera creciente, en objetivo de ataques especialmente llenos de odio en la prensa diaria de Berlín. Se reprocha a Oppermann emplear a pacientes de tercera clase, a los pobres pacientes gratuitos de la clínica municipal, como conejillos de indias en sus peligrosos experimentos. El médico judío, se dice en el tosco argot de ciertos periódicos populares, no retrocede ante la idea de derramar raudales de sangre cristiana para sus propios fines publicitarios. Finalmente habrá que hacer algo contra esa canallada, dice la enfermera Helene. Su doctor no tiene por qué aguantar que cualquier mocoso le patee los riñones. Está junto al escritorio, robusta, ruda.

—Quiero decir que llamo su atención sobre ello, señor director general —explica con su voz grave y enérgica—. Habrá que hacer algo.

El director general Lorenz está sentado allí, colosal, una roja cabeza bajo el cabello corto muy blanco, nariz plana y pequeña, ojos azules un tanto saltones bajo unas gruesas cejas blancas.

—Yo me limitaría a reírme de ello, hija mía —atruena en su descuidado dialecto bávaro. Las palabras le salen como trozos de roca de la gran boca repleta de dientes de oro. Una pocilga —ruge, mientras golpea con la roja mano surcada de gruesas venas los periódicos con los artículos subrayados—. La política es una pocilga. Cuando no es posible hacer otra cosa, lo mejor es ignorarla. Eso es lo que más indigna a esa panda de cerdos.

—Pero él es funcionario del Estado, señor director general —atronó la enfermera Helene.

—Mi opinión —retumbó a su vez el viejo Lorenz— es que aún no tiene que demandar a esa chusma. El que se pone a ello no hace más que mancharse las manos. No deje que esto le haga sufrir, hija mía. Mientras el ministro me deje en paz, no pienso ni respirar. Esto —apartó los periódicos de un manotazo— no existe para mí. Puede confiar en ello.

—Si es lo que usted cree, señor director general —la enfermera Helene se encogió de hombros y, como oía venir a Edgar, se retiró, no muy tranquilizada.

Edgar Oppermann se disculpó por el retraso. El director general Lorenz no se levantó, le tendió su gran mano, se mostró especialmente agradable:

—Bueno, querido colega, iré directamente al grano. Si me lo permite. Quisiera hablar a fondo con usted acerca de ese asunto de Jacoby.

—¿Tan complicado es? —preguntó a su vez Edgar Oppermann, de inmediato disgustado, nervioso.

El director general Lorenz se humedeció los dientes de oro, tratando de mostrarse doblemente jovial:

—¿Qué no es complicado hoy en día, querido Oppermann? El alcalde es un calzonazos. El ministerio le está mordiendo el culo. Olfatea cualquier viento que venga de arriba. Las subvenciones para los hospitales van a reducirse cada vez más. Precisamente para sus historias, querido Oppermann, para las cuestiones teóricas, para el laboratorio, gimotean por cada marco antes de soltarlo. Tenemos que tomar precauciones. Naturalmente que su Jacoby es el hombre adecuado. No podría decir que me resulte especialmente simpático, eso no sería cierto, pero es un científico, no cabe duda. Ni siquiera Varhuus se ha atrevido a rechazarlo frontalmente. Pero ¿sabe usted a quién ha tratado de tomar seriamente en consideración? A Reimers, su Reimers, querido Oppermann.

Edgar Oppermann caminó arriba y abajo, con paso corto y rápido, esforzándose mecánicamente por dar movilidad a su pesado cuerpo. Pase lo que pase, el profesor Varhuus, su colega en la Universidad de Berlín, se opondrá si procede de él, Edgar. Proponer al doctor Reimers es condenadamente astuto. El doctor Reimers es el segundo ayudante de Edgar, muy popular entre los enfermos, un hombre simpático y abierto. Edgar no está en contra de Reimers, pero está a favor de Jacoby. Su situación es difícil.

—¿Qué opina usted, querido colega? —preguntó, sin dejar de caminar arriba y abajo.

—Ya se lo he explicado, Oppermann —dijo Lorenz. En principio estoy a favor de su protegido. Pero, se lo digo directamente, veo dificultades. Ciertos caballeros muy influyentes prestan más atención a un aspecto exterior representativo que a un interior cualitativo. Esta mierda de política… En cualquier circunstancia, Reimers le saca un prepucio de ventaja a su pequeño Jacoby. No creo que los caballeros del ayuntamiento le exijan una fotografía desnudo, pero seguro que alguno deseará una presentación personal. No sé si semejante presentación mejorará las posibilidades de nuestro Jacoby.

Edgar se detuvo, a bastante distancia del director general Lorenz. Su voz gruñona sonó de pronto extrañamente clara, en contraste con el vago retumbar de la del otro.

—¿Desea que retire la candidatura del doctor Jacoby?

Lorenz dirigió sus ojos saltones hacia Edgar, fue a replicar de forma contundente; no lo hizo. Más bien dijo con llamativa suavidad, sin su habitual énfasis:

—Yo no deseo nada, Oppermann. Yo deseo hablar sinceramente con usted, eso es todo. Reimers me cae mejor, se lo digo como es, pero como científico estoy a favor de su Jacoby. Con un trabajoso movimiento, Edgar Oppermann acercó una silla y se dejó caer pesadamente en ella; sentado parecía enorme, como todos los Oppermann. Su expresión era triste, la artificial frescura se había esfumado. El viejo Lorenz se levantó de golpe, se estiró; la roja cabeza de cabellos blancos se asentaba gigantesca sobre el enorme cuerpo. Colosal, con la amplia bata blanca envolviendo el poderoso cuerpo, se acercó a Edgar. Un auténtico médico, había dicho Lorenz en una ocasión a un estudiante tímido, lo puede todo, lo hace todo, teme a Dios y a nada más en el mundo. Desde entonces, sus estudiantes lo llamaban «la ira de Dios». Pero hoy no era el Jehová iracundo.

—No me engaño, querido Oppermann —dijo, con toda la suavidad posible—. En el fondo, soy un viejo médico rural. Entiendo a mis pacientes, y a veces olfateo en ellos algo que vosotros los jóvenes desconocéis. Pero no sé muchas de las cosas que sabéis los jóvenes. Reimers es más parecido a mí en conjunto. Pero prefiero a su Jacoby.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Edgar.

—Eso es lo que yo iba a preguntarle —dijo el viejo Lorenz. Y como Edgar Oppermann callaba tercamente, con un pequeño rasgo inusualmente irónico en torno a su larga boca, añadió:

»Se lo admito, podría imponer sin más a su Jacoby. Pero el asunto de la subvención se pondría feo. ¿Debo arriesgarme a perderlo? ¿Eso es lo que quiere?

Oppermann emitió un gruñido, una extraña mezcla de risa amarga y rechazo.

—Muy bien —dijo Lorenz. Entonces no queda más que una táctica: retrasar la decisión. La situación política puede haber cambiado para bien dentro de un mes.

Oppermann gruñó algo. Lorenz lo tomó como un signo de asentimiento. Resopló, contento de haber dejado atrás la desagradable conversación; apoyó la mano en el hombro de Oppermann.

—La ciencia tiene un largo aliento. Jacoby tendrá que esperar un poquito —la bata blanca se movió con fuerza en torno a sus anchas caderas, estaba a punto de irse. Tendría que haber alguien que uniera el aspecto de Reimers a la calidad de Jacoby. De lo contrario no lo harán. Está en el cuestionable carácter de la naturaleza humana, querido colega. Un asqueroso asunto —dijo, ya en el umbral de la puerta; sonó como una tormenta que se aleja. Me refiero a la naturaleza humana.

Cuando Lorenz se hubo marchado, Edgar se levantó, caminó un par de veces, los surcos verticales sobre la nariz, los pies hacia dentro, inusualmente despacio, por la habitación. Luego, curiosamente, se convenció de que la entrevista no había sido tan insatisfactoria. El viejo Lorenz apostaba en todo caso por el pequeño Jacoby, y el viejo Lorenz era alguien. Su malhumor se esfumó a toda prisa, como el de un niño. Cuando la enfermera Helene entró, volvía a tener en el rostro un cielo azul.

Al contrario que Oppermann, la enfermera Helene estaba menos satisfecha de su entrevista con el viejo Lorenz. A su sólida manera, había reflexionado en cada una de sus palabras. Ha prometido no forzar al doctor a una demanda antes de que el ministro se lo indique. Pero seguro que el ministro se lo indicará. Tendría que preparar a su doctor, que inyectarle los artículos.

Pero al ver el radiante rostro de Edgar decidió aplazarlo, a pesar de su energía.

—¿Fue muy desagradable? —se limitó a preguntar.

—No, no. —Edgar Oppermann lucía su sonrisa amablemente socarrona. Tres a dos.

En la pausa de cinco minutos antes de la clase de lengua alemana, Berthold se comportó como un hombre, hizo como si hubiera olvidado lo que le esperaba, habló con sus compañeros de cosas intrascendentes. También el profesor Vogelsang hizo como si no le preocupara el acontecimiento que iba a producirse. Entró, se sentó como siempre rígido a su escritorio, hojeó en su agenda.

—¿Qué teníamos hoy? Cierto, la exposición de Oppermann. Por favor, Oppermann —y cuando Oppermannn se hubo adelantado, Vogelsang añadió, al parecer muy bien dispuesto hoy, en bromista y benevolente tono de aliento—: ¡Wolfram von Eschenbach, comience!

Berthold estaba allí, entre la cátedra y los bancos de sus compañeros, marcadamente relajado, con el pie derecho adelantado, el brazo derecho colgante, la mano izquierda levemente apoyada en la cadera. No se lo había puesto fácil, no había rehuido dificultad alguna. Pero lo había conseguido; ahora sabía con claridad qué significaba Hermann el Alemán, o al menos qué significaba para él. Desde el punto de vista del racionalista, la acción de Hermann podía parecer inútil, pero semejante criterio no se sostenía ante el sentimiento de incondicional admiración que el acto de liberación de ese hombre tenía que causar precisamente en un alemán de hoy. Berthold iba a exponer tal concatenación de ideas conforme a las buenas y viejas reglas que había aprendido: introducción general, fijación del tema, toma de posición de principio del ponente; pruebas, objeciones, refutación de las objeciones; por último, una vez más, con fuerte énfasis, la tesis del ponente. Berthold había puesto por escrito lo que quería decir, hasta la última coma. Pero, como tenía facilidad de palabra, había descartado la idea de aprenderse mecánicamente de memoria su manuscrito. Quería, ateniéndose estrictamente a las directrices, dejar para el momento la formulación de los detalles.

Así que se levantó y habló. Vio ante sí los rostros de sus compañeros, Max Weber, Kurt Baumann, Werner Rittersteg, Heinrich Lavendel. Pero no habló para ellos. Sólo para sí mismo y para el que tenía detrás, el enemigo.

Porque el profesor Vogelsang se mantenía detrás de Berthold, a su espalda. Estaba allí sentado con rigidez, no se abandonaba, escuchaba. Berthold no le veía, pero sabía que la mirada de Vogelsang estaba fija en él, exactamente en su nuca. Bajo el cuello sentía el sitio en el que apretaba la mirada de Vogelsang. Era como si alguien pinchara allí con unos dedos afilados.

Berthold se esforzó en no pensar en nada más que en sus frases. Debía hablar treinta minutos largos. Tenía a sus espaldas unos ocho minutos, la introducción había terminado, el tema estaba fijado, su tesis también, había llegado a las «pruebas». Entonces sintió que la mirada de Vogelsang le soltaba. Sí, Vogelsang se levantó, muy despacio, para no molestar. Se puso delante; ahora Berthold lo veía aparecer en la pared izquierda. Recorrió la hilera izquierda de bancos, de puntillas, con pasos medidos, pero marcadamente cuidadosos; Berthold oía el ligero crujir de sus botas. Vogelsang fue hacia el fondo, hacia el rincón izquierdo. Quería tener a Berthold delante de sus ojos, ver salir las palabras de su boca. Allí estaba, detrás del último banco, muy erguido —¿no se apoyaba la mano en un invisible sable?—, los ojos azul pálido fijos en la boca de Berthold. Berthold, así observado, se sintió incómodo. Volvió fugazmente la cabeza hacia el profesor, pero su mirada le perturbó aún más. Miró al frente, retrocedió, volvió la cabeza, como si quisiera espantar una mosca.

Terminó con las «pruebas». Ya no hablaba tan bien como al principio. Hacía mucho calor en el aula; las aulas del instituto Königin Luise tenían normalmente demasiada calefacción; empezó a sudar levemente por el labio superior. Llegaba ahora a las «objeciones». La acción de Hermann, dijo, quizá no había tenido consecuencias externas a la larga, desde el punto de vista de la sobria razón; había que admitir que unos años después los romanos estaban exactamente allá donde habían estado antes de la batalla. Sí…

Se detuvo un instante, de pronto no supo seguir. Se esforzó en concentrarse. En espíritu, ante sí, veía las estrechas páginas de su Tácito en latín, los grandes tipos antiguos de su hermosa edición alemana de Tácito. Volvió a mirar al rincón de la izquierda; allí estaba Vogelsang, siempre inmóvil, atento. Berthold abrió la boca, la cerró, la abrió, miró las puntas de sus pies. Tiene que hacer ya ocho segundos que ha dejado de hablar. O diez. ¿Qué ha sido lo último que ha dicho? Sí, que en realidad la acción de Hermann no tuvo consecuencias externas. No hay duda, la traducción de la Biblia de Lutero, los inventos de Gutenberg fueron mucho más importantes para Alemania y su prestigio en el mundo que la batalla del bosque de Teutoburgo. La acción de Arminius, tenemos que admitirlo, se saldó prácticamente sin resultados.

¿Quería decirlo así? Quería expresarlo de forma mucho más cautelosa, no tan abrupta, tan dura. Bueno, ya está hecho. Adelante, Berthold. Arma jaleo. Pero no hagas ninguna otra pausa, la primera ha durado ya una eternidad. Ahora vuelve a retomar el hilo. Ahora ya no puede pasarle nada. Desde el momento de la

«refutación», vuelve a estar en marcha. ¿Una segunda pausa? No, doctor, nada de eso.

Él tiene una sonrisa torcida en el rincón del fondo, triunfante. «Y sin embargo», empieza. Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué el rostro de Vogelsang cambia de pronto de ese modo tan curioso? ¿Por qué el corte que divide el rostro se pone tan rojo, por qué abre los ojos de ese modo? No le servirá de nada, profesor. Vuelvo a coger las riendas, no volverá a hacérmelas perder.

—Y sin embargo —empieza, fresco, vigoroso—, admitido todo esto… Entonces, es interrumpido. Áspera, chirriante, una voz viene desde el rincón:

—No, no lo admito. Yo no admito eso. Nadie admite eso. No lo tolero. No seguiré oyéndolo. ¿Qué se ha creído, joven? ¿Qué clase de gente cree tener delante? Aquí, en presencia de alemanes, en esta hora de urgencia alemana, ¿se atreve a calificar de inútil, de absurdo el hecho inmenso que está al comienzo de la historia alemana? Lo admite, dice usted. Se atreve a repetir los argumentos del peor de los oportunismos y luego dice que los admite. Si ha perdido usted hasta la última chispa de sentimiento alemán, al menos ahórrenos sus vómitos a los que tenemos sentimientos patrióticos. Se lo prohíbo. Me oye, Oppermann. Se lo prohíbo, no sólo por mí mismo, sino en nombre de este instituto, que por el momento aún es un instituto alemán.

Se hizo un silencio de muerte. La mayoría de los estudiantes estaban perdidos en sus pensamientos, en la cálida estancia; estaban allí sentados relajadamente, adormilados. Ahora, ante el áspero e hinchado cacareo de Vogelsang, alzan la vista, hacia Berthold. ¿Ha sido realmente tan grave lo que ha dicho? ¿Y qué es lo que ha dicho? Era algo de Lutero y de Gutenberg. No comprenden del todo la furia de Vogelsang, pero probablemente Oppermann se haya pasado un poquito. En estas exposiciones hay que decir lo que pone en los manuales, ni más ni menos. Parece que se ha excedido.

El propio Berthold se queda al principio profundamente sorprendido ante la interrupción de Vogelsang. ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué grita de ese modo? Que haga el favor de dejarle terminar. Hasta ahora no era habitual interrumpir al ponente. El profesor Heinzius no lo hizo nunca. Pero él yace bajo la tierra del cementerio de Stahnsdorf. Y este de aquí grita. Hay que exponer las «objeciones». No se pueden omitir, hay que refutarlas. Así lo hemos aprendido, así viene en las reglas, así nos lo ha enseñado el profesor Heinzius.

No he dicho nada en contra de Hermann. Era sólo una «objeción». Iba a refutarla. Mi manuscrito está ahí. He dejado clara mi propia posición, al comienzo de la parte B. Debería parar ya, no debería gritar de ese modo.

He tenido una mala premonición desde el mismo momento en que me propuso el «Hermann». Tendría que haberme quedado con el «humanismo». Heinrich lo dijo enseguida, es un cerdo, es la pura maldad personificada.

Está diciendo tonterías. Ahí está mi manuscrito, en el pupitre, en la cartera. No hay más que leerlo y se ve claro como el agua que ese cerdo está diciendo tonterías.

¿Qué es lo que he dicho? Ya no lo sé con exactitud. No estaba en el manuscrito. Aun así, podría apelar al manuscrito. Así todo el mundo verá lo que quería decir.

No quiero apelar a mi manuscrito. Hermann era un «indio» feo, no lo puedo tragar. La «objeción» era correcta. Así lo he dicho y así es.

Ha abandonado la postura relajada. Está muy erguido, la carnosa cabeza levantada, los ojos grises mirando de frente. Soporta el chaparrón de palabras del enemigo.

Éste parece haber terminado su sermón. Berthold está ahí, mordiéndose el labio inferior con sus grandes dientes blancos. Ahora tendría que sacar el manuscrito y decir: ¿Qué pretende, señor profesor? Por favor, aquí está el manuscrito. Pero no lo dice. Calla, amargo, contenido. Los ojos grises sostienen la mirada de los ojos azul pálido del otro. Por fin, tras una pausa eterna, con voz clara, pero no alta, dice:

—Soy un buen alemán, profesor, soy tan buen alemán como usted.

Este inmenso atrevimiento del joven judío deja al profesor Vogelsang sin palabras por un instante. Entonces, va a lanzarse. Pero tiene todos los triunfos en la mano, no quiere desperdiciarlos con una explosión temperamental. Se domina.

—Vaya —se limita a decir, en un tono moderado a su vez. ¿Es usted un buen alemán? Haga el favor de dejar que otros decidan quién es un buen alemán y quién no. Un buen alemán —resopla despreciativo por la nariz. Y ahora, por fin, se adelanta desde su rincón, pero ya no en silencio, cada paso cruje ruidoso y rígido. Viene directo hacia Berthold. Ahora está frente a él, cara a cara, y ante la clase mortalmente silenciosa, sumida en una tensión de respiración contenida, con fingida calma y moderación, pregunta—: ¿No va por lo menos a disculparse, Oppermann?

Por una décima de segundo, Berthold ha pensado en disculparse. Ha dicho algo que no quería decir, y encima en un instante de falta de concentración, lo ha dicho, desdichadamente, de forma brusca. ¿Por qué

no admitirlo? La historia quedará despachada, podrá terminar su exposición, y todos verán que es un buen alemán y que el profesor está siendo injusto con él. Pero ante la mirada de Vogelsang, ante su rostro repugnante, altanero, partido, el impulso se esfuma antes de haberse convertido en una verdadera idea.

Todos sus compañeros miran fijamente a Berthold. La postura de Vogelsang ha causado impresión. Oppermann, parece, se ha pasado de veras. Pero, como siempre, ahora no puede recoger velas, sería poco varonil. Esperan curiosos a ver qué hará.

Vogelsang y él siguen cara a cara. Por fin, Berthold abre la boca:

—No, profesor —dice, cada vez más bajo, casi con timidez. No me disculparé, profesor —añade. Todos están satisfechos.

También Vogelsang está satisfecho. Sólo ahora ha vencido. Ahora, debido a esa postura de Oppermann, tiene ocasión de demostrar cómo un académico alemán pisotea a los elementos disgregadores.

—Muy bien —declara—. Tomo nota, estudiante Oppermann. Siéntese en su sitio.

Berthold va a su pupitre. Sin duda lo que ha hecho no ha sido inteligente. Lo nota en la actitud del enemigo, en sus ojos relampagueantes. Pero si volviera a tener elección, volvería a hacer lo mismo. No puede disculparse con ese hombre.

El otro está firmemente decidido a mantener la compostura a toda costa. Pero no puede por menos de decir al estudiante Oppermann, mientras se sienta entre los demás, de forma superficial, pero precisamente por eso lleno de triunfo y burla:

—Quizá un día se alegre de que alguien se conforme con una disculpa, Oppermannn —y después—: Ahora, vamos a leer nuestro Kleist —dice Bernd Vogelsang, cerrando el episodio con ligereza y superioridad.

El rumor de lo ocurrido se difunde deprisa por todo el instituto. Aun antes de acabar la mañana, el director François se ha enterado. No se sorprende al encontrar en su despacho al profesor Vogelsang.

Éste se permite apenas una mirada desaprobatoria al busto de Voltaire; tan orgulloso está de lo ocurrido. Pero se domina, evita intencionadamente toda exageración, da un informe exacto. François le escucha con visible incomodidad, se acaricia nervioso la perilla con las manos pequeñas y cuidadas.

—Desagradable —dice varias veces, una vez que Vogelsang ha terminado. Extraordinariamente desagradable.

—¿Qué piensa usted hacer contra el alumno Oppermann? —pregunta contenido Vogelsang.

—El joven es concienzudo —dice el director François—, se interesa además en la redacción en alemán y en sus ponencias. Sin duda ha elaborado cuidadosamente su manuscrito. Quizá habría que verlo antes de llegar a un fallo definitivo. Probablemente estemos ante un *lapsus linguae*. Si ése es el caso, apreciando sus motivos, querido colega, no habría que juzgar con demasiada severidad un descarrilamiento verbal así.

Vogelsang alzó las cejas, extrañado.

—Creo, señor director, que este caso nunca podrá ser juzgado con la suficiente severidad. En una época en que la paz oprobiosa, el Tratado de Versalles, tiene sus más violentas repercusiones, un muchacho tiene la desfachatez de descomponer uno de los más sublimes hechos alemanes mediante una plana crítica racionalista. Mientras los alemanes, con nosotros los conscientemente nacionales a la cabeza, tenemos que luchar con tan inconmensurable dureza por la resurrección del pueblo, un estudiante, un chiquillo, se burla de los esfuerzos con los que nuestros antepasados se libraron de sus cadenas. Puede, señor director, que su Voltaire aceptase una conducta así. Pero que se puedan buscar motivos de disculpa cuando el alumno de un instituto que aún es alemán se atreve a tal cosa es algo que, he de confesarlo abiertamente, supera mi comprensión.

El director François se agitó inquieto en su sillón; la fina y rosada piel de su rostro se contrajo. Casi más que el contenido de lo que ese hombre decía, era la forma en que lo decía lo que le hacía sufrir. Ese alemán exagerado, ese acartonado énfasis de mitin, le producían malestar físico. Si al menos ese individuo fuera un oportunista. Lo peor es que habla en serio, que se cree las insensateces que dice. Por un sentimiento de inferioridad, ha envuelto su interior en una coraza del más burdo nacionalismo que no deja pasar un solo rayo de razón. Y él, François, tiene que escuchar tranquilamente semejantes desatinos, atento, cortés. Qué tiempos oscuros. Una vez más, Goethe tiene razón: «La chusma no teme a nada más que al entendimiento. Debería temer a la necedad, si comprendiera qué significa la palabra terrible». Y él, François, está sentado ahí, consciente de ello, con las manos atadas. No puede ponerse de parte del joven inteligente contra el cornúpeta, su profesor. Porque, por desgracia, Nubecilla Negra tiene razón. Si uno se deja llevar, si se arriesga a ponerse abiertamente de parte de la razón, todo el rebaño de bueyes de los periódicos populares se lanzará a mugir. Y la República es débil, la República siempre se desinfla. Le deja a uno en la estacada

para calmar a los bueyes que mugen. Y uno pierde el cargo y el pan, los niños se proletarizan, y se pierde lo mejor que la vida tiene para ofrecer: una vejez tranquila.

Entre tanto, el profesor Vogelsang exponía su opinión sobre los detalles del caso.

—*Lapsus linguae, lapsus linguae*, dice usted. Pero ¿acaso la importancia de estas exposiciones no está precisamente en que a través del contacto con los oyentes se liberen los verdaderos sentimientos del ponente? —había llegado a su tema favorito. La palabra hablada es más importante que la escrita. El grandioso ejemplo del Führer lo demuestra. Y lo que el Führer dice al respecto en su libro *Mi lucha*…

Pero el director François le interrumpió:

—No, querido colega —dijo. Me niego a seguirle a ese terreno —su voz suave sonaba inusualmente decidida, sus ojos amistosos centelleaban agudos a través de los grandes cristales de las gafas, sus delicadas mejillas enrojecieron; se irguió, vio que era más alto que el profesor Vogelsang—: Sabe usted, querido colega, desde que existe este instituto lucho por la pureza de la palabra alemana. Mi naturaleza no es combativa, la vida me ha forzado a hacer algunas concesiones. Pero hay algo que puedo afirmar: en esa lucha no he aceptado ningún compromiso. Y no aceptaré ninguno. Naturalmente, me han traído el libro de su Führer. Algunos colegas lo han acogido en las bibliotecas de sus centros. Yo no. No conozco otra obra tan manchada de pecados contra el alma del lenguaje como ésa. No puedo admitir que en mi instituto ese libro sea siquiera citado. Tengo que rogarle encarecidamente que no mencione ese libro en esta casa, ni ante mí ni ante sus alumnos. No tolero que se arruine el alemán de los chicos.

Bernd Vogelsang estaba allí sentado, apretados los finos labios. Era trabajador, concienzudo, sabía de lengua alemana y de gramática. Ha cometido un error. No ha debido citar el libro del Führer delante de ese hombre malintencionado. Por desgracia, no se podía negar que el director François tenía en cierto sentido razón. El más grande alemán vivo, el caudillo del movimiento alemán, no estaba familiarizado con los elementos de la lengua alemana. Eso era algo que, *mutatis mutandis*, tenía en común con Napoleón, con el que también coincidía en que no había nacido en el territorio del Reich que venía a liberar. Pero Bernd Vogelsang sufría por las carencias lingüísticas del Führer, y en su tiempo libre, en secreto, trabajaba eliminando los peores defectos de la obra, la más importante del movimiento de liberación alemán, transcribiéndola en un alemán gramatical y estilísticamente impecable. Como siempre, tuvo que encajar indefenso las insolencias del director; no se podía alegar nada en contra. El sable invisible se le había caído. Permanecía allí sentado, apretando los labios, en silencio.

En un primer momento el director François había gozado de su indignación. La vida le obliga a uno a hacer sacrificios del intelecto, Nubecilla Negra le ha arrancado alguna que otra concesión; pero no se ha hundido tan profundamente como para que nadie ose decirle que el vómito del libro *Mi lucha* es un perfume. Sin embargo, poco a poco el rostro sombrío y obstinado del catedrático, su disgustado silencio, le inquietaron. El director François ha defendido con energía su amado alemán, basta con eso. Volvió a ser el caballero conciliador que era por naturaleza:

—Entiéndame bien, querido colega —dijo, apaciguador. Lejos de mí querer decir nada en contra de su Führer. Ya sabe usted cómo rechazó el emperador Segismundo a aquel obispo que le reprochaba sus errores gramaticales: *Ego imperator Romanus supra grammaticos sto*; yo, el emperador de los romanos, estoy por encima de los gramáticos. Nadie exige a su Führer que domine la gramática alemana: pero yo sí se lo exijo a los alumnos del instituto Königin Luise.

Sonó como una disculpa. Pero seguía siendo una insolencia de François hablar así, sin rebozo, de los defectos del Führer. A ese hombre afeminado le estaba vedado decir lo que él, Vogelsang, tenía permiso para pensar. En ningún caso Bernd Vogelsang iba a dejarse apartar del tema. ¡A pesar de todo!, piensa.

En ese momento, el castigo de lo que el estudiante Oppermann había infringido se convirtió en la misión vital del profesor Bernd Vogelsang.

—Al grano, señor director —graznó, y ahora el sable invisible volvía a estar allí—. En el caso Oppermann no sólo estamos ante un escarnio de la germanidad, que en estos tiempos linda con la traición, sino también ante una infracción inusualmente atrevida de la disciplina académica. No tengo más remedio que volver a preguntarle: ¿Qué medidas piensa usted tomar contra el rebelde estudiante Oppermann?

El director François estaba sentado allí, cansado, cortés, inofensivo, como antes.

—Lo pensaré, querido colega —dijo.

En el instituto Königin Luise, los rumores se expandían con rapidez. Un año antes, Pedell Mellenthin saludaba con extrema devoción al joven Oppermann, hijo de la empresa de muebles. Ahora apartó la vista cuando Berthold salió del edificio. En cambio, seguía firmes cuando el profesor Vogelsang ya se había alejado dos pasos. ¿Quién había dicho siempre que el nuevo iba a enseñarles a esos culos flojos lo que valía un peine? ¿Y quién se lo ha demostrado? Una vez más, ha quedado claro el olfato que tiene Pedell

Mellenthin.

En doscientas doce de las doscientas setenta viviendas del bloque de la Friedrich Karl Strasse de Tempelhof estaban encendidos los árboles de Navidad. Habían costado entre uno y cuatro marcos; eran en su mayoría modestos abetos, adornados con toda clase de oropeles, velitas y espumillón, con golosinas de colores, no precisamente saludables. Debajo estaban los regalos, muy distintos, y aun así siempre los mismos: ropa blanca, prendas de vestir, puros, chocolate, juguetes, pan de especias. Los especialmente generosos habían llegado hasta una cámara fotográfica o un aparato de radio; también se regalaron dos bicicletas en el bloque de la Friedrich Karl Strasse. La mayoría de las etiquetas con los precios de los distintos regalos habían sido arrancadas, pero el destinatario del presente no necesitaba preguntar mucho para averiguar su precio exacto.

También la vivienda de Markus Wolfsohn tenía un árbol de Navidad encendido. El señor Wolfsohn había sido generoso al autorizar para el árbol un precio de dos marcos setenta; originariamente habría debido costar tres marcos cincuenta, pero el vendedor le hizo una rebaja de ochenta céntimos. Por otra parte, al señor Wolfsohn le resultaba fácil mostrarse generoso. Lo improbable había ocurrido: el bravo caballo Quelques Fleurs había ganado. El 1 de diciembre, el señor Wolfsohn tenía en su poder un excedente de doscientos ochenta marcos del que la señora Wolfsohn no sabía nada. Pero iba a participar del excedente mantenido en secreto. Él se había puesto el gorro de Papá Noel, y allí estaba ella, delante del edredón nuevo tanto tiempo deseado, sorprendida ante su calidad. El señor Wolfsohn sólo se había gastado veinticinco marcos en él. Ella lo admiraba. No conocía ningún comercio en el que cobraran menos de treinta y dos marcos por un edredón así. Ni el señor Wolfsohn tampoco, porque la verdad era que le había costado treinta y cuatro marcos. También estaba allí el abrigo de Elsa, de manera que la señora Hoppegart, que antes no hacía más que hablar, ahora tendría que tragarse sus escupitajos. Bob ha recibido algo grandioso: un bombardero. Cuando se le daba cuerda, se alzaba por los aires y dejaba caer una bomba de goma. En la caja estaba impreso: «Bombardero de primera calidad. El Tratado de Versalles impide a Alemania defender sus fronteras. Llegará el día en que Alemania rompa las cadenas de su esclavitud. ¡Piensa en ello!».

El señor Wolfsohn también ha pensado en sí mismo. Que se quede el seguro con sus mercancías de segunda. Un solo diente. Se va a regalar el puente. Esta mañana ha llevado a la práctica su viejo proyecto, ha llamado a la puerta del arenque feo Hans Schulze y le ha encargado definitivamente la restauración de su fachada. Naturalmente, a la señora Wolfsohn le dirá que ha conseguido que el seguro le pague el puente. Pondrá encima de la mesa de Schulze cincuenta marcos en cuanto termine el trabajo, los quince marcos restantes puede pagarlos en cómodos plazos. Inmediatamente después de Navidades acometerá la tarea, y en los primeros días del nuevo año Markus Wolfsohn podrá presentarse recién «restaurado» ante sus asombrados contemporáneos. Lo guarda para sí, ni siquiera se lo cuenta a Marie. Pero interiormente está muy orgulloso. Se imagina el aspecto que tendrá con su nueva fachada. Surgen ante sus ojos carteles en los que elegantes caballeros sonríen con grandes y blancos dientes. *Keep smiling*. Cuando tenga sus dientes nuevos, todo estará bien.

En la radio sonaban campanas, corales, devotas canciones. Los niños cantaban «Noche de paz, noche de amor». Lo cantaban en casi todas las viviendas del bloque de la Friedrich Karl Strasse. Durante largos minutos, la paz reinó sobre el bloque de casas. Entre los Wolfsohn y entre los demás. Luego, una pieza del bombardero se rompió, el pequeño Bob se llevó una regañina, lloró, fue llevado a la cama. Después una ramita del árbol se prendió fuego, Elsa se llevó una regañina, lloró, fue llevada a la cama.

Mientras la señora Marie se ocupaba de los niños, Markus Wolfsohn se sentó en el negro sillón orejero, de ocasión, dormitando satisfecho. Así se sentaban muchos en el bloque de la Friedrich Karl Strasse, dormitando satisfechos. La satisfacción de cada uno de ellos reforzaba la satisfacción de todos. El señor Wolfsohn era uno de los satisfechos. Les deseaba a todos lo mejor.

Excepto a uno. Sonreía abiertamente, lleno de satisfacción, cuando de la casa de al lado, superando el sonido de la radio, vino un fuerte griterío. Sin tener que esforzarse mucho, el señor Wolfsohn escuchó que ahora el pequeño Zarnke había roto una pieza de su bombardero y estaba recibiendo una paliza. El señor Zarnke explicaba lo caro que le había salido el bombardero, había tenido que apoquinar dos marcos y ochenta céntimos. Esto aumentó la satisfacción del señor Wolfsohn, porque él sólo había pagado dos marcos cincuenta.

También en otros aspectos la Nochebuena en casa de los Zarnke, a pesar de todas las similitudes externas, discurría de forma menos apacible que en casa de los Wolfsohn. La señora Zarnke había explicado tres veces a su marido que cierto par de zapatos bajos de piel marrón estaban especialmente bien de precio

en la sucursal de Tack de Tempelhof. Pero el señor Zarnke no le había regalado los zapatos bajos, sino el libro del Führer, *Mi lucha*. Con todo el respeto a la actividad política de su marido, la señora Zarnke encontraba egoísta esa conducta y no podía por menos de manifestar su opinión con expresiones disimuladas, pero suficientemente punzantes. El señor Zarnke por su parte, como varón alemán que era, respondía sin disimulo alguno. La larga y ruidosa confrontación contribuyó a aumentar el bienestar del señor Wolfsohn.

Sonriendo en su negro sillón orejero, contempló el cuadro *El juego de las olas*, la mancha en la pared, que ahora llegaba ya debajo del cuadro, escuchó las devotas sentencias de la radio, la bronca en el piso de al lado, se sintió uno con todos los demás habitantes del bloque de la Karl Friedrich Strasse. Celebró unas tranquilas y alegres Navidades.

La noche siguiente, los Wolfsohn estuvieron invitados en casa de Moritz Ehrenreich, en la Oranienstrasse, en el centro de Berlín. Los Wolfsohn no acudían a menudo a visitar a los Ehrenreich, en general salían poco. Donde mejor se sentía Markus Wolfsohn era en su propia casa. Pero era Hanuká, la fiesta de las velas —la fiesta caía esta vez muy tarde, normalmente se celebraba entre dos y cuatro semanas antes de Navidad—, y se había establecido la costumbre de que con ocasión de esta fiesta los Wolfsohn visitaran todos los años a sus parientes de la Oranienstrasse.

Markus Wolfsohn, todavía sumergido en el ambiente de la armoniosa noche navideña del día anterior, se sentaba cómodamente en uno de los dos sillones de tafetán verde que adornaban el salón de su cuñado Moritz, y fumaba uno de los veinte puros que Moritz Ehrenreich le había regalado con ocasión de la fiesta. Eran puros de a quince céntimos la pieza. Entre unas cosas y otras, la velada le iba a costar a Moritz entre siete y ocho marcos. Un buen tipo, el muchacho. Es instruido, lee mucho y, sin embargo, se atiene rigurosamente a viejas tonterías como la fiesta del Hanuká. ¿O acaso no es una tontería que en el centro del Berlín de 1932 alguien encienda las velas para celebrar una victoria que hace dos mil años alcanzó algún general judío sobre algún feo sirio? ¿Se nota hoy algo de la libertad que se supone trajo aquel general? Tiran a los judíos del metro en marcha. ¿Es eso libertad?

No obstante, el señor Wolfsohn contempla con bondadoso interés la singular lámpara encendida por Moritz para celebrar la fiesta conforme al antiguo ritual. Es una regleta con ocho cavidades con embocadura para poner en ellas aceite y mecha y una novena luz delante; detrás de la regleta hay una pieza en forma de triángulo de plata muy fina, y en repujado están representados Moisés y Aarón: Moisés con las tablas de la Ley, Aarón con gorro alto y ropas sacerdotales. Los Ehrenreich han heredado el candelabro de la familia de la esposa; es muy antiguo. ¿Qué valor puede tener? El señor Wolfsohn se hace la pregunta todos los años. Cuando se venden esas cosas, siempre se saca una mínima parte de lo que valen.

Ahora cantan los himnos: *Moaus zur jeschuosi*, «amparo y roca de mi salvación». Es un himno muy antiguo, algo así como el himno nacional judío; Moritz explica siempre que celebra la fiesta por motivos nacionales, no religiosos. La melodía es pegadiza. Moritz empieza enérgico, las claras voces de las mujeres y los niños se suman, incluso Markus Wolfsohn tararea. La canción supera el ruido de las radios que viene de las casas de arriba, abajo y al lado. Cuando la canción termina, la señora Mirjam, llamada Marie, observa que en realidad el himno del Hanuká es más bonito que la canción navideña «Noche de paz». Moritz Ehrenreich declara, perverso, que se reserva la opinión. El señor Wolfsohn decide que ambas canciones son igual de bonitas.

Una vez que han llevado a los niños a la cama, la señora Wolfsohn y la señora Ehrenreich discuten sobre asuntos de la casa. En cambio, los señores Wolfsohn y Ehrenreich se entregan a cuestiones de política y economía. Cuanto más escéptico y quietista se muestra Markus, tanto más se atrinchera Moritz Ehrenreich en sus vehementes posturas.

—Mira —polemiza, sacando un recorte de prensa. Aquí escribe un tal doctor Rost: «Sigue habiendo unos cuantos alemanes que dicen: sin duda los judíos tienen la culpa de todo, pero ¿acaso no hay unos cuantos judíos decentes? Tonterías. Porque si cada nazi conociera aunque sólo fuera un judío decente, tendría que haber, para doce millones de nazis, doce millones de judíos decentes en Alemania. Y no hay más de seiscientos mil». No, no quiero vivir entre un pueblo que acepta caudillos con semejante lógica.

Markus Wolfsohn reflexiona acerca del argumento del doctor Rost. También un buen vendedor tiene que desplegar a veces una lógica audaz; pero sería demasiado arriesgado irles a los clientes de Muebles Oppermann con la lógica del doctor Rost. Por lo demás, explica a Moritz, los hombres de la cruz gamada se comportan con simpatía personalmente con él. Naturalmente hay clientes que se niegan a ser atendidos por vendedores judíos, pero raras veces pueden distinguir a los cristianos de los judíos. En una ocasión incluso uno rechazó por judío a un dependiente cristiano y quiso que le atendiera precisamente él, Wolfsohn.

Moritz paseaba a zancadas por la habitación, rió sarcásticamente:

—No entrarás en razón hasta que estés con la cabeza vendada mirando por la ventana del hospital de la Charité.

Markus sonrió. Desde luego, se decía para sus adentros, que conocía a uno de esos tipos al que creía capaz de las cosas que Moritz contaba: el señor Rüdiger Zarnke. El señor Zarnke le tiraría sin duda del metro en marcha. Mataría dos pájaros de un tiro: llevaría a cabo una acción adecuada a la visión popular del mundo y tendría un piso para su cuñado.

Moritz seguía refunfuñando. ¿Quiénes habían dado a la cultura alemana su fama en el mundo? Los diez millones de judíos conservadores que hablan yidish, su anticuado alemán. Son los que más profundamente han creído en la cultura alemana. Sólo ellos estuvieron junto a los alemanes durante toda la guerra. 12 723 judíos alemanes cayeron en ella, el 2,2 por ciento de todos los judíos alemanes, mucho más que el porcentaje correspondiente del total de la población. Sin contar a los judíos bautizados y a los descendientes de judíos. Sumados, sería alrededor del 5 por ciento, sin duda más del doble del porcentaje correspondiente del total de la población. Así se lo agradecían ahora a los judíos alemanes.

—No, no participaré en esto. Se acabó. Me faltan dieciocho libras, y habré reunido la pasta para irme a Palestina. Ésta es la última fiesta de los macabeos que celebramos juntos. Me largo.

Las luces del Hanuká se extinguían. Markus Wolfsohn le escuchaba relajado, fumaba el tercero de los puros de Moritz, bebía una copa de aguardiente Asbach Uralt. Él tenía su opinión y su cuñado Moritz tenía la suya. No tendría gracia que todo el mundo opinara igual. Si su cuñado Moritz es un culo de mal asiento, que se vaya a Palestina; Markus le llevará hasta el tren y le despedirá agitando un pañuelo. Pero él se quedará en el país, y se ganará la vida honradamente.

Aquella misma noche, también Jacques Lavendel había invitado a dos huéspedes a su fiesta de Hanuká, su sobrino Berthold y su sobrina Ruth Oppermann. Jacques Lavendel tenía un amor de coleccionista por los objetos del viejo rito judío. Poseía cinco candelabros de Hanuká antiguos, especialmente bellos: dos italianos del Renacimiento, uno polaco con dos animales fabulosos y manos sacerdotales en actitud de bendecir, uno de Württemberg con figuras de aves y una campanilla y uno de Bucovina, del siglo XVIII, equipado extrañamente con un reloj, una pieza que le hacía especial gracia debido a su absurda condición.

También aquí se cantó el himno *Moaus zur jeschuosi*, «amparo y roca de mi salvación». Jacques Lavendel cantó con su voz ronca, sentía un infantil placer al hacerlo. Berthold miraba un tanto extrañado al hombre que cantaba. Las velas y los himnos no le decían nada. El árbol de Navidad tenía más significado para él. Se limitaba a conformarse con las ceremonias del Hanuká. Había venido con la secreta esperanza de poder discutir su caso con el tío Jacques y con Heinrich, el penoso asunto con el profesor Vogelsang, que de forma atemorizadora no había avanzado desde el primer día y del que sabía que no se movía. Desde entonces no había hablado con nadie; le cuesta confiarse a sus padres o al tío Joachim. Los que mejor le entenderán serán, sin duda, el tío Jacques y Heinrich. Un poco impaciente, esperó a que pasara la cena. Se comía bien en casa del tío Jacques Lavendel, comidas largas y abundantes. Ruth Oppermann se burlaba del tío Jacques porque se suponía que sólo cuando practicaba los viejos ritos sentía algo de aquella misteriosa unión que cohesionaba desde hacía milenios a los judíos de la Tierra. El tío Jacques se burlaba de Ruth porque ella declaraba con vehemencia que única y exclusivamente la cohesión política podría dar perdurabilidad al judaísmo.

La noche ya había avanzado mucho y Berthold seguía sin haber conseguido decir lo que le pesaba en el pecho. Probablemente ya no lo lograría, había sido una noche perdida. Se dispuso a marcharse pronto.

Ruth Oppermann estaba contando una anécdota que le había ocurrido a un niño judío oriental. El pequeño Jacob Feibelmann iba a un colegio con mayoría de niños nacionalistas. Una gran parte de su clase estaba organizada en una asociación juvenil popular. Los chicos iban armados con porras de goma. Un día, uno dijo que le habían robado la suya. El profesor, indignado ante la idea de que hubiera ladrones en su clase, ordenó una inspección de todas las carteras. La porra apareció en la cartera del pequeño Feibelmann; evidentemente se la habían metido allí. Hubo un enorme alboroto: el pequeño judío era el ladrón. El chico tuvo que abandonar el colegio. Desde entonces estaba trastornado, contó Ruth, lloraba sin cesar; ya no servía para nada.

Cuando Ruth terminó, de repente, Berthold abrió la boca. Sin transición, empezó a hablar de su caso, de aquella exposición sobre Hermann el Alemán que en realidad le había sido impuesta, de la interrupción del profesor Vogelsang, de la intimidación a que se disculpara. No pudo impedir que, mientras hablaba, su ancho rostro infantil pareciera cansado, reflexivo, preocupado. Aun así, logró mantenerse firme, varonil; de vez en cuando, incluso alcanzó la fluidez e indiferencia a las que aspiraba.

Habría sido una grave derrota que los otros hubieran acogido su historia con la misma indiferencia, con la maldita indiferencia de los adultos y experimentados. No lo hicieron. A Berthold casi le disgustó lo en serio que la tomaron.

Tío Jacques mantuvo la cabeza inclinada, entrecerró los azules ojos, meditó.

—Cuando los romanos estaban en Judea —dijo al fin— recaudaban de los judíos tributos muy elevados. Cuando preguntaron a los rabinos del Talmud: «¿Hay que declarar la verdad sobre nuestras mercancías, o no?», los rabinos respondieron: «Ay de aquel que la diga; ay de aquel que no la diga». Hagas lo que hagas, muchacho, él tratará de volverlo en tu contra —hizo una pequeña pausa y prosiguió—: Yo no diría ni que sí ni que no. Yo explicaría: «Esto y lo otro es lo que pensaba. Pero si alguien se siente ofendido lo siento, y preferiría no haberlo dicho». El director François es un hombre razonable.

Heinrich estaba sentado en un elevado arcón, le gustaban los asientos inusuales, y levantaba las piernas alternativamente con aire gimnástico.

—El director François —dijo— *is a good old fellow*. Pero los *boys* lo tomarían por una retirada. El Larguirucho, un tal Werner Rittersteg, dijo en una reunión de la dirección del club de fútbol que había que expulsar a Berthold porque aún no se había disculpado. En el momento le di un puñetazo. Dos días después declaró que si Berthold se disculpaba estaría cometiendo un error. La palabra de un hombre es la palabra de un hombre, y disculparse va contra el honor.

—Honor, honor —dijo el tío Jacques moviendo la cabeza. No dijo nada más, pero Berthold jamás había oído una crítica tan fuerte al concepto del honor como ésa.

—Por otra parte, yo no creo —continuó Heinrich, mirándose atentamente las puntas de los pies— que Vogelsang, el muy cerdo, se conforme con una explicación a medias. La cosa no se puede remediar más que con una disculpa clara y rotunda —dejó de mover las piernas; saltó del arcón. *Go ahead* —se volvió a Berthold. Acaba con esto. No se sale adelante con todo el instituto en contra. Ya has demostrado suficiente coraje civil. Sin duda lo que has dicho sobre ese «indio» es cierto, pero no tiene objeto insistir en una afirmación ante esos tipos sólo porque sea cierta. Lo que hace falta aquí es más astucia nórdica que valor de mártir. Tengo que decir —concluyó hábilmente, y de pronto se parecía a su padre— que en la práctica has aprendido condenadamente poco de tus estudios sobre Hermann el Alemán.

—Falso, falso, falso —se excitó Ruth Oppermann. Movió la morena cabeza con los negros cabellos, que siempre parecían algo enmarañados y desordenados. Con ese oportunismo no saldrás adelante entre esa gente. Hay sólo una cosa que les impone: agallas, nada más que agallas.

Berthold miró sorprendido a su prima. ¿No había admirado ella sin reservas la acción de Hermann? ¿Y ahora exigía que él mantuviera su crítica racionalista a tal acción? Así era ella siempre. No precisamente lógica, pero un carácter.

Los candelabros del Hanuká se habían extinguido. Jacques Lavendel sacó discos de gramófono con canciones hebreas, una vieja canción popular yidish. En voz baja, acompañó la canción:

Diez hermanos hemos sido,
hemos tratado con vino.
Uno murió, por desgracia,
sólo nueve hemos quedado.
Jossel toca el violín,
Trevje toca el contrabajo,
tócame una cancioncilla,
en mitad del callejón.

Cuando se marchaban, tía Klara, que hasta entonces había guardado silencio, dijo:

—No queda más remedio, Berthold. Tienes que disculparte. Hazlo durante las vacaciones, por carta. Escribe al director François.

Sybil había despedido a la criada; Gustav y ella se prepararon una cena fría. Activa, confiada, Sybil iba arriba y abajo por su bonito piso de dos habitaciones. Él veía con renovada alegría cómo ella tenía en cuenta sus pequeñas filias y fobias; sabía manejarse espléndidamente entre las cosas que adornan las orillas de la vida. Esbelta, infantil, inteligente, encantadora, se ocupaba de él. Charlaba con precoz madurez. Cada cosa en ella y a su alrededor era de tal especie que, en caso necesario, se habría podido renunciar a ello; pero si Gustav tuviera que hacerlo, ¿merecería la pena la vida?

Gustav estaba radiante. Le gustaba mucho el período comprendido entre la Navidad y el Año Nuevo. Se sentaba, comía, bebía, charlaba.

El contrato de la biografía de Lessing había llegado. Los honorarios no eran suculentos. Recibiría, durante dieciocho meses, plazos de doscientos marcos al mes. Una retribución bastante escasa por unas cuatro mil horas de actividad. Pero ya había hecho la mayor parte del trabajo, y ahora, bromea, tendrá unos ingresos asegurados durante año y medio.

Sybil escuchaba con atención, sin sonreír. Ella ganaba entre trescientos y cuatrocientos marcos mensuales por sus pequeñas, limpias y, a menudo, crueles historias. Nadie sabía cuánto esfuerzo le costaban esas historias, con cuánto celo trabajaba en ellas, y lo mal remuneradas que estaban. Gustav lo tenía fácil. Para él, los doscientos marcos eran una propina diminuta, imperceptible. A ella los hombres le regalaban flores, bombones, perfumes; a menudo pagaban sesenta o setenta marcos por una cena en un restaurante caro. No sabían cuánto más feliz sería si pagaran veinte marcos por la cena y le dieran los cuarenta restantes. Gustav era cualquier cosa menos tacaño; todos los meses ingresaba una suma suficiente en su cuenta. Pero vestirse bien cuesta dinero, los honorarios llegan con lentitud, a menudo se pasan apuros. Es imposible pedir dinero al sensible Gustav.

Doscientos marcos. La casa cuesta dinero, el coche, las camisas de seda. Las medias son baratas. Un ruso acaba de escribir una buena novela por tres pares de medias de seda. Ella, Sybil, ha ideado una historia que gira en torno a una mujer, una buena socióloga, fría, racional, pero forzada a vivir escribiendo sobre moda. El esquema aún es débil, pero ahora ya tiene una idea. Los doscientos marcos son una buena base para la acción secundaria. La verdad es que debería comentarlo con Gustav. Precisamente cuando se trata de la composición de una trama, él es capaz de dar buenos consejos. Sólo que hoy no está de humor para eso. Pero ella sí lo está. Es algo que siente en su interior, le gustaría escribir el esquema de la historia.

Gustav, entretanto, hablaba de su Lessing. Klaus Frischlin había demostrado ser muy útil. La cuestión era si debía emplearlo en ello de manera constante, porque, en ese caso, Frischlin tendría que abandonar su actividad como director del Departamento de Arte de la casa Oppermann. Habría terminado con el Lessing, como máximo, en dieciocho meses. ¿Merece la pena sacar para eso a Frischlin de un puesto insatisfactorio pero fijo?

Sybil escuchaba dispersa, estaba en su historia. Gustav lo advirtió. Levemente ofendido, dejó a Sybil antes de lo que tenía previsto.

Al día siguiente, el profesor Mühlheim comió con Gustav. El rostro de aquel hombre pequeño y vivaz se arrugaba esta vez con especial astucia. Justo antes de llegar, acababa de arreglar algo importante para Gustav. Desde hacía años, insistía en que Gustav sacara al extranjero su patrimonio. Las cosas en Alemania tomaban un cariz cada vez más amenazador. ¿No es un loco el que sigue sentado en un tren cuyo personal da muestras indudables de locura? Ahora, Mühlheim tenía la oportunidad de sacar dinero al extranjero sin riesgo alguno, a través de una determinada transacción. Minucioso, expuso a Gustav los detalles. El negocio había sido ideado con gran habilidad, todo sería legal, se eludían inteligentemente las astutas normas legales en materia de divisas.

Mühlheim se tomaba a sorbitos su café solo. Paciente, paso a paso, explicó a su amigo toda la complicada acción. Gustav escuchaba complacido, parpadeando nerviosamente, tocando en el muslo una melodía con la mano fuerte y velluda. El «ojo de Dios» se movía de acá para allá; Immanuel Oppermann miraba, astuto, benévolo, somnoliento, a su nieto. El abuelo Immanuel lo había tenido fácil; él nunca se había enfrentado a tales problemas. Por otra parte, es probable que hubiera recibido la oferta de Mühlheim encantado. Pero a él, Gustav, le repelía. Sus sentimientos se rebelaban contra esa propuesta. La confusión, la contradicción interna, se reflejaban en su rostro, que jamás ocultaba una emoción.

Mühlheim se enfadó, se acaloró. ¿A quién quería Gustav dejar su dinero en Alemania? ¿A los militaristas, para que lo dilapidaran en armamentos secretos? ¿A los grandes industriales, para que lo emplearan en suministros extremadamente dudosos a Rusia, por los que jamás se recuperaría el dinero? ¿A los populares, para que pagaran con él sus tropas de asalto, la propaganda de su Führer? ¿A los trece mil latifundistas, para que siguieran enterrando miles de millones en sus absurdas haciendas?

Gustav se puso en pie, empezó a caminar arriba y abajo con pasos rápidos y rígidos, pisando con firmeza. Sin duda, Mühlheim tenía razón. Los fondos que se pagaran al Estado iban a ser empleados en cosas muy distintas de los intereses de la colectividad. No se emplearían en su protección, sino para atacarle. Pero aun así servían para mantener el orden, aunque fuera un orden equivocado, y Gustav estaba de acuerdo con Goethe, que prefería la injusticia al desorden. Tendió a Mühlheim la mano robusta y velluda:

—Mühlheim, te agradezco que hayas pensado en mí. Pero voy a dejar mi dinero en Alemania.

Mühlheim no le estrechó la mano. Miró disgustado al testarudo. El asunto era absolutamente seguro. Era

rigurosamente legal. La sociedad a la que Gustav debía adherirse tenía entre sus accionistas a varios nacionalistas alemanes, incluso populares. No volvería a presentarse una ocasión de sacar el dinero al extranjero de forma tan segura. El plazo de suscripción concluía mañana, al terminar el año. ¿Qué era lo que realmente quería Gustav? ¿A qué se debía su actitud? ¿Dónde estaban sus reparos? Pidió que le hiciera el favor de exponerle sus argumentos.

Gustav, presionado, caminaba arriba y abajo. ¿Argumentos? No había argumentos. Le parecía que no era limpio sacar su dinero de Alemania. Quería a Alemania. Eso era todo. Reparos sentimentales, cierto, que no resistían la lógica de Mühlheim. Pero él es un sentimental. ¿Por qué —sonrió juvenil, travieso—, por qué el propietario de un capital líquido de medio millón y un inmovilizado de por lo menos el doble no va a permitirse un poco de sentimentalismo?

—Precisamente para poder permitirte ese sentimentalismo también en el futuro, idiota —se acaloró riendo Mühlheim—, deberías poner a buen recaudo unos cientos de miles.

Después de algún tira y afloja, Gustav aceptó suscribir no cuatrocientos mil marcos, como Mühlheim quería, pero sí doscientos mil de la sociedad anónima. Mühlheim respiró. Ahora había conseguido al menos una cierta seguridad para su tonto amigo. Gustav firmó el poder que Mühlheim le presentó.

—Tampoco olvides —dijo, orgulloso— que además tengo otros doscientos marcos de renta por Lessing.

Una vez concluidos los molestos negocios, rápidamente volvió a sentirse alegre, y cuando llegó Friedrich Wilhelm Gutwetter estaba tan radiante como siempre. Mühlheim no podía abandonar tan rápido el tema político:

—Hemos visto al proletariado desencadenado —explicó—, y no fue agradable. Hemos visto a la gran burguesía desencadenada, a los latifundistas y militaristas, y fue espantoso. Pero todo habrá sido un paraíso cuando veamos desencadenados a los pequeños burgueses, a los populares y su Führer.

—¿Lo cree de veras, estimado profesor? —se sorprendió Gutwetter, mirándolo amable con sus gigantescos ojos de niño. Yo veo las cosas de otro modo —dijo con suavidad. Creo que la guerra sólo ha sido un preludio. El siglo de las grandes batallas no ha hecho más que empezar. Será un siglo de aniquilación. Las estirpes finales de la raza blanca se enfrentarán de manera implacable. El trueno se apareará con el mar, el fuego con la tierra. Para esa lucha, se criarán cerebros con cuernos. Ahí es donde veo el sentido del Reich nacional que ha de venir. Una trascendencia militante, una jurisdicción de leyes sublimes y defensivas, el castigo de la embriaguez y el sacrificio para los animales incapaces de cambiar: ésa es la perspectiva.

Habló con suavidad, con su voz contemplativa; la cuidada cabeza sobresalía tranquila de la alta levita similar a la ropa de un clérigo, los ojos infantiles miraban soñadores.

Cuando hubo terminado, los otros dos callaron unos instantes. Luego, Mühlheim dijo:

—Muy bien. Si eso es lo que cree. Pero antes quizá quiera tomar otro coñac y un puro.

En el año 1905 se publicó en Moscú un libro titulado *Lo grande en lo pequeño, el Anticristo como posibilidad política próxima*. El autor del libro era un tal Sergius Nilus, funcionario de la cancillería del sínodo. El capítulo doce contenía un apéndice titulado «Actas de los sabios de Sión». Esas «actas» contenían informes sobre una reunión secreta de los judíos líderes del mundo, que se suponía se habían reunido en Basilea en otoño de 1897, con ocasión del primer congreso sionista, para aprobar las directrices que establecerían la definitiva implantación del imperio judío mundial. El libro fue traducido a muchas lenguas extranjeras y causó una fuerte impresión, sobre todo en medios académicos alemanes. En 1921, un colaborador del *Times* de Londres demostró que las «actas» estaban en gran parte copiadas literalmente de un folleto publicado en 1868 por un tal Maurice Joly. En dicho folleto se acusaba a seguidores de Napoleón III, masones y bonapartistas, de haber tramado un inmenso complot para apoderarse del mundo; el autor de las «actas» se había limitado a sustituir las palabras «masones y bonapartistas» por la palabra «judíos». La parte de las «actas» que no estaba copiada del folleto de Joly había sido tomada de la novela *Biarritz*, publicada igualmente en 1868 por un tal Goedsche bajo el pseudónimo de John Retcliffe. En la novela se describía cómo cada cien años los príncipes de las doce tribus de Israel desperdigadas por todo el mundo se reunían en el viejo cementerio judío de Praga y deliberaban sobre lo que había que seguir haciendo para mantener la estabilidad del imperio judío mundial. Cuando se descubrió la necia falsificación, todo el mundo civilizado estalló en una sonora carcajada. Sólo en Alemania, sobre todo en las universidades, se siguió dando crédito a las «actas».

A Gustav Oppermann siempre le habían hecho especial gracia las «actas» y todo lo relacionado con ellas. Estaba interesado en los documentos de la estupidez humana; poseía una pequeña colección, que incluía las ediciones de las «actas» y la bibliografía sobre ellas.

El último día del año, el director François solía comer con él. François había conseguido una edición de las «actas» especialmente divertida, de un tal Alfred Rosenberg, y se la llevó a Gustav como pequeño presente.

La comida discurrió cordialmente, entre buena conversación. El director François procedía de una familia de emigrantes franceses; razón, humanidad, habían sido desde siempre tradicionales en su familia; mantenía con orgullo el vínculo con los grandes acontecimientos de los siglos XVIII y XIX. Ahora, desde luego, bajo la influencia de la señora Emilie, Nubecilla Negra, el director François se había vuelto prudente y sólo se atrevía a referirse a su origen en un círculo de amigos de confianza. Aquí, en conversación con Gustav, Alfred François podía dejarse ir por entero. Su gusto literario era el mismo que el de Gustav; como él, odiaba la política, era como él un luchador fanático por la pureza de la palabra. Aquí François podía descargar su oprimido pecho. Los dos hombres conocían la estupidez humana, que es profunda como el mar. Pero también sabían que al final la razón siempre vence a la estupidez, con la misma seguridad con la que Ulises venció al cíclope Polifemo, con la misma seguridad con la que los hombres de la Edad de Bronce superaron a los hombres de la Edad de Piedra. Gustav Oppermann y el director François mantenían una conversación como la que podían haber mantenido los antepasados del director.

Pero antes de que terminara la comida, François recordó que aún tenía que cumplir una promesa que le había arrancado Nubecilla Negra. Cuando le habló a la señora François del simpático librito que iba a llevarle a Gustav Oppermann, ella le había dicho: «Si mañana vas a ver a tu amigo, puedes hablar con él sobre tu Oppermann. Tiene que animar a ese pilluelo a arreglar de una vez la historia con el profesor Vogelsang. Hoy en día no se pueden descuidar esas cosas». Estuvo insistiendo a François hasta que le aseguró que discutiría la cuestión con Gustav.

Así que la discutió. Inició la conversación cautelosamente, con observaciones de carácter general. La guerra ha cambiado la lengua alemana. Ha introducido en ella nuevos conceptos, nuevas palabras, ha pulido el vocabulario y la sintaxis. Si se utilizan exclusivamente los nuevos giros, el resultado es espantoso. Pero si lo bueno de lo viejo se une orgánicamente a lo bueno de lo nuevo, surge un estilo menos sensible que el antiguo alemán, más duro, más frío, más racional, más varonil. Algunos de sus alumnos tienen un oído muy fino para el nuevo alemán, que a él le resulta bienvenido. Uno de los más finos es el de Berthold Oppermann. El chico une al sentido de la técnica de este siglo un vivo interés por las humanidades, por el espíritu. Sólo queda esperar que el repugnante nuevo profesor que le han metido en su buen centro como una patata en un seto de tulipanes no eche a perder demasiadas cosas. Y entonces cuenta el caso Vogelsang.

Gustav escucha, sin excesivo interés. ¿Espera François que él, Gustav, considere el caso un problema? Ahí se ve cómo todo el mundo está encerrado en su mundo laboral y sobreestima las cuestiones profesionales. ¿Qué pasa? El caso es extraordinariamente simple. El chico ha hecho una afirmación razonable. El profesor no quiere admitirla debido a un sentimiento vulgar. ¿De verdad François cree que en pleno siglo XX se puede presionar a un chico por manifestar cosas demostrables en un establecimiento científico?

Aún no hemos llegado a eso, dice el director François, y se acaricia la blanca perilla con las manos pequeñas y cuidadas. Pero Gustav parece subestimar la influencia que el movimiento popular tiene por desgracia también en el mundo escolar. François ha mantenido una entrevista con el jefe de negociado del ministerio que lleva estos asuntos, una persona bien intencionada, con la que se entiende a las mil maravillas. Cuenta con su promesa de que ese perturbador individuo será trasladado de su centro lo antes posible. Pero también el jefe de negociado depende de las circunstancias exteriores, y tiene que establecer compromisos por todas partes. Para él, François, la táctica adecuada es tratar de manera dilatoria el caso Vogelsang-Oppermann. Si el profesor es trasladado, el caso quedará resuelto automáticamente. Pero, como hemos dicho, eso es sólo una posibilidad. Sería bueno no contar demasiado con ella. Quizá Gustav pueda convencer a su sobrino para que presente la disculpa exigida.

Extrañado, Gustav alzó la vista. Después de la introducción de François, había esperado otra conclusión. Juntó las espesas cejas, sobre la fuerte nariz aparecieron los profundos surcos verticales, todo el rostro de ese hombre fácil de conmover expresó su perplejidad. El traslado de su dinero al extranjero por parte de Mühlheim se había producido por una cautela similar a la que ahora mostraba el director François. En cualquier caso, no se podía exigir cautela al chico. Después de un breve silencio, dijo:

—No, querido François, no puedo ayudarle en este asunto. Puedo entender que alguien calle una verdad que conoce. Pero una vez que mi sobrino ha manifestado su verdad, no quiero aconsejarle que la niegue, y menos aún que se disculpe por ella.

Su rostro expresaba rechazo, arrogancia, estaba sentado muy erguido. Es algo que tiene en común con Goethe, pensó el director François, que parece muy alto cuando está sentado. Nubecilla Negra se mostrará

descontenta, siguió pensando; pero puede asegurar con buena conciencia que ha hecho todo lo que estaba en su mano. Por lo demás, le complacía la actitud de su amigo Gustav.

Ambos estaban contentos cuando terminaron de comer y pasaron a la biblioteca para tomar el café. Era agradable, aquí, en esta hermosa habitación, hablar de forma reposada sobre la eterna y abismal estupidez del ser humano y sobre la igualmente eterna derrota de ésta por el espíritu. Gustav adjuntó el librito de las «actas» a los otros panfletos de su colección. Sonriente, cogió el libro del Führer, *Mi lucha*, que estaba cerca de las «actas», y leyó a su amigo algunos pasajes especialmente jugosos. El director François se tapó las orejas; no quería oír el malo y dislocado alemán de ese libro. Gustav le convenció para que lo hiciera. Seguro que, por repugnancia hacia la forma, no había apreciado aún la comicidad del contenido. No se dejó disuadir de citarle unos cuantos pasajes:

«La maldad de los judíos —leyó— es tan gigantesca que nadie tiene por qué sorprenderse de que entre el pueblo alemán la personificación del Demonio como símbolo de todo lo malo adopte la forma carnal del judío». «Fueron y son judíos —siguió leyendo— los que trajeron a los negros hasta el Rin con la intención de destruir mediante bastardización la raza blanca, a la que odian, hacerla caer de sus cumbres culturales y políticas y convertirse ellos mismos en sus dueños». «Los judíos —leyó— no quieren instaurar un Estado judío en Palestina para vivir en él, sino que tan sólo desean una central organizativa de su delincuencia internacional dotada de derechos de soberanía: un lugar de refugio para los delincuentes fugados y una universidad para los futuros estafadores».

Por mucho que le repugnara el texto, el director François no pudo menos de reír ante semejante montón de insensateces. También Gustav rió. Siguió leyendo. Los dos hombres reían a carcajadas.

Pero el director François no soportó por mucho tiempo tan poco apetitosa lectura:

—No alcanzo a describirle, querido amigo —dijo—, la incomodidad que siento cuando tengo que oír algo de ese sucio libro. No exagero: se me revuelve literalmente el estómago.

Gustav sonrió, ordenó por el teléfono interior al criado Schlüter que trajera coñac. Devolvió el libro del Führer a su lugar, junto a las «actas».

—¿No es raro —dijo— que la misma época produzca hombres de tan diferente estadio de evolución como el autor de *Mi lucha* y el autor del libro *El malestar en la cultura*? La ciencia anatómica del siglo que viene tendría que poder demostrar en sus cerebros una diferencia de al menos treinta mil años.

Schlüter trajo el coñac, enfrió las copas, sirvió.

—¿Qué le ocurre, Schlüter? —preguntó Gustav. Tiene un aspecto extraño.

También a François le llamó la atención lo trastornado que estaba el rostro de aquel hombre tranquilo y ligero.

—Han llamado del hospital —dijo Schlüter; su tranquilo rostro estaba sombrío. Mi cuñado está mal. Puede que no llegue al próximo año.

Gustav estaba consternado.

—¿Cuándo fue a verle por última vez? —preguntó.

—Anteayer —dijo Schlüter—. Mi mujer fue ayer. Él le dijo: «No se puede hacer la vista gorda ante esos perros. El país entero se echará a perder si todos siguen cerrando la boca. Aunque hubiera sabido lo que me iba a pasar, de todas formas volvería a testificar lo mismo».

—Vaya al hospital, Schlüter —dijo Gustav. Enseguida. Dígale a Bertha que vaya también. Ya no les necesito. Conecte el teléfono aquí. Si viene alguien, yo mismo abriré. Coja el coche si quiere.

—Gracias, señor —dijo Schlüter.

Gustav contó a François lo que había ocurrido. El cuñado de Schlüter, un tal Pachnicke, mecánico de profesión, un hombre decente y apolítico, había asistido a una de las cotidianas peleas entre republicanos y mercenarios populares. En la pelea habían matado a un republicano. Los populares declararon que, atacados por los republicanos, habían actuado en defensa propia. Era la declaración habitual que los populares hacían cuando atacaban y mataban a sus adversarios. En el proceso contra el mercenario que había disparado al republicano, el mecánico Pachnicke, llamado como testigo, había declarado, como era cierto, que los de la cruz gamada habían empezado la pelea. Su testimonio, como los de todos los demás que habían jurado lo mismo, no había sido creído, y el mercenario había sido absuelto. Poco después del proceso, hombres con cruces gamadas habían atacado a Pachnicke una noche, dejándolo en tan mal estado que hubo que llevarlo al hospital.

—Ya ve, querido Oppermann —dijo François, una vez que Gustav hubo terminado su relato—, no es completamente inofensivo declararse a favor de la verdad y la razón en nuestra Alemania. Quizá ahora juzgue con un poco menos de severidad que quiera guardar a su sobrino de las experiencias del mecánico Pachnicke.

—Eso es una generalización ilegítima, querido François —respondió Gustav con bastante energía. Al fin y al cabo usted, sus profesores y los caballeros del Ministerio de Cultura no son mercenarios a sueldo. No, no, la gran mayoría de los alemanes son Pachnickes, no camisas pardas. Con todo su dinero y su habilidad para ensuciar, han podido atontar apenas a un tercio de la población. Un resultado asombrosamente pobre para tanto gasto. No, querido François, el pueblo es bueno.

—Dígamelo a menudo y con rotundidad —respondió François. Es importante que lo creamos. Pero no siempre me resulta del todo fácil creerlo. Y ahora, si me lo permite, cambiemos de tema. Sigo teniendo el regusto de ese mal libro. Quitémonoslo con algo bueno.

Rebuscó entre los libros. Sacó un volumen de Goethe. Leyó, sonriente:

«En tiempos inquietos, el pueblo se lanza de un lado a otro como un enfermo de fiebres».

Se limpiaron el alma de la lectura de las «actas» y de *Mi lucha*.

Fueron dos horas agradables. Su malestar desapareció. Una nación que durante siglos se había dedicado con tanta intensidad a libros como los que aquí había no podía dejarse atrapar por balbuceos como los que se leían en las «actas» y en *Mi lucha*. Había sido una precaución superflua que Gustav siguiera el consejo de Mühlheim, y François no tenía motivos para mirar con incertidumbre el resultado del caso Vogelsang. Gustav tenía razón: la media de este pueblo está hecha de gentes como el mecánico Pachnicke, no de la chusma que sigue a los mercenarios. Reflexionaron acerca de la frase del moribundo: «Aunque hubiera sabido lo que me iba a pasar, de todas formas volvería a testificar lo mismo». Así, y no como el señor Vogelsang, pensaba este pueblo. Se mantenía del lado de la razón, no sucumbía a la pomposa cháchara del Führer. Alegres, tranquilos y confiados, bromearon acerca de cómo acabaría ese Führer, si como vocero en una barraca de feria o como agente de seguros.

El 30 de enero, el presidente de la República nombró canciller al autor de *Mi lucha*.

Libro segundo

HOY

Los alemanes tienen sobre su conciencia la enfermedad e irracionalidad más adversaria de la cultura que existe, el nacionalismo, esa *névrose nationale* de la que Europa está enferma: han arrebatado a Europa su sentido y su razón.
NIETZSCHE

Gustav Oppermann se dirigía a la Gertraudtenstrasse para participar en una reunión en la oficina central de la empresa. Martin le había pedido con inusual insistencia que esta vez asistiera a toda costa.

Fue unos días después del nombramiento del Führer como canciller. Las calles bullían de gente. Por todas partes se veían las camisas pardas de los mercenarios populares, su cruz gamada. El coche de Gustav, conducido por Schlüter con habilidad y rapidez, no avanzaba demasiado.

Otra vez un semáforo en rojo. Los estadounidenses, pensó Gustav, tienen una hermosa frase: The lights are against me. Pero no tenía tiempo de detenerse en sus pensamientos. Le molestó el griterío de una anciana que ofrecía muñecos con insistencia. Eran muñecos que representaban al Führer. La anciana sostuvo uno de ellos ante la ventanilla del coche. Si se apretaba la tripa del muñeco, estiraba el brazo derecho con la mano plana, un gesto que el fascismo italiano había tomado prestado de la antigua Roma, y el fascismo alemán del italiano. La anciana, acariciando al muñeco, chilló:

—Tú, pobre, tú, grande, tú has luchado, tú has sufrido, tú has vencido.

Gustav apartó la vista del grotesco espectáculo. Como a todo el Reich, también a él le había sorprendido el repentino nombramiento del Führer como canciller. No tanto como al propio Führer, pero tampoco él había comprendido los acontecimientos. ¿Por qué precisamente ahora que el movimiento popular se estaba desinflando se confería a un hombre como el autor de Mi lucha el cargo más alto del Estado? En el club de golf, en el club de teatro, le habían dicho a Gustav que el asunto no revestía peligro: el Führer estaría atado por la influencia de los miembros más moderados y más razonables del gabinete. Toda la acción era una maniobra de distracción, para contener a las masas que protestaban. Gustav prestaba oídos a esto, le gustaba creerlo.

Naturalmente, Mühlheim consideraba más grave la historia. Los estratos dirigentes, con los grandes terratenientes a la cabeza, habían llamado a los bárbaros en su ayuda en un momento de suprema urgencia, para evitar que se descubrieran los suculentos escándalos de sus subvenciones. Mühlheim no creía que una vez se les había dado acceso al comedero resultara tan fácil librarse de ellos. El sanguíneo caballero había llegado a decir que ahora la civilización de la Europa Central estaba amenazada por una invasión de los bárbaros como no se había visto desde la caída del Imperio Romano.

Gustav sólo pudo esbozar una sonrisa ante el pesimismo de su amigo. Un pueblo que ha producido esta tecnología, esta industria, no cae en la barbarie de la noche a la mañana. ¿Acaso no se acaba de calcular que sólo las obras de Goethe tienen más de cien millones de ejemplares en circulación en el ámbito germanoparlante? Un pueblo así no escucha mucho tiempo el griterío de los bárbaros.

En las silenciosas calles del barrio residencial en el que Gustav vivía, el nombramiento del caudillo bárbaro no había cambiado prácticamente nada. Ahora, en su primer viaje a la ciudad, Gustav veía con disgusto cómo los bárbaros se acomodaban. Sus tropas dominaban las calles. La rígida novedad de sus uniformes pardos, que aún olían a sastrería, sus saludos con el ademán clásico, le recordaban a los figurantes del teatro de una ciudad pequeña. En las esquinas de las calles presentaban a los viandantes huchas destinadas al pago de la propaganda electoral. Bajó la ventanilla para oír qué gritaban. «Dad para la

Alemania que despierta, para el billete de ida a Jerusalén», oyó. Gustav había servido en el ejército, había estado en campaña unos cuantos meses. Fue la energía de Anna la que en su momento le había preservado de vivir más experiencias en el frente. Su servicio militar, ese absurdo sometimiento a la voluntad de otros, había sido la época más repugnante de su vida. Se había esforzado en borrarla de su memoria, se ponía enfermo al pensar en ella. Ahora, a la vista de los uniformes pardos, resurgía el desagradable recuerdo.

Estaban en la Gertraudtenstrasse. Ahí estaba la casa central de los Oppermann, compacta, anticuada, sólida. También aquí, delante del portal principal, uniformados pedían a los transeúntes para sus huchas electorales. «Para la Alemania que despierta, para el Führer, para el billete de ida a Jerusalén», gritaban con sus claras voces de niño. Rígido, inmóvil el rostro de cascanueces con el duro bigote gris, estaba el viejo portero Lechinsky. Saludó a Gustav con especial malhumor, hizo girar la puerta ante él con un movimiento especialmente escueto: en presencia de esos piojosos, quería demostrar su lealtad a su director general con especial énfasis.

En el despacho principal ya estaban esperando a Gustav. Jacques Lavendel también estaba allí, su esposa Klara Lavendel, los apoderados Brieger y Hintze; sólo faltaba Edgar. Gustav entró con paso firme y rápido, pisando con fuerza, trató de parecer despreocupado, radiante como siempre. Señaló la copia del cuadro de Immanuel Oppermann:

—Magnífica, esa copia. Creo que me has dado una copia a mí, Martin, y te has quedado el original.

Sólo el vivaz señor Brieger acogió su tono alegre y ruidoso:

—El negocio va de maravilla, doctor Oppermann —dijo. Los nazis se están instalando a lo grande, y el que se instala necesita muebles. ¿Y quién proporcionará los muebles a sus pardas casas? Nosotros.

Luego pasaron al asunto. Martin dijo unas cuantas generalidades. Los populares utilizaban el antisemitismo como medio propagandístico. Era posible, incluso probable, que ahora, en el poder, abandonaran ese recurso, por superfluo y económicamente nocivo. Aun así, harían bien en estar preparados. Pedía su opinión al señor Brieger.

El pequeño señor Brieger, de gran nariz y aspecto marcadamente judío, habló de forma tan insolente como siempre. Ahora, no quedaba otro remedio que unir todos los negocios Oppermann a Alemana de Fábricas del Mueble. Además, sería bueno suscribir finalmente un acuerdo con el señor Wels. Le ha tanteado; curiosamente, se entiende muy bien con ese tormentoso gentil. Si la historia ha de tener verdadero sentido y superar la tempestad que muy probablemente va a sobrevenir —él ve las cosas un poco más negras que el señor Martin Oppermann—, habrá que poner por lo menos el cincuenta y uno por ciento de la empresa en manos no judías antes de las elecciones. Esto habrá de poder ser demostrado irrefutablemente, aunque, por supuesto, *de facto* haya de ser de otra manera. Desde el punto de vista técnico, se puede hacer. Pero las transacciones necesarias son delicadas, prolijas, y requieren comprensión, capacidad de decisión y buena voluntad por ambas partes. Tres cualidades en las que nosotros somos fuertes, a diferencia del señor Wels. Eso fue lo que expuso el señor Brieger, vivaz, entre muchas expresiones agudas y chistosas, con marcada ligereza, pero que no acabó de ser del todo creíble.

Una vez que el señor Brieger terminó, Martin dijo:

—Hay que hacer ambas cosas, la conversión en Alemana de Fábricas del Mueble y las negociaciones con Wels. Creo que el señor Brieger llegará de manera segura a la meta.

Le costó trabajo la indirecta confesión de que él, Martin, había echado a perder la negociación con Wels en aquella ocasión, pero le parecía indecente rehuirla.

El imponente señor Hintze se sentaba tieso, en guardia, con la cabeza muy erguida.

—Creo —dijo— que si el profesor Mühlheim pone manos a la obra podremos tener lista Alemana de Fábricas del Mueble en una semana. Gracias a Dios, aún no hemos llegado al punto en que los Oppermann tengan que correr detrás de un hombre como Wels. Demos luz verde a Alemana de Fábricas del Mueble, caballeros, y después esperemos tranquilamente a que el amigo venga a nosotros.

—Muy bien —dijo Jacques Lavendel, mirando amablemente al señor Hintze. Pero ¿y si no viene? ¿Y si oye lo que el Führer dice todos los días en la radio? ¿Y si lo cree? Por desgracia no tiene criterios muy firmes. No presupongan demasiada comprensión en los otros, caballeros. Ya ven que hasta ahora eso siempre ha sido una especulación errónea. Negocien con ese gentil. Hoy mismo. No sean mezquinos. No se debe atar la boca al buey que patea. Denle un buen bocado para que lo trague. Es mejor que dárselo todo.

Gustav estaba allí sentado con el gesto de un hombre que escucha por cortesía, pero al que en el fondo la discusión aburre. Miró fijamente el escrito que colgaba enmarcado en la pared. Conocía su texto de memoria: «El comerciante Immanuel Oppermann, de Berlín, ha prestado buenos servicios al ejército alemán con sus suministros. El general en jefe: fdo. Von Moltke». Dejó caer los hombros un poco, bajó los pesados párpados sobre los turbios ojos marrones; el cambio fue apenas perceptible. Aun así, de pronto ya no

parecía joven, sino similar a su hermano Martin.

Cuando Brieger terminó, habían esperado que él fuera el primero en hablar, y sólo cuando se demostró que a todas luces deseaba guardar silencio, Martin habló. Ahora, como seguía callado, Martin le animó:

—¿Qué opinas tú, Gustav?

—No comparto tu opinión, Martin —dijo, y su voz normalmente amable sonó irritada y decidida. Tampoco la suya, señor Brieger, ni siquiera la de usted, señor Hintze, y menos la suya, Jacques. No entiendo por qué de pronto todos tienen miedo. ¿Qué ha ocurrido? Se ha dado a un necio popular un cargo representativo y se le ha neutralizado rodeándolo de colegas serios. ¿Creen realmente que Alemania se acaba porque unos cuantos miles de piojosos armados vagabundeen por las calles? —se sentaba erguido, parecía muy alto, su complaciente rostro estaba irritado y malhumorado. ¿Qué se imaginan ustedes? ¿Qué temen? ¿Creen que van a prohibir a nuestros clientes comprar en nuestras tiendas? ¿Creen que van a cerrarlas? ¿Que van a expropiar nuestro capital social? ¿Porque somos judíos? —se levantó, caminó arriba y abajo con paso rígido y vehemente, respiró enérgico por la carnosa nariz. No me vengan con sus cuentos de viejas. Ya no hay pogromos en Alemania. Eso se acabó. Hace más de cien años. Ciento catorce, si quieren saberlo con exactitud. ¿Creen que todo un pueblo de sesenta y cinco millones de personas ha dejado de ser un pueblo de cultura porque se haya dado libertad de expresión a unos cuantos locos y truhanes? Yo no lo creo. Me opongo a que se tome en cuenta a los locos y truhanes. Me opongo a que desaparezca de nuestra firma el buen nombre Oppermann. Me opongo a que se negocie con un contemporáneo tan obtuso como ese Wels. No me dejaré contagiar por vuestro pánico. No contribuiré. No entiendo cómo personas adultas pueden sucumbir a ese necio hechizo.

Los otros se quedaron sentados, confusos. La serenidad de Gustav, su complacencia, eran proverbiales. Jamás se había opuesto seriamente a nada en el negocio. Nadie le ha visto nunca tan excitado. ¿Qué era esto? ¿Había un solo negocio judío que no tomara medidas de precaución? ¿Cómo podía un hombre tan inteligente como Gustav estar tan ciego? Ahí se ve a lo que conduce dedicarse a cuestiones literarias y filosóficas.

Jacques Lavendel fue el primero en hablar:

—¿De manera que sigue usted creyendo que la razón vencerá en estas latitudes? —miró amablemente a Gustav. Que Dios le oiga —dijo entonces, con su voz suave, ronca y benévola. Si piensa en términos históricos seguro que tiene razón, Gustav. Pero por desgracia los hombres de negocios estamos obligados a pensar a muy corto plazo. El día del que usted habla llegará sin duda. Pero ninguno de nosotros sabe si vivirá para verlo. Desde el punto de vista económico, quiero decir. Usted habrá tenido razón, pero la firma Oppermann habrá quebrado.

—Grandiosa, su confianza —dijo el imponente señor Hintze, se levantó y estrechó con calidez la mano de Gustav. Le doy las gracias por sus palabras. Realmente benéficas, emocionantes. Pero como comerciante, tengo que decir: confianza en el corazón, cautela en el negocio.

Martin, mudo, se quitó los quevedos, los limpió, volvió a guardarlos. Consternado, preocupado, miró a su hermano. De pronto, veía que Gustav tenía cincuenta años. Su entrenamiento, su luminosa y despreocupada vida no le habían servido de nada. Ahí estaba, diciendo cosas que no tenían nada que ver con la realidad. Martin miró el retrato del viejo Immanuel. Supo de pronto, lo supo con un cien por cien de certeza, que en su lugar el viejo Immanuel habría negociado con Wels hacía un año, hace mucho que habría llegado a un acuerdo con Wels, sonriendo, moviendo la cabeza; habría hecho desaparecer nombre y retrato. ¿Qué importaban un nombre, un cuadro? Lo que importaba era el hecho en sí. Hacía mucho que habría instalado a su familia en el extranjero, en algún lugar, entre hombres más fáciles, más civilizados. De pronto, Martin se sintió enormemente superior a su hermano.

—Calma, calma, Gustav —dijo. Encontraremos una solución.

Gustav estaba en un rincón. Miraba, todavía excitado, a los otros. ¿Qué tenía él que ver con ellos, con esos temerosos hombres de negocios? Le resultaban antipáticos, en su conjunto, con su eterno y barato escepticismo. Ahí estaba la gran Alemania, desde Lutero hasta Einstein y Freud, desde Gutenberg y Berthold Schwarz hasta Zeppelin y Haber y Bergius, y porque esa Alemania, atormentada hasta el extremo, perdía la cabeza por un momento, los hombres de negocios la abandonaban.

—No hace falta ninguna solución —gruñó a Martin. Todo debe seguir como está. La mera existencia de Alemana de Fábricas del Mueble es ya demasiada concesión.

Los otros empezaban a irritarse.

—Sea razonable, Gustav —dijo Jacques Lavendel. Kant es Kant, y Rockefeller es Rockefeller. Kant no habría podido escribir libros con los métodos de Rockefeller, pero Rockefeller no habría podido hacer negocios con los métodos de Kant —le miró con cordialidad. Haga filosofía de la historia en la Max Reger

Strasse, pero en la Gertraudtenstrasse haga negocios.

Curiosamente, fue Klara la que encontró una salida a la incómoda situación. Su hermano Gustav le gustaba; pero mientras hablaba, ella fue doblemente consciente de por qué se había casado con Jacques. Hasta ahora había guardado silencio, habían olvidado por completo que estaba allí. Todos se sorprendieron cuando la ancha y callada mujer empezó a hablar:

—Si es tan importante para Gustav —propuso— que el apellido Oppermann se mantenga, se podría mantener aquí la casa matriz con el nombre de Oppermann y reunir todas las sucursales en Alemana de Fábricas del Mueble. Y sin duda Gustav no tendrá nada que objetar a que Brieger siga negociando en privado con el señor Wels.

La propuesta de la circunspecta y resuelta mujer gustó a Gustav y a los otros. Todos, sin larga discusión, asintieron. Gustav, para salvar la cara, expuso aún algunas reservas. Estaba descontento consigo mismo por haberse dejado arrastrar. Finalmente, también él aportó la necesaria firma.

Martin, una vez que los demás lo hubieron abandonado, apoyó pesadamente ambos brazos en el respaldo de su asiento. La incomprensible conducta de su hermano le agobiaba. Tiene que volver a aprender muchas cosas, pensó. ¿Por qué no quiere darse cuenta de lo que todos ven? Esta Alemania de 1933 ya no es la Alemania de nuestra juventud. No tiene nada que ver con la Alemania de Goethe y Kant, habrá que acostumbrarse a eso. Del *Fausto* poco puede aprender sobre esta Alemania; para eso hay que estudiar *Mi lucha*.

En la Corneliusstrasse, a la hora de cenar, Martin se esfuerza por sostener una conversación despreocupada. Naturalmente, no piensa ocultar a Liselotte los acuerdos alcanzados. Pero sería difícil de soportar que ella los tomara a la ligera. Y sin embargo, él desea que los tome a la ligera. Liselotte se sienta entre el esposo que se esfuerza en hablar y el silencioso hijo. Percibe la inquietud de Martin, y observa con creciente preocupación que Berthold se atormenta con alguna experiencia de la que no quiere que los otros participen.

Después de la cena, en pocas palabras, tomando impulso, Martin le comunica que, a excepción de la casa matriz, todas las tiendas Oppermann van a incorporarse a Alemana de Fábricas del Mueble. Liselotte está hermosa e imponente. Se inclina un poco hacia delante mientras Martin habla; sus ojos grises y alargados buscan los turbios y castaños de él, su rostro luminoso se ensombrece.

—¿Todas? —pregunta. ¿Todas las filiales Oppermann? Su voz profunda suena llamativamente baja.

—No es fácil, Liselotte —dice Martin. Liselotte no responde. Tan sólo adelanta un poco su silla, se acerca a él. Martin esperaba que se lo tomase a la ligera. Ahora, es un gran consuelo para él haberse engañado.

Gustav Oppermann pidió a Ellen Rosendorff que le acompañara al cuarto de trabajo. Habían tomado té, habían charlado, había sido una tarde agradable. Ellen, en el cuarto de trabajo, se tumbó en el ancho sofá, Gustav encendió las luces, no demasiadas, se sentó en el sillón frente a ella.

—Y ahora, Ellen —dijo, ofreciéndole un cigarrillo—, ¿qué quería contarme? ¿Qué ocurre?

—Todo y nada —respondió Ellen. Se quedó tendida, con el hermoso rostro de oscura piel en penumbra; dio unas cuantas caladas al cigarrillo. Luego, con ligereza, dijo:

—He terminado.

—¿Con quién? —preguntó Gustav, un poco estúpidamente. ¿Con *Monsieur*?

—¿Con quién si no, corderito? —respondió Ellen. Le quería. A menudo me he preguntado si también le querría de no ser casualmente el príncipe heredero. Creo que sí. Por otra parte, todo en él concordaba tan bien. Exactamente así tiene que ser el príncipe heredero, este príncipe heredero.

—¿Y de pronto ahora ya no concuerda?

—Es natural —dijo Ellen— que el curso de los acontecimientos le resulte favorable. Sería tonto si no lo fomentara. Aunque en realidad no podría tener mejor destino que el de un príncipe heredero que no ejerce. Desde luego, no le tomo a mal que juegue con la idea de volver a ejercer si tiene ocasión. ¿Por qué no emplear a los populares si resultan útiles? También hay un montón de empresas judías que les suministran sus uniformes, sus muebles, el paño para sus banderas. Pero el negocio no puede hacer olvidar de qué material están hechos estos contemporáneos nuestros. Se les utiliza y se lava uno las manos. Él lo sabe tan bien como nosotros. Ha hecho chistes acerca del Führer como todos nosotros, se ha reído a carcajadas cuando se leían fragmentos de su libro. Sabe reír muy bien. Y ahora, imagínese, Gustav, desde que ese hombre se ha convertido en canciller, le toma en serio. Se atreve a afirmar en mi presencia que el Führer es alguien. Al principio pensé que estaba bromeando. Pero se mantuvo en sus trece. Se lo ha dicho a sí mismo tanto tiempo y tan concienzudamente que ya no hay nada que hacer. El mundo se ha vuelto feo, Gustav.

Gustav la escuchó con seriedad y delicadeza. El saber escuchar tan bien, el poner todos los sentidos en sus asuntos, era lo que le hacía tan cotizado entre las mujeres. A través de la forma ligera y desenvuelta en

la que hablaba, Gustav notó cuánto tenía que haberle dolido la ruptura con el príncipe. Podía imaginarse cómo habría sido. Habría tenido un enfrentamiento político con el príncipe, y éste, con su habitual desenvoltura, no habría ocultado su antisemitismo. Gustav no dijo nada, se sentó con ella en el sofá, le cogió la mano y acarició su suave y oscura piel.

—¿No es extraño, Gustav? —dijo ella al cabo de un rato. Ese hombre sabe lo que está pasando tan bien como usted y como yo. El movimiento popular se estaba yendo a pique, la gran industria ya no daba dinero. El Führer estaba acabado. *He was over*. Yo misma he oído a *Monsieur* decírselo a un inglés. Estaba acabado. Ahora, un pequeño grupo de grandes terratenientes irresponsables que ya no sabía qué hacer ha abierto las esclusas de la barbarie. El Führer no ha hecho más que usted o que yo para alcanzar este «éxito». Incluso papá Hindenburg, al que se le ha arrebatado el consentimiento, ha hecho más que él. Y ahora se atreve a decirme que el éxito demuestra que había algo en el Führer.

—Sabe —continuó lamentándose—, este asunto ha tirado por tierra todas mis ideas acerca de la grandeza. Me pregunto asustada si quizá la grandeza de otros hombres no habrá sido maquillada *a posteriori*, a partir de éxitos semejantes. Es espantoso pensar que quizá detrás del César no se haya escondido nada más que lo que se esconde detrás de éste.

Gustav sonrió:

—A ese respecto puedo tranquilizarla, Ellen. De la mayoría de los grandes hombres tenemos testimonios auténticos de lo que de hecho hicieron y de lo que pensaron. César por ejemplo dejó dos libros. Si usted quiere, le leeré una página de *La guerra de las Galias*, y después una página de *Mi lucha*.

Ellen se echó a reír.

—Consuéleme, Gustav —pidió. Lo necesito —pero enseguida volvió a ponerse seria. Si supiéramos cuánto va a durar caviló.

—Es un momento de pánico —declaró impetuoso Gustav—, nada más.

Ellen le miró con seriedad y movió lentamente la hermosa cabeza bíblica:

—Gustav —dijo—, no debería usted querer consolarme de un modo tan tosco.

—¿No lo cree así? —preguntó a su vez Gustav, confuso, penosamente sorprendido. ¿De qué otro modo cree que van a discurrir los acontecimientos?

La pregunta estaba cargada de apremio. El juicio de la muchacha le parecía de pronto más importante que el de su inteligente amigo Mühlheim; esperó su respuesta en tensión.

—¿Me ha tomado por Hanussen, el vidente? —sonrió Ellen. *Una* cosa está clara: con la misma seguridad con la que después de la entrada de Estados Unidos en la contienda se sabía que la guerra estaba perdida, con esa misma seguridad sé que este asunto de los populares no puede terminar bien. Pero cuándo llegará el fin, y cómo se irá a pique este país… —se encogió de hombros.

—¿Qué está diciendo, Ellen? —preguntó Gustav, alzó las cejas, pero no soltó su mano. ¿Porque un tonto príncipe se haya arrojado en brazos de la barbarie cree que toda Alemania se hunde en la barbarie?

—Yo no creo nada —respondió con tranquilidad Ellen. Tan sólo digo que es fácil soltar a los bárbaros, pero difícil volver a someterlos. La barbarie tiene sus encantos. A veces yo misma he apostado fuerte por la barbarie; mentiría si no lo admitiera. Probablemente la mayoría de la gente reacciona con más virulencia ante ella.

Estaba allí tendida, bella, triste, sarcástica, inteligente. Salía de la necia aventura con el príncipe, que la había vuelto desvergonzada y cínica, sin lamentar nada, pero burlándose de sí misma. Gustav sintió de pronto un ardiente deseo. La agarró con sus fuertes y velludas manos. Con la cabeza muy cerca de la suya, le habló enfáticamente:

—Ellen, vayámonos de este necio Berlín. Vayamos a las Islas Canarias. Me olvidaré del Lessing. Venga conmigo, Ellen. Hágalo, Ellen.

Ella acarició su gran cabeza excitada.

—Es usted un niño, Gustav —dijo. Usted está bien como está. No tiene que ir a las Islas Canarias para demostrármelo.

Cuando se hubo marchado, Gustav se quedó allí, cansado y satisfecho. Había pensado pasar solo la velada, trabajando en el Lessing. Ahora anhelaba compañía humana, conversación. Se fue al club de teatro.

El ambiente aquí no era malo. La economía acogía el nombramiento del Führer con un cierto optimismo. El Führer, que repetía sin pensar lo que se le decía, estaba en manos del gran capital. Se guardaría de hacer experimentos, de eso se podía estar seguro. Los terratenientes y los caballeros de la gran industria, que en su momento y durante tanto tiempo habían sabido enredar a los socialistas, mucho más inteligentes, se harían sin esfuerzo con los torpes portadores de la cruz gamada. Ya saben por qué se les ha dejado llegar al poder. No hay peligro. Por delante se hace mucho teatro; por detrás, negocios, como siempre.

Gustav habló poco y escuchó mucho. Las cuestiones políticas y económicas no le interesaban demasiado. El cambio no llegaría a su propia vida, a lo espiritual. Esta convicción se asentaba en él con creciente firmeza. Apenas comprendía ya que se hubiera dejado contagiar por el pánico que le rodeaba. La escena que había montado en el despacho de Martin le parecía repugnante. Cincuenta años y aún descontrolado como un niño. Pero desde ahora se contendría. Nada de política. Se acabó toda esa cháchara necia y superflua.

Bebió. Jugó una partida de *écarté*. Lo hizo sin poner demasiada atención. Ganó, y lo consideró una buena señal.

Cuando se marchó, encontró al viejo criado del club, Jean, cerca de la entrada de la sala de juego. Era costumbre que cuando Gustav ganaba, se guardara una moneda de cinco marcos para ponerla en la mano de Jean. Así fue también hoy. La dignidad con que el anciano le dio las gracias, imperceptible y sin embargo marcada, alegró a Gustav. Recorrió un trozo del camino a pie a través de la fresca noche de invierno. La vida era fácil y agradable como siempre.

Durmió bien, y despertó lleno de confianza. El trabajo florecía; el doctor Frischlin, que había abandonado su puesto en el negocio y ahora trabajaba regularmente con él durante las mañanas, tuvo unas cuantas ideas buenas. También el correo fue agradable. Lo más satisfactorio, la carta de un conocido de la asociación de bibliófilos, un prestigioso escritor, que le invitaba a firmar un manifiesto contra la creciente barbarización de la vida pública. Gustav sonrió, a pesar de que estaba solo, de un modo casi infantil, confuso. ¿Tan alto se apreciaban sus trabajos literarios como para esperar algo de su firma? Leyó la carta una vez más. Firmó.

Cuando se lo contó al doctor Mühlheim, éste reaccionó de forma muy distinta de lo que Gustav había esperado.

—Con todo el respeto a tus ambiciones literarias, Oppermann —dijo, malhumorado—, yo habría rehusado esa firma.

Gustav alzó las cejas; las arrugas verticales de los Oppermann se marcaron profundamente sobre su nariz.

—¿Quieres explicarme por qué, Mühlheim? —preguntó, de mal talante.

—¿Hacen falta explicaciones? —repuso desabrido Mühlheim. ¿Qué esperas de semejante manifiesto? ¿Crees que una historia tan débil y académica hará impresión en el despacho de algún ministerio? —y, como era evidente que Gustav seguía sin entender, se lanzó—: He de decirte que eres increíblemente ingenuo. ¿Crees que el efecto de ese llamamiento guarda una proporción razonable con el precio que tendrás que pagar por él? ¿No te das cuenta, hombre de Dios, de la salsa que estás cocinando para ti y los demás Oppermann? Ahora, verás unas cuantas cosas en la prensa popular. Esos caballeros serán los únicos que reaccionen ante el asunto. Hace un año, habría sido cosa de broma. Hoy son la voz del gobierno, un gobierno carente de escrúpulos. No será un plato de gusto para tu hermano Martin tener que leer esa mierda. —Gustav parecía un chiquillo ante una regañina. Realmente, no se te puede dejar solo un momento, Oppermann —concluyó Mühlheim con más suavidad.

Pero la consternación de Gustav pasó con rapidez. ¿Qué? ¿Otra vez querían atemorizarlo? Que le hicieran el favor de ahorrarle ese estúpido pesimismo. No seguirá colaborando. No va a dejar que le impidan salir en defensa de Lessing, Goethe, Freud. En nombre de Dios, que unos cuantos idiotas se compren las sillas para sus preciadas posaderas en otro sitio que no sea Oppermann. Mühlheim miró burlonamente al hombre irritado. Respondió con frialdad e ironía. Los dos amigos se separaron disgustados.

El manifiesto tuvo un efecto muy distinto en Sybil Rauch. Se alegró de encontrar el nombre de su amigo entre los muy considerados nombres de los otros firmantes. Le felicitó, a su manera infantil y cordial. Era algo muy decente por parte de Gustav firmar el llamamiento sin pararse a pensar. Su amigo le gustaba. Gustav consideró que su opinión era mucho más natural y próxima a la realidad que la de políticos, juristas y hombres de negocios.

Trabajaba, vivía. El trabajo avanzaba bien, la vida era hermosa. Que el bárbaro se revolcara en el palacio de la cancillería: a él no le preocupaba.

Lo que no habían conseguido Martin Oppermann, Jacques Lavendel, los inteligentes señores Brieger y Hintze, el experimentado profesor Mühlheim, la hermosa e inteligente Ellen Rosendorff, es decir, conmover la amurallada confianza de Gustav, lo consiguieron curiosamente tres sillas. Más exactamente, tres sillas de comedor de treinta y siete marcos la pieza, modelo 1184. La señora Emilie François, Nubecilla Negra, había puesto seis de esas sillas en su comedor, y hacía mucho tiempo que pensaba que se necesitaban nueve. En estas últimas semanas, su tonto esposo le daba cada vez más motivos de disgusto. Aunque la situación

política empeoraba, el caso del chiquillo Oppermann aún no se había resuelto, y las relaciones del director con el profesor Vogelsang dejaban mucho que desear. El director, para calmar un poco a Emilie, quería regalarle las tres sillas que faltaban para su cumpleaños. La señora François no tenía nada que objetar, pero le preocupaban los detalles técnicos, cómo hacerse con las sillas. Dado que se trataba de un mobiliario único, las sillas sólo podían ser compradas en Oppermann. Por otra parte, no estaba bien visto que un alto funcionario académico comprara en estos tiempos en un comercio judío. Las sillas no podían, bajo ninguna circunstancia, ser enviadas en un camión de Muebles Oppermann o traídas por un mensajero reconocible como empleado de Muebles Oppermann. Insistió en que François lo recalcara expresamente al hacer el pedido. Lo más sencillo sería comunicar por teléfono su deseo a su amigo Gustav. El director François se negó. La señora François explicó que tales peticiones eran corrientes, que de lo contrario la mayoría de los comercios judíos tendrían que cerrar. François, presionado, prometió exponer el asunto a Gustav si tenía ocasión. Pensaba hacerlo de forma humorística, superficial, de pasada. Pero Nubecilla Negra insistió en estar presente cuando François llamara por teléfono. La consecuencia de su presencia fue que la petición del director no resultó tan humorística como él deseaba.

Gustav logró terminar la conversación telefónica tal como el director había querido mantenerla, ligera, en tono de burla. Pero una vez colgado el auricular, se produjo en él un cambio terrible. ¿Se avergonzaban ya sus amigos de las cosas que procedían de él? Se ensombreció, oyó latir su excitado corazón. La fe y la confianza huyeron de él como el aire de un neumático defectuoso.

El profesor Bernd Vogelsang tenía treinta y cinco años, era joven y dócil. Los bruscos y medidos movimientos a los que se había acostumbrado en provincias se hicieron más rotundos en Berlín; sin perder marcialidad, el cuello de su camisa rebajó su altura en un centímetro. Bernd Vogelsang aprendió mucho, también de otras cosas, en estas semanas. El Führer había tenido que luchar catorce años para alcanzar la victoria. Ahora, como canciller, no cantaba victoria, se moderaba, esperaba hasta poder liquidar para siempre al adversario. Bernd Vogelsang imitaba en su ámbito la táctica del Führer. Podía esperar como él.

Con toda su moderación, ya había conseguido que en el penúltimo curso del instituto Königin Luise el terreno estuviera abonado para el momento en que el auténtico espíritu alemán tomara definitivamente el poder. Cada uno de los estudiantes se sabía de memoria el poema de Heinrich von Kleist *Germania a sus hijos*, y a Bernd Vogelsang se le elevaba el espíritu cuando oía cantar en coro a sus chicos aquellos grandes versos llenos de odio. Junto a los clásicos, también se sabían de memoria el actual himno de los populares: la canción de Horst Wessel.

El director François se sentaba, cansado y triste, en su gran despacho, entre los bustos de Voltaire y Federico el Grande. Ya no quedaba rastro del espíritu de Voltaire en el instituto Königin Luise, y del espíritu de Federico el Grande sólo quedaba lo malo. Era raro que alguno de sus profesores se atreviera a confesar aquel liberalismo que antes era la mejor virtud de su centro. Ya no se hablaba del traslado de Vogelsang. Antes bien, François tenía que contemplar impotente cómo ese hombre echaba a perder para siempre los ánimos formativos de sus alumnos.

Y eso que Vogelsang se comportaba de manera cortés y correcta, no daba motivos de queja. Evitaba, por ejemplo, forzar el penoso caso Oppermann. Como máximo una vez a la semana, ocasionalmente, al final de una conversación sobre otras cuestiones, con una sonrisa terriblemente amable que aún dividía más las distintas mitades de su rostro, decía con su chillón acento alemán oriental: *Ceterum censeo discipulum Oppermann esse castigandum*. El director François se quedaba helado ante la broma de su catedrático. También él forzaba una sonrisa bajo la cuidada perilla blanca. Miraba desvalido a través de sus gruesas gafas sin montura al hombre que le sonreía frío, cortés y superior; era como si sostuviera un título de deuda en sus manos rojizas, cubiertas de pelitos rubios, un título de deuda extremadamente desagradable.

—Sin duda, querido colega —explicaba apresuradamente—, no he perdido de vista ese asunto.

Y el catedrático Vogelsang no insistía más en su petición, se limitaba a sonreír con reconocimiento.

—Bien, bien —decía, y se despedía.

Cuando el director François veía al alumno Oppermann nunca dejaba de dirigirle unas palabras amables. En las últimas semanas, Berhtold se había vuelto llamativamente adulto. Su rostro se había hecho más reflexivo, menos blanco, más varonil; los ojos grises y osados miraban preocupados, concentrados, bajo la terca frente y los cabellos negros. Las mujeres empezaban a mirarle al pasar. Hablaba cada vez menos de sus propios asuntos. Tampoco el director François lograba ganarse su plena confianza, aunque el joven sabía que se trataba de un amigo.

Por lo demás, el profesor Vogelsang no acosaba a Berthold. No se ocupaba de él ni más ni menos que de los otros, y no se le ocurría menospreciar sus méritos. Una vez, tomando nota de una respuesta inteligente

de Berthold, sonrió cortésmente bajo su espeso bigote rubio:

—Un cerebrito, Oppermann; es usted un cerebrito.

En otra ocasión, intentando mejorar el estilo fluido de Berthold, observó:

—Demasiado fluido, demasiado plano. Pocas resistencias, pocas aristas. Más dureza, Oppermann, «sea duro, barón».

Berthold era lo bastante justo como para considerar justificado ese juicio.

Heinrich Lavendel veía con preocupación la calma de Vogelsang. Un tipo como Vogelsang no es de los que dejan enterrado un asunto como el de Hermann el Alemán. Cuanto más titubean, más peligrosos son.

—Sólo está al acecho —decía Heinrich a Berthold—, hasta que el filete esté a punto. Conozco a ese cerdo. Yo en tu lugar no esperaría a que viniera a por mí. *Go ahead*, Berthold. Hazle frente. En plancha.

Berthold se limitó a encogerse de hombros, cerrado, con rechazo.

Ahora, Berthold parecía mucho más adulto que Heinrich. Tenía un aspecto grandioso. Era en general un tipo magnífico. Podía demostrar y refutar cualquier cosa. Pero en realidad era él, Heinrich, el adulto, y Berthold, el niño. Le habría encantado ayudarle. Pero ahí estaba, vis a vis, desvalido, y tenía que ver cómo el chico se desesperaba. Era para vomitar. No se atrevió a hablar por segunda vez con Berthold. Estuvieron bastante callados mientras pedaleaban juntos hacia casa. Pero ahora con frecuencia acompañaba a Berthold una esquina más allá, aunque eso le hacía dar un rodeo; Berthold se daba buena cuenta.

El alumno Werner Rittersteg, el Larguirucho, había puesto fin a sus cortejos después del bofetón de Heinrich. A veces se había reído, histérico y chillón, a costa del antes admirado compañero. Pero cuando en una ocasión pidió un lápiz y el siempre complaciente Heinrich le dejó el suyo como si no hubiera pasado nada, su rencor desapareció. Al día siguiente volvió a saludar a Heinrich con las palabras *How are you, old fellow?*, y volvió a empezar con sus vehementes demostraciones de amistad. Heinrich se mantuvo frío. Igual que no se había inmutado por los ataques del Larguirucho, tampoco prestaba atención a sus cortejos.

Cuando Rittersteg observó que Heinrich se mostraba cada vez más unido a Berthold, la ira le acometió de nuevo. Él, un ario de pura sangre y por tanto superior por naturaleza a cualquier judío, y aceptado además por Bernd Vogelsang en las filas de las Jóvenes Águilas, se rebajaba a ofrecer su amistad a Heinrich, y el ingrato le postergaba frente al orgulloso de Oppermann. ¿Se había visto alguna vez semejante oprobio? Naturalmente, podía importarle un pimiento lo que un chico judío pensara de él. Pero por desgracia no le importaba un pimiento. Le roía, le consumía, que Heinrich no le hiciera caso. Tenía que demostrarle que era de un calibre más fuerte que el fino y acicalado Oppermann. Tenía que dar un gran golpe, un golpe que finalmente hiciera que a Heinrich se le abrieran los ojos.

Por aquellas fechas, había comenzado la campaña electoral, y en el periódico demócrata *Tagesanzeiger* el famoso periodista Richard Karper, al que los periódicos populares llamaban humorística y tercamente «Isidor Karpeles», se había reído de los muchos deslices estilísticos del Führer. El periódico había sido prohibido por esa razón, pero el artículo había hecho su efecto, sobre todo en el profesor Vogelsang. Deseaba enfrentarse en su terreno con el pérfido opositor. Menospreciaba los mezquinos ataques de Isidor Karpeles, llamado Karper, ante los alumnos de penúltimo curso. Les explicaba que en el hombre de Estado lo importante es el *ethos*, no los detalles formales. Les exponía su teoría favorita, la de la superioridad del discurso sobre la escritura. Les citaba, una vez erradicadas de ellas las peores infracciones contra el espíritu de la lengua alemana, frases del Führer acerca del tema. Señalaba a Karper-Karpeles, el que había empequeñecido al Führer, como uno de esos elementos que tenían la principal culpa de la descomposición, de la decadencia política y moral del pueblo alemán.

Werner Rittersteg dirigía humilde los ojos saltones a la boca del venerado profesor, bajo cuyo bigotillo trigueño brotaban enormes las furiosas palabras. Pero no podía alcanzar los ojos del profesor; más bien era éste quien miraba, Werner Rittersteg se daba perfecta cuenta, fijamente a Berthold Oppermann. Sí, no había duda, todo el áspero ataque de Vogelsang iba dirigido en el fondo contra Berthold Oppermann.

El Larguirucho miró a Heinrich. Tenía los brazos cruzados sobre el pupitre, mantenía baja la ancha y rubia cabeza, como listo para embestir. Werner Rittersteg se daba cuenta de todo esto. Pero al mismo tiempo escuchaba con atención las palabras de Vogelsang, sin perderse ni una.

En la pausa de las doce, en el patio, se acercó a Heinrich Lavendel. Era un día claro, cálido; ese día de febrero había por vez primera algo así como primavera en el aire.

—*Look here, Harry* —dijo, enseñándole, en lugar del que le había prestado, un lápiz nuevo, un gran Kohinoor de color amarillo. Le había sacado punta él mismo, con mucho cuidado. Ahora tengo un lápiz de primera, una patente americana; estupendo, chico —explicó a Heinrich. Miró soñador con sus ojos saltones la punta del lápiz, larga y afilada—. Habría que meterle un cuchillo en las tripas a ese cerdo —dijo de

pronto, furioso. Heinrich Lavendel estaba sentado en el muro del patio, subiendo y bajando las piernas con estilo gimnástico. Ahora se detuvo.

—¿Un cuchillo en las tripas? ¿A quién? —preguntó, mirando sorprendido a Rittersteg.

—A ese traidor, naturalmente, a ese Karper que ataca por la espalda al Führer.

Heinrich no dijo nada, contrajo imperceptiblemente los labios muy rojos. Pequeño, recio, las mejillas delicadas y morenas, siguió sentado ante el pálido larguirucho. Éste, aunque no era un conocedor del género humano, leyó en su gesto mínimo e imperceptible todo lo que su odiado y admirado amigo y enemigo pensaba: incredulidad, desprecio por ese fanfarrón, repugnancia. Por fin, Heinrich cogió el lápiz, puso ordenadamente el capuchón en la punta y se lo guardó.

—El que te presté —dijo— valía cinco céntimos. Este cuesta por lo menos veinte, muchacho. Pero no pienso darte los quince céntimos.

No, la Joven Águila Werner Rittersteg no se iba a dejar despachar así.

—Vas a verlo, muchacho —dijo con énfasis, desdichado, luchando por ser creíble—, le meteré un cuchillo en las tripas.

Y como Heinrich se daba la vuelta, encogiéndose de hombros, añadió, en un desesperado intento de bromear:

—Si lo hago, ¿me darás mis quince céntimos?

—Estás loco, muchacho —dijo Heinrich.

Sonó el timbre. El recreo había terminado. Pedell Mellenthin vigilaba cómo su hija recogía los bocadillos que no se habían vendido durante el recreo; ignoró con intención al alumno Oppermann, saludó amablemente al alumno Rittersteg, se puso firmes ante el profesor Vogelsang. Las clases continuaron.

Dos días después, salió en los periódicos que el redactor Richard Karper, del *Tagesanzeiger*, había sido apuñalado en la redacción por un muchacho furioso. El muchacho, un tal Werner Rittersteg, alumno de penúltimo curso del instituto Königin Luise, declaró que había reprochado al redactor su conocido artículo sobre el Führer y éste le había agarrado y tratado de estrangularle, de forma que no le había quedado otro remedio que utilizar su navaja en defensa propia. Rittersteg, contaban los periódicos, había sido puesto en libertad después de un minucioso interrogatorio, ya que no había sospechas de que pudiera fugarse.

El primer impulso del padre de Rittersteg, un comerciante acomodado que ostentaba cuatro títulos honoríficos, fue dar un bofetón a su hijo. La madre de Rittersteg lloró por la vergüenza que el muchacho había traído sobre ellos. Pero muy pronto se descubrió que el Larguirucho no era un delincuente, sino un héroe. Los periódicos populares traían su foto. Escribían que, aunque el acto del joven no podía ser aprobado de forma incondicional, era comprensible que la juventud alemana se dejara arrastrar a la acción por los descarados ataques del fallecido. Los conocidos del padre de Rittersteg le llamaban para felicitarle. Se le concedieron otros dos títulos honoríficos. Al cabo de veinticuatro horas, los padres de Rittersteg habían olvidado la forma en que reaccionaron a lo ocurrido nada más llegar a sus oídos; ahora, el chico era un héroe también para ellos. Al cabo de cuarenta y ocho horas, el padre de Rittersteg habría podido jurar de buena fe que nunca había esperado otra cosa de su heroico hijo que semejante acto patriótico. A pesar de los malos tiempos que corrían, prometió al muchacho poner en primavera en su bote de remos un motor fueraborda.

El profesor Vogelsang rebosaba una profunda alegría. Aquí se veía lo receptiva que era la juventud alemana si se le sabía abordar. Bastaba una ligera indicación para ponerla en el camino recto. Werner Rittersteg era uno de esos chicos que sin duda iban a erradicar de Alemania todo lo malo, lo podrido, lo disgregador. «Lo que no os escucha / habréis de evitarlo, / lo que perturba vuestro interior / no debéis soportarlo». Esta juventud sabía llevar a la práctica su Goethe. Él, Bernd Vogelsang, había alcanzado en su pequeño ámbito el mismo objetivo que el Führer a mayor escala. Dieciocho de los veintiséis alumnos de penúltimo curso eran, tras la acción de Werner Rittersteg, declaradamente populares; junto a Werner Rittersteg y Max Weber, el doctor Vogelsang hallaba ahora dignos a otros cuatro de ingresar en las filas de las Jóvenes Águilas.

Por lo demás, precisamente el éxito le invitaba a redoblar la cautela. Mientras la victoria de los nacionalistas no sea completa, es decir, hasta las elecciones, corre el riesgo de ser perseguido como autor intelectual del hecho. Richard Karper había sido un escritor querido, y los periódicos de la izquierda, en su necia sobreestimación de la vida individual, clamaban a causa de su muerte. Hasta las elecciones, se imponía la contención. Después de ellas, Bernd Vogelsang podrá anunciar con redoblado orgullo su parte en la acción. Pero por el momento hay que guardar silencio. Basta con hacer notar su reconocimiento al alumno Rittersteg. Dejó de mencionar el caso Oppermann.

En cambio, los estudiantes rindieron sus respetos a los pies de su compañero Rittersteg. Con un ejemplo

visible, había representado ante sus ojos cómo un Guillermo Tell, un Hermann el Alemán, habrían reaccionado ante los miserables ataques de un Karper. El excusarse alegando defensa propia no hizo más que aumentar su prestigio. Tales excusas eran un recurso legítimo ante el pérfido enemigo; emanaban de esa astucia nórdica de la que siempre hablaba el profesor Vogelsang.

El Larguirucho disfrutó de su fama. Aunque su rendimiento era insuficiente, los profesores le trataban como a oro en paño. En verano tendría un bote de motor y navegaría con las chicas por el lago de Teupitz.

Sólo había *una* gota de amargura en su triunfo. Había dado el gran golpe; era un gran golpe, todos lo veían así. Pero aquel por el que había puesto en marcha la historia no lo veía de la misma forma.

Rondaba a Heinrich, le miraba de reojo, tenso, implorante. ¿No le diría al fin: «Estaba equivocado, Werner. No te creía capaz de hacerlo. Te pido perdón. Aquí está mi mano»? Nada ocurrió. Durante toda una semana nada ocurrió. El frío silencio de Heinrich enloquecía al Larguirucho.

Al octavo día, en el patio, en el sitio exacto en el que por vez primera había hablado a Heinrich de su acción, se le acercó de pronto con rapidez.

—Eh, muchacho —dijo—, ¿me darás ahora mis quince céntimos?

Estaba henchido de triunfo, de confianza; miró a Heinrich con firmeza, de lleno, como un ser superior, a los ojos. Sólo que Heinrich le devolvió su mirada con frialdad, en absoluto vencido.

—*No, Sir* —dijo. Y después de unos instantes, perverso—: Si quieres, dejaré en depósito los quince céntimos hasta que se demuestre que actuaste en defensa propia.

Un leve rubor subió a las pálidas mejillas de Werner.

—¿También juegas a policía? —preguntó, vehemente. Heinrich se encogió de hombros. Eso fue todo. Werner, sin confesárselo a sí mismo, se sintió estafado por el sentido que tenía de su acción.

Y eso que su golpe había afectado profundamente a Heinrich. La acción del Larguirucho, ese *damned fool*, confundió su juicio y sus sentimientos. ¿Qué debe hacer? Es el único que conoce la prehistoria del crimen. Todavía oye la voz silbante de Werner: «Habría que meterle un cuchillo en las tripas a ese cerdo», y «Vas a verlo, muchacho, le meteré un cuchillo en las tripas». Siente que él, el lápiz y los quince céntimos están profundamente enlazados en la cadena causal de ese crimen. Pero ¿qué otra cosa podía contestar salvo «Tú estás loco, muchacho»? Todos ellos estaban locos. El país entero se había convertido en un manicomio. ¿Es que él, Heinrich, no tiene la obligación de decir lo que sabe, de escribir al fiscal que este héroe no es un héroe, sino un criminal, que este crimen no fue en defensa propia, sino anunciado, intencionado? Pero, si testifica contra ese imbécil, ¿se habrá logrado algo? Los que saben saben, y a los otros no hay forma de enseñarles y no le creerán. No hará más que crearse dificultades, a sí mismo, a su padre, a los Oppermann, a Berthold.

Seguro que su padre le disuadiría de denunciar a Rittersteg. Con buenas y evidentes razones. Heinrich lo sabe muy bien, incluso sin hablar con él. No obstante, una y otra vez siente la tentación de decir lo que sabe. Hay que decir la verdad. No se puede estar tranquilo cuando se hace de un loco criminal un héroe. Por modestas que sean las expectativas de éxito, hay que tratar de aclarar a los demás que ese tipo es un loco criminal. *Go ahead, Harry*, se decía a veces, *Write to the attorney what happened*. Y enseguida, medio enfadado medio sonriente, se traducía: *Vamos, hombre*. Sólo que entonces la razón volvía a vencer. No se sentaba, no escribía, arrastraba consigo, incómodo y taciturno, lo que sabía.

Werner Rittersteg no se conformó en silencio con la derrota que Heinrich le había infligido. Si no podía llegar hasta él, por lo menos le iba a enseñar a ese Oppermann. Dirigió una carta a Fritz Ladewig, el presidente del club de fútbol. Solicitaba una vez más, esta vez por escrito, la exclusión de Berthold Oppermann del club por su conocida afrenta a la germanidad.

La dirección del club estaba en manos de nueve chicos, entre ellos Heinrich. Incómodo, Fritz Ladewig comunicó la petición de Rittersteg. Los chicos se miraron unos a otros, nadie dijo nada. Berthold era un buen compañero. ¿Por qué iban a hacer nada antes de que el director y el claustro de profesores se manifestaran? Por otra parte, Werner Rittersteg era el héroe del centro, no se podía rechazar sin más una petición suya.

—Bueno, ¿qué opináis? —dijo al cabo de un rato Fritz Ladewig.

—Ya sabéis —dijo Heinrich Lavendel, con los ojos fijos, sin mirar a nadie, pálido y decidido— que, naturalmente, si Berthold se va yo me voy.

Estaban en puertas de un partido contra el equipo del instituto Fichte; Heinrich Lavendel era un portero insustituible. «Ni pensarlo», dijeron, y se aplazó la decisión sobre la propuesta de Werner Rittersteg.

Fritz Ladewig informó a Rittersteg. Explicó que el club se permitía consultarle si a pesar de las amenazas de Heinrich pensaba mantener su petición. Debido a su pertenencia a las Jóvenes Águilas, Werner Rittersteg se había acostumbrado a dar respuestas misteriosas y ambiguas a las preguntas incómodas.

—Tengo que deliberar conmigo mismo sobre ello —dijo. Volvió a dirigirse a Heinrich:

—Voy a hacerte una propuesta. Diré delante de todo el mundo que eres mi amigo. Me declararé solidario contigo. En las actuales circunstancias eso significa algo, muchacho. Pero puedo permitírmelo. Sólo tienes que prometerme una cosa: que te abstendrás en la votación del club, y que te quedarás en él. Si eres tan amable, dame los quince céntimos. Di: Hecho. Una ocasión así no se presenta dos veces —trató de bromear—. O di *okay* —sonrió, imploró. Heinrich le miró de arriba abajo, con esa fría curiosidad con la que se contempla a los animales en el zoológico. Le volvió la espalda.

»Entiéndeme, hombre —dijo a toda prisa, con los labios pálidos, Werner Rittersteg. Desde luego no tienes que darme los quince céntimos, sólo era una broma. Y también puedes votar en contra en el club. Pero no lo dejarás. Eso al menos prométemelo.

Heinrich se dio la vuelta, sin palabras. El largo Rittersteg sacudió por los hombros al bajito y robusto Heinrich, siguió implorando:

—Sé razonable. No lo dejes. Quédate.

Heinrich se quitó de los hombros las largas y pálidas manos.

El director François pasaba cada vez más tiempo en su despacho, porque su casa estaba llena de las quejas y súplicas de Nubecilla Negra. Pero incluso la soledad de su gran despacho se estaba poniendo cada vez más turbia. De qué servía que su libro *La influencia del hexámetro antiguo en el estilo de Klopstock* prosperara, ahora que tenía que reconocer que la obra de su vida estaba perdida. Con desvalida preocupación, veía con cuánta rapidez la extensión del nacionalismo nublaba la mente de sus alumnos. Se ha esforzado fielmente en sostener la antorcha, pero ahora la noche se hacía cada vez más profunda y engullía su poquito de luz. Una barbarie como Alemania no había conocido desde la guerra de los Treinta Años se extendía sobre el país. El mercenario gobernaba; su salvaje gruñido ocultaba las dulces voces de los poetas alemanes.

Con dedos cautelosos —hasta el contacto del papel le parecía repugnante—, el director François hojeó el *Tesoro de cantos nacionalsocialistas*, el libro oficial de canciones de los populares, cuyos versos ahora tenían que aprenderse de memoria sus chicos a instancias de Vogelsang. Vaya unos versos: «Y cuando estalla la bomba de mano / el corazón ríe en el cuerpo»; «Cuando el cuchillo hace brotar la sangre judía / entonces todo vuelve a ir bien». En las aulas en las que antes habían resonado las estrofas de Goethe y Heine, las contenidas frases de la prosa de Kleist, se eructaban ahora tales vilezas. El rostro del director se contrajo de asco. Ahora sabía cómo fue cuando los bárbaros, al llegar, convirtieron los templos de las ciudades clásicas en establos para sus caballos.

Gustosamente habría buscado consuelo y descanso en casa de su amigo Gustav, en la Max Reger Strasse. Pero también eso le estaba vedado. Desde la firma de aquel manifiesto contra la barbarie, los periódicos de los bárbaros traían cada dos o tres días furiosos ataques contra Gustav; estaba marcado, y Nubecilla Negra había prohibido estrictamente al director François dejarse ver con él. Los profesores de su centro que compartían su espíritu, sus amigos, apenas se atrevían a pronunciarse con libertad, espiados por todas partes. Así que aquel hombre entrado en años permanecía la mayor parte del tiempo solo en su gran cuarto de trabajo; su obra se hundía ante sus ojos, sus amigos se hundían, su Alemania se hundía, y él sabía que pronto, incluso en ese último refugio suyo, habría tan poco lugar para él como para el busto de Voltaire.

En aquellos días, el director François se encontró al estudiante Oppermann en el largo pasillo que conducía al aula de física. Berthold caminaba con lentitud; tenía un aspecto llamativamente adulto. Llamó la atención del director que el chico, aunque hacía mucho deporte, empezaba a meter los pies hacia dentro como su padre. Vio los audaces, grises, tristes ojos de Berthold, su rostro preocupado. Pensó que Nubecilla Negra sin duda se lo habría censurado, pero no pudo evitarlo: le paró. No sabía muy bien qué decir; por fin, con su voz suave, llena ahora de preocupación, empezó:

—Qué, Oppermann, ¿qué están leyendo ahora en clase? Berthold —y en su voz había casi más resignación que amargura— repuso:

—A los poetas patrióticos Ernst Moritz Arndt y Theodor Comer, y otra vez el *Tesoro de cantos nacionalsocialistas*, señor director…

—Ah, sí —dijo el director François; miró a su alrededor, y como no se veía a Pedell Mellenthin y tampoco había ningún catedrático hostil, sino tan sólo dos chiquillos de quinto, tragó saliva y dijo—: Mire, querido Oppermann, la cosa es como sigue: Ulises es curioso, Ulises está ansioso de aventura, Ulises entra en la cueva de Polifemo. Es algo que ocurre en todas las épocas. Pero también ocurre en todas las épocas que, al final, Ulises vence a Polifemo. Sólo que a veces se hace un poquito largo. Muy probablemente yo ya no lo veré, pero usted sí.

El estudiante Oppermann miró a su director; en realidad, el chico de diecisiete años parecía mayor que el hombre de cincuenta y ocho, y dijo:

—Es usted muy amable, señor director.

Esas sencillas palabras le parecieron consoladoras al director François, le alentaron.

—Lo que realmente quería decirle, Oppermann —empezó de nuevo, con más celo que antes—, es lo siguiente: Ahora hay una edición popular de los *Gigantes* de Doblin. El libro en su conjunto es un tanto barroco, pero hay en él dos cuentos que están entre las mejores páginas de la prosa alemana. Habría que incluirlas en todos los libros de lectura alemanes. Léalos, por favor, querido Oppermann. Un cuento trata de la Luna y otro trata del perro y el león. Le alegrará comprobar que incluso en esta época en Alemania se escribe una prosa semejante.

El estudiante Oppermann miró atentamente a su director; luego, con una extraña ausencia en su voz profunda, prematuramente madura, respondió:

—Se lo agradezco, señor director. Leeré esas páginas.

Quizá fue la oscura calma de esa voz la que hizo que el director François dejara de contenerse, se aproximara al alumno Oppermann y le pusiera —siendo más bajito que él— las manos en los hombros:

—No pierda el valor, Oppermann —dijo. Por favor, no me pierda *usted* el valor. Todos tenemos que llevar nuestra parte. Cuanto mejor es uno, tanto más pesada. Por favor, que su tío Gustav le enseñe la carta que Lessing escribió después del nacimiento de su hijo, fue en el año 1777, creo, o 1778. Seguro que su tío Gustav sabe a qué me refiero. Apriete los dientes, Oppermann, y aguante.

Aunque el director François no era precisamente lo que Berthold entendía por un hombre, durante algunos días la conversación le impidió sentir una amargura demasiado grande. La primera tarde que tuvo libre fue a ver a tío Gustav y le pidió aquella carta.

—Sí, claro —dijo Gustav. La carta del último día de diciembre del 77. Está en poder de la biblioteca de Wolfenbüttel. Una hermosa carta. Hay un facsímil publicado en Düntzer.

Le enseñó la carta.

Berthold leyó: «Mi querido Eschenburg, elijo el momento en que mi esposa yace completamente descuidada para darle las gracias por su bondadoso interés. Mi alegría fue breve: ¡He perdido ese hijo con tal dolor! ¡Tenía tanto entendimiento! ¡Tanta sabiduría!… No crea que las pocas horas de mi paternidad me han convertido ya en un padre vanidoso. Sé lo que digo. ¿No fue entendimiento que hubiera que sacarlo al mundo con unas tenazas de hierro? ¿Que advirtiera tan pronto su inmundicia? ¿No fue entendimiento que aprovechara la primera oportunidad para volver a irse? Naturalmente, ese pequeño cabeza loca se lleva también a su madre. Tengo pocas esperanzas de poder conservarla… Quisiera que algún día me fuera tan bien como a otros hombres. Pero me ha ido mal. Lessing».

Berthold siguió hojeando la colección de cartas, leyó una carta escrita una semana después: «Mi querido Eschenburg, apenas puedo recordar la trágica carta que puede haber sido la que le escribí. Me avergüenzo de todo corazón si revelaba la menor desesperación… La esperanza de que mi esposa mejore ha vuelto a bajar mucho desde hace algunos días… Le agradezco la copia del artículo de Goethe. Esas materias son en verdad ahora las únicas que logran distraerme… Lessing».

Y luego había una misiva, escrita otros tres días después: «Querido Eschenburg, mi esposa ha muerto: me ha tocado también esa experiencia. Me alegro de que ya no me puedan quedar muchas experiencias como ésa; y me siento muy ligero… Tengo que volver a empezar, de ahora en adelante seguiré mi camino solo. Tenga usted… la bondad, queridísimo amigo, de copiarme todo el artículo Evidence de su gran Johnson con todas sus citas».

Berthold leyó. Era algo extraño que el director François le hubiera recomendado como lectura precisamente la carta de un nacimiento con fórceps. Pero Berthold estaba conmovido. Que este Lessing, junto al lecho de muerte de su esposa, a todas luces muy querida, hablara a su amigo de la agonía de su mujer y, antes de que la tinta estuviera seca, le pidiera el envío de bibliografía para su trabajo era el colmo. No lo había tenido fácil ese escritor G. E. Lessing. Cuando escribió *Nathan*, su alegato en favor de la emancipación de los judíos, los populares de entonces declararon que le habían pagado para que lo hiciera. De todos modos, nadie le había exigido que pidiera excusas y se retractara. En los ciento cincuenta años transcurridos, las cosas se habían puesto notablemente más oscuras en Alemania.

Berthold recorrió las largas y altas filas de libros. Todo eso era Alemania. Y la gente que leía esos libros era Alemania. Los trabajadores que en su tiempo libre se sentaban en sus universidades laborales y empollaban su difícilmente inteligible Karl Marx eran Alemania. Y la Orquesta Filarmónica era Alemania. Y también las carreras de coches en el circuito y las asociaciones de deporte obrero eran Alemania. Pero, por desgracia, también el libro de cantos nacionalsocialistas era Alemania, y la chusma en uniforme pardo. ¿Iba

realmente tal absurdo a devorar lo otro? ¿Iban de verdad a dejar gobernar a los inquilinos del manicomio en vez de encerrarlos? Alemania, mi Alemania. Se sintió conmovido de repente. Había aprendido a dominarse, y también esta vez lo logró. Pero aun así se puso pálido y rojo, de forma que tío Gustav se le acercó, le puso en el hombro la robusta y velluda mano y dijo:

—Ánimo, muchacho. En estas regiones, el termómetro no cae por debajo de 29 bajo cero.

Edgar Oppermann, en el despacho de dirección del Departamento de Laringología del hospital municipal, firmaba sin leerlas una serie de cartas que la enfermera Helene le había presentado.

—Bien, Helene —dijo—, ahora voy a darme una vuelta por el laboratorio.

Tenía aspecto de estar sobrecargado de trabajo, agobiado; la enfermera Helene le habría concedido gustosamente un cuarto de hora de descanso en el laboratorio. Pero no era posible, la situación era demasiado crítica. «Creo —le había dicho el director general Lorenz— que ahora una mujer resuelta debería tomar las riendas de esta historia».

—Lo siento, doctor —dijo—, pero aún no puedo dejarle ir. Por favor, lea esto —y señaló unos cuantos recortes de prensa.

—Cada vez es usted más severa conmigo, Helene —trató de sonreír Edgar. Cogió los recortes; obediente, los leyó. Eran los ataques acostumbrados, sólo que ahora el tono era aún más firme, más grosero. En uno de cada dos casos, se decía, el procedimiento Oppermann causaba la muerte de los operados. Edgar Oppermann empleaba casi exclusivamente pacientes de tercera clase para sus criminales experimentos. Eran crímenes rituales de alto nivel, que el médico judío cometía a plena luz para dejarse ensalzar después por la prensa judía. Los ojos del lector se enturbiaron de ira.

—Llevan meses escribiendo esto —dijo con energía. ¿No podría ahorrármelo?

—No —repuso escuetamente la enfermera Helene. Su voz sonaba doblemente suave después de la sonora y malhumorada de Edgar, pero no por ello menos resuelta. No puede seguir cerrando los ojos, doctor —dijo, con la severidad con la que forzaba a un paciente a tomar una medicina desagradable. Tiene que hacer algo.

—Todo el mundo sabe —dijo impaciente Edgar— que sólo el 14,3 por ciento de los casos tiene un resultado fatal. Incluso Varhuus admite que en más del cincuenta por ciento de los casos, que de lo contrario habría que dar por perdidos, el procedimiento Oppermann conduce a la meta —trató de moderar su vehemencia, sonrió—: Soy un hombre necesitado de ayuda, Helene. Pero si el diablo se ha metido en la piel de esos cerdos, ¿tengo que ser yo el que lo expulse? No puede usted exigirme demasiado.

Ella no aceptó el tono. Se había sentado, no pensaba terminar tan pronto la entrevista. Estaba allí sentada, fuerte, rolliza. Los artículos de los periódicos, expuso, no los leían médicos, sino multitudes fanatizadas, que tenían influencia sobre los destinos del hospital municipal. No podía dejar las cosas así por más tiempo. Tenía que querellarse, exigió en voz baja, pero decidida, tenía que querellarse enseguida. ¿O quería esperar a que se lo dijera el director general Lorenz?

Edgar Oppermann aceptaba la lógica de la enfermera Helene, pero le repugnaba el asunto.

—La gente —dijo con vehemencia— que escribe esos artículos y la que les cree tiene que ir a un manicomio, no a los tribunales. No puede enfrentarse a ellos, igual que no podría enfrentarse a los curanderos de una tribu selvática, que afirman que la tisis sólo puede curarse poniendo excrementos de antílope en los ojos del enfermo. Si el ministerio o el viejo Lorenz consideran necesario refutar a esa gente, no puedo impedírselo. Pero yo no lo haré. No soy un limpiador de letrinas.

Por esta vez, la enfermera Helene no insistió. Pero no pensaba resignarse. Por la noche volvería a discutirlo, y mañana por la mañana, y mañana por la tarde. ¿Es que el gran científico, aquel niño, su doctor Oppermann, no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor?

En los hospitales, en la Universidad, en todas partes, los médicos sin dotes venteaban el aire matinal. Estaba amaneciendo una era en la que lo decisivo no eran los méritos y las dotes, sino la supuesta pertenencia a una raza. La enfermera Helene tenía la suficiente formación científica como para saber que detrás de la teoría racial había tanto sentido y tanta insensatez como detrás de la fe en la brujería y en el diablo. Pero para todos aquellos para los que las dotes de otros suponían un obstáculo en el camino, resultaba atractivo justificar su falta de capacidades propias apelando a su origen no judío. Hasta la fecha no se atrevían con su profesor. Estaba entre los diez o doce médicos alemanes de fama mundial; sus estudiantes, sus enfermos, le adoraban. ¿Pero es que él no veía cómo ya, por ejemplo, su protegido, el doctor Jacoby, era devorado por la malevolencia general? Ese hombre pequeño y feo se estaba volviendo cada vez más huidizo, más torpe, apenas se atrevía a visitar a sus pacientes. Y el incomprensible profesor no quería darse cuenta, no quería ver que la candidatura del pequeño Jacoby se había ido definitivamente al

garete; le consolaba y le explicaba, con incomprensible optimismo, que ya era sólo cuestión de días, que la confirmación estaba a punto de llegar.

Fue un necio incidente el que arrancó a Edgar Oppermann de la voluntaria ceguera con la que hasta entonces se había protegido contra la desolada realidad. Una de las tardes siguientes, un paciente de tercera clase al que se atendía de forma gratuita fue sorprendido fumando un puro, saltándose la estricta prohibición. El hombre sufría una enfermedad de la laringe; al fumar no sólo perjudicaba a los restantes enfermos de su sala, sino sobre todo a él mismo. La enfermera de guardia pidió cortésmente al hombre que por el momento se privara de fumar. Él hizo chistes y no obedeció. Ella insistió, él se puso más terco. Finalmente, hubo que llamar al médico de guardia, al doctor Jacoby. La aparición del pequeño y feo judío puso completamente furioso al hombre. Con su voz enferma y ronca, ladró que se cagaba en lo que le mandaran los médicos judíos. El hospital entero le chupaba el culo, empezando por el director. Estaba harto de hacer de conejillo de Indias. Él, un hombre alemán, iba a encenderle una vela al fino señor profesor en los periódicos alemanes. El pequeño doctor se puso ceniciento, se quedó desvalido. Los otros pacientes intervinieron. Por todas partes estalló la tormenta, ronca, de chillidos y ladridos. Se lanzaban sobre el doctor Jacoby con sus pijamas a rayas de enfermo, chillaban desde sus camas. Él no tenía otra cosa para aquella sala gritona y amotinada que argumentos racionales, el menos adecuado de los tranquilizantes. A la enfermera Helene se le ocurrió la feliz idea de llamar al doctor Reimers. Él apaciguó a los rebeldes con unas cuantas maldiciones, enérgicas y obscenas. No dudó en coger por los hombros al cabecilla de la revuelta, sacudirlo con fuerza y echarlo del centro. A los otros, les habló de manera viril y ruda. Los que primero y más ruidosamente se habían puesto de parte del fumador amotinado pensaban ahora que era un camorrista que no respetaba ni a Hindenburg ni al buen Dios, y muy pronto en la sala no se oyó más que la suave voz de la enfermera Helene.

Los cambios en Muebles Oppermann, los artículos incendiarios contra su hermano Gustav, los malvados artículos contra él mismo, habían hecho poca mella en Edgar; este necio motín lo derribó. No comprendía cómo enfermos a los que se había ayudado con tan diligente ciencia se enfrentaban a sus médicos a pesar del evidente éxito. Que esa gente, poniendo en un plato de la balanza su propia experiencia y en el otro un necio libelo, optaran contra su experiencia y a favor del libelo le enfureció. Dijo a la enfermera Helene que iba a querellarse.

Al día siguiente se reunió con el profesor Arthur Mühlheim. Le preguntó si, dado que él, Edgar, ocupaba un cargo público, no podía pedir a la fiscalía que presentara demanda de oficio. Por toda respuesta, Mühlheim le preguntó qué edad tenía. Luego trajo un coñac destilado en el año en que nació Edgar, lo sirvió, torció el rostro arrugado y astuto en una fatal sonrisa y dijo:

—Edgar, me temo que no voy a poder aconsejarle mucho.

Edgar, confuso, preguntó cómo era eso y por qué. ¿No estaba fuera de discusión que las afirmaciones de los periódicos eran desvergonzadas mentiras? Se podía aportar una masa ingente de material que lo probase de forma comprensible incluso para cualquier profano. ¿Qué podía entonces impedirle presentar una querella? ¿Es que no vivían en un Estado de derecho?

—¿Cómo dice? —preguntó Mühlheim. Y como veía los ojos del otro mirándolo asustados, explicó—: Incluso si hubiera venido a verme hace un mes, Edgar, cuando una parte de las leyes estaban en vigor al menos formalmente, incluso entonces, como abogado concienzudo habría tenido que desaconsejarle una querella. Los articulistas habrían intentado presentar las pruebas.

—Pero… —terció Edgar, indignado.

Lo sé —le detuvo Mühlheim—, semejante presentación de pruebas nunca habría podido tener éxito. Sólo que sus adversarios habrían inventado cosas nuevas, más abstrusas y viles, el tribunal las habría admitido una y otra vez como pruebas; le habrían tirado tanta porquería encima que habría reventado de indignación. No olvide, Edgar, que nuestros adversarios tienen una enorme ventaja sobre nosotros: su absoluta falta de escrúpulos. Por eso están hoy en el poder. Han aplicado siempre recursos de tal primitivismo que sencillamente los demás no los creían posibles, porque en ningún otro país habrían sido posibles. Por ejemplo, simplemente mataron a tiros a todos los dirigentes de la izquierda de cierta importancia, uno detrás de otro. Impunemente. Volviendo al asunto, créame, Edgar, hoy no encontrará en Alemania un juez que condene a esos articulistas. Y después de las elecciones no encontrará un solo tribunal en Alemania que ni siquiera admita a trámite la demanda.

—No le creo, no le creo —dijo Edgar con vehemencia, y dio un puñetazo en la mesa; pero sonó como un grito de auxilio.

Mühlheim se encogió de hombros. Sacó un poder y pidió a Edgar que lo firmara.

—La querella estará presentada mañana —dijo. Pero me gustaría que se ahorrase esta decepción.

—¿Cómo van a tener mis enfermos confianza en mí si se pueden decir tales cosas en mi contra? —gruñó Edgar.

—¿Quién le manda tratar a sus enfermos? —devolvió amargamente la pregunta Mühlheim. ¿Quién le dice que eso es lo que este Estado quiere?

—Pero los jueces —se acaloró Edgar, casi con asombro infantil— tienen una formación académica; saben que todo esto es absurdo. ¿O de verdad cree usted que yo ando matando niños cristianos?

—Se convencen —respondió Mühlheim, y la rabia deformó de manera grotesca su rostro pequeño y astuto— de que de haber nacido por ejemplo en el Este usted estaría perfectamente en condiciones de hacerlo, dada su sangre y sus predisposiciones.

Edgar salió completamente agotado de la entrevista con Mühlheim. ¿Tanto había cambiado el mundo en unas pocas semanas? ¿O había alcanzado los cuarenta y seis años comprendiendo tan poco el mundo que le rodeaba?

Al día siguiente, tuvo una larga conversación con su hija Ruth. Ruth estaba acostumbrada a que su padre se riera de ella, de forma bondadosa y cariñosa. También ahora lo hizo, pero aun así había algo distinto, y la chica sintió enseguida que su seguridad había sufrido un golpe. Por mucho que sabía que él estaba, por así decirlo, científicamente convencido de la insensatez de su nacionalismo y de que no hacía más que ofrecerle un espectáculo, ella no había podido resistirse a defender una y otra vez sus ideas con la misma furia que el primer día. Ahora, notando que él había cedido, se mostró también más suave. Gina Oppermann asistía en silencio a la conversación. Era una mujer pequeña e ignorante, no entendía nada de lo que estaban diciendo. Pero conocía el tono y la actitud de su esposo y su hija, y contemplaba intimidada los temerosos intentos de Edgar por ir a la escuela con su hija.

Aquella misma semana, el viejo director general Lorenz explicó a Edgar que el profesor Varhuus había declarado definitivamente que no podía apoyar la candidatura del doctor Jacoby. Durante la entrevista, el director general Lorenz se mostró especialmente brusco, fue enteramente «la ira de Dios», como le conocían sus estudiantes. Edgar había aprendido mucho en estos últimos días: reconoció a través de la brusquedad del hombre su doloroso azoramiento.

—Deme un consejo, querido colega —rugió el anciano, y las palabras salieron resonando como trozos de roca de la dorada boca. ¿Qué debo hacer? —adelantó hacia Edgar el cráneo poderoso, de blancos cabellos y cobriza piel—. Naturalmente, puedo insistir en que sea Jacoby. En tal caso, lo será. Pero entonces esos hijos de puta nos quitarán los fondos para su laboratorio. Aconséjeme.

Edgar se miró las manos.

—El tratamiento de este caso me parece claro, señor director general —dijo, y su voz sonó fresca y decidida, como cuando proponía operar a un paciente. Usted retira la candidatura de Jacoby y yo retiro mi demanda contra esos hijos de puta, por plagiar su forma de expresarse —rió, parecía especialmente alegre.

El viejo Lorenz se sintió condenadamente incómodo. Edgar Oppermann era un espléndido científico y le era simpático. Le había hecho una promesa. El viejo Lorenz lo puede todo, lo hará todo, teme a Dios y a nada más en el mundo. Y ahora, de pronto, por primera vez en su vida, teme a los hijos de puta que le hacen tachones en el presupuesto y rompe una promesa. Era asqueroso. Pero no puede dejar que le quiten los fondos. Ha estado a menudo en la situación de tener que decir a allegados, amigos cercanos, que una operación había salido mal, que el paciente había muerto. El viejo Lorenz era un hombre íntegro. Esta situación era diez veces más incómoda.

—¿No considera más correcto, señor director general —preguntó de repente Edgar, todavía con su fatal sonrisa congelada en torno a los labios—, que tire la toalla antes de que me echen?

El rostro del viejo Lorenz se amoratá.

—Sin duda se ha vuelto loco, Oppermann —estalló. Abra los ojos. Lo que este pueblo sufre es una enfermedad aguda, no una crónica. Le prohíbo declararla crónica. Escuche, hombre. Hijos de puta —gritó de pronto, y dio tal palmada en la mesa con su gran mano roja que los papeles salieron volando—. Todos los políticos son unos hijos de puta. Y no voy a darles ese gusto. Si creen que voy a darles ese gusto, van dados.

Dados, pensó Edgar. Qué curiosas expresiones tienen estos bávaros.

—Está bien —dijo. Le creo, señor Lorenz, cuando dice que ha hecho lo que ha podido. Es usted un buen colega.

—No lo sé, Oppermann —dijo el viejo Lorenz. Por primera vez en mi vida no lo sé. Ése es el problema.

La terminación del puente que debía adornar la boca del señor Wolfsohn se había prolongado más de lo que él había pensado, y también había sido más cara. Ochenta y cinco marcos quiso cobrarle al final el

dentista Hans Schulze, el arenque feo, con la excusa de que a lo largo del trabajo emprendido en la boca de Wolfsohn se habían presentado nuevas e insospechadas dificultades, que habían aparecido nuevos puntos cariados, y que de haber sido otro, bajo ningún concepto lo habría hecho por menos de cien marcos. Finalmente, con mucho esfuerzo, entre bromas y veras, el señor Wolfsohn le había hecho bajar hasta setenta y cinco marcos. Había pagado a cuenta cincuenta marcos, conforme a lo acordado. Así pues, los nuevos dientes no eran enteramente de su propiedad; pero hubiera podido poner en todo momento sobre la mesa los veinticinco marcos que faltaban y tener los dientes enteramente en su poder. Si no lo hacía era sólo porque mucha gente le había dicho que la llegada al gobierno de los, populares provocaría una inflación, y con ella esperaba poder pagar la suma restante en dinero devaluado.

La «nueva fachada» era cara, pero era espléndida. Ahora el bigotito sobre los labios del señor Wolfsohn resaltaba realmente elegante, sus ojos parecían doblemente ágiles y vivos sobre los nuevos e impecables dientes. Markus Wolfsohn sonreía en la tienda más aún que antes.

Sin embargo, cuando no le observan extraños raras veces sonríe, a pesar de su nuevo esplendor blanco y dorado. Y eso que el negocio va mejor de lo que esperaba para este silencioso período invernal. Los rumores acerca de la inflación mueven a muchos a invertir su dinero en muebles en vez de dejarlo en el banco. El señor Wolfsohn ha conseguido primas este mes de febrero, naturalmente no tantas como en noviembre, pero si ha de ser sincero, no puede quejarse de la marcha del negocio. Son otras cosas las que le ponen de mal humor.

Detalles al principio, cada uno sin importancia por sí mismo pero, juntos, suficientes para quitarle a uno el apetito. La autoestima del señor Wolfsohn, por ejemplo, no se ve disminuida porque el señor Lehmann, del café Lehmann, ya no le pregunte si todo va bien o no. Pero, escandalosamente, sólo hay un ejemplar del *BZ*, y si no se lo compra uno mismo puede hacerse viejo antes de que le llegue. La autoestima del señor Wolfsohn tampoco disminuye por no estar tan bien visto como antes entre Los Arenques Feos. De todos modos el ambiente es más desagradable, y en una ocasión se oyó una frase que ofendió seriamente al señor Wolfsohn. En la partida de *skat*, se vigilaba que no hubiera trampas a la hora de contar las ganancias, porque el veinte por ciento de ellas iba a parar a la caja de la asociación. De ese veinte por ciento salían los gastos de Los Arenques Feos, sobre todo los gastos de la gran excursión, la partida de los caballeros, que tenía lugar todos los años en torno a la Ascensión. En una ocasión en que el señor Wolfsohn pudo apuntarse un beneficio especialmente alto y sus compañeros refunfuñaban, al abonar el veinte por ciento a la caja les había comentado, a modo de benévolo consuelo, que les vendría bien el día de la Ascensión.

—Eh, August —había dicho al principal perdedor—, de todos modos te has bebido tú solo medio ponche.

—No lo digas muy alto, muchacho —había dicho el achispado—, tendrás suerte si al llegar el verano todavía te llevamos con nosotros.

Naturalmente, sólo había sido una broma tonta; August estaba borracho y Wolfsohn había hecho como si no le hubiera oído. Pero el golpe de August había sido dado, sus palabras escocían aún hoy al señor Wolfsohn.

Quizá su cuñado Moritz Ehrenreich, que se marchaba definitivamente, tenía razón. Sí, había llegado el momento: el 3 de marzo, Moritz Ehrenreich embarca para Palestina en la ciudad francesa de Marsella, en el vapor *Mariette Pacha*. Va a encargarse de la edición y de la impresión de un periódico deportivo hebreo en la ciudad palestina de Tel Aviv. Se ha mostrado generoso hasta el último instante; dejará a Wolfsohn algunos de sus muebles. El señor Wolfsohn lo ve partir con mirada húmeda pero alegre. Se da cuenta, ahora que Moritz se marcha realmente, de que va a echarlo de menos más de lo que creía; por otra parte, está contento de librarse de él porque, a pesar de su alegre manera de responderle, ya no puede oponer a las eternas críticas de su cuñado la misma confianza que antaño.

Sí, la seguridad del señor Wolfsohn está minada, roída por todas partes. No son sólo los pequeños acontecimientos del café Lehmann, el Alte Fritz o el círculo de Los Arenques Feos. Mucho más preocupante es ya la cuestión con el administrador Krause y la mancha de humedad encima del cuadro *El juego de las olas*. Por desgracia, el señor Wolfsohn ya no es uña y carne con el administrador. Ambos caballeros siguen cruzando unas palabras cuando se encuentran casualmente, pero es rara la ocasión en que el señor Krause le cuenta un chiste. Y cuando hace poco el señor Wolfsohn le preguntó directamente cuándo iban a quitar al fin la mancha de humedad, que ya llegaba muy por debajo del cuadro, el administrador Krause dijo, de manera insolente y directa, que con un alquiler tan barato el señor Wolfsohn no podía ponerse así; había un montón de gente que cogería ambas, la casa junto con la mancha. A pesar de todo, naturalmente el administrador va a prorrogarle el contrato de alquiler. El señor Wolfsohn no lo dudaba. Pero la frase sigue siendo una desvergüenza típicamente alemana, y al señor Wolfsohn no se le va a olvidar.

No obstante, las negociaciones con el administrador Krause eran un bombón comparadas con los ocasionales encuentros con el señor Rüdiger Zarnke. Durante los trabajos en el puente, el señor Wolfsohn se había imaginado la especial satisfacción que tendría, con su nueva fachada, al cruzarse en la escalera con el señor Zarnke. Hasta ahora, cuando ambos caballeros se encontraban, el señor Zarnke tenía la costumbre de sonreír burlonamente, enseñando sus fuertes y blancos dientes. Al señor Wolfsohn le corroía mucho no poder responder a la sonrisa en consideración a sus propios y dañados dientes, y la idea de que ahora, con su nueva fachada, podría corresponder en blanco y oro a la burla del señor Zarnke hacía desbordar su corazón. Se alegraba demasiado pronto. El señor Zarnke se había incorporado a las milicias populares, se había convertido en jefe de escuadra. Orgulloso con su uniforme pardo, con sus botas altas, dos estrellas en el cuello, atronaba subiendo y bajando las escaleras. Cuando el señor Wolfsohn lo veía venir, le temblaban las rodillas; prefería dar media vuelta, volver a subir la escalera, ocultarse en su casa. Pero tampoco aquí estaba ya seguro. El señor Zarnke, sobre todo cuando sabía que Wolfsohn estaba en casa, rugía con voz potente el himno popular, con los versos que hablaban de la sangre judía que hace brotar el cuchillo. Contaba a su mujer en palabras estruendosas, imposibles de ignorar, cómo los populares, en cuanto tomaran el poder el 5 de marzo, harían picadillo a los judíos. Se entregaba a feroces detalles. Cómo los judíos tendrían que bajarse de la acera en cuanto un soldado popular, y no digamos un oficial popular, apareciera a lo lejos. Si alguno se atrevía a mirar torvamente, se llevaría un puñetazo. Para él, Zarnke, sería una especial alegría ocuparse del cerdo de al lado. A ése habría que darle una especial lección, y después podrían recoger cada uno de sus huesos del arroyo. El señor Wolfsohn escuchaba inquieto tales discursos. Pequeño, en modo alguno ágil a pesar de su nueva fachada, se sentaba en su sillón orejero y no se atrevía a rechistar. Llevaba a los niños a la cama, miraba fijamente la mancha de humedad, ponía la radio; quizá hubiera algo ruidoso, una marcha militar o un aire popular, que ahogara las amenazas del vecino.

A veces, cuando la música era muy guerrera, se imaginaba cómo al cambiar las tornas, cosa que no podía tardar mucho tiempo en suceder, le daría lo suyo al señor Zarnke. Le pararía en la escalera. Él estaría en el escalón de arriba, y el señor Zarnke en el de abajo. «¿Qué se ha creído, saco de mocos?», le diría. «¿Cómo se presenta ante mí? ¿Usted me llama cerdo, señor? Es inaudito. ¿Se imagina que es mejor que yo porque soy israelita? Eso tiene gracia. Mis antepasados se organizaban, desarrollaban industrias y hacían avanzar la civilización cuando sus estimados ancestros aún eran monos que trepaban por los árboles. ¿Comprendido? Y ahora apártese». De todas las puertas saldría gente a escuchar: el señor Rothbüchner, la señora Hoppegart, el señor Winkler, la señora Josephsohn, y a todos les alegraría el arrojo con el que leía la cartilla a ese tipo con sus botas altas. Sería un *Jontef*, una fiesta, sobre todo para la señora Josephsohn, naturalmente.

Y cuando el señor Zarnke se fuera con el rabo entre las piernas, le daría una patada en el culo que le haría bajar las escaleras volando. El señor Wolfsohn se imagina, feroz, cómo el señor Zarnke, al llegar abajo, vuelve a levantarse trabajosamente —ha perdido una de sus grandes botas durante la caída—, cómo se sacude el polvo de su guerrera parda y se marcha, pequeño y feo. El señor Wolfsohn sonríe ampliamente durante esta dulce fantasía, enseñando los dientes blancos y dorados. En voz baja, pero bien articulada, pronuncia para sí las grandiosas frases con las que liquidará al otro de una vez por todas. Pero entonces la música de la radio termina, vuelve a oírse la voz del señor Zarnke, y el señor Wolfsohn se hunde en su sillón orejero y se apaga.

Ah, se había terminado la seguridad en su querido bloque de la Friedrich Karl Strasse. *My home is my castle* era ahora un recuerdo académico, sin significación práctica. Sin duda las doscientas setenta viviendas seguían siendo iguales entre sí, como una lata de sardinas a otra, pero en el señor Wolfsohn se había producido un cambio incomprensible. Apenas hacía seis semanas, apenas cuatro semanas, había sido uno más de los doscientos setenta cabezas de familia, tenía las mismas obligaciones que los demás, las mismas opiniones, las mismas alegrías, las mismas preocupaciones, los mismos derechos, un pacífico contribuyente que no pedía nada de nadie y al que nadie pedía nada. Ahora los otros seguían siendo lo que eran, pero él —lo leía en todas las esquinas, lo escuchaba en todas las calles—, él se había convertido de repente en un lobo feroz que había llevado a la patria a la ruina. ¿Cómo? ¿Por qué? El señor Wolfsohn se sentaba, cavilaba, y no lo entendía.

Donde mejor se estaba era en la tienda. Pero tampoco allí era ya como antes. Había mucho trabajo, mucho que hacer. Pero en cuanto la frenética actividad cesaba durante un rato, todos se quedaban con el rostro turbio y vacuo. Incluso el vivaz apoderado Siegfried Brieger ya no era tan vivaz como antes; se le notaba que había dejado atrás los sesenta.

Y luego vino una experiencia, un cambio, que afectó al señor Wolfsohn quizá más que ningún otro. El jefe, Martin Oppermann, era un caballero benévolo que mostraba buen corazón hacia sus empleados, pero

en su interior era un hombre arrogante; era cosa sabida. En aquellos días, Martin Oppermann pasó casualmente por la sucursal de la Postdamer Strasse y estaba cerca cuando el señor Wolfsohn tuvo que dejar ir a un cliente sin que comprara nada, lo que ocurría muy raras veces. El cliente era un tipo antipático, probablemente uno de esos que le tiran a uno del metro en marcha, un nazi, pero en la mayoría de los casos la disponibilidad para el servicio a los clientes del señor Wolfsohn despachaba incluso a tipos como aquél. Casi se murió de vergüenza porque este fracaso tuviera que ocurrirle precisamente hoy, a los ojos del jefe. Y efectivamente Martin Oppermann se acercó con su pesado paso al señor Wolfsohn apenas el cliente se hubo marchado.

—¿Se le ha escapado, Wolfsohn? —preguntó.

—Me temo que sí, señor Oppermann —dijo Wolfsohn.

Esperó la explosión que tenía que venir, tenía preparados mil argumentos, pero era muy consciente de que ninguno de ellos era suficiente: no podía haber un fracaso.

Y entonces ocurrió el milagro. No hubo explosión. Antes bien, Martin Oppermann le miró con sus tristes ojos pardos y dijo: —No se preocupe, Wolfsohn.

Markus Wolfsohn era un hombre ágil, de rápido entendimiento; pero esto le dejó sin palabras. A todas luces, Martin Oppermann se había vuelto loco.

—Por otra parte, le veo cambiado —proseguía ahora el loco—, más fresco, más joven.

Wolfsohn se rehízo, buscó una respuesta:

—No son más que los dientes, señor Oppermann —balbuceó. Enseguida se dio cuenta de que era una torpeza parecer un derrochador a los ojos del jefe; el ataque de locura del señor Oppermann le había hecho perder todo control. He tenido que contraer deudas —se apresuró a añadir—, pero no podía aplazarlo por más tiempo.

—Usted tiene un niño, ¿no, Wolfsohn? —se informó Martin Oppermann.

—Un niño y una niña, señor Oppermann —repuso Wolfsohn. Una responsabilidad, en estos tiempos. Uno está loco por esos chiquillos, pero a veces desearía que no estuvieran aquí.

Sonrió a modo de disculpa, de manera un poquito desastrosa, blanca y dorada.

Martin Oppermann se quedó mirándolo. Wolfsohn esperaba que le dijera algo intrascendente, una broma, algo alegre. Era lo que procedía. Y Martin Oppermann lo hizo.

—Ánimo, Wolfsohn —dijo. Pero luego añadió algo asombroso, algo completamente extravagante, antinatural, completamente inadecuado para el director de una empresa tan grande y antigua. En voz muy baja y, le pareció a Wolfsohn, triste y furioso al mismo tiempo, dijo—: Ninguno de nosotros lo tiene fácil, Wolfsohn.

Realmente Martin Oppermann no lo tenía fácil. Las elecciones se acercaban. Los populares iban a llegar al poder, y con ellos la arbitrariedad y la violencia, ya nadie lo dudaba. ¿Y qué se había hecho en Muebles Oppermann para protegerse ante la venidera tempestad? En los próximos días, las tiendas Oppermann se subsumirían, con la excepción de la casa matriz, en Alemana de Fábricas del Mueble. Se habían conformado con eso. La unión, amargamente necesaria, con Wels, que se había roto de forma tan necia por su culpa, ¿se había restablecido?

Martin Oppermann estaba sentado, solo, en su despacho; apoyaba pesadamente ambos brazos en el tablero de la mesa, miraba fijamente al frente con sus tristes y grises ojos. Disparaban contra los Oppermann desde todos los ángulos. Casi todos los días se publicaba un ataque contra Gustav o contra Edgar, y también empezaban a atacar a la empresa. ¿Estaba Wels detrás? Martin se quitó cuidadosamente los quevedos, se dirigió con paso lento a la hoja que, enmarcada y protegida por un cristal, anunciaba desde la pared: «El comerciante Immanuel Oppermann, de Berlín, ha prestado buenos servicios con sus suministros al Ejército alemán. El general en jefe: fdo. Von Moltke». Descolgó la hoja enmarcada, le dio la vuelta mecánicamente, contempló el dorso vacío. Ahora difundían un escrito en el que Muebles Oppermann hacía a la Asociación Deportiva Roja un donativo de diez mil marcos, lo reproducían en facsímil en sus periódicos, lo colgaban en los cuarteles de las milicias populares. El escrito estaba mecanografiado en una hoja auténtica de Muebles Oppermann, estaba correctamente firmado por él. Sólo que no se trataba de la Asociación Deportiva Roja, sino de la Judía, y no de diez mil marcos, sino de mil. Pero de nada había servido desmentirlo. No le iba mejor que a su hermano Edgar, al que cubrían de porquería a pesar de que los testimonios vivos de su ciencia y su arte andaban por la calle a centenares.

Martin volvió a colgar la carta enmarcada, sacudió lenta y repetidamente la cabeza, regresó a su escritorio. De pronto, su ancho rostro se alteró de manera espantosa. Los ojos somnolientos se volvieron amenazadores. Dio un puñetazo en el escritorio con la pesada mano.

—Maldita banda —siseó entre dientes.

De nada sirve maldecir. Ha mantenido la compostura durante cuarenta y ocho años. No deben ver que la pierde.

¿Habrán avanzado las negociaciones con Wels? Brieger, el antes tan charlatán y vivaz señor Brieger, ese maldito Brieger, calla, y Martin teme preguntarle directamente.

Está allí sentado, pesado, carnoso, malhumorado. Pronto sabrá algo sobre las negociaciones con Wels. Lo intuye, lo teme, lo sabe. Está noche lo sabrá de unos labios que le gustan aún menos que los del señor Brieger. Jacques Lavendel le ha invitado esta noche, le ha pedido que acuda; se trata de algo importante. No puede tratarse de nada más que de Wels. Y cuán desagradable tiene que ser la noticia como para que Brieger no se la diga personalmente, sino que se lo pida a Jacques Lavendel.

Esa noche, Martin encuentra a su cuñado Jacques locuaz y desenvuelto como siempre. Le obliga a comer unos panecillos untados con un paté de oca especialmente delicado, acompañados de un buen vino de Oporto. Con Jacques siempre hay que comer y beber. Jacques va derecho a su objetivo:

—Si nos viéramos obligados —dice con su voz ronca— a contar con la participación en la empresa de Klara, si no pudiéramos vivir sin eso como gracias a Dios podemos, le aseguro, Martin, que ahora me desprendería de ella a cualquier precio. Si en los próximos días no logramos construir garantías mayores que la muy dudosa de Alemana de Fábricas del Mueble, preveo dificultades —dice, mordiendo soñador, con los ojos entrecerrados, la mayor parte de la pequeña tostada de paté. Brieger me ha pedido que le comunique cómo van las negociaciones con Wels. Usted, Martin, probablemente pensará —sonríe, su sonrisa incómoda y amistosa— que van mal: yo creo que no van mal —se traga el resto del panecillo con un sorbo de Oporto. Martin mira, los segundos se alargan, tiene los nervios tensos hasta romperse, el hombre que come y que traga le repugna. Sucede —prosigue finalmente Jacques Lavendel— que ese gentil da menos importancia al asunto que a las cuestiones externas, auténticas *Goyim Naches*, distracciones de gentil. Le importa la dignidad. Jacques hace una ínfima pausa antes de pronunciar la palabra dignidad, pone en ella un diminuto acento de ironía; aun así, tal como sale de su boca, frío, masticado, el concepto es ridículo. Martin está profundamente amargado porque el hombre que tiene delante se atreva a escarnecer tan miserablemente en su presencia algo que a él le importa tanto. El hombre sigue hablando: —Imagínese, Martin, es gracioso, el señor Wels se ha encaprichado con usted. Sólo quiere negociar con usted, no con Brieger. Quiere que vaya usted a verle. Está claro que no se siente lo bastante seguro en su tienda.

Martin está sentado cómodamente en un confortable sillón. En casa de Jacques Lavendel no hay muebles Oppermann, tampoco muebles modernos, pero sí muebles cómodos. Aun así, Martin tiene la sensación de no estar bien sentado. Un mareo le atrapa desde los pies, es como en su primer viaje a América, en aquel barquito, cuando vino una fuerte tempestad. Nada de aflojar. Compostura. Dignidad. Ese hombre acaba de burlarse de la compostura y de la dignidad. Para él son… Martin, que, al contrario que la mayoría de los berlineses, evita las palabras de argot, sabe de pronto exactamente lo que la compostura y la dignidad son para su cuñado Jacques Lavendel: chorradas. Pero no va a flaquear. Y no flaquea: apenas si se aferra un poco más al brazo del sillón.

—No creo que vaya a hablar con el señor Wels —dice. Su tono es contenido, como mucho resulta un poco más gruñón que de costumbre. Ve la mirada de su hermana Klara puesta en él, es como si la mirada le resultase un poco compasiva. No quiere su compasión, se ríe de su compasión. De repente sus ojos ya no están somnolientos, no están tristes, sino llenos de ira.

No pienso hacerlo —grita, levantándose. ¿Qué se imagina ese cerdo? ¿Cree que le voy a poner la cabeza para que escupa? Tendría gracia. No pienso hacerlo.

Jacques y Klara miraban en silencio al hombre furioso. Sí, Jacques abrió por entero sus azules ojos, contempló a Martin con atención, lleno de amistad, y ya no había ironía en su voz ronca, sino el buen consejo de un amigo mayor y más experimentado.

—Desahóguese en paz, Martin —dijo. Desahogarse es bueno. Pero creo que cuando lo consulte con la almohada se dará cuenta de que no por eso va a evitarlo. También yo me puedo imaginar cosas mejores que una conversación con el señor Wels. Pero peor es cerrar la tienda. Descanse, y luego vaya a ver a Heinrich Wels. Vaya lo antes posible. Si es mañana por la mañana, mejor. Consiga lo que consiga de Wels, será un beneficio. Y cuanto antes vaya, tanto más podrá conseguir.

Martin había vuelto a sentarse.

—No pienso ir —repitió, lúgubre, pero después del estallido su voz sonaba llamativamente suave.

—*Go ahead*, Martin —dijo de pronto Jacques, con inusual cordialidad. Hay que cerrar el trato con Wels. Go ahead.

Poder maldecir, pensó Martin, ¡poder desfogarse! Pero no tenía sentido delante de ellos. Eran demasiado

razonables. Le miraban a uno tranquila y compasivamente, y en el fondo de su corazón le despreciaban. Se sentó, erguido y lúgubre, en su sillón. Le temblaban las rodillas. Un hambre repentina le acometió, pero los panecillos que tenía ante sí le daban náuseas.

Se levantó, echó hacia atrás con fuerza el pesado sillón.

—Sí —dijo—, puede que vaya. Gracias por los panecillos y el vino. Y por el consejo —añadió con rabia.

—Por lo demás —dijo de pronto Klara con su voz tranquila y resuelta—, yo no forzaría al chico, Martin. —Martin alzó la vista, desconcertado. Cometí un error —prosiguió ella— cuando le aconsejé disculparse.

Martin no entendía. ¿Qué, cómo? ¿Qué chico? ¿Berthold? ¿Qué pasaba ahora? Resultó que no sabía nada de todo el asunto, que Berthold jamás lo había hablado con él. Esto sorprendió incluso al nunca sorprendido Jacques. Contó el asunto a su cuñado, con cuidado, con delicadeza.

Esta vez Martin no siguió esforzándose por mantener la compostura y la dignidad. Tampoco se puso furioso como unos minutos antes, con ocasión del asunto Wels. Los dos golpes consecutivos le arrebataron tanto el valor como la compostura. Los Oppermann iban a extinguirse, iban a ser derrotados, estaba predestinado así, no tenía sentido oponerse a ello. Los ataques a Edgar, los artículos contra Gustav. Mañana tenía que ir a ver a Wels, al estúpido y despreciable Heinrich Wels, humillarse. Y también tendría que humillarse Berthold, su hermoso, dotado, querido muchacho. Berthold ha dicho una verdad, pero ellos no toleran que diga una verdad. Porque es hijo suyo, de Martin Oppermann, tiene que humillarse y decir que una verdad es una mentira, porque es él el que ha dicho la verdad.

Martin estaba sentado con la cabeza baja; Job, pensó. ¿Cómo era la historia de Job? Era un hombre del país de Uz, y se hacían necios chistes sobre él. Era un hombre golpeado. Muchas plagas cayeron sobre él, su negocio se hundió, sus hijos se murieron, se contagió de la lepra, disputó con Dios, y luego Goethe utilizó toda la historia e hizo de ella el prólogo para el *Fausto*. Un hombre golpeado. Está predeterminado, se determinará el día de Año Nuevo y será sellado el día del Yom Kippur, así lo aprendió de niño. Quizá el día del Yom Kippur habría debido cerrar las tiendas, aunque sólo fuera en memoria del abuelo Immanuel. Brieger también estuvo siempre a favor de hacerlo. En casa había tres o cuatro Biblias, habría que releerlas alguna vez, el pasaje sobre Job, por ejemplo, pero no se llega a hacerlo. No se llega a nada, no se entrena uno, se convierte uno en un viejo, se convierte en un hombre abatido, y no se llega a nada.

—Yo no obligaría al chico —repitió Klara. Preferiría sacarlo del colegio.

—Ya veré —dijo Martin, y sonó ausente, disperso. Pero no iré a ver a Wels —afirmó furioso. Muchas gracias de nuevo —dijo, y trató de sonreír. Tenéis que disculparme. Ha sido demasiado de una vez.

—Naturalmente que irá a ver a Wels —dijo Jacques Lavendel, una vez que Martin se hubo marchado. Les ha ido bien aquí en Alemania —añadió pensativo. No están acostumbrados a nada.

Abajo, desfilaba una escuadra de mercenarios populares que volvían de un mitin electoral; iban cantando: «Cuando la bomba de mano estalla / el corazón ríe en el cuerpo». Jacques Lavendel movió la cabeza.

—Se le puede dar la vuelta —dijo. «Cuando la bomba de mano ríe / el corazón estalla en el cuerpo».

Cerró los postigos, sacó unos discos, puso melodías que amaba. El olor de los panecillos y el vino flotaba en el ambiente. Soñador, se metió uno más en la boca, lo masticó despacio, bebió a sorbos muy pequeños. Con la ancha y rubia cabeza inclinada, los ojos cerrados, tarareó el disco:

Seis hermanos hemos sido,
hemos tratado con medias.
Uno murió, por desgracia,
sólo cinco hemos quedado.
Jossel toca el violín…

Entretanto, Martin había llegado a la Corneliusstrasse. Encontró a Liselotte y a Berthold todavía en el invernadero. Miró a este último. Se dio cuenta de lo adulto que el chico se había hecho en las últimas semanas, de lo triste y envejecido que estaba. Era un mal padre, por no haberse dado cuenta de nada en todo ese tiempo. Le puso en el hombro la pesada mano; en verdad su hijo era ahora más alto que él.

—Bueno, muchacho —dijo.

Berthold vio enseguida que su padre lo sabía todo. Le alivió saber que ahora podría hablar con él.

—¿Fue desagradable la entrevista con Jacques? —preguntó Liselotte. Ya en el paso de Martin, antes de que entrara a la habitación, había notado que algo malo le ocurría.

—Bueno, no fue un *Jontef*, no fue ninguna fiesta —respondió Martin—, por emplear la forma de hablar de nuestro cuñado.

Volvió a mirar a Berthold, ponderativo. ¿Debe hablar ahora con él? Está agotado, cansadísimo. Lo más agradable sería apagar la luz, cerrar los ojos, sin irse a la cama, aquí sentado, tal como está, en este sillón. No es un sillón tan cómodo como el de Jacques, es un sillón Oppermann, podría permitirse uno más caro, pero el sentido del deber hace que en su casa sólo haya muebles Oppermann. Echó a perder el asunto con Wels sólo porque entonces no estaba bien dispuesto. Quizá no debería hablar con Berthold hasta mañana. Pero ahora, con Berthold y Liselotte a la vez, es más fácil. Y mañana tendrá que ir a ver a Wels, a humillarse.

Tú también has tenido tus problemas estas últimas semanas, hijo mío —empieza. Su tono resulta natural, no demasiado grave. Uno tiene más fuerzas de lo que imagina; cuando se cree que realmente se acabó, que ya no se puede más, siempre vuelven a encontrarse reservas—: Ha sido muy amable por tu parte no importunarnos con tus historias, pero yo habría estado gustosamente a tu disposición, Berthold. Y mamá también.

Liselotte vuelve su claro rostro del uno al otro. No lo ha tenido fácil estas últimas semanas, entre el silencioso marido y el silencioso hijo. Los tiempos exigen mucho de la esposa cristiana de un marido judío, de la madre cristiana de un hijo judío. Es bueno hablar por fin.

—No has tenido suerte con tu exposición, Berthold —dice cuando Martin concluye su relato. Estabas tan contento con ella.

Difícilmente puede expresarse con mayor sencillez todo lo que ha ocurrido en torno a la ponencia; no obstante, Berthold siente que su madre lo ha dicho todo, que conoce cada matiz con tanta exactitud como él.

—Era una buena exposición —dijo de pronto, apasionadamente. Tengo el manuscrito. Ya veréis, papá, y tú, mamá, es lo mejor que he hecho. También el director François puede confirmarlo. Al doctor Heinzius le habría gustado.

—Sí, hijo mío —le tranquiliza Liselotte.

—Pero ahora está allí el doctor Vogelsang —vuelve Martin al tema. Aún faltan dos meses hasta el cambio de clase, después de Semana Santa —reflexiona. Tienes que aguantar hasta entonces.

—¿Crees que debo pedir excusas? —Berthold se esfuerza en hablar con objetividad, como si fuera un asunto de negocios, sin amargura. ¿Retractarme? —completa con sequedad.

Quizá fue precisamente esa sequedad la que irritó a Martin. Estoy agotado, se dijo, estoy condenadamente mal dispuesto. Tendría que haber dejado esta conversación para mañana. Ahora no puedo perder el control bajo ninguna circunstancia.

—Por el momento aún no creo nada —dijo; quería sonar amable, pero sonó bastante áspero. ¿Qué crees tú que ocurrirá si te niegas? —prosiguió tras un corto silencio, ponderando con frialdad.

—Probablemente me suspenderán la reválida —dijo Berthold.

—Eso significa —constató Martin— que tendrías que renunciar a la enseñanza superior. A una carrera académica en Alemania —seguía hablando con sobriedad mercantil, calculador. Sacó los quevedos y los limpió. Comprenderás, Berthold —concluyó—, que no pueda estar de acuerdo con eso.

Berthold miró a su padre. Estaba allí sentado, contenido, consciente de su objetivo. Negociaba con él como con un socio del que se quiere conseguir algo. De modo que así era su padre cuando se trataba de negociar. No entendía de qué se trataba. No quería entenderlo. Ha hecho bien en no hablar con él. Pero ahora tiene que decir algo. Están esperándolo.

—Sería capaz de soportar muchas cosas —dijo, cauteloso—, si no tuviera que presentar esas… —titubeó — excusas —encontró finalmente la palabra.

—Ahora todos tenemos que soportar muchas cosas —dijo Martin, obstinado, malhumorado, sin mirar a su hijo; sonó más duro de lo que él hubiera querido. Berthold, palideciendo, se mordió el labio inferior.

Liselotte, temerosa, se apresuró a mediar:

—Creo —dijo— que precisamente en su actual situación tu padre agradecería que pudieras superarte.

—No me lo hagáis tan condenadamente difícil —gruñó lúgubre Martin. —¿Es que todos tenéis que ponérmelo tan difícil? Esos cerdos, esos vulgares y viles cerdos —gritó de pronto.

Berthold nunca había oído gritar a su padre. Se puso en pie de un salto, le miró asustado a los ojos, muy abiertos, tenebrosos, inyectados en sangre. También Liselotte estaba muy pálida.

—Creo que deberías hacerlo, Berthold —dijo, en voz llamativamente baja.

—Deberías, deberías —se burló Martin. *Tiene* que hacerlo. También yo tengo que hacer algunas cosas que no querría —repitió con malignidad y testarudez.

—Ahora no vamos a tomar decisiones —dijo Liselotte. Vámonos a dormir —pidió. Nadie va a obligarte —dijo a Berthold. No debes hacer nada que no quieras hacer por propia voluntad, hijo mío.

Después de la explosión, Martin había vuelto a sentarse. Apretaba con fuerza los labios. Un saco y ceniza, pensó para sus adentros, Canossa, Job. Tendría que haber hablado con él mañana. Miró a su hijo, a su esposa, con ojos vacíos.

—He necesitado cuarenta y ocho años —dijo al fin— para darme cuenta de que a veces la dignidad puede estar de más. Tú tienes diecisiete, Berthold. Te lo digo, es así. Pero no te pido que me creas.

Habló con sobriedad, pero fue como un monótono lamento. Sus palabras sonaban apagadas; aquel hombre pesado parecía tan agotado que Berthold y Liselotte se asustaron aún más del cansancio que de su explosión.

Al día siguiente, cinco minutos antes de las once, Martin Oppermann estaba sentado en el tercer piso de Muebles Heinrich Wels & Sohn.

Wels le había citado a las once. Él no se había puesto al teléfono, había hecho que un empleado le dijera a Martin que podía ir a las once. Martin llegó a las once menos cinco.

No se le condujo a una antesala cerrada, sino que se le hizo esperar en los locales de venta. La planta era espaciosa, aireada, puntillosamente limpia. Había orden en Heinrich Wels & Sohn. Martin Oppermann tuvo tiempo de constatarlo, porque se le hizo esperar mucho.

Estaba sentado en una silla en realidad demasiado pequeña para ese hombre pesado, erguido, en postura poco airosa, esforzándose en mirar inmóvil al frente, ni a la derecha ni a la izquierda. El negocio estaba tranquilo. Aun así, había mucha vida alrededor de Martin Oppermann. Los empleados iban y venían atareados. Miraban con curiosidad al jefe de Muebles Oppermann, que esperaba allí sentado a que el señor Wels lo recibiera.

Martin Oppermann lo veía, pero no quería verlo; estaba sentado inmóvil.

Miró su reloj. Pensaba que eran las once y veinte, pero eran sólo las once y dieciséis. Era un hermoso y pesado reloj de oro; lo había recibido del abuelo Immanuel cuando, a los trece años, fue convocado por vez primera para recibir lecciones de la Torá. Naturalmente ahora Alemana de Fábricas del Mueble tenía una nueva marca comercial, la imagen del viejo Immanuel había desaparecido de los pliegos de papel. El nuevo emblema es muy bonito, Klaus Frischlin ha traído a un artista de primera clase. Pero también hay hermosos emblemas en el papel de muchas otras firmas.

Ahora tienen que ser las once y veinticinco. Son las once y veintiuno. Hay que seguir erguido, no dejar caer la cabeza. Berthold va a tenerlo más difícil. Él, Martin, sólo tiene que seguir ahí sentado. El chico tiene que hacer algo. El chico tiene que salir ante sus compañeros y decir: mi verdad es una mentira, he dicho mentiras. Las once y media. Martin se vuelve hacia un empleado y ruega que le recuerde al señor Wels que está esperando.

A las once cuarenta, Heinrich Wels le hace pasar. Está allí sentado en uniforme de jefe de asalto, con estrellas, correajes, hebillas.

—Le he hecho esperar mucho, Oppermann. Política. Ya comprenderá, Oppermann, que ahora la política tiene prioridad.

Tenía una fina y aguda sonrisa en el rostro leñoso de duras arrugas; hablaba como un superior a su subordinado. Estaba dispuesto a saborear por completo su triunfo; Martin se dio cuenta enseguida. «Oppermann», ha dicho. Le había dado una bofetada a Martin Oppermann. Pero la bofetada tuvo un segundo efecto: en el mismo instante, Martin puso en marcha todo lo que había en él de instinto mercantil, de rápido olfato comercial. Ese de ahí, ese truhán de siete suelas, quería humillarlo. Tenía que dejarlo correr, tenía que dejar correr la dignidad que había conservado durante cuarenta y ocho años. Así estaban las cosas en la Alemania de ese febrero. Bien, lo hará. Pero también hará que le paguen por ello. «Oppermann», le ha dicho ese cerdo. Bien, lo aceptará, dejará de ser el señor Oppermann. Aceptara aún más. Pero se lo encontrará en la cuenta, señor Wels.

—Sin duda, señor Wels —dijo cortésmente.

Seguía de pie.

—El señor Brieger me ha hablado de su oferta —dijo Heinrich Wels al hombre de pie. Con su señor Brieger se puede negociar mejor que con usted, Oppermann. Pero he visto que luego podrían surgir «malentendidos». Quería evitarlo. Por eso le he hecho venir. Siéntese, por favor.

Martin, obediente, se sentó.

—Tiene usted claro —prosiguió Wels— que el nombre Oppermann y todo lo que recuerde a él tiene que desaparecer. En la nueva Alemania no puede haber unos Muebles Oppermann. Lo comprende.

—Sin duda, señor Wels —dijo Martin Oppermann.

Martin Oppermann comprendió todo lo que el señor Wels quiso que comprendiera. «Sí, señor Wels, sin duda, señor Wels», salía de sus labios una y otra vez, y cuando el señor Wels hacía chistes feroces con su

sorda voz, Martin sonreía. Una sola vez luchó por más tiempo. Fue cuando el señor Wels exigió que también la casa matriz de la Gertraudtenstrasse tenía que desaparecer, y que la central de Alemana de Fábricas del Mueble tenía que trasladarse aquí, a su tienda principal. Con mucha cortesía, Martin pidió excluir la casa matriz. La pequeña tienda, que él quería seguir gestionando de manera privada, no podría hacer competencia ninguna a la poderosa industria representada por Unión Alemana de Fábricas del Mueble. Esta chusma arrogante, pensó Wels. Estaba claro que Oppermann tenía razón, que la continuación de la casa de la Gertraudtenstrasse no era realmente más que un caro lujo que Martin Oppermann se permitía a título personal. Pero Wels no quería concederle ni eso. Insistió, imperativo, y Martin, cortés, no cedió. Con modestia, expuso un argumento que Wels tuvo que considerar. Si se mantenía una tienda Oppermann, explicó, sin duda toda la transacción no aparecería como un chanchullo y una medida impuesta. Después de mucho tira y afloja, llegaron al acuerdo de que la casa matriz podría seguir siendo gestionada en privado hasta el 1 de enero por Gustav y Martin Oppermann, y luego tendría que ser liquidada o pasada a la gestión de Alemana de Fábricas del Mueble.

—¿Está claro, Oppermann? —preguntó el señor Wels. —Sin duda, señor Wels —respondió Martin.

Entraron en los pormenores. Discutieron la complicada regulación de los detalles, de hasta qué punto los Oppermann participarían en la dirección y en los resultados económicos de la nueva sociedad. Y ahora, Martin, lo sintió con profunda satisfacción interior, estaba bien dispuesto. Encontró nuevas y felices soluciones concretas, más hábiles incluso que las bien ideadas instrucciones generales del profesor Mühlheim. Las condiciones de Heinrich Wels eran jugosas. Pero se había desgastado en exigencias de naturaleza representativa, ya no tenía la fuerza para percibir los intríngulis y las trampas de las flexibles y complicadas propuestas de Martin. Hizo concesiones con estúpida arrogancia.

Una vez discutidos los detalles administrativos y financieros, surgió de nuevo su arrogancia. Durante tantos años, Martin Oppermann le había hecho tragar amarguras de todas clases. Ahora iba a sentir que Heinrich Wels estaba arriba y él, por completo, en sus manos.

—«El que compra en Oppermann compra bueno y barato» —se burló. Lo de «barato» ha sido cierto. Alemana de Fábricas del Mueble pondrá el acento en el «bueno». Sus cachivaches baratos —declaró, duro, tosco, concluyente— desaparecerán de una vez por todas de la nueva empresa. La nueva Alemania no tolera esos trastos, por servirme de su forma de hablar. Seremos más caros, pero seremos sólidos.

Loco, idiota, necio, sesos de mosca, uniforme pardo, pensó Martin Oppermann.

—Sin duda, señor Wels —dijo.

Cuando Martin se hubo ido, Heinrich Wels siguió sentado un buen rato. Mecánicamente palpó las estrellas y los correajes de su uniforme. Estaba satisfecho de sí mismo. Había vapuleado a esa chusma arrogante. Era bueno tener al adversario frente a sí en el suelo, sentir cómo se le pone el pie en la nuca. Ha tenido que esperar mucho, ha tenido que esperar hasta el umbral de la ancianidad, pero aún tiene fuerzas suficientes para saborear por entero la experiencia. Ahora es el momento. Ahora el mundo ha recuperado su equilibrio. Ahora las estrellas y correajes de su uniforme pardo han cobrado sentido. Ahora los señores, los señores natos, estaban donde les correspondía, y los advenedizos yacían de rodillas ante ellos y escuchaban las leyes que les dictaban. Qué cortés puede ser Martin Oppermann. «Sí, señor Wels, sin duda, señor Wels». El tono bajo, cortés y humilde de esas palabras será un consuelo para él en su lecho de muerte. Recuerda la hora en que Martin Oppermann le humilló, entonces, en la Gertraudtenstrasse. Que no vayan a cortarse estos señores, había pensado entonces, en el ascensor. Sabía muy bien qué aspecto tenía el ascensor, y la cara de sorpresa que había puesto el mozo del ascensor ante su propio y lúgubre rostro. Ahora se habían cortado los señores, y la oscuridad de su rostro había desaparecido.

Tras el inmenso esfuerzo, Martin se sentía tan cansado como esperaba. Iba en su coche, hacia la Gertraudtenstrasse; ante él estaban las anchas espaldas de su chófer, Franzke. Quizá no iba tan erguido como antes, pero erguido al fin y al cabo, con una sonrisa vacía y satisfecha en los labios. Sí, estaba contento. Lo ha hecho mal durante mucho tiempo, durante un año, quizá más. En su lugar, hace mucho que Immanuel Oppermann habría puesto a salvo a su gente, y también su dinero, y liquidado el negocio: pero el abuelo Immanuel estaría satisfecho con la forma en que él lo ha hecho hoy. Sin duda Heinrich Wels, ese imbécil, creía haber logrado una enorme victoria. Era una victoria como las victorias de los alemanes en la Guerra Mundial. Ellos habían vencido, y los otros habían ganado. «Sin duda, señor Wels». Sonrió.

Sin titubear, se sentó y llevó al papel el acuerdo que había alcanzado con Wels. Pidió a Mühlheim que pasara. Lo que se le había ocurrido durante la entrevista con Wels, en aquel momento, estaba tan finamente hilado que a veces hasta Mühlheim necesitó algún tiempo para entender todas sus consecuencias. Fue una gran satisfacción para Martin. Ratificó el acuerdo alcanzado con Wels; hizo que éste lo ratificara.

No era fácil aceptar que ahora los cuadros de Oppermann desaparecerían, que el nombre de Oppermann

desaparecería. Pero ese mismo día empezó a hacer desaparecer los cuadros y los nombres.

Con tal fin llamó a su despacho a los señores Brieger y Hintze y determinó con ellos los detalles técnicos. El señor Hintze, sentado muy erguido, sombrío, propuso colgar en el lugar de Immanuel Oppermann una gran foto de Ludwig Oppermann, uno de los hermanos, que había caído en Francia en el año 1917.

—Esa banda le tendrá algún respeto —dijo rechinando los dientes. Martin, ambos caballeros lo habían notado, había abandonado el muro protector de su dignidad, permitía acercarse más a él. Pero ahora, de pronto, volvió a ser el de siempre. Lanzó una rápida mirada de reojo al señor Hintze:

—No, Hintze —dijo con frialdad, cortando toda réplica. No compraré ninguna concesión invocando el nombre de mi hermano Ludwig.

Él mismo, la noche de ese día, y aunque no habría sido necesario, descolgó el escrito enmarcado del mariscal Moltke, lo envolvió cuidadosamente, lo ató con minuciosidad y se lo llevó consigo. Cuando salió de la casa, el viejo y gruñón portero Leschinsky abrió la boca, cosa que hasta ahora nunca había ocurrido, y dijo:

—Adiós, señor Oppermann.

En casa, la satisfacción de Martin por el éxito comercial que tan caro había pagado se desvaneció con rapidez. Hasta ahora, en cada uno de los casos le había costado especialmente superarse cuando había tenido que dar a sus hermanos noticias desagradables. Ante la magnitud y la dureza de lo que ahora se les venía encima, su esfuerzo por mantener la compostura y la dignidad desapareció. No, no hacía falta ocultar un dolor semejante. Se podía gritar sin vergüenza, al desnudo. Pidió a sus hermanos que acudieran a verle la noche siguiente.

Contó lo que había acordado con Wels. No les dijo nada de las humillaciones con las que había tenido que pagar su éxito. Pero los otros ni siquiera entendieron el éxito, sólo comprendieron que ahora Muebles Oppermann se había acabado. El único que le entendió fue Jacques Lavendel.

—Espléndido —dijo, y le miró amablemente y lleno de cordial reconocimiento—. Lo ha hecho espléndidamente, Martin. ¿Qué quiere? Antes estábamos al borde del fracaso, y ahora todo va sobre ruedas. O al menos sobre ruedecillas.

Pero los otros no compartieron su tono. Martin trató de gastar una broma bastante amarga; le dijo a Gustav que, ya que tenía el cuadro de Immanuel, ahora tenía asegurada por lo menos la carta de Moltke. Pero pronto, en vista del abatimiento de todos, también Martin sintió que la última alegría de su éxito comercial se le escapaba.

Estaban todos a su alrededor, los hermanos Oppermann, en torno a una gran mesa redonda de los tiempos de Immanuel Oppermann, una vieja y sólida mesa de nogal, fabricada en su día bajo la personal supervisión de Heinrich Wels padre, con la imagen del viejo Oppermann sobre sus cabezas. No habían vuelto a reunirse desde aquella fiesta de cumpleaños en casa de Gustav, en la Max Reger Strasse. Eran una misma cosa, se veía; también el cuadro formaba parte de ellos. Pero ahora esa cohesión era probablemente su más valiosa posesión, lo único que seguía siendo firme. Todo lo demás desaparecía a su alrededor, se les escapaba bajo los pies.

Jacques Lavendel trató una vez más de animarlos con cierta superioridad escéptica, pero no sirvió de nada, y pronto también él dejó de intentarlo.

Esos hombres fuertes permanecieron minutos en silencio. Gustav ya no estaba radiante como de costumbre, Martin había abandonado su compostura y dignidad, Edgar la amurallada confianza del científico de éxito, Jacques Lavendel su escéptico optimismo. Con las grandes cabezas bajas, miraban ante sí con los ojos hundidos. Eran hombres robustos, capaces cada uno en su terreno, bien preparados para hacer frente a cualquier enemigo, a un duro golpe del destino. Pero ahora estaban sentados sin confianza ninguna, gravemente afligidos; porque lo que ahora les esperaba lo sentían en todos los miembros; no era la agresión de enemigos concretos ni un único golpe del destino. Era un terremoto, uno de los grandes amotinamientos de la insondable y concentrada necedad del mundo, y ¿de qué sirve la fuerza y la inteligencia del individuo ante uno de semejantes acontecimientos elementales?

Después de algún tira y afloja, los chicos del club de fútbol decidieron expulsar a Berthold. Lo hicieron a disgusto. No era sólo que, con la marcha de Heinrich, el partido con el instituto Fichte careciera ahora de toda expectativa para ellos; también pensaban que Berthold era un buen compañero. Ni siquiera sabían muy bien por qué lo difamaban.

Heinrich Lavendel estaba profundamente furioso. Encontraba un poco tonta la conducta de Berthold —él en su lugar se habría retractado—, pero muy decente. Si hubiera tenido que ejemplificar el heroísmo, lo habría hecho con la conducta de Berthold. Había que escribir redacciones sobre los conflictos de conciencia

de Wallenstein, de Torquato Tasso. Tonterías, caballeros. Aquí tienen ustedes los verdaderos problemas. ¿Cómo hay que comportarse, con inteligencia o con decencia? Algún clásico francés ha dicho: «Si alguien me acusa de haber robado Notre Dame y habérmela metido en el bolsillo, lo que haré será salir corriendo». La conducta, por ejemplo, que aconseja este clásico francés es inteligente. Él mismo, Heinrich, se comporta de forma inteligente. No piensa denunciar a ese mocoso, ese *damned fool* el Larguirucho. Berthold en cambio se comporta de forma decente: no se retracta. Sin duda en el siglo XX se llega más lejos con la razón que con la decencia. Aun así, Berthold le impone, y le quiere mucho.

Vio con amargura el creciente aislamiento de su amigo y pariente. Porque después de expulsar a Berthold del club de fútbol, había que ser consecuente. Si los Jóvenes Águilas habían roto el trato con él desde el comienzo, por motivos de principio, ahora lentamente les seguían los otros.

Berthold vagaba, encerrado en sí mismo, silencioso. Empezó a dormir mal. Una noche, después de cenar, Liselotte le dijo:

—Veo luz en tu cuarto hasta muy tarde, Berthold. Creo que en un caso excepcional como éste podrías intentar tomar un somnífero. Ve tranquilo al botiquín si un día se te hace demasiado tarde.

—Gracias, mamá —dijo Berthold—, pero me las arreglaré sin eso.

Tercamente, trató de convencerse de que no importaba lo que opinaran los de penúltimo curso. Tenía a su tío Joachim Ranzow, a su prima Ruth, a Heinrich Lavendel, a Kurt Baumann. Kurt, hay que decirlo, se ha comportado con enorme decencia. No tiene la menor intención de aceptar el estúpido culto al héroe que los otros practican con el Larguirucho. Es el colmo.

Uno de esos días, a Berthold le volvieron a dejar el coche. A su viril manera, de pasada, como si no fuera nada, como si no fuera un gran favor, dijo a Kurt Baumann:

—Mañana por la tarde a las seis, después de inglés, van a dejarme el coche. Así que a las seis y cinco en la Meierottostrasse.

Kurt Baumann dudó un momento insignificante. Luego dijo:

—Eh, chico, estupendo.

A las seis y cinco del día siguiente, Berthold le dijo al chófer Franzke que esperaba en la Meierottostrasse:

—Espera un minuto. Estoy esperando a Kurt Baumann.

—Bien —dijo el chófer Franzke.

A las seis y ocho, Berthold dijo:

—Un minuto más. Vendrá enseguida.

—Sin duda, señor Berthold —dijo el chófer Franzke. A las seis y cuarto, Berthold dijo:

—Vámonos, Franzke.

—Podemos esperar otros cinco minutos, señor Berthold —dijo el chófer Franzke.

—No, Franzke —dijo Berthold. Vámonos —se esforzaba en parecer indiferente.

—¿No quiere ponerse al volante, señor Berthold? —preguntó el chófer Franzke al cabo de un rato, cerca de la iglesia memorial. También él se esforzaba en emplear un tono indiferente, como si no tuviera importancia dejar el volante a Berthold en medio del más denso tráfico.

—Gracias, Franzke —dijo Berthold. Muy amable de su parte, Franzke. Hoy no.

El director François estaba en el despacho de su casa, de una comodidad antigua, ahumado, atiborrado de libros, delante de su manuscrito *La influencia del hexámetro antiguo en el estilo de Klopstock*. No era fácil concentrarse; pero aún faltaba media hora larga para la cena, merecía la pena intentarlo. Se dejó llevar por los hexámetros como por las olas del mar, su flujo uniforme calmó su disgusto.

De pronto, la puerta se abrió. Tempestuosa, en amplio frente, Nubecilla Negra irrumpió en la habitación. Se dirigió vehemente hacia el delgado François, envuelta en el vuelo de su bata. Estaba tan llena de lo que tenía que decir que le faltaban las palabras. Sin decir nada, estampó en el escritorio una hoja de periódico grande y desplegada, de forma que cubrió completamente el manuscrito, los volúmenes de los viejos clásicos, el Klopstock. Era la edición de aquel día del órgano berlinés de los populares.

—Ahí —dijo la señora Emilie François, nada más, y se quedó allí, la fatalidad hecha carne.

François leyó. Era un artículo sobre la situación en el instituto Königin Luise. Ese centro, durante mucho tiempo un criadero de traidores a la patria, se decía, estaba ahora completamente podrido. Un estudiante judío, un esperanzador retoño de la tristemente famosa familia Oppermann, había escarnecido de la peor manera en una exposición oral, delante de toda la clase, a Hermann el Alemán, sin que hasta ahora su profesor nacionalista hubiera logrado llamar a capítulo a esa buena pieza. Protegido por el degenerado director del centro, un típico representante del sistema, ese insolente muchacho judío seguía disfrutando de

la gloria de su alta traición. ¿Cuándo iba el Gobierno nacional a poner fin a este inaudito estado de cosas?

François se quitó las gafas, parpadeó. Se sentía muy mal.

—¿Y bien? —preguntó amenazante Nubecilla Negra.

François no supo qué responder.

—Qué espantoso alemán —dijo al cabo de un rato.

No habría podido decir nada mejor; porque tal manifestación hizo explotar al fin a Nubecilla Negra. ¿Cómo? ¿Este hombre se ha arruinado a sí mismo y a su familia con su eterna y flemática indecisión, y ahora no tiene otra cosa que alegar contra quienes le atacan que el hecho de que hablan un mal alemán? ¿Es que se ha vuelto loco? La mujer del portero le ha traído el artículo, mañana diez amigas le traerán el artículo. ¿Es que no se da cuenta de que se ha acabado? Lo echarán del cargo con vergüenza y oprobio. Seguramente ni siquiera le concederán una pensión. ¿Y entonces qué? Doce mil setecientos marcos tienen en el banco. Los valores no son más que unos centenares. Alrededor de diez mil doscientos marcos. ¿De qué van a vivir, él, ella y los niños?

—¿De esto? —preguntó, y golpeó con la mano el manuscrito; pero sólo alcanzó la hoja de periódico.

El director François estaba aturdido por la tempestad. Sin duda lo que decía Nubecilla Negra estaba desmedidamente exagerado; pero le esperaban horas oscuras, muchas y muy oscuras. Pobre estudiante Oppermann. Oppermann era un dáctilo, se podía utilizar bien en un hexámetro; también François era un dáctilo, pero no puro, más difícil de utilizar. «Soporta también esto, corazón mío, has soportado ya tanto». A lo lejos, se oía el murmullo de los hexámetros. Ah, poder entregarse a ellos.

Emilie tomó su silencio por obstinación. Su amargura aumentó. Descargó su indignación en furiosos e interminables discursos, de largos ecos, se dijo el agobiado François. Mañana, rugió, tenía que plantear a ese mocoso la alternativa: excusa en toda regla o expulsión con escarnio del instituto. Lo mejor que podía hacer era ir ella misma a hablar con el padre de esa buena pieza o con su tío, su atildado amigo Gustav. Dónde tendría ella sus cinco sentidos cuando se casó con este calzonazos, este blandengue. François se encorvó. No tiene sentido levantarse contra la tempestad. Sólo se puede esperar hasta que Nubecilla Negra haya terminado. En algún momento tendrán que fallarle los pulmones. ¡Con cuánto gusto renunciaría a la cena y se iría a la cama!

La señora Emilie le había zarandeado de tal modo que los golpes del día siguiente ya no podían hacerle mucho. Pedell Mellenthin llevaba el periódico, grande y llamativo, en el bolsillo; todos los profesores y estudiantes con los que se cruzó en su camino lo llevaban, había varios ejemplares encima de su escritorio. Allí estaba él, sentado entre Voltaire y Federico el Grande. Una ola de porquería había caído sobre su instituto, sobre todo el país. Él ya estaba tan cubierto de suciedad que apenas la sentía.

Muy pronto, también el catedrático Vogelsang apareció en el despacho de dirección. Había cambiado. Su rostro estaba rígido como una máscara, la sonrisa inquietantemente amistosa había desaparecido. Entraba como vencedor ante el vencido, como vengador, férreo; el invisible sable tintineaba a su costado. Así, pensó François, debió de presentarse Brennus, el bárbaro, ante los romanos, alterando los pesos al poner en la balanza su espada de vencedor.

Sí, el catedrático Vogelsang podía disfrutar de su triunfo a pleno pulmón. Ha sabido que las elecciones estaban decididas antes de celebrarse. Los dirigentes nacionalistas —se le ha comunicado en secreto, pero de forma absolutamente fiable— han decidido una acción, una acción flamígera, que hará de las elecciones, en cualquier circunstancia, una victoria para la causa nacional. El catedrático Vogelsang ya no tiene que tomar precauciones ni en el caso Rittersteg ni en el caso Oppermann. Por eso ha salido a la luz pública, y así, como triunfador, se presentaba ahora ante el director François.

Ha esperado este triunfo mucho tiempo, pero ahora lo saborea. No le deja ni un resquicio al otro. Dos meses, declaró acerado al pequeño François, más de dos meses ha soportado la vergüenza este centro. Es suficiente. Si en este mismo mes el estudiante Oppermann no pide excusas, él, Vogelsang, sabrá hacer que el alumno sea suspendido y expulsado de los institutos de enseñanza prusianos. No comprende cómo el director François, tan frecuente y seriamente advertido, ha podido dudar tanto tiempo. Ahora la pústula ha reventado, todo el centro está cubierto de porquería.

El triunfante catedrático se alza rígido entre los bustos de Voltaire y Federico el Grande. Este mismo mes, pensó François. Febrero tiene sólo veintiocho días. Cómo grazna. A su lado, el tronar de Nubecilla Negra es una ópera de Mozart. «Brekekekex koax koax». Su cuello ha vuelto a descender otro medio centímetro. Se adapta. En Roma, los bárbaros también se adaptaron.

—¿No quiere sentarse, querido colega? —preguntó. Vogelsang no quería sentarse.

—Tengo que pedirle una respuesta clara e inequívoca, señor director —exigió chirriante. ¿Advertirá al alumno Oppermann de que o revoca sus insolentes afirmaciones de aquella exposición antes del 1 de marzo

o será suspendido?

—No tengo del todo claro —dijo François con suave ironía— lo que realmente desea, querido colega. Tan pronto habla de excusas como de retractación. ¿Cómo imagina la cuestión, en su aspecto técnico? ¿Debe Oppermann pedir disculpas aquí, en la dirección, o ante la clase en pleno?

Bernd Vogelsang retrocedió un paso.

—¿Excusas? ¿Retractación? —dijo, sorprendido. Estaba allí, furioso, como su propio monumento—. Ambas cosas, por supuesto —exigió. Creo, señor director, que tal como están las cosas hará bien en dejarme elegir a mí la forma en que el castigo ha de ejecutarse.

El vengador de Hermann el Alemán, pensó François. El Querusco no se merecía esto.

—Bien, querido colega —dijo. Hablaré con el alumno Oppermann. Pedirá excusas y se retractará. Sólo una cosa quiero reservarme: el estilo de su declaración. El estudiante Oppermann tendrá sus defectos, pero no es un mal estilista. Seguro que también usted lo ha observado, querido colega.

¿Era burla? Bernd Vogelsang pensó en las insolencias que François se había permitido acerca del alemán del Führer, entonces, cuando habló con él por vez primera a cuenta del asunto Oppermann. Estilo. Habeat sibi. Allí estaba sentado, sin nada más que su poquito de ironía. Penoso, señor director. Él, Bernd Vogelsang, sabrá dar a la humillación del alumno rebelde la forma de un impresionante espectáculo. Todos verán cómo expulsa de esta casa el espíritu de la disgregación. Que el director François se envuelva en su mísera ironía: él, Bernd Vogelsang, actúa.

Alfred François había tenido que ver muchas cosas nuevas y malas en las últimas semanas. «El puño del destino le había abierto los ojos», como solía expresarse el Führer. Pero durante las últimas horas había caído sobre él tanto y tan duro que creyó que en adelante nada más podría afectarle. Sin embargo, ahora, mientras esperaba al alumno Oppermann, supo que se había equivocado, que lo más difícil estaba aún por venir.

—Siéntese, Oppermann —dijo, cuando entró Berthold. ¿Ha leído el Döblin que le recomendé?

—Sí, señor director —dijo Berthold.

—Buena prosa, ¿verdad? —preguntó François.

—Maravillosa —dijo Berthold.

—Sí —dijo François, esforzándose por no mirar los audaces ojos grises del muchacho—; Oppermann, no me resulta fácil, me resulta incluso condenadamente difícil. Pero sin duda usted sabe que este asunto ha estado revolviendo las aguas. Por desgracia, tengo que ponerle ante la alternativa… —resopló un poco por la nariz, no terminó la frase.

Naturalmente, Berthold sabe de qué se trata. Si fuera un tercero, justo como es, vería el tormento en el rostro del hombre. Pero así, repleto de amargura, no piensa ahorrarle nada.

—¿Ante qué alternativa, señor director? —pregunta, y obliga a François a mirarle.

—Tengo que pedirle —dice François, con la respiración todavía alterada— que se disculpe por aquella afirmación de su ponencia, que la retire. Si no lo hace —ahora trata de hablar con sequedad funcionarial—, por desgracia tendré que expulsarle del centro.

Ve el rostro amargo y triste del muchacho. Tiene que justificarse ante él, es lo más importante de todo.

—Se lo digo con sinceridad, Oppermann —se apresura—, preferiría que usted se retractara. Sería espantoso tener que expulsar a uno de mis estudiantes predilectos. A mi estudiante predilecto —se corrige.

Se levanta. Berthold va a levantarse, pero él le retiene:

—Siéntese, siéntese, Oppermann.

Camina a un lado y a otro entre los bustos de Voltaire y Federico. Luego, de repente, se detiene ante Berthold, cambia completamente el tono, le habla de hombre a hombre:

—Mi propia posición está amenazada. Compréndalo, Oppermann. Tengo mujer e hijos.

En medio de toda su amargura, Berthold no puede por menos de apreciar la angustia del otro. Pero ahora no tiene tiempo para la compasión. También yo tengo que hacer algo que no querría hacer, suena desacostumbrada, con maligno chirrido, la voz de su padre en sus oídos. Vamos a convertirnos todos en cerdos, piensa. Esta época va a convertirnos a todos en cerdos y malos.

—Hemos leído a Hebbel —empieza al fin, despacio, tomándose tiempo. *Gyges y su anillo*. El doctor Heinzius nos dijo que todo Hebbel tiene un solo tema: la dignidad humana herida. *Laesa humanitas*. Luego he leído *Herodes y Mariamne*. No como lectura de clase, para mí. Mariamne podía salvar la vida tan sólo con hablar. No habla, no se defiende. Prefiere morderse la lengua. Muere, pero no habla. El doctor Heinzius nos dejó muy claro qué era esa humanidad. ¿Sólo los viejos reyes tenían humanidad? ¿Soy yo una basura? ¿Creéis todos que podéis pisotearme sólo porque yo tengo dieciséis años y vosotros cincuenta o sesenta? Por

otra parte, Mariamne es judía, señor director. Lea mi manuscrito, señor director. Era una buena exposición. El doctor Heinzius habría estado satisfecho. ¿Soy un mal alemán porque el doctor Heinzius fue atropellado? Él jamás interrumpió a nadie. Le dejaba hablar a uno hasta el final. Ya no sé exactamente lo que dije, señor director, pero era cierto. He leído a Mommsen, Dessau, Seeck. Nadie podría entender otra cosa. ¿Por qué me hace víctima de esta injusticia, señor director?

François escucha con atención. Qué muchacho más inteligente y honesto. Es realmente el mejor de sus alumnos. Cuánto tiene que haber soportado estas últimas semanas. Cómo tiene que haber estado las últimas semanas ante ese buey perverso, ese Vogelsang, entre sus compañeros, muchachos crueles y necios. ¿Qué puede responderle al muchacho? Suscribiría cada una de sus palabras. Con ambas manos. Honradamente sólo puede decir: sí, sí. Tiene razón, Oppermann. No lo haga. No se retracte. Váyase de mi centro. Se ha convertido en un mal centro, un centro estúpido, en el que sólo puede usted aprender el absurdo y la mentira.

Abre la boca, pero se da cuenta de que está bajo el busto de Voltaire. Se avergüenza, regresa a su escritorio. Se sienta allí, pequeño, viejo.

—Cuando pronunció usted su exposición, Oppermann —dice al fin—, tenía razón. Por desgracia, entretanto han cambiado algunas cosas. De mucho de lo que entonces era verdad ahora tengo que decir que era mentira —trató de sonreír—. Tendremos que volver a aprender ciertas cosas. Usted es joven, Oppermann. A mí me resulta condenadamente difícil aprender. —Se levantó, se acercó a Berthold, le puso la mano en el hombro. Dijo titubeante, sonó como un humilde ruego—: ¿No quiere disculparse, Oppermann? —pero enseguida, lleno de miedo ante la respuesta, añadió—: No me conteste ahora. Piénselo. No diga nada, basta con que tenga la respuesta el lunes. Escriba. O telefonee. Lo que usted quiera.

Berthold se levantó. François vio cuánto había afectado la entrevista al joven.

—No lo tome demasiado a mal, Oppermann —dijo. Y luego, no sin esfuerzo— y olvide lo que le dije la última vez. Fue algo —buscó la palabra— justificado por el fin. Tiene una gran ventaja, Oppermann. Lo haga o no, siempre tendrá razón.

La entrevista con François había dejado malparado a Berthold. Sin duda estaba preparado para que ocurriera algo parecido, pero ahora sabía, por así decirlo de forma oficial, que había hecho algo antialemán, antipatriótico. No lo entendía. ¿Era antialemán decir la verdad? Hacía pocos meses nadie dudaba de su germanidad. Él mismo se sentía alemán en un sentido más profundo que la mayoría de sus compañeros. Estaba lleno de música alemana, de palabras alemanas, de pensamientos alemanes, de paisaje alemán. Nunca en los diecisiete años de su vida había visto, oído, sentido otra cosa. Y ahora, de pronto, le decían que no formaba parte de eso, que era diferente por naturaleza. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién era alemán, si él no lo era?

Pero no tiene sentido cavilar sobre generalidades. Ahora es sábado, las tres y media de la tarde. Tiene que haberse decidido antes de mañana por la noche. ¿Debe retractarse?

¡Ojalá tuviera a alguien que pudiera ayudarle! Tiene que haber una frase que le conmueva, un argumento tan obvio que todas sus dudas desaparezcan. No puede acudir a su padre. También él tiene que luchar del modo más encarnizado. No puede exigirle que le aconseje en contra de sus propios intereses. ¿Y acaso puede exigir a su madre que le aconseje en contra de su padre?

Vaga por las calles de la gran ciudad de Berlín. Hace un tiempo seco y cálido, es agradable caminar. Él es alto y delgado, su rostro se ha vuelto enjuto, sus ojos grises y alargados miran sombríos, preocupados, está amargamente sumido en sus propios pensamientos. Muchos le miran, muchas mujeres especialmente, es un muchacho hermoso; pero no se da cuenta.

De repente se le ocurre una idea, ¿cómo no se le ha ocurrido antes? Va a ver a tío Ranzow.

—Hola, Berthold —dice el jefe de sección ministerial Ranzow, un poco sorprendido. Berthold, cuyo conocimiento de los hombres ha aumentado mucho en los últimos días, se da cuenta enseguida de que tío Joachim relaciona su visita con el artículo de la prensa popular, y de que está pensando a toda prisa qué decirle.

Al principio, tío Joachim le sirve una copa de aguardiente, como de costumbre. Berthold le expone su caso, de forma seca, nada sentimental.

—Quiero un consejo razonable —ruega. ¿Qué harías tú en mi lugar, tío Joachim?

En otros tiempos, probablemente el jefe de sección Ranzow habría percibido la angustia del joven a través de su tono seco. Probablemente también se habría tomado la molestia de adentrarse en los pensamientos del joven. Pero, por desgracia, en estos días estaba poco menos ocupado consigo mismo que los Oppermann. Amigos influyentes le aconsejaban insistentemente, a él, que estaba próximo al Partido

Nacional Alemán, apartarse de sus funcionarios de izquierdas, que tenían los días contados. Pero Joachim Ranzow no quería desairar a gente que había aprendido a estimar como capaz y fiable a lo largo de años de trabajo en común, aunque esa gente estuviera en la lista de proscritos. Sus amigos le insistían, le asediaban. Sobre todo, no entendían cómo podía seguir manteniendo su amistad personal con el jefe de sección Freese, miembro de carné del Partido Socialdemócrata y odiado por el nuevo gobierno. Además, no era ninguna recomendación para un alto funcionario estar emparentado con una familia judía que estaba tan a la vista como los Oppermann. ¿Por qué, por ejemplo, no arrebataba ciertas funciones al desastroso jefe de sección Freese? Todos los altos funcionarios que querían seguir en el cargo hacían cosas parecidas para ganar puntos ante el nuevo gobierno. Joachim Ranzow no era capaz de semejante falta de escrúpulos. Le roía que hoy fuera tan difícil ser un funcionario prusiano y un hombre decente.

En tal situación encontró Berthold a su tío Joachim. El asunto del chico era difícil. Cuanto antes lo solucionara, tanto mejor para todos. Menos mal que el propio muchacho parecía pensar de forma razonable acerca de la historia.

—Creo —dijo Ranzow— que deberías hacer la declaración que te piden.

Lo dijo de manera medida, como siempre, clara, sin rodeos. El joven le miró, un tanto perplejo. Le asombraba que alguien pudiera tener una opinión a punto con tanta rapidez en su complicado caso. Ranzow advirtió el asombro. Realmente, había ido demasiado rápido.

—Al fin y al cabo —trató de fundamentar su opinión—, te ha faltado razón al menos en la forma.

Berthold pensó en las hermosas, un tanto oscuras palabras que tío Joachim había dicho en su momento acerca de Hermann el Alemán. Para Berthold, sólo tenía muy sobrias palabras. Le pareció que tío Joachim no quería ver cuánto se jugaba.

—Se ha retorcido todo de manera perversa —dijo. He de retirar algo que no he afirmado en absoluto. La fama de Hermann, el mito de Hermann; recuerdo exactamente todo lo que tú me explicaste entonces, tío Joachim. Fue con mucho lo más inteligente que nadie me ha dicho acerca de él, y tomé buena nota. Y precisamente a eso quería llegar. Pero para hacerlo, tenía que exponer los hechos, los hechos históricos, con toda la claridad posible. No he afirmado otra cosa que lo que cualquiera puede leer en Mommsen y en Dessau. ¿Tengo que ir ahora y admitir que soy un mal alemán porque dije lo que era la realidad?

Joachim Ranzow estaba nervioso, impaciente. En primer lugar, el chico parecía muy razonable, y ahora encima planteaba dificultades. Sabe Dios que Liselotte ya tenía bastantes preocupaciones. Todos ellos tenían bastantes preocupaciones. Y ahora esto. Por Hermann el Querusco.

—Dios mío, muchacho —dijo con inusual frivolidad—, ¿es que no tienes otras preocupaciones? Al fin y al cabo, ¿qué te importa a ti Hermann el Querusco?

Apenas hubo pronunciado la frase cuando deseó no haberla dicho. Berthold palideció más aún, echó mano a la copa de aguardiente, la cogió con torpe firmeza, volvió a dejarla. La cogió de nuevo, aún quedaba un poquito, lo apuró. Sólo entonces Ranzow se dio cuenta del mal aspecto que tenía y de lo agotado que parecía Berthold.

—Pero a ti, tío, sí te importa —dijo; su boca se tensó y adquirió un rictus de amargura, le miraba desafiante, acusador. Joachim Ranzow hizo un gesto defensivo con su larga mano, como si tachara una frase con él. Quiso decir algo. Qué demonios, ¿es que tenía que dar explicaciones al chico?

Antes de que pudiera responder, Berthold siguió hablando. —Tú crees —dijo— que porque tengo sangre judía Hermann no me importa. Eso es lo que crees, ¿verdad?

—No digas tonterías —dijo, ahora seriamente enfadado, Ranzow. Es mejor que te tomes otra copa.

—Gracias —dijo Berthold. No veo que otra cosa podías querer decir —insistió.

—Quería decir exactamente lo que he dicho —respondió tajante Ranzow. Ni más ni menos. Te prohíbo seriamente, Berthold, suponer en mis palabras semejantes tonterías.

Berthold se encogió de hombros.

—Naturalmente tienes razón, tío. No me debes ninguna explicación.

Sonó tan amargo y acremente resignado que Joachim Ranzow, saliendo ahora de su propio terreno, se empeñó en volver a encarrilar al chico, al que quería.

—Tu madre no te entendería, Berthold —dijo. Quizá lo que he dicho no haya sido expresado de forma especialmente feliz. Ahora todos tenemos la cabeza llena de preocupaciones. Pero me resulta realmente incomprensible que hayas podido entender una cosa así.

Berthold asintió varias veces con la gran cabeza; era un movimiento como el que su padre a veces hacía, parecía preocupado y adulto. El chico le dio pena a Ranzow.

—Sé razonable, Berthold —dijo; era un ruego y una disculpa. Acepta un buen consejo. No es fácil para un hombre cercano a los cincuenta decir cómo actuaría hoy si fuera joven. Cuando yo tenía tu edad, los

tiempos eran distintos. Entonces, te lo digo claramente, yo en tu lugar no me habría retractado. Si hoy estuviera en tu lugar, lo sé, o, si he de ser sincero, estoy casi seguro, me retractaría. Te ayudarás a ti mismo y nos ayudarás a todos si lo haces.

Apenas se hubo marchado Berthold cuando Ranzow llamó a su hermana Liselotte. Le contó brevemente su conversación con Berthold y añadió con sinceridad que él no estaba en buena forma cuando el chico vino a visitarlo. Pensaba que Berthold se tomaba el asunto de manera más trágica de lo que era. Liselotte debía intentar influir en él.

Pero Joachim Ranzow no hablaba con la Liselotte que él conocía. Había cambiado completamente. Tenía que venir, le pidió con insistencia, tenía que ayudarla. Tenía que mostrar confianza todo el día delante de su marido y de su hijo. Ya no podía más. Ante ellos, se avergonzaba terriblemente de ser alemana. Tenía que ayudarse por una vez a sí misma, se quejó, tenía que tener a alguien con quien poder desahogarse.

Ranzow se dominó, la tranquilizó, encontró palabras que le sonaron casi auténticas a él mismo. Lamentaba amargamente haber perdido los nervios por un instante con el chico. No se puede. Tampoco se puede aflojar ni por un instante. Liselotte, la pobre, tenía que estar todo el día haciendo sonar la orquesta en un barco que se hundía. Él había tenido que dominarse durante veinte minutos y había fracasado.

Apretó los alargados labios. Llamó al jefe de sección Freese, el caído en desgracia, el proscrito. Le pidió que esa noche cenara con él en Kempinski, donde sin duda serían vistos.

Entretanto, Berthold corría de nuevo por las calles de la gran ciudad de Berlín. Había anochecido y hacía frío. Se habían encendido las primeras luces de los escaparates, los primeros anuncios luminosos y las luces de coches aislados, pero aún no se había conectado la iluminación de las calles. El propio Berthold no sabía por qué no cogía el tranvía o el metro. Caminaba y caminaba, muy deprisa, como si atendiera un encargo urgente. Las elecciones eran el domingo; de ahí en ocho días, las calles estaban llenas de gente, por doquier se veían carteles antisemitas y las camisas pardas de los populares. A pesar de su prisa, Berthold miraba a los transeúntes, se fijó en cientos de rostros, los registraba con extraña rapidez. Sólo que de pronto, cuando uno de ellos devolvió con dureza una mirada suya, se le ocurrió que sin duda miles de esas personas que iban por la calle habían leído aquel artículo sobre él. Le acometió un miedo insensato a que pudieran caer sobre él, matarlo igual que el Larguirucho había matado al redactor Karper.

Aun así, no se dirigió a casa. Siguió recorriendo las calles, mecánicamente, sin objetivo. ¿Qué le importaba Alemania a él, el chico judío? El tío Joachim no había podido querer decir otra cosa, si sus palabras habían de tener algún sentido. Pero si un hombre tan decente e inteligente como tío Joachim piensa que él no es alemán, entonces Vogelsang es algo más que un malvado idiota.

Llegó muy tarde a casa; ya estaban esperándolo para la cena. Liselotte le dijo que por la tarde habían estado Ruth y el tío Edgar; Ruth había lamentado mucho no encontrarle en casa. Por lo demás, fue una cena incómoda y taciturna. La que más habló fue Liselotte. Habló de música, de los conciertos de la Filarmónica. Berthold solía ir a los ensayos generales, el domingo por la mañana. Martin y ella a las representaciones del lunes por la noche. Mañana por la mañana es el ensayo general de la Cuarta de Brahms, además del Concierto para violín. Furtwängler dirige, Karl Flesch interpreta. Es dudoso que Berthold pueda ir mañana temprano, tiene mucho que hacer. Tampoco Martin sabe aún si tendrá tiempo el lunes por la noche.

Berthold se dijo que lo que le exigían era el colmo. Por lo menos podían abrir la boca y volver a hablar con él. Primero se mostraban vehementes y descontrolados, y ahora se sentaban allí y callaban.

—La Cuarta —dijo Liselotte— es la sinfonía en mi menor. El Concierto para violín tiene un primer movimiento espléndido.

Berthold sigue sentado, esperando que su padre hable. Pero calla, y Berthold está indignado.

Respiró cuando la cena terminó. Amaba el orden. Pero esa noche, en la soledad de su habitación, no plegó su ropa tan cuidadosamente como de costumbre. Se hundió en la cama; aún oyó a lo lejos frenar a un autobús, con largo chirrido; se durmió profunda y firmemente.

Durmió mucho. Eran las ocho y media cuando despertó. Se orientó trabajosamente. Hacía mucho que no se levantaba tan tarde. Es domingo, no importa. ¿Qué tiene que hacer hoy? Le asalta: la carta a François.

Hoy estaba despejado, fresco. Se duchó con agua tan helada que le quitaba el aliento. Mientras se secaba la piel enrojecida, supo lo que escribiría al director François: después de haberlo considerado bien, no pensaba retractarse.

Desayunó con buen apetito. ¿Iría a la Filarmónica? Conoce poco a Brahms. Lo que ha oído ha quedado en su memoria. Busca una determinada melodía. La encuentra. Eso le alegra.

Ante todo, tiene que llamar a Ruth. Siente no haber podido verla ayer. Le propondrá ir a dar una vuelta

esta tarde. La Filarmónica y Ruth: no puede permitirse las dos cosas. Aún le quedan tareas de matemáticas. Tendrá que quedarse sin concierto. Llama a Ruth y concierta la cita.

Mientras está haciendo los trabajos de matemáticas, viene Heinrich. Le da vueltas a algo, por fin lo suelta. Sí, tiene que volver a hablar con Berthold sobre el estúpido asunto Vogelsang.

—Por favor —dice cortésmente Berthold, mirando con atención a Heinrich. Éste busca un asiento inconveniente, pero no encuentra otro que la mesa; se sienta sobre ella y levanta las piernas alternativamente.

—Cuando hoy el historiador Dessau señala —dijo— que, en contra de lo que opinaba antes, ha llegado a la convicción de que la batalla del bosque de Teutoburgo fue la verdadera causa de la decadencia de Roma, eso significa algo. Pero si tú, o yo, o el señor Vogelsang o mi padre dicen algo por el estilo, es simplemente ridículo —señaló el abierto cuaderno de matemáticas de Berthold—. Si hoy el director François me exige que diga solemnemente en el periódico que la frase $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$ es falsa y va en contra del honor alemán, o de lo contrario me suspenderá, te digo que aceptaré y lo pondré en el periódico. Con sumo placer.

Berthold escuchó, pensativo. Luego, lentamente, circunspecto, respondió:

—Sin duda tienes razón, Heinrich. Que me retracte o no, no cambia nada los hechos. Es muy amable de tu parte haber venido hasta aquí para decírmelo. Pero hace mucho que ya no se trata del bosque de Teutoburgo ni de Hermann, ni tampoco de Vogelsang o de mi padre: ahora sólo se trata de mí. No puedo explicártelo, pero es así.

Heinrich sintió oscuramente lo que el otro quería decir. Sabía que tenía los mejores argumentos, pero que aun así Berthold tenía razón. Una gran ira se alzó en su interior contra los idiotas que habían puesto a Berthold en esa situación, al mismo tiempo que un sentimiento de gran amistad hacia él.

—No digas tonterías, Berthold —dijo, y lo dijo con bastante brusquedad, porque estaba furioso por no poder ayudar a su amigo.

Cuando llegó a su casa, su fresco rostro de niño estaba sombrío de rabia. Se insultaba con los más graves insultos en inglés y alemán porque no era capaz de hacer entrar en razón a Berthold. En el fondo ni siquiera lo deseaba. Berthold estaba hecho de otra pasta y tenía, desde su punto de vista, razón. Heinrich, normalmente tan razonable, rebosaba de una furiosa y fría indignación. Se sentó, escribió al fiscal, denunció clara y detalladamente lo que Werner Rittersteg le había dicho antes de meter el cuchillo en las tripas al redactor Karper. Una vez escrita esa carta, se tranquilizó. Era como si hubiera cumplido una obligación para con Berthold.

Esa tarde, Berthold fue a pasear con Ruth. Caminaron entre un desagradable llovizna de aguanieve, pero no se dieron cuenta, dado el celo con el que discutían. Ruth Oppermann veía lo que todos veían, hasta qué punto Berthold se había hecho más serio y más adulto en unas pocas semanas, qué enjuto se había vuelto su rostro carnoso de audaces ojos. Se lanzó sobre él con redoblada diligencia:

—¿Qué estás haciendo en Alemania? Lo siento por ti. No formas parte de esto.

Luego, cuando el tiempo empeoró demasiado, se sentaron en un pequeño café. Allí estaban, con la ropa mojada, rodeados de pequeños burgueses vestidos de domingo. Es que no se había dado cuenta, preguntó Berthold, de cuánto había envejecido su padre en pocas semanas debido a los últimos acontecimientos. Pero Ruth, con voz queda, pero no menos vehemente, se indignó contra los padres:

—Nuestros padres son una estirpe agotada. No nos importan nada, no tienen ningún derecho sobre nosotros. ¿Quién tiene la culpa de todo? Sólo ellos. Ellos hicieron la guerra. No fueron capaces de otra cosa. Eligieron la patria cómoda en vez de la verdadera patria. Mi padre es, personalmente, un hombre muy decente y un buen científico. También el tuyo es relativamente estupendo. Pero uno no se puede dejar arrastrar por las simpatías personales. Abandona todo esto. Llámate como realmente te llamas: Baruch. Como se llamó Spinoza. No ese tonto Berthold, como el inventor de la pólvora. Te das cuenta, ésa es la diferencia. Los unos inventaron la pólvora, los otros la ley social. Ve a Palestina, allí es donde debemos estar.

En el local lleno de gente olía a comida escasa, a ropa mojada; había ruido y humo en el ambiente. Ninguno de los dos prestaba atención a eso. A Berthold le gustaba la vehemencia de la muchacha, su decisión, su claridad. La encontraba hermosa. De pronto, lo que decía dejó de parecerle absurdo. ¿No estaba Palestina en realidad tan próxima a él como Alemania? Si Alemania le rechazaba, el otro país no se negaba a ser su patria.

Sólo que, cuando ella se marchó y él se fue solo a casa, sus argumentos palidecieron. Pensó en su tío Joachim, en el claro y rubio rostro de su madre, en sus alargados ojos grises, que él había heredado. No, el hijo de esa madre, el sobrino de ese tío Ranzow no tiene que ir a Palestina. Tiene que quedarse aquí, en este

país, con sus pinos, su viento, su llovizna de aguanieve, sus hombres lentos, reflexivos, sólidos, su sentido y su insensatez, su Brahms, su Goethe y su Beethoven, incluso su «Führer».

Él forma parte de este país, sí. Pero este país absurdo quiere que compre su pertenencia a él con algo enteramente antialemán; necio. No, no piensa hacerlo.

Ahora son las seis y media. Mañana temprano, con el primer correo, François espera su retractación. Si no la escribe, será suficiente respuesta. Ése es el último buzón antes de su casa. ¿Cuándo es la próxima recogida? A las nueve cuarenta. Así que si a las nueve cuarenta no ha echado la carta al buzón, será un buen alemán pero será declarado mal alemán; Si la echa al buzón, no será declarado mal alemán, pero será un mal alemán.

Llega a casa. Otra de esas cenas horribles y silenciosas. No habrá terminado antes de las nueve. También hoy Berthold espera que su padre hable. En vano. Mira el rostro de su madre, que está más cerrado, menos luminoso que de costumbre. No hay solución para él. No puede irse de este país. Si este país exige que haga algo malo, tiene que hacerlo.

Eran más de las nueve cuando terminó la cena. A pesar de lo silenciosa e incómoda que había sido, los tres se quedaron aún un rato en torno a la mesa recogida. Berthold quería levantarse, pero estaba como paralizado, esperaba. Por fin, su padre habló.

—Por cierto, Berthold —dijo, con llamativa ligereza—, ¿has hecho algo sobre tu asunto con el profesor Vogelsang?

—Debía comunicar al director François, antes de mañana, si me retractaba. No le he escrito.

Ahora es demasiado tarde, ya no recogen el correo.

Martin le miró, pensativo, amable, corpulento, con sus tristes ojos.

—Podrías escribir una carta urgente —dijo al cabo de un rato. Berthold reflexionó. Era como si sólo pensara en cómo resolver técnicamente la entrega a tiempo de la carta.

—Sí, podría —respondió.

Dio las buenas noches a sus padres, fue a su cuarto. Escribió al director François, «urgente», que estaba dispuesto a retractarse. Llevó él mismo la carta al buzón, la echó.

Sus compañeros habían hecho apuestas acerca de si Berthold se retractaría o no. Las apuestas estaban cinco a uno a favor del sí. Ardían en deseos de saber qué había pasado, pero les daba miedo preguntarle. Berthold, en el primer descanso del lunes por la mañana, estaba solo en su pupitre. Uno u otro hubiera arriesgado una indirecta, pero las amenazadoras miradas de Heinrich hacían que se charlara, con marcada alegría, de cosas sin importancia. De pronto, Kurt Baumann se acercó a Berthold. Su joven y redondo rostro estaba rojo, su voz no era del todo segura:

—Creo —dijo— que teníamos una cita hace poco, Berthold. Pero me equivoqué de día. Pensé que era para el viernes.

Hacía falta valor para hablar con Berthold ahora, ante las atentas miradas de los otros.

—Era para el martes, Kurt —dijo éste—, pero no importa.

Se alegraba de ver a Kurt Baumann.

—Fue un estúpido malentendido —repitió una vez más, enfático, Kurt Baumann. Luego Heinrich Lavendel se unió a ellos. Los tres se quedaron juntos durante todo el descanso, contentos, charlando sobre coches.

—No, gracias, Schlüter —dijo Gustav—; déjelo como está.

Estaba sentado, con el periódico que acababa de leer en el regazo, en la penumbra; sólo estaba encendida la pequeña lámpara de pie. En cuanto Schlüter se hubo marchado se levantó, echó hacia atrás con fuerza el pesado sillón, caminó de un lado a otro; su rostro se contrajo en una mueca aún más sombría, rechinó levemente los dientes.

Los artículos contra él, por necios que fueran, habían revuelto las aguas. Muchos de sus conocidos del club de teatro respondían forzadamente cuando les hablaba, trataban de interrumpir pronto la conversación. Incluso el cortés doctor Dorpmann, de la editorial Minerva, había estado condenadamente reservado cuando Gustav le llamó ayer. Gustav está seguro de que hoy no obtendría el contrato sobre la biografía de Lessing. A veces le dan ganas de irse simplemente de Berlín, de salir corriendo.

«En estas regiones, el termómetro no cae por debajo de 29 bajo cero», le ha dicho a su sobrino Berthold. Un consuelo frívolo y barato. Ahora que de pronto su Berlín se ha vuelto tan frío y tenebroso, que su rostro amable y familiar se ha desfigurado de la noche a la mañana para convertirse en tan perversa máscara, advierte lo poco que significa una sentencia así. Amigos a los que se creía unido se apartan de su camino. Cada día son más; lo que parecía firme para siempre se rompe antes de haberlo podido agarrar. Sabe Dios

que no es hombre temeroso, lo ha demostrado en la guerra y en alguna otra ocasión; pero ahora, en ocasiones, le parece como si toda la gran ciudad estuviera a punto de caer sobre él, de aplastarlo bajo su gigantesca masa, y se adueña de él un miedo físico.

Es espantoso estar solo en estos días, con la decepción y la furia impotente en la boca del estómago. Lleva casi tres semanas sin ver a Mühlheim. Mühlheim tuvo razón al irse disgustado, en aquella ocasión. Todos tenían razón, por desgracia; han venteado a tiempo el odio alrededor, sólo él ha sido ciego, tonto, ingenuo como Sigfrido, caminando rodeado de enemigos. Qué bravía y qué alemana necedad le dijo a François cuando vino a verle a cuenta del chico. En verdad, los otros tenían que haberlo tomado por idiota. ¿Tendrá que dejarse expulsar el muchacho para que él, Gustav, pueda decir contento: al menos uno de la familia va a servir de héroe para un libro de lectura?

No, Mühlheim tiene razón al sentirse ofendido. Mühlheim le ha aconsejado bien, se ha esforzado en vano para insuflarle un poco de raciocinio, y él, en vez de agradecérselo, ha contestado con patéticas generalidades, le ha echado una bronca. Es una locura haber dejado pendiente ese asunto durante tanto tiempo, hace mucho que tenía que haberlo arreglado.

Descuelga el auricular, pide el número de Mühlheim. El criado de éste contesta. No, el señor profesor no está en casa, tampoco en el despacho, no va a venir a cenar, no ha dejado dicho dónde encontrarlo. Sin duda, le dirá que el señor ha llamado.

Gustav cuelga. Su ira se esfuma, se transforma en una sorda pena. Ahora que no ha encontrado a Mühlheim, no hay nadie con quien poder desahogar su angustia. ¿Sybil? Por supuesto que se interesa, se esfuerza en comprender el gran y espantoso cambio que se ha producido a su alrededor. Pero a ella apenas le afecta ese cambio, y el saciado no puede comprender al hambriento. Una vez más percibe dolorosamente que Sybil siempre se mantiene en la periferia de su existencia. ¿Y Gutwetter? Oh, Dios, seguro que él es sincero. Pero su visión es a tan largo plazo, en aspectos tan generales, que no sirve de nada.

Anna. Ella le comprendería. Tendría que ir algún día a Stuttgart para hablar con ella en condiciones. Sí, eso es lo mejor, así lo hará. Le escribirá enseguida que va a ir, y por qué.

Enciende la luz. Empieza a escribir. Pero a plena luz todo tiene otro aspecto. Sin duda a Anna le parecerá sentimental, pueril, que quiera ir a Stuttgart sólo para intercambiar sentimientos generales con él. La verdad es que a él mismo le resulta sentimental. Pero se lo ha propuesto. Sigue escribiendo. Relee la primera hoja. Las palabras están llenas de falsa ironía, llenas de convulsiva frivolidad. No, así no puede escribirle a Anna. Rompe la carta.

Trató de trabajar. No pudo. Cogió un libro, lo volvió a dejar. La tarde se extendía, larga y desértica, ante él. Por fin, se fue al club de teatro.

Eran corteses con él, pero su excitada desconfianza olfateaba el rechazo por todas partes. Comió solo. Ya iba a marcharse a casa cuando el profesor Erkner, un conocido hombre de teatro, le invitó a una partida de *écarté*. Gustav, contento con la distracción, jugó al principio con entrega. Pero pronto su interés cedió. Mühlheim, la biografía de Lessing, Anna, todo se le apelotonaba delante de las cartas. Parpadeaba nervioso, jugaba distraído. Pero también el profesor Erkner, su adversario, jugaba distraído. El teatro de Berlín, dos años antes el mejor de Europa, había decaído con rapidez debido al movimiento nacional; si los populares llegaban realmente al poder, la escena alemana estaría definitivamente perdida. Así que el hombre de teatro no tenía preocupaciones menores que él. Gustav comprobó con sorpresa que, cuando acabaron, había ganado una suma importante.

Se embolsó sus ganancias, distraído. Prometió al profesor la revancha una de las próximas tardes. Alzó la vista hacia donde el señor von Rochlitz se entretenía con otros conocidos, expectante por saber si cuando pasara delante de él, Rochlitz le detendría, cambiaría unas frases con él, como hacía con frecuencia. El señor von Rochlitz saludó con la mano: «Hola, Oppermann», continuó su conversación, le dejó pasar de largo. Gustav miró al frente, siguió su camino con paso rígido, no demasiado rápido, pisando con firmeza. Hubo más gente que le saludó con la mano, con cortesía, pero visiblemente no muy interesada en hablar con él.

Gustav siguió adelante, siempre mirando al frente. Cerca de la entrada de la sala de juego estaba el viejo criado Jean. Esperaba su acostumbrada moneda de cinco marcos. Gustav pasó de largo ante él, distraído, ni siquiera le saludó con la cabeza. El rostro del anciano mostró estupefacción. Tardó casi medio minuto en recuperar su contenida dignidad.

Esa noche del lunes al martes, poco después de las tres de la mañana, Gustav fue arrancado de su sueño por el teléfono situado junto a su cama. La voz de Mühlheim salió del aparato. Tenía que hablar con Gustav, ahora, enseguida. No podía decirle por teléfono de qué se trataba. Dentro de veinte minutos estaría en su

casa.

Gustav, alterado, soñoliento, se puso el batín negro y se enjuagó la boca reseca. ¿Qué estaba pasando? La voz de Mühlheim había sonado completamente distinta. Gustav parpadeó nervioso, tenía un ligero dolor de cabeza, una incómoda sensación en el estómago.

Mühlheim llegó al fin. Mandó esperar al taxista. Todavía en la puerta de la casa, mientras Gustav le hacía pasar, dijo:

—El Reichstag está ardiendo.

—¿Qué? —preguntó a su vez Gustav. ¿Que el Reichstag está ardiendo?

No entendía. ¿Por eso le había sacado Mühlheim de su sueño? Con incómoda tensión, esperó la explicación de Mühlheim.

Pasó una eternidad hasta que Mühlheim se quitó el abrigo, hasta que llegó al despacho de Gustav. Por fin, se sentaron el uno frente al otro. Gustav había encendido la luz del techo, la habitación estaba demasiado iluminada. A la áspera luz, vio que Mühlheim se había afeitado mal y su rostro estaba especialmente arrugado. Normalmente las muchas y profundas arruguitas forman una especie de máscara intencionada; hoy hacían viejo y gastado a Mühlheim.

—Tienes que irte —dijo Mühlheim. Tienes que cruzar la frontera. Enseguida. Mañana mismo.

Gustav se puso en pie, los ojos y la boca neciamente abiertos; las borlas del cordón de su bata, mal atado, rozaban el suelo.

—¿Qué? —preguntó.

El Reichstag está ardiendo —repitió Mühlheim. Han emitido un comunicado en el que dicen que los comunistas le han prendido fuego. Naturalmente, eso es absurdo. Lo han incendiado ellos. Querían tener material para prohibir a los comunistas, con el fin de alcanzar la mayoría absoluta solos, sin el Partido Nacional Alemán. Una cosa es segura: ahora no pueden echarse atrás. Después de este acto de violencia sólo pueden seguir con un terror cada vez más desatado. Está claro que ahora van a llevar a cabo el programa que tenían preparado para la noche en que fue elegido Hindenburg. Tú les eres odioso. En los últimos días te has convertido en foco de su atención. Querrán dar un escarmiento a tu costa. Tienes que irte, Oppermann, cruzar la frontera, enseguida.

Gustav trató de seguir los argumentos. No podía. Las palabras caían como golpes sobre su cabeza. ¿Qué tonterías estaba diciendo Mühlheim? Así se combatían quizá las bandas de gangsters en algún lugar de Centroamérica. Pero ¿los partidos políticos? ¿En Berlín? ¿En 1933? Mühlheim era presa de un colapso nervioso.

—Hace frío en tu casa —dijo Mühlheim de pronto, y se estremeció ligeramente. El propio Gustav, arrancado del sueño, tenía una leve sensación de frío.

—Pondré la calefacción —dijo, levantándose.

—Déjalo —rechazó Mühlheim—. Podrías darme un coñac.

Estaba muy excitado, su voz sonaba seca. Gustav le sirvió el coñac.

Está claro, pensó Gustav, mientras Mühlheim tragaba el coñac, que el ambiente de pánico que le rodea le ha trastornado. Incendiar el Reichstag. Tendrían que estar locos. ¿Cómo pueden pretender sacar adelante una mentira tan inmensa, tan burda? Así se puede montar el incendio de Roma por Nerón en una novela barata. Pero hoy no se puede hacer eso, en la era del teléfono y la rotativa. Miró a Mühlheim, que se servía un segundo coñac. El «ojo de Dios» iba de un lado para otro, el cuadro de Immanuel Oppermann miraba de frente, rígido y sin vida bajo la luz estridente; eran las cuatro y nueve. Quizá tenga razón. Hace cuatro semanas habría creído imposibles acontecimientos que entretanto han ocurrido. Mühlheim no es ningún fantasioso. Están ocurriendo cosas tremendas. De ninguna manera puede irritarle, contradecirle con brusquedad. No quiere volver a perderlo. Con mucha cautela, le habla de sus dudas.

Mühlheim hizo un gesto de rechazo.

—Desde luego que el incendio es inmensamente burdo y necio —dijo. Pero todo lo que han hecho es burdo y necio, y aun así hasta ahora nunca han errado el tiro. Han especulado con una lógica espantosa con la estupidez de las masas, el Führer mismo ha calificado abiertamente tal especulación, en las primeras ediciones de su libro, como el principio básico de su praxis política: ¿por qué no iban a seguir haciéndolo? Han seguido mintiendo, terriblemente conscientes de sus objetivos, en el mismo punto en que el gran cuartel general tuvo que dejarlo al final de la guerra. Y los campesinos y la pequeña burguesía han creído cada una de sus mentiras. ¿Por qué no iban a creerse ésta? En verdad, el axioma por el que se rigen esos tipos es de una terrible sencillez: tú Sí es No y tu No es Sí. Ellos no se detienen en sutilezas innecesarias. Son unos gigantescos maquiavelos, espantosamente embrutecidos, pequeñoburgueses. Deben sus éxitos precisamente a esa primitiva astucia campesina. Los demás siempre suponen que nadie va a tragarse

semejante tosquedad. Y, una y otra vez, se la tragan.

Gustav trataba de escuchar. Lo que Mühlheim decía parecía tener sentido, pero Gustav no quería creerlo; todo en él se negaba.

Mühlheim siguió hablando:

—Esa consecuente confesión de principio de que la mentira es el supremo principio político es sin duda interesantísima. Si no tuviéramos tanta prisa, me encantaría demostrártela aun innumerables ejemplos. Pero ahora sólo puedo hacer una cosa: te ruego encarecidamente que te vayas, que cruces la frontera, mañana, enseguida.

Ahí estaba otra vez. Eso era lo que Mühlheim había dicho al principio. Gustav no había querido oírlo, pero sabía que Mühlheim volvería sobre ello. Qué absurdo. Porque el Reichstag esté ardiendo, él, Gustav, debe marcharse de Berlín. De pronto, vio que arrastraba la borla de la bata, se arregló los cordones, los ató correctamente. Naturalmente, todo seguirá tranquilo en Alemania: en ese caso, qué ridículo estar al otro lado de la frontera. Pero no puede decírselo a Mühlheim. No puede permitirse volver a ofenderle. No puede pasarse sin él, está perdido sin él, le necesita como al aire que respira.

Cautelosamente, trata de exponer a Mühlheim por qué no puede irse ahora. El Lessing va muy bien. Frischlin está compenetrado con el trabajo, avanzan a las mil maravillas. No puede dejarlo. ¿No estará Mühlheim viendo las cosas demasiado negras? Se vuelve elocuente. Trata de fortalecerse a sí mismo con sus argumentos. Pero apenas ha empezado a hablar, sabe que Mühlheim tiene razón. Hasta ahora, Mühlheim siempre ha tenido razón. Lo que él dice no son más que tonterías sentimentales, lo que dice Mühlheim es la realidad. Aun así sigue hablando, sin énfasis.

Mühlheim nota esta laxitud. Había esperado que Gustav hiciera muchas más tonterías. Se sentía aliviado de que se resistiera con tan poca fuerza. Si Gustav hubiera planteado dificultades serias, él no habría tenido en esta negra noche la fuerza suficiente para persuadirle.

Gustav vio lo agotado que estaba Mühlheim. Qué luz espantosamente estridente ha encendido. Apagó la lámpara del techo. Mühlheim había recuperado el control de sí mismo.

—No busques excusas, Oppermann —dijo. No te imagines cosas. Esos tipos harán lo que se han propuesto. Se han propuesto hacer picadillo a todos los adversarios que se encuentren. Son unos imbéciles, y creen que tú eres un adversario. Sólo puedo decirte una cosa: lárgate. Vete a Dinamarca. O a Suiza. La información sobre nevadas no es buena, pero se puede pasar. No hagas que me quede aquí —dijo con repentina energía— largándote alegatos durante horas. Tengo miles de cosas que hacer. Mañana será un día agitado para mí. Me gustaría dormir tres o cuatro horas. No te librarás de mí antes de haber dicho que sí. Di que sí, Oppermann.

Gustav vio la urgencia, la excitación del otro. Le creía, aunque seguía sin comprender del todo los detalles.

—¿Pero tú vendrás conmigo? —preguntó tontamente, como un niño pequeño.

—Comprende que no puedo hacerlo —respondió impaciente, casi áspero, Mühlheim. Yo no estoy amenazado, al menos por el momento. Jamás me he expuesto como tú. Y aquí soy más importante que tú, con todos los respetos para tu Lessing. Mañana en mi despacho habrá quince o veinte personas para las que soy todo lo que les queda. No puedo recitarte todo el código, muchacho —se interrumpió de pronto y se levantó. Te lo digo por última vez: si no quieres que te metan en chirona, o algo peor, lárgate.

Gustav se sintió de pronto extraordinariamente tranquilo. Quería a Mühlheim cuando se ponía un tanto vehemente. Siempre tenía razón en esos casos. Secamente, imitando el tono de su amigo, respondió:

—Te vas a reír: lo haré. Me marcho, mañana. Ahora tomaremos otro coñac, y luego te irás a casa y te acostarás. O si quieres puedes quedarte a dormir aquí. Te dejaré dos o tres días para tus negocios, y luego vendrás conmigo.

Mühlheim respiró audiblemente.

—Eres lento de entendederas, Oppermann —dijo. El taxi ha tenido que esperar por lo menos dos marcos. Te los cobraré, querido amigo.

Gustav le llevó hasta el taxi.

—Te lo agradezco, Mühlheim —dijo. He sido un idiota dejando esto pendiente tres semanas.

—No digas tonterías —dijo Mühlheim; subió al taxi, dio la dirección y se quedó dormido.

Gustav regresó a la casa, se dio una ducha fría. Se sentía fresco, excitado. Tenía que decirle a alguien lo que le había ocurrido. Llamó a Sybil.

Sybil se puso, arrancada de su sueño, desabrida, enfurruñada como una niña. Había estado en la ópera, él lo sabía. Pero había estado allí con Friedrich Wilhelm Gutwetter, eso no lo sabía, y después se había llevado a Gutwetter consigo, a su pequeño y simpático piso, y había estado trabajando con él. Sí, en las

últimas semanas el gran ensayista cada vez se encontraba más a gusto con Sybil Rauch, con su ágil docilidad, su limpia frialdad. No sólo tenía en la mesita de noche su celebrado ensayo *Las expectativas de la civilización occidental*, con una dedicatoria especialmente llena de adoración; Friedrich Wilhelm Gutwetter no se privaba de informarse en persona todos los días de los progresos de su trabajo. Se sentaba, tranquilo, con su anticuada ropa, en su bonita habitación; la miraba con radiantes ojos de niño, la ayudaba con su paciente consejo. A Sybil le gustaba. Si Gustav le hubiera preguntado, se lo habría dicho. Pero en esos días él estaba muy ocupado consigo mismo y no preguntaba.

Se había hecho tarde, y estaba muy disgustada con que ahora Gustav la arrancara de su sueño. Él le dijo que tenía que irse mañana. Era muy urgente. ¿Quería acompañarle? Era importante para él. Quería discutirlo todo con ella en el acto; preguntó si podía ir a verla. Se sintió decepcionado y muy ofendido cuando ella le rechazó con decisión. Ahora quería dormir, dijo, no pensaba tomar decisiones medio dormida. Después de algún tira y afloja, prometió ir a verle a la mañana siguiente, muy temprano.

El propio Gustav trató de dormir un poco, pero fue un mal sueño, poco reparador. Se alegró de que llegara la hora de su cabalgada matinal. Al principio había un poco de niebla, pero luego se aclaró. Había llegado una suave y adelantada primavera, una pelusa gris verdosa, apenas perceptible, cubría los arbustos. Le acometió una ardiente furia porque se le quisiera obligar a dejar su casa, su trabajo, su gente, esta patria, diez veces más suya que de aquellos que le obligaban. A esa hora era cuando el bosque de Grünewald estaba más hermoso. Era una canallada tener que abandonarlo ahora.

—Salgo de viaje hoy, Schlüter —dijo al desmontar del caballo.

—¿Para cuanto tiempo, señor? —preguntó Schlüter. Gustav, tras un mínimo y nervioso parpadeo, respondió:

—Para diez o quince días.

—Entonces pondré en el equipaje el esmoquin y prendas deportivas —propuso Schlüter.

—Sí, Schlüter —dijo Gustav—, hágalo. Me llevaré también los esquís.

—Muy bien, señor —dijo Schlüter.

Ahora que había declarado que sólo se iba para quince días, todo el viaje se le hizo más ligero a Gustav. Se le abrió paso una idea de importancia decisiva: si Sybil iría con él o no. Esperaba tenso su respuesta.

Entre tanto, Sybil hablaba por teléfono con Friedrich Wilhelm Gutwetter. Le contaba que Gustav, sin duda a consecuencia del incendio del Reichstag, quería irse y le había pedido que fuera con él. Gutwetter no sabía nada.

—¿Ah, sí? —salió del aparato, profunda y sorprendida, su tranquila voz de niño. ¿Se ha incendiado el Reichstag? ¿Cómo ha sido? Eso debería interesar más a los bomberos que a nuestro amigo Gustav.

Sybil tuvo que dar largas explicaciones. No contaba más que con conjeturas, pero era tan rápida en captar las relaciones entre ellas como lento Gutwetter. Finalmente Gutwetter renunció a investigar del todo las relaciones, se conformó con el hecho de que Gustav quería huir por miedo a los inminentes acontecimientos políticos.

—No entiendo a nuestro amigo Gustav, querida Sybil —dijo—. La nación está a punto de dar a luz otra de un cuño grande y nuevo. Tenemos la inmensa oportunidad de asistir al nacimiento de este gigantesco embrión, de escuchar los primeros balbuceos de este espléndido monstruo: ¿y entonces nuestro amigo Gustav se va, porque quizá un eructo de la nación dando a luz no suena agradable a sus oídos? No, no entiendo a nuestro amigo. Ya no soy joven, estoy en decadencia. Pero a pesar del frío creciente de mis años, vendría corriendo desde la lejanía para ver crecer de cerca esta piel mineral. No me privaría de eso por nadie. La envidio, querida amiga, por poder asistir a este gran espectáculo desde la frescura de su curiosa y dispuesta juventud —así habló, pueril y amable, el gran ensayista.

En el fondo, también Sybil encontraba exagerada la cautela de Gustav. Los caballeros entrados en años son desconfiados y buscan la comodidad, están en su derecho. Ella no es tan vieja y está dispuesta a perder un poquito de comodidad a cambio de una experiencia emocionante. Aun despojando a las palabras de Gutwetter de vehemencia, sigue siendo un espectáculo enormemente interesante: la insospechada inundación de un territorio civilizado por parte de los bárbaros. Esperaba el espectáculo con la fría tensión de un niño que espera ante una jaula el anunciado momento en que van a dar de comer a los animales. No quería perderse tal espectáculo. Cuando fue a ver a Gustav, no estaba tan dispuesta a abandonar ahora Alemania.

Sólo cuando Gustav le contó lo que Mühlheim le había dicho sobre el incendio del Reichstag, cuando le informó con sobriedad de que Mühlheim tenía buenos motivos para esperar unas cuantas semanas llenas de violencia, arbitrariedad, desaparición del Derecho, también ella empezó a ver las cosas de otro modo. Sentada en su cómodo sillón, infantil, esbelta, amable, miró la boca de él. ¿Qué veía? Su amigo Gustav

tenía de pronto un destino. Su rostro se hacía más grande, más decidido. Ya no era sólo un amable caballero entrado en años; era, a pesar de todo, un hombre. Cuando Gustav terminó se acercó a él, se sentó en el brazo de su sillón. Dudaba sobre lo que debía responder.

Pero muy pronto, en cuanto Gustav hubo terminado de hablar, volvió a pensar en su obra, su trabajo. No era nada muy importante, cierto, pero era la obra de su vida. Ahora tenía la oportunidad de trabajar con Gutwetter. Trabajaba muy a gusto con él. A su palabra, a su mirada, afluían nuevas energías. No podía interrumpir esa feliz colaboración. Se lo debía a sí misma.

Le gustaría muchísimo ir con él, dijo a Gustav. También ella tenía la sensación de que ahora formaba parte de él, la necesidad de estar con él. Pero él no querría que ella pusiera en riesgo su trabajo en su momento decisivo. No podía interrumpirlo ahora, no podía aceptar ningún trastorno, fuera de Berlín no le saldría nada. Necesitaba los ocho o diez días siguientes para su trabajo. Si de verdad sólo iba a estar fuera dos semanas, esperaba sorprenderle a su regreso con algo especialmente logrado. Pero si el retorno se retrasaba, ella iría en pos de él y, una vez superadas las dificultades de su trabajo, sería sólo para él. De momento hablaría con Schlüter para que le preparara lo necesario, y él tenía que comer con ella, y decirle cuándo salía su tren para que ella le llevara a tiempo a la estación. Gustav dio respuestas elusivas. No tenía intención de decirle la hora exacta de su partida. Estaba profundamente ofendido.

Apareció Mühlheim, apresurado, exhibiendo una frescura nerviosa. El tren de Gustav partía a las ocho de la estación de Anhalt; Mühlheim había reservado un coche cama. Pidió a Gustav un poder general; en Alemania podían ocurrir toda clase de acontecimientos que requirieran actuar con rapidez. Gustav, terco otra vez, con los surcos encima de la nariz, explicó que no estaba preparado para abandonar Alemania por mucho tiempo, y que no quería prepararse para hacerlo. Mühlheim respondió secamente que también esperaba que la ausencia de Gustav durase poco, pero él no era el mago Hanussen; se hacía lo mejor que se podía hacer.

—Por lo demás —dijo—, ya estés fuera tres meses o tres años, como eres un buen alemán, Alemania estará donde tú estés.

Ese inusual énfasis en boca de Arthur Mühlheim conmovió a Gustav, que no dijo nada más.

Cuando Mühlheim se hubo marchado, recorrió su bella casa, que amaba. La emoción de la partida inminente se desvaneció, dando paso a la reflexión y la tristeza. Seguía diciéndose que se trataba de un corto viaje. Pero en lo más hondo se afianzaba ya la conciencia de que sería un viaje muy largo. Al principio, había pensado pedir a Sybil que durante su ausencia cuidara de la casa, junto con Schlüter. Ahora, Sybil ya no le parecía la persona adecuada. Seguiría en contacto telefónico con ella, pero ya no sentía necesidad de volver a verla. Podría confiar la casa a François; él sabría qué hacer. Pero François se ha alejado de él. Mühlheim está sobrecargado; no puede exigirle que se ocupe de las menudencias que a él le preocupan. Lo mismo sucede con Martin.

Llama a Martin, para despedirse de él. Martin le dice que hace bien en irse. A él también le gustaría, pero Wels es demasiado peligroso, no puede dejar los negocios tirados ahora. Ambos hermanos lamentan no haber estado más próximos durante estas semanas. Aun así, no hay un verdadero contacto, ambos están demasiado encerrados en sus propias preocupaciones.

Cuando cuelga el teléfono, Gustav sigue reflexionando. No es una reflexión agradable. Hay pocas personas realmente próximas a él. ¿Gutwetter? Le llama. Friedrich Wilhelm Gutwetter está tranquilo, cordial, infantil como siempre. Si hay alguien que lamenta que Gustav se vaya, es él. Tampoco acaba de ver claros los motivos.

—Pero seguro que nuestro común amigo Mühlheim entiende de esto —dice, pacífico. A Gustav le reconforta oír hablar a Gutwetter. Pero no tiene sentido cargarle con la preocupación de la casa; es demasiado torpe en todas las cuestiones prácticas.

Se sienta, ocioso, mirando mentalmente los rostros de sus amigos. Como una espina clavada, le atormenta la idea de que ha olvidado algo, de que lo ha omitido. Le ha atormentado ya varias veces hoy. Pero no sabe decir qué es. Tiene que dejar en manos del azar el recordarlo. No se puede forzar.

Entonces llega el doctor Klaus Frischlin, a trabajar. Curiosamente, el trabajo va bien. Llega el mediodía, abandonan el manuscrito. Frischlin va a despedirse. Está ahí, esbelto, con su mal color, su pelo ralo. Y de pronto Gustav encuentra que este hombre es mejor que los otros, duro, diligente, de confianza, y dice:

—Me marcho, doctor Frischlin. Espero que por poco tiempo. Pero, si ese tiempo se prolongara, le ruego que cuide de mi casa, mis libros y lo que me es querido. Ya sabe usted.

Tranquila y seriamente, Frischlin responde:

—Confíe en mí, doctor Oppermann.

Junto con Frischlin, Gustav escoge cuáles de sus libros va a llevarse. Le gustaría llevárselos todos; no

sólo los libros, también quisiera sacar de sus marcos los cuadros de Immanuel Oppermann y de Sybil, cargar con el «ojo de Dios», la máquina de escribir, la mesa de trabajo, la casa entera. Se siente ridículo. No se lleva nada. Ni siquiera el manuscrito, porque sin biblioteca no puede trabajar. Estará fuera quince días, nada más. Llevándose aquello que le es querido conjuraría potencias malignas, convertiría en larga su corta ausencia.

Después de comer, sale al jardín. Baja los escalones de la primera terraza a la segunda, de la segunda a la tercera. A su alrededor se alzan colinas y bosques. Es 28 de febrero, pero en verdad es ya primavera. ¿Es imaginación suya, o realmente el soplo gris verdoso sobre los arbustos, apenas perceptible esta mañana, se ha vuelto más claro? Gustav se inunda de la familiar visión, aspira el familiar olor, se siente muy triste.

Y de pronto, sin motivo aparente, se acuerda de qué era lo que le atormentaba. Sí, aún tiene que arreglarlo. No puede marcharse y dejar tras de sí semejante decepción. Pero entonces no puede irse a las ocho. Es igual. También salen más tarde trenes para Suiza.

Enseguida, telefonea a Mühlheim, tiene que aplazar su marcha. ¿Por qué?, pregunta Mühlheim. Gustav no le indica motivo alguno, pero insiste en que sea un tren posterior. Mühlheim está indignado. Los trenes están repletos, Gustav no va a conseguir un coche cama. Y aparte de eso, cuanto antes salga, mejor.

—Tengo mis motivos, Mühlheim —dice Gustav; le deja hablar, sonríe, hace los cambios. Así que cogerá el tren a las diez y media.

A las nueve está en el club de teatro y cena allí. Luego entra a la sala de juegos, como si buscara a alguien. La sala está aún totalmente vacía, sólo el viejo Jean está a la entrada. Gustav pasa ante él y le pone en la mano una moneda de cinco marcos.

—Ayer estaba un poco distraído —dice—, disculpe, Jean.

El anciano da las gracias a su digno estilo, imperceptible y sin embargo marcado. Ahora Gustav puede irse tranquilo.

En la estación de Anhalt, resultó que el astuto Mühlheim había conseguido un coche cama para Gustav sobornando a un cobrador. Había muchos conocidos en el tren, pero muchos se ignoraban mutuamente, no querían verse.

—Ven lo antes posible, Mühlheim —pidió Gustav. —Haz las menores tonterías posibles por el camino, Oppermann —dijo Mühlheim.

Luego, el tren partió. Lo último que Gustav vio de Berlín fue a Schlüter, manteniendo la compostura, mirando irse el tren con su rostro severo y testarudo.

Al mismo tiempo, Berthold daba a sus padres las buenas noches. Mañana, miércoles, debe liquidar su caso, debe hacer su declaración, en el aula, ante los profesores y alumnos congregados del instituto Königin Luise. Liselotte quiso hablar con él, abrió la boca. Pero conocía su difícil trato, así que lo dejó y se limitó a decir:

—Buenas noches, hijo mío.

Berthold fue a su cuarto, se desnudó muy cuidadosamente, colgó ordenada su ropa, preparó como solía sus cosas del colegio para el día siguiente. En realidad, mañana su papel sería muy sencillo. Su declaración será muy breve. François y Vogelsang no lo tienen tan fácil. Deberán hacer dos buenos discursos. Él sólo tendrá que escuchar en pie todo ese tiempo. En la picota. Si por el profesor Vogelsang fuera, el —¿cómo llamarlo?—, el acto tendría lugar en el monumento de Niederwald.

Ahora se irá a la cama. Cogerá un libro. *La batalla de Hermann*, de Kleist, por ejemplo. Pero da con el tomo cuarto de su Kleist en vez de con el tercero, con los *Relatos*. Y lee la historia de Michael Kohlhaas, hijo de un maestro de escuela, uno de los hombres más honrados y a la vez más terribles de su tiempo, porque la idea del Derecho en la que se regodea le convierte en ladrón y asesino, de forma que por dos caballos que le habían robado renuncia a sí mismo, causa una rebelión y, finalmente, perece de manera espantosa. Pero cuando sube al cadalso vuelve a ver en su poder, cepillados y bien alimentados, a los dos hermosos caballos negros que injustamente le habían cambiado por dos pencos. Berthold conocía bien el relato, y, sin embargo, lo leyó con nueva y aguda emoción. Leyó varios pasajes hasta dos y tres veces. Así por ejemplo, la respuesta que el tratante de caballos da a su esposa cuando ésta le pregunta, trastornada, por qué vende sus posesiones. «Porque no quiero quedarme en un país —responde— en el que no se quieren proteger mis derechos. Mejor ser un perro, si han de darme patadas, que un hombre». Berthold leyó y asintió varias veces con la cabeza, pesadamente.

Dejó el libro a un lado. Ahora se daba cuenta de que no había dormido la noche anterior y tenía a sus espaldas días agotadores. Pero aún no quería apagar la luz, tenía miedo a la oscuridad. Apagó la luz del techo, encendió la lamparilla con pantalla de la mesilla, se tumbó de costado y entrecerró los ojos. Vio al

pájaro fantástico del papel de la pared en sus aros colgantes, y una vez más, desde los ornamentos, surgió ante sus ojos el rostro de Hermann, ancha frente, nariz plana, larga boca, la mandíbula corta y fuerte. ¿Tendría posibilidades de salir adelante en la Alemania de hoy? Sonrió. Inesperadamente, tomaron forma los versos: «¿Qué tiene que tener un joven / que quiera avanzar hoy en Alemania? / Mandíbula de hierro / frente baja…». Era muy raro que le vinieran versos a la cabeza. Tenía sentido del estilo, una prosa decente, el doctor Heinzius siempre lo decía. Pero no era momento de versos.

Probablemente Ruth y Hermann se habrían llevado bien. Vuelve a verla como una de las germanas de Wagenburg. Se indignaría ante semejante idea. Pero es cierta.

Ruth lo tiene fácil. Ella en su lugar sabría exactamente qué hacer. Muchos en Alemania lo tienen fácil, muchos millones. Pero muchos también, más millones aún, lo tienen difícil, precisamente porque saben lo que hay que hacer. Él ha oído la historia del hermano —¿o era el cuñado?— del criado Schlüter, que testificó contra los populares y recibió una paliza por ello. Millones están en contra de los populares, miles se dejan matar a golpes por esa toma de posición. Se sabe de algunos, de miles: pero de los cientos de miles, de los millones, no se sabe nada. ¿Quién es Alemania? ¿La de los uniformes pardos que andan por ahí gritando con sus armas en la mano, armas que tienen en contra de la Ley, o la de los otros, la de los millones que fueron tan tontos como para creer en la Ley, entregaron sus armas y a los que ahora les rompen la cabeza por abrir la boca? No, él no está solo, tiene compañeros, cientos de miles, millones. Se ha levantado un monumento al soldado desconocido, pero nadie habla del alemán desconocido, su desconocido compañero. Mi desconocido compañero, piensa: «Todos tratan de cazarte / Te pegan, te encierran», y «Sé que eres mil, eres un millón», y «Llegará el día / mi compañero desconocido / y cuando llegue el día, estarás ahí». Todo esto no es nada. Él no sabe escribir versos. Pero algún día tendría que venir alguien que escribiera una canción al alemán desconocido, al compañero desconocido.

Quizá alguien la escriba, pero no se imprimirá, no se cantará, no se escuchará. E incluso si él, Berthold, pudiera escribir la canción, no la recitaría. Él va a recitar otra cosa. Va a ir al aula, ante los compañeros reunidos sonrientes, sus compañeros conocidos, y va a decir: «He dicho una verdad. Declaro falsa esa verdad».

No, no lo dirá.

Naturalmente que lo dirá. Tampoco ha querido escribir la carta a François, no la ha escrito, ha dejado pasar el tiempo. Entonces su padre ha dicho: «Podrías escribir una carta urgente», y él la ha escrito.

Podría faltar mañana a clase, simplemente no ir. Allí están, en el aula, esperando, y él no está. Sonríe. Se imagina exactamente los rostros de Vogelsang, Werner Rittersteg y Pedell Mellenthin en la puerta de entrada. «Cantemos la canción de Horst-Wessel», dirá por fin el profesor Vogelsang, pero será un débil consuelo; para cantar la canción de Horst-Wessel no hacía falta reunir en el aula a todo el centro. El director François quizá incluso se alegre si él no va; seguro que Heinrich se alegrará, aunque le ha aconsejado ir; también Kurt Baumann se alegrará. Sí, eso sería una satisfacción, un bálsamo para el corazón, durante una hora, un día, quizá una semana. Pero y luego, ¿qué va a hacer? Será expulsado, tendrá que marcharse de Alemania, puede pasar una eternidad antes de que, quizá, pueda regresar, y entonces, ¿será todavía su Alemania?

No queda otro remedio. Sería hermoso hacerles esperar, pero no puede ser.

Sí puede ser.

Se levanta. Busca el manuscrito de la ponencia sobre Hermann. Lo ha guardado bien; tiene que encender la lámpara del techo para buscarlo, tarda un rato. Es un original escrito con mucha limpieza, papel rayado, con margen, pocas correcciones. Coge una hoja y escribe: «No hay nada que aclarar, nada que añadir, nada que quitar. Tu Sí es Sí, tu No es No. Berthold Oppermann». Deja la pluma; luego, vuelve a cogerla y añade: «Berlín, 1 de marzo de 1933».

En realidad, quisiera escribir los versos que se le han ocurrido antes: «A ti, compañero desconocido». No, la prosa es mejor. Y escribe: «Mejor ser un perro, si han de darme patadas, que un hombre. (Kleist, edición de Insel, tomo 4º, p. 30)».

Va a la otra habitación, sin demasiado sigilo, abre el botiquín. Hay tres tubitos de somníferos. Coge el que le parece el más fuerte. Apenas si está abierto, seguro que bastará. Mañana tendrán que esperar en el aula.

Coge un vaso de agua, lo pone cuidadosamente sobre un plato para que no deje cerco en la mesa, disuelve las tabletas en el agua y pone el vaso en la mesilla. Mira el manuscrito. La hoja suelta está encima, es mejor sujetarla. Saca su reloj y lo deja junto al vaso. Vuelve a apagar la lámpara del techo y a encender la de la mesilla y se tumba en la cama.

Es la una y treinta y ocho. Se bebe el agua con las tabletas disueltas. No es que el brebaje sepa bien, le

cuesta algún esfuerzo tragarlo. Pero hay cosas peores.

Se tumba y espera. De la mesilla viene el tictac de su reloj. Oye tocar el claxon de un coche, demasiado alto y demasiado tiempo. ¿Cuánto tardará en dormirse? Ahora lleva tumbado dos minutos y cuarenta segundos. Seguro que no tardará más de seis u ocho minutos. Si no lo encuentran a lo largo de la próxima media hora, sin duda ya no podrán despertarlo. Felizmente, es muy improbable que alguien vaya a verle. Si apaga la lamparilla, imposible. La apaga. Ya empieza a sentirse pesado y cansado, desde luego no tan agradablemente cansado como esperaba, sino con un cansancio plúmbeo, agobiante.

Otro coche. Pero esta vez no toca tanto tiempo. Ha preparado decentemente el manuscrito. El profesor Heinzius les ha explicado que una de las diferencias esenciales entre la antigüedad y nuestra época es la valoración del suicidio. Los romanos enseñaban a sus hijos desde temprana edad que el hombre era superior a los dioses porque siempre le quedaba la escapatoria de la muerte voluntaria. Los dioses no tenían esa libertad. Es una muerte muy digna. Lo ha arreglado todo, correctamente, antes de tragarse el brebaje. Ahí está el manuscrito, el que quiera puede verlo, y el que no quiera tendrá que verlo. Hace unos días ha leído algo acerca de una mujer que, antes de marcharse, no sólo se puso el vestido con el que quería ser enterrada, sino que incluso cosió un crespón de luto en la manga de su marido. Nosotros los alemanes somos gente ordenada. Sonríe un poco. Puede permitírselo; ahora puede decir: «Nosotros, los alemanes».

Otro coche. Ahora, de pronto, él mismo va sentado en el coche. Está en la carretera, es una carrera de coches; Franzke está sentado al fondo, es gracioso que no vaya a su lado, no hace más que gritarle indicaciones, pero él no puede oírlas; hace el mayor de los esfuerzos, pero hay un ruido espantoso, el viento es tan fuerte… y ¿quién está sentado al lado de Franzke? Hay alguien sentado ahí. Es el profesor Heinzius; eso está bien, él puede hacerse entender mejor que Franzke. Ahora viene la curva, la ha tomado espléndidamente, genial. Ha perdido la costumbre de decir genial, es una palabra espantosa. El coche que va delante de él, ¿quién está al volante? Pero si es el profesor Vogelsang. Ahora va a adelantarlo, va a ser genial. ¿Entenderá Franzke lo que pretende? Pero no puede, qué curioso, sencillamente no se le puede acercar. Pisa, pisa a fondo, ve más rápido, pero no se puede, de abajo viene tanto calor y tanto agobio…; también la palanca del acelerador está al rojo, y ahora el coche derrapa, la palanca del acelerador se le clava en el vientre, el coche no derrapa, patina, es como aquella vez en Baviera, en la carretera helada, de pronto el camino se vuelve una pista de patinaje, no se sabe cómo, todo se vuelve negro, se clava horriblemente, hay que gritar, se quiera o no, pero no se puede gritar, te eleva, eleva el coche, pero no es el coche el que patina bajo los pies, está en la montaña rusa, en el Lunapark, es el barco balancín, cómo es eso, está en Münich, en la fiesta de la cerveza, sube terriblemente alto, Vogelsang sigue junto a él, pero ahora le ha adelantado, y sin embargo está en la carretera, sólo que sin coche, y ahora patina, aunque no tiene coche, qué alto sube el balancín, qué cosquilleo hace en el estómago, muy adentro, le quita a uno el estómago, eso no se puede contar, hay que reír enseñando todos los dientes, es un barco de verdad, ahora te lleva, las olas son uniformes y completamente planas, y te ahogan, esto ya no tiene gracia, aprietan terriblemente, no habría debido nadar de noche, te rompen encima una y otra vez y no te suben, nunca se vuelve a coger aire, todo se escurre, y ahí está todavía el rostro de Vogelsang, pero ya no es el rostro de Vogelsang, es el de Hermann, con la nariz plana y la fuerte mandíbula, y así está de pronto en el pedestal del monumento en Niederwald, pero allí está Germania, y eso es bueno, y ahora está allí Hermann, y ahora el pedestal del monumento desaparece. Y ahora viene una ola enorme, muy grande, y no puede evitar sumergirse bajo ella. Mi compañero desconocido, no puedo darte la mano, ahora viene la ola, es aún más grande, ahora viene, te subirá, ahora está aquí.

A esa hora, Gustav ya iba en su coche cama, a un buen trecho al suroeste de Berlín. Había dormido bien y profundamente; de pronto, un brusco movimiento del tren lo despertó. Lentamente, sus sentidos se despejaron, y de repente cayó en la cuenta de algo desagradable: ha pensado en Jean, pero en lo que no ha pensado es en su sobrino Berthold. Por lo menos debería haberle preguntado a Martin qué había sido de aquella necia historia con Hermann el Querusco. Durante casi una hora, el olvido le atormentó. Sólo entonces volvió a dormirse, y durante el resto de la noche ya no durmió tan bien como antes.

Libro tercero

MAÑANA

Se nos ha encargado
trabajar en la obra,
pero no nos ha sido
dado culminarla.
TALMUD

Sólo cuando Berthold ya estaba enterrado, recibió Gustav la noticia de su muerte. Mühlheim, el único que sabía su dirección, se había retrasado en comunicársela para que Gustav no se pusiera en peligro regresando.

Había pasado los últimos días dando vueltas por la hermosa y confortable ciudad de Berna. Era primavera, el aire era ligero, las poderosas cumbres del macizo de Oberland se alzaban, infinitamente delicadas y puras, en el horizonte. Pero Gustav no disfrutaba de la vista, tenía la cabeza aturdida por los acontecimientos de Berlín. Cuando supo la noticia, fue como si recibiera un golpe que llevaba mucho tiempo esperando.

Ya no soportaba a nadie a su alrededor, subía a las montañas; tenía que estar solo, no entendía todo aquello, tenía que aclararse. Iba a parar al pie de las cumbres del Jungfrau, pero ya no había nieve, era el único huésped del pequeño hotel. Evitaba el atestado teleférico, transportaba él mismo los esquís hasta el límite de la nieve. Subía con esfuerzo una ladera apartada. Allí estaba, entre la nieve y el sol; las líneas de las montañas se alzaban altas y claras en el aire inconmensurablemente claro. Estaba solo.

Una cosa le corroe las entrañas. Ha pensado en el viejo Jean, y no en Berthold. Asume gran parte de responsabilidad en lo que ha ocurrido. Lo ha hecho todo mal desde el principio. Ha llevado una vida inútil, cómoda, vulgar. Ha acudido a Sybil en vez de a Anna. Si se hubiera ocupado de la política, de la economía nacional, de cualquier aspecto del negocio, todo habría tenido más sentido que lo que ha hecho. Ha constatado que Lessing escribió una determinada carta el 23 de diciembre, y no el 21. Muy bien. Ésa sería la rúbrica adecuada para toda su vida.

Está en la nieve, humeante de calor, ajustando cuentas consigo mismo. Y el resultado no parece muy alentador.

Pasa así cuatro días, en la tranquilidad de su refugio de montaña. La estrecha carretera por la que arrastra el calzado de nieve un día tras otro se extiende por el valle, hay pueblos diminutos en las laderas, las cumbres del Jungfrau se levantan ante él, inmensas en su blancura bañada por el sol. Él está arriba, en sus apartadas alturas. En el aire hay pureza, fresca calidez; el estrépito de los aludes le llega amortiguado. Ve lo que hay delante de él, en torno a él, pero no es consciente del aire, de la vista; su mente está cerrada. En su interior hurgan una y otra vez los mismos pensamientos, se retuercen, se clavan cada vez más profundamente en él. Lo mejor es cansar el cuerpo, para no poder pensar. A veces, en el camino de vuelta, lo consigue. Entonces se sienta al borde de la carretera, presa de un bienvenido agotamiento, extasiado; mueve la cabeza mecánicamente, ríe estúpidamente.

A veces, la carretera está vacía durante horas. En una ocasión pasa un chico con un carro. Le mira sorprendido; durante mucho tiempo aún vuelve la cabeza hacia él.

Cuatro días pende sobre él semejante estupor, paralizante; tiene la cabeza como envuelta en algodón. En la mañana del quinto día, de pronto, después de una noche larga y de descanso, se levanta la niebla que había a su alrededor. Gustav se estira. Atraviesa completamente la penumbra. Durante cinco días no ha leído ninguna noticia de Alemania, ni un solo periódico; ahora debe haber pocos alemanes con tan poca curiosidad. Compra todos los periódicos que puede conseguir, suizos, ingleses, franceses. Con el grueso paquete bajo el brazo, sube la conocida y hermosa carretera. De pronto le inunda una salvaje emoción, apenas puede calmarla. Aunque el suelo todavía está húmedo, se sienta al borde de la carretera y empieza a leer.

Lee, y la sangre se le agolpa en el cerebro. Calmarse, no perder los nervios, contener el corazón, pensar con tranquilidad. En días como éstos, surgen de todas partes rumores incontrolables. Se ha dedicado durante toda su vida a la crítica de las fuentes, no va a creerse ahora las fantasías de algunos reporteros rabiosos. ¿Qué periódicos son éstos? El *Times*, el *Frankfurter Zeitung*, el *Neue Züricher Zeitung*, *Le Temps*. Y no son reporteros cualesquiera los que informan, son gente de renombre. Los artículos son escuetos, objetivos. Corresponsales de semejante renombre no pueden poner en circulación cosas tan espantosas con datos tan detallados sin poseer las pruebas documentales. No hay duda, los populares han llevado a cabo su programa, de cuya primitiva barbarie tantas veces se han reído, él mismo el más incrédulo, punto por punto. Han encarcelado, deportado, maltratado, asesinado a todos aquellos que no les gustaban, han destruido sus propiedades o se han incautado de ellas, alegando sencillamente que esas personas eran adversarias suyas y por tanto había que aniquilarlas. Gustav lee nombres, fechas. Gran parte de los nombres le son conocidos, mantenía relación con muchas de esas personas.

Su callada desesperación ha desaparecido. Le asalta una ira ciega contra sí mismo, contra los populares. Lee los absurdos discursos del Führer. El viejo presidente de la República les ha dejado el Reich en orden, y ellos han roto cínicamente sus solemnes promesas, han pisoteado la Ley transformando el orden y la civilización en arbitrariedad, desorden, brutalidad. Alemania se ha convertido en una casa de locos en la que los enfermos se han apoderado de sus guardianes. ¿No se da cuenta el mundo? ¿Qué hace?

Ese mismo día regresa a Berna. ¿Ha estado tan loco como para esconderse en ese pequeño nido sin dejar su dirección? ¿Cree que el horror le afecta menos si envuelve la cabeza en algodón? Quiere saber, tiene que saber, más, todo, exactamente.

En Berna encuentra telegramas, cartas, periódicos. Los mercenarios también han entrado en su casa, la han registrado, han destruido algunas cosas, robado muchas. Hay un telegrama de Frischlin, Gustav querría llamarle por teléfono. Lo hace.

Es emocionante oír la voz de Frischlin. Es la misma voz que tan bien conoce, pero aun así cambiada, tensa, cargada, enérgica. Gustav quiere preguntar, pero Frischlin le interrumpe enseguida; nunca antes se había atrevido a hacerlo. Explica que ha puesto mucho del Lessing en orden, pero cree que lo mejor es ir a Berna y contárselo personalmente. Ésa es también la opinión de Mühlheim.

Al día siguiente estaba allí.

—Quisiera alojarme en un hotel distinto del suyo —dijo, nada más bajar del tren. Es más inteligente que nuestros nombres no aparezcan registrados en el mismo hotel. Le propongo venir luego a recogerle para dar un paseo. Podré informarle mejor si estoy seguro de no ser escuchado.

Lo dijo con modestia, pero con decisión. Gustav veía con asombro cómo había cambiado ese hombre. En Berlín, con sus largas y flacas piernas, sus largas y flacas manos, que siempre sobresalían de unas mangas demasiado cortas, con su carácter tímido y torpe, siempre le había parecido a Gustav un estudiante frágil interna y externamente. Ahora, a pesar de toda su sencillez, se mostraba enérgico, alguien que sabía exactamente lo que quería.

Subieron al Gurten. Era un día radiante de principios de primavera; la blanca línea de las montañas se extendía ante ellos, inmensamente delicada y luminosa. Aún hacía demasiado frío como para estar mucho tiempo en el mirador. Fueron hacia las boscosas alturas; Gustav refrenó su paso, rápido y rígido, y Frischlin le contó.

Los mercenarios se habían presentado en la Max Reger Strasse una de las primeras noches, al amanecer. Llegaron a las ocho. Felizmente, el día antes Frischlin había escondido el manuscrito, la bibliografía más importante acerca de Lessing y todo el fichero en casa de personas no sospechosas. Se llevaron e hicieron trizas todos los papeles que quedaban. Respetaron muchos de los libros, pero dañaron seriamente otros. Eran muy arbitrarios a la hora de elegir los libros que rompían o se llevaban. Sobre todo les irritaron las muchas ediciones de la *Divina Comedia* de Dante, a la que, confundidos probablemente por la palabra comedia, tomaron por literatura propagandística del «movimiento ateo». Se incautaron del coche y de la máquina de escribir. Lo mismo le ocurrió al cuadro de la señorita Rauch. En cambio, el de Immanuel Oppermann estaba a salvo; Frischlin lo había llevado a lugar seguro. También pasaron por alto un paquete con correspondencia privada. Frischlin la había enviado por distintos cauces a la dirección de Gustav; estaría aquí en los próximos días. El criado Schlüter demostró ser de confianza. La primera vez le dieron una buena paliza. Pero a pesar de todo, inmediatamente después del saqueo rescató una parte de las cosas que quedaban con ayuda de la esposa de su cuñado muerto. Fue una buena idea, porque la noche siguiente volvieron y robaron lo que aún quedaba. Frischlin había escondido en casa de la señorita Rauch las cosas que había supuesto especialmente importantes para Gustav.

—¿Pudo ayudarles la señorita Rauch? —preguntó Gustav.

—No mucho —respondió Frischlin. Había mostrado una extraordinaria buena disposición, pero en la práctica había servido para poco. La señorita Rauch estaba muy ocupada con sus propios asuntos, añadió, con marcada contención. En cambio, habló calurosamente de Mühlheim, con el que se había entendido a las mil maravillas. Mühlheim rogaba a Gustav que le llamara, a ser posible, esa tarde, entre las seis y las siete, al hotel Bristol.

Eran alrededor de las seis de la tarde cuando Gustav regresó a su hotel. Ahora tenía que hablar con Mühlheim, pero no quería saber nada de negocios, nada de los astutos rodeos que, naturalmente, eran el único medio razonable en la lucha con los populares. Pero se trata de su casa, a la que quiere. Es horrible pensar que quizá pronto haya mercenarios populares revolcándose en sus hermosas habitaciones. Tenía que hablar con Mühlheim. Pero cuando la telefonista del hotel se puso, en el último instante no dio el número de Mühlheim, sino el de Sybil.

Muy pronto escuchó la voz de Sybil. Estaba sorprendida, quizá atemorizadamente sorprendida, pensó él con ligera desconfianza. Tal vez fuera imprudente llamar en estos tiempos desde el extranjero. Pero para Sybil el peligro era extremadamente pequeño, no tenía por qué mostrar tanta contención. Pensó en lo seca y fríamente que Frischlin le había hablado de ella. Y sin embargo anhelaba verla, anhelaba el olor de su cuerpo infantil. Le pidió de todo corazón que viniera, la necesitaba en estos momentos. Ella aceptó de inmediato. Pero cuando él quiso fijar una fecha titubeó; telegrafiaría mañana, como mucho pasado mañana. Gustav no sabía que estaba pensando en Friedrich Wilhelm Gutwetter; pero sintió que le ocultaba algo y se entristeció.

También el relato de Frischlin, por claro y exhaustivo que fuera, le parecía ahora insatisfactorio. Probablemente los acontecimientos generales de Alemania empezaban a interesarle de forma mucho más ardiente que su casa y su manuscrito. Había esperado que Frischlin empezara a hablar de ellos por sí mismo; pero Frischlin no lo había hecho, y él había tenido miedo de presionar a ese hombre lúcido y consciente de sus objetivos.

Por la noche, al fin, en un pequeño y bonito restaurante que Gustav había descubierto, Frischlin habló de las cuestiones generales. No era fácil, empezó, obtener detalles auténticos hoy en día en Alemania; las autoridades se esforzaban con éxito en cubrirlo todo con un manto de niebla. Por eso, su relato tendría que ser muy incompleto. Pero Gustav no tardó en apreciar que los nombres, datos y lugares de los que Frischlin hablaba con certeza eran terriblemente abundantes.

Entre las secciones de mercenarios estacionadas en Berlín, las de más tristemente famosa reputación eran las Secciones de Asalto 17 y 33, las llamadas Secciones de la Muerte. Los lugares de los que se hablaba con mayor espanto eran los sótanos de los locales populares de la Hedemannstrasse, la General Pape Strasse y distintos lugares de Kopenick y Spandau. En ellos, dijo Frischlin, y su comentario resonó consternado en medio de un relato por lo demás muy sobrio, una vez que se derrumbe el poder de los populares, se pondrán lápidas en memoria del más profundo oprobio de Alemania. Lo más escalofriante en el proceder de la policía secreta y los mercenarios, siguió contando, es el sistema elaborado hasta el último detalle, la organización, el orden burocrático-militar con el que se ejecutan los malos tratos y las muertes. Todo es registrado, firmado, de todo se levanta acta. Después de cada maltrato, la víctima tiene que ratificar por escrito que no ha sido maltratada. En caso de muerte, el médico testifica que el fallecido ha sufrido un ataque al corazón. El cadáver es entregado a los familiares en un ataúd sellado con plomo, cuya apertura está prohibida bajo la más severa de las penas. Para aquellos que son liberados después de maltratarlos hay ropa interior y vestidos limpios, para que la ropa manchada de sangre no llame demasiado la atención; los maltratados han de comprometerse por escrito a devolver la ropa después de lavarla en un plazo de veinticuatro horas. También hay que pagar por el tratamiento y la manutención en los locales de los populares, no mucho por otra parte, un marco diario por el alojamiento, un marco por la manutención y el tratamiento. Por la manutención y el tratamiento de aquellos a los que matan, es decir, los fallecidos de ataque al corazón o abatidos a tiros al intentar fugarse, tienen que pagar los supervivientes. El tratamiento se extiende al aspecto psíquico, y no carece de cierto humor. Por ejemplo, a los prisioneros se les pone en el gramófono canciones populares; ellos tienen que cantarlas, y se les marca el ritmo con varas de acero y porras de goma.

Los populares parecen querer ampliar su sistema a gran escala. Levantan gigantescos campos de concentración para «educar en las cualidades necesarias para el espíritu de la nueva época» a los prisioneros. En esa educación también emplean métodos psicológicos. Por ejemplo, pasean a los presos por las calles en grandes y ridículas procesiones y les obligan a ejecutar grotescos coros: «Somos cerdos marxistas, somos perros judíos», y cosas por el estilo. En ocasiones obligan a algunos individuos a subirse encima de cajas, hacer flexiones y exclamar a cada flexión: «Yo, perro judío, he traicionado a mi patria, he

mancillado mujeres arias, he robado las arcas públicas». A veces, los prisioneros han tenido que trepar a árboles, álamos por ejemplo, para gritar desde lo alto y durante horas afirmaciones como ésas.

Por lo demás, tanto en los sótanos de los cuarteles de los mercenarios como en los campos de concentración, los prisioneros tienen ocasión de familiarizarse en muy breve plazo con el programa del partido nacionalsocialista y el libro del Führer. La clase es severa. En caso de errores y negligencias se sufren duros castigos; la era del liberalismo y el humanitarismo ha pasado. Algunos, como se ha dicho, no superan las clases. Sólo en Berlín, él conoce diecisiete defunciones atestiguadas documentalmente.

De estas cosas habló el doctor Klaus Frischlin al doctor Gustav Oppermann en el pequeño restaurante de la capital federal suiza, Berna. Habló en voz baja y uniforme, porque en la mesa de al lado había gente; de vez en cuando, para humedecerse la garganta, bebía del ligero y chispeante vino, momento en el que sus manos sobresalían, llamativamente largas y finas, de las mangas. Gustav comió poco esa noche, habló también poco. No había mucho que preguntar. Klaus Frischlin narraba con exactitud, su alemán sólo era impreciso cuando citaba frases del Führer que los maltratados tenían que aprenderse de memoria.

Una vez que Frischlin hubo terminado, los dos hombres permanecieron largo tiempo sentados en silencio. Frischlin apuró despacio su copa, se sirvió cuidadosamente otra. Sólo había tres mesas ocupadas. Gustav tenía bajos los pesados párpados, parecía que estuviera dormitando.

—Una cosa más, Frischlin —se rehízo al fin. Aún no me ha dicho nada sobre el final de mi sobrino Berthold.

—¿Su sobrino Berthold? ¿Final? —preguntó Frischlin. Resultó que no sabía nada de todo el asunto.

—¿Cómo es posible? —se indignó Gustav. Pero Frischlin no estaba sorprendido. Ahora, en Alemania impedían que uno se enterase de algo acerca de sus seres más próximos si ello pudiera resultar incómodo para el gobierno. Estaba claro que los periódicos habían tenido que ocultar noticias. El que no va en busca de ellas no se entera de nada. Ya nadie va sin máscara en Alemania. La gente recalca de forma ruidosa y convulsiva lo bien que le va, y sólo después de mirar con cautela alrededor se atreve uno a susurrarle a otro lo que realmente pasa. En una gran ciudad, el vecino no sabe nada de sus vecinos, se ha acostumbrado a enterarse por la prensa de lo que ocurre en el piso de al lado. Pero los periódicos no pueden publicar cosas desagradables. En un país de sesenta y cinco millones de habitantes, se puede matar sin esfuerzo a tres mil personas, dejar inválidos a treinta mil, encerrar a cien mil, sin sentencia, sin motivo, y aun así mantener el aspecto externo de paz y orden. Sólo hay que impedir que la radio y los periódicos informen.

Gustav pidió a Frischlin que le dejara ir solo a casa. Era una noche luminosa, era tarde, las calles estaban vacías, en los soportales resonaba su paso firme y rígido. Caminaba deprisa, como siempre. Pero se sentía impedido. Frischlin había hundido en él algo que le era nuevo, muy desacostumbrado, fatigoso.

Al día siguiente, Frischlin regresó. Gustav estaba en el andén. En realidad, se alegraba de que ese hombre incómodo se fuera. Pero cuando el tren partió, fue como si los raíles no le apartaran del hombre, como si se convirtieran en hilos entre ambos, hilos que se iban desenrollando y que no se rompían por lejos que fueran. Ahora, estar solo le pareció casi peor que la compañía de Frischlin.

Edgar fue al hospital como siempre. Gina le ha dicho que hoy no debía ir; también Ruth, en contra de lo que esperaba, ha insistido en que no vaya, porque los populares han dispuesto que ese sábado, empleando todos los medios de propaganda, ha de llevarse a cabo un boicot contra los quinientos mil judíos del Reich. Los populares habían declarado que tenían que desmentir la afirmación, reforzada por miles de documentos, de que habían cometido actos de violencia contra los judíos, aniquilándolos económicamente. Ese día, muchos judíos se quedan en sus casas, muchos han salido del país. Quizá sea irracional, pero Edgar Oppermann no puede evitarlo: va a su clínica.

No tiene obligación de hacerlo. Su actividad en Alemania ha terminado. Podría irse de Berlín hoy mismo, si quisiera. Tiene honrosas propuestas de Londres, de París, la mayoría de los institutos médicos del mundo civilizado se interesan por el creador del procedimiento Oppermann. Va a aceptar una de esas propuestas. Desde luego, una gran parte de lo que ha construido aquí se perderá, porque naturalmente también ha sido expulsado el pequeño doctor Jacoby, el primero al que hubiera podido confiar su laboratorio. Se va a Palestina, como Edgar imaginó una vez, en un momento de ironía; se va en el mismo barco que Ruth. Sí, Edgar tendrá que empezar de nuevo en Londres, en París o en Milán, pasarán entre cinco y diez años antes de que llegue adonde ya habría llegado. Pondrán los medios a su disposición, pero esos medios no bastarán: habrá que empezar de nuevo, con todas las mezquindades de la gestión que ha tenido que pasar aquí para montar su laboratorio, multiplicadas, y él ya no es joven.

No es fácil dejar atrás su clínica, su laboratorio, sus salas de operaciones, a Jacoby, Reimers, la enfermera Helene, el viejo Lorenz. No puede imaginarse cómo será, lejos de su Alemania. No es sólo la

clínica, es también su vida cotidiana, su casa; pasará una eternidad antes de que haya vuelto a acostumbrarse; además, Gina se toma condenadamente en serio las pequeñas cosas. También tiene que renunciar a Ruth; no puede reprocharle que se vaya a Palestina.

La ciudad tiene el aire de un día festivo. La gente se agolpa en las calles para ver el boicot. Pasa ante numerosos carteles: «Judío», «No compres en tiendas judías», «Judá, revienta». Hay mercenarios populares, con las piernas abiertas, con botas altas, abriendo sus estúpidas y jóvenes bocas para decir a coro: «Hasta que el último judío no esté muerto / no habrá pan ni trabajo». Quizá Gina y Ruth tenían razón, y ha sido una insensatez ir hoy a la clínica. Pero no puede dejar en la estacada el caso Peter Deicke. Peter Deicke, caso 978, dieciocho años, paciente de tercera clase; estaba desahuciado hasta que le trajeron aquí. La primera intervención no bastó. Tal vez la segunda tampoco será suficiente; pero en cualquier caso es el único medio que, quizá, pueda salvarle. Habría podido dejar esta segunda intervención a Reimers. No. No puede aumentar el riesgo de un resultado letal porque esos señores hayan dispuesto para hoy su necio boicot.

Camina por los largos pasillos de la clínica. Todo sigue su curso acostumbrado. En la clínica trabajan veinticuatro médicos judíos. Todos están ahí, incluso el pequeño Jacoby. Hay prisas, como siempre; no se dice una palabra del boicot, pero Edgar percibe la tensión impresa en los rostros aparentemente indiferentes. El pequeño Jacoby está pálido; a pesar de todos los remedios, hoy le sudan las manos ligeramente.

—Prepare el caso 978 —indica Edgar a la enfermera Helene. De pronto, llega el doctor Reimers. En voz baja, a su bondadosa, algo seca, manera, ruega a Edgar:

—Váyase, profesor. Es completamente insensato que se quede aquí. No es posible saber lo que hará el populacho exaltado. Cuando se vaya, quizá yo pueda sacar también al pequeño Jacoby. Es puro suicidio que esté aquí.

—Muy bien, querido Reimers —replica Edgar—, ya ha pronunciado su discurso, y ahora vamos al caso 978. Practica la intervención.

Apenas han devuelto al paciente a su sala cuando aparecen. Llevan una lista de los veinticuatro médicos judíos que trabajan en la clínica municipal. Preguntan por ellos, pero el personal opone resistencia pasiva, no les señalan a los médicos. Bajo la dirección de algunos estudiantes populares, emprenden la cacería. En cuanto han atrapado a uno, lo sacan fuera. No permiten que los médicos se quiten sus batas blancas, incluso si cogen a alguno sin bata le obligan a ponérsela. Fuera, ante la puerta principal, espera una gigantesca multitud, y en cuanto aparece otra bata blanca estalla en espantoso griterío, silbidos, salvajes insultos.

Ahora han localizado a Edgar:

—¿Es usted el doctor Oppermann? —pregunta uno con dos estrellas en el cuello.

—Sí —dice Oppermann.

—Éste hace el número catorce —dice otro satisfecho, y tacha el nombre de su lista.

—Tiene que abandonar el centro de inmediato —dice el de las dos estrellas. Venga conmigo.

El doctor Oppermann acaba de practicar una operación —interviene la enfermera Helene, su voz ya no es tan suave como de costumbre, sus redondos ojos castaños están ensanchados por la ira. Es importante —dice, controlándose— que el enfermo siga aún algún tiempo bajo su observación.

—Tenemos órdenes de poner a este hombre en la calle —dice el de las dos estrellas. Hemos de echar de aquí a los veinticuatro médicos judíos para purificar Alemania —dice solemne y oficialmente, evitando el dialecto en la medida de sus posibilidades. Y punto —concluye.

Entretanto, una de las enfermeras ha informado al director general Lorenz. Viene atronando por el pasillo, se dirige a los intrusos, poderoso, con la blanca bata al viento, la roja cabeza adelantada, como una montaña en movimiento.

—¿Qué está pasando aquí, señor? —sale de su boca dorada, como trozos de roca—. ¿Qué está haciendo? El que manda aquí soy yo, ¿entendido?

El director general Lorenz es uno de los médicos más populares del Reich, quizá el más popular; incluso alguno de los intrusos conoce su foto por las revistas ilustradas. El de las dos estrellas le ha saludado haciendo el saludo romano.

—Es la revolución nacional, profesor —explica. Judíos fuera. Tenemos órdenes de echar de aquí a los veinticuatro judíos.

—Entonces tendrán que echar a veinticinco hombres, señores, porque el viejo Lorenz se va con ellos.

—Puede usted hacer lo que quiera, profesor —dice el de las dos estrellas. Nosotros tenemos nuestras órdenes.

El viejo «ira de Dios» está desvalido, totalmente desvalido por primera vez en su vida. Ve que el profesor

Oppermann tenía razón: no es una enfermedad aguda la que sufre este pueblo, es crónica. Se rebaja a negociar:

—Deje libre al menos a este médico —dice. Yo le garantizo que saldrá del edificio.

El de las dos estrellas se muestra indeciso.

—Bien —dice al fin—, asumo la responsabilidad. Usted me responde de que este hombre no toque a un solo ario y salga del edificio en veinte minutos. Esperaremos.

Su gente suelta a Edgar, se retira.

Pero a los pocos minutos han vuelto.

—¿Quién ha tenido la desvergüenza —preguntan— de dejarse operar hoy por un judío?

El viejo Lorenz se ha ido.

—Hagan el favor de escuchar, señores —exige en su lugar el doctor Reimers; no consigue del todo mantener la voz tranquila, hay en ella un ligero gruñir.

—Usted cerrará la boca hasta que se le pregunte —responde el de las dos estrellas. Un estudiante les señala el camino hasta el operado. Entran en la sala. Reimers les sigue. Edgar, un poco tambaleante, pesada, mecánicamente, va detrás.

La anestesia es difícil en las intervenciones de las vías respiratorias. Oppermann ha ideado un procedimiento específico. El paciente Peter Deicke está consciente, pero bajo los efectos de mucha morfina. En su cabeza, una sola venda blanca, los ojos miran acuosos, con un brillo obtuso, a los intrusos. Con el rostro horrorizado, los brazos abiertos en gesto de protección, la enfermera de servicio se planta delante de la cama. Los mercenarios, con paso firme, se acercan a ella y la apartan, muda, temblorosa. Los populares son gente que sabe organizarse, lo han preparado todo bien, tienen un sello que pone «cerdo», se lo estampan a Peter Deicke, y en la venda escriben: «Yo, sinvergüenza, me he dejado tratar por un judío». Luego gritan «Heil Hitler» y bajan desfilando la escalera.

Edgar, como si no tuviera voluntad, como si hubiera hilos que tirasen de él, les sigue siempre de forma mecánica, sumido en terca y desvalida reflexión. La enfermera Helene le coge del brazo, le lleva al despacho de la dirección. Llama al viejo Lorenz. Los dos hombres se enfrentan, ambos están muy pálidos.

—Perdóneme, Oppermann —dice Lorenz.

—Usted es inocente, querido colega —dice trabajosamente Oppermann, seco, ronco, y se encoge de hombros varias veces de una forma pesada, automática—. Ahora me voy —dice.

—¿No quiere quitarse la bata? —ruega Lorenz.

—No —responde Edgar. Gracias, querido colega. Esto al menos quiero llevarlo conmigo.

—Házme el favor —había pedido Liselotte a Martin la noche antes del boicot—, no vayas mañana a la tienda.

Pensaba en los judíos de los que se sabía que habían sido apaleados o habían muerto a consecuencia de los tormentos padecidos, pensaba en los maltratados que llenaban los hospitales del Reich.

—No vayas a la tienda —pidió, acercándose mucho a él. Prométemelo.

Martin se quitó los quevedos, los limpió. Su cabello se había vuelto gris, aún más ralo, su espalda redonda, sus mejillas fláccidas.

—No me lo tomes a mal, Liselotte —dijo. Voy a ir a la tienda. No tengas miedo —le dio unas palmaditas en los hombros, cosa que antes jamás había hecho, con su fuerte y velluda mano. No me pasará nada —prosiguió. Sé muy bien hasta dónde puedo llegar. He aprendido, Liselotte.

Y sacudió de modo singular la cabeza. Había dejado de mostrar compostura y dignidad, hablaba más que antes, a veces tenía un parpadeo astuto, lleno de comprensión. Había un parecido entre él y el viejo Immanuel, sí, y entre él y su cuñado Jacques Lavendel; Liselotte lo veía con asombro. Martin se había hecho viejo, y aun así ella lo encontraba más viril, más resistente, lleno de un profundo conocimiento del mundo y de los hombres. Lo amaba mucho.

No siguió insistiendo. Se sentaron juntos en silencio. Ella volvió a pensar en los terribles acontecimientos del día de la desgracia. No pasaba una hora sin pensar en ello. Una y otra vez estaba delante de la puerta, como había estado la primera vez, cuando escuchó el estertor del muchacho. Lo veía tumbado, estirado, de espaldas. Le levantaba el brazo, que caía muerto, la pierna, que caía como si fuera de madera. Y sin embargo tenía un estertor, respiraba, tenía pulso; vivía pues. Y aun así estaba muerto, su piel estaba fría y blanca, y no hubo ningún medio de llegar hasta su conciencia. Los médicos le hicieron un lavado de estómago, otro, le calentaron, le dieron alimentación artificial, té con coñac, leche, tónicos cardíacos; se acordaba de todos aquellos nombres desconocidos: Cardiazol, Digalén, Estrofantina, Eutonón. Estuvo así tres días, vivo y sin embargo muerto, porque todos sabían que no había ningún modo de salvarlo. El

oxígeno no sirvió de nada, los lavados de estómago no sirvieron de nada, yacía con la piel blanca y fría, con estertores; no se tragaba el moco que le llenaba la garganta. El pulso iba muy despacio, y finalmente se detuvo. Pero Berthold ya estaba muerto cuando ella escuchó su estertor por vez primera, y ella lo sabía. Era Martin el que les decía una y otra vez a los médicos: «Hagan algo, ayúdenle». Ella sabía que nadie podía ayudarle. Sólo ella habría podido ayudarle, pero no lo había hecho. Se echaba toda la culpa. Martin tenía sus propias preocupaciones: su obligación era cuidar del chico.

En medio de todo esto, la desmesura de Martin había sido un consuelo para ella. Había gritado, aullado, había tenido ataques de ira. Había leído una y otra vez el manuscrito de Berthold, lo había hecho copiar, y después, como un loco, había metido en el ataúd de Berthold el manuscrito y la carta del mariscal Moltke. Luego había rezado a la manera judía, en cuclillas en el suelo, se había rasgado el traje, había rezado la oración fúnebre rodeado de nueve devotos judíos.

Había salido de los siete días de luto por su hijo como un hombre distinto. Pero ella, Liselotte, reconocía precisamente en el nuevo Martin al Martin que ella había sentido en él desde el principio. Descubría cualidades como las que ella amaba en su cuñado Jacques, la astucia en la lucha por lo que uno consideraba justo, el abandono de toda representación, la dura elasticidad cuando se trataba del fondo del asunto. Martin y ella estaban ahora, sin palabras, mucho más próximos que antes.

Jamás hablaban de Berthold.

En cambio, ahora Martin hablaba a Liselotte de la tienda por vez primera. Aceptaba sin rechistar cada humillación de Wels, pero luchaba con astucia tanto más dura por aquello que consideraba importante. Su actividad en la Gertraudtenstrasse tenía menos de un año de plazo, pero trabajaba como si no le importara. Acogía empleados judíos, despedidos de Alemana de Fábricas del Mueble a instancias de Wels.

Así que el sábado del boicot fue a la tienda como siempre. Contempló la multitud que asistía al espectáculo, curiosa, excitada. Vio los carteles en los escaparates, escuchó los coros de los mercenarios populares. Movió la cabeza. El boicot era, como la mayoría de las medidas de los populares, una vacua comedia. El argumento oficial, por el que se pretendía de este modo hacer enmudecer la indignación del mundo civilizado ante los pogromos, era necio. Incluso los ministros de los populares tenían que decirse que las quejas acerca de los malos tratos no se refutaban pegando más a los golpeados. Los verdaderos motivos del boicot eran otros. Durante catorce años, los líderes populares habían prometido a sus adeptos que podrían matar a los judíos, saquear sus casas y sus negocios. Pero apenas puestos a ello, los líderes se veían forzados por la indignación del mundo a refrenarlos. Ahora, mediante este ostentoso boicot, querían calmar a los decepcionados.

Martin hizo parar a Franzke en la esquina de la Gertraudtenstrasse, quería ver con calma cómo estaban las cosas en su tienda. No se han olvidado del nombre Oppermann, ahora que están en el poder. Han plantado delante de su tienda, que no es grande, más de una docena de mercenarios, y a uno con dos estrellas para controlar. En todos los escaparates están pegados los carteles de «No compres en tiendas judías» y «Judá, revienta». También han encontrado un retrato del viejo Immanuel Oppermann, y le han pegado humorísticamente el cartel de «Judá, revienta» de tal modo que cuelga de su boca como si estuviera diciéndolo. «Los judíos son vuestra desgracia», oye Martin gritar a coro a los jóvenes mercenarios, y en el último escaparate descubre una gran inscripción: «Que se les pudran las manos a esos judíos». Martin se mira las manos. Son rojizas y velludas, probablemente no se vayan a pudrir tan pronto.

Se detiene junto a la entrada principal. El viejo portero Leschinsky está allí con su duro rostro y su bigote gris. Pero no hace girar la puerta delante de él. También a él le han colgado un cartel al cuello: «Judá, revienta». Mira a su señor, humilde, desvalido, furioso, esperanzado. Martin no le saluda llevándose un dedo al borde del sombrero como de costumbre, sino que se quita el sombrero y dice:

—Buenos días, Leschinsky.

Pero no hace nada más, es inteligente. Cuando va a girar la puerta, el jefe del grupo se dirige a él.

—¿Es que no sabe, señor —dice—, que hoy hay un boicot contra los judíos?

—Yo soy el jefe aquí si me lo permite —dice Martin. Los otros populares uniformados le rodean, también hay otras personas escuchando, interesadas, en silencio.

—¿Ah, sí? —dice el jefe. Pues sí que es para estar orgulloso.

Y Martin, bajo las miradas de todos, entra en su tienda.

Todos los empleados están en sus puestos, pero no hay ningún comprador. En el despacho principal, Martin encuentra a los señores Brieger y Hintze. El señor Hintze ha mandado colgar en la pared el cuadro en el que puede verse a Ludwig Oppermann de uniforme, con la Cruz de Hierro de primera clase, y debajo ha hecho escribir, muy grande y muy claro: «Caído por la patria el 22 de julio de 1917».

—No debía haber hecho eso, Hintze —dice Martin, sombrío. No debería haber venido. Sólo se perjudica,

y no nos ayuda. ¿Hay alguna novedad? —dijo volviéndose a Brieger.

—Hasta ahora la gente está tranquila —informó éste. De camino aquí he visto a un guardia popular ante el pequeño estanco judío de la Burgstrasse. El hombre miró su reloj, y aún no eran las diez, el comienzo oficial del boicot. Quitó el cartel, entró en la tienda, compró unos cigarrillos y volvió a poner el cartel. También los nuestros han mirado con mucho interés unas cuantas cosas de los escaparates y preguntado por los precios. Estoy convencido de que éstos picarán, suponiendo que su jefe no les invite a llevarse las cosas sin pagar. Hoy los beneficios serán escasos. Hasta ahora han estado aquí seis clientes, entre ellos un gentil seguro. Era extranjero, andaba agitando su pasaporte. Ha venido de Daffke, y ha comprado un botón de repuesto para un sillón por sesenta céntimos. Luego estuvo la vieja señora Litzenmeier. No querían dejarla pasar, pero ella explicó que su madre ya nos compraba a nosotros, y quería escoger precisamente hoy la cama nueva para su hija. Le cortaron el pelo y le pusieron un cartel: «Yo, sinvergüenza, he comprado en una tienda judía».

—¿Qué pasó con Leschinsky? —preguntó Martin.

—El viejo se indignó —dijo Brieger—, les gritó algo, «panda de cerdos», o algo por el estilo. Estos camisas pardas que nos han tocado son tranquilos, no se lo llevaron a sus cuarteles, se limitaron a colgarle ese cartel.

El tiempo pasaba con extremada lentitud.

—Se da cuenta, señor Oppermann —dijo Brieger—, hoy celebramos el sabbat aquí en la Gertraudtenstrasse. Ya se lo había dicho.

Más tarde entraron en el despacho dos de los mercenarios. Presentaron la cuenta por la colocación de los carteles del boicot. Eran dieciocho los que habían pegado, además del que le habían colgado al portero. Pedían dos marcos por cartel, lo que hacía un total de treinta y ocho marcos.

—¿Se han vuelto locos? —estalló Hintze. ¿Vamos a pagaros porque…?

—Silencio, Hintze —ordenó Martin.

—Son las normas —dijo rígido y seco uno de los dos mercenarios. Se está haciendo así en todo el Reich.

Con expresión de ira contenida, Hintze extendió la orden para la caja.

—Dos marcos por cartel —movió Brieger la cabeza, y silbó por entre los dientes. Tienen unos precios altísimos, caballeros. Nuestros decoradores lo habrían hecho por treinta céntimos el cartel. ¿No podrían dejarlo al menos en uno cincuenta?

Los mercenarios se mantuvieron impávidos.

—Heil Hitler —dijeron, y se marcharon.

Ese día se pegaron carteles semejantes en los locales de un total de 87 204 establecimientos judíos, médicos judíos, abogados judíos. Un abogado judío de Kiel que, tras un intercambio de palabras surgido cuando un mercenario le exigió el pago de los carteles, opuso resistencia fue linchado en la comisaría. Cuarenta y siete judíos se suicidaron ese sábado.

A las dos de la tarde, Liselotte fue a la Gertraudtenstrasse a recoger a Martin. El jefe de escuadra le salió al paso, llamó su atención al respecto de que hoy había boicot a los judíos.

—Yo soy la mujer del jefe —dijo en voz muy alta Liselotte. Los mercenarios miraron a la mujer alta y rubia.

—Avergüéncese —dijo el jefe de escuadra, y escupió. Diez minutos después, Liselotte volvió a salir de la tienda, junto a Martin, por la puerta principal.

Markus Wolfsohn llegó al despacho principal de la Gertraudtenstrasse. Había sido despedido de Fábrica Alemana del Mueble.

—Muy bien, Wolfsohn —dijo Martin. Puede venir a trabajar conmigo.

Esa misma tarde se presentó ante Martin el embalador Hinkel, jefe de la célula sindical popular de Muebles Oppermann. Excitado, exigió que Martin revocara la contratación del señor Wolfsohn y de los otros tres vendedores judíos y contratase «arios» en su lugar.

—Creo —dijo amablemente Martin— que se equivoca acerca de sus facultades, Hinkel —y le enseñó un recorte de periódico. Sólo las instancias oficiales, decía, y no los directivos de las distintas organizaciones populares, podrían intervenir en la dirección de las empresas. Furioso, con los ojos entrecerrados, el embalador Hinkel miró a su jefe.

—En primer lugar —respondió—, cuando vaya de uniforme tiene usted que llamarme señor Hinkel. En segundo lugar, el decreto sólo ha sido impreso para el extranjero, y no me importa nada. En tercer lugar, sabré informar sobre su conducta en el lugar adecuado.

—Muy bien —dijo Martin. Pero ahora, señor Hinkel, asegúrese de preparar de una vez el envío para

Seligmann & Co. El señor Brieger me dijo que ha sido culpa exclusivamente suya que el envío no saliera ayer.

—El trabajo en el progreso nacional tiene prioridad —repuso el embalador Hinkel.

Esa misma tarde Franz Pinkus, un amigo y colega de Martin, le mostró un escrito con el siguiente contenido: «Después de que, a pesar de mis distintas advertencias, no me ha pagado usted hasta la fecha, le doy por la presente una última oportunidad. Si no entro en el plazo de tres días en posesión de la suma en cuestión, dado que personalmente soy nacionalsocialista le entregaré a la instancia correspondiente para que cierre su establecimiento y le interne en un campo de concentración, puesto que intenta hacer recaer sobre sus proveedores las consecuencias desventajosas del movimiento de boicot. La Nueva Alemania le enseñará el camino correcto. Respetuosamente: Sucesores de Hermanos Weber».

—¿Qué va a hacer? —preguntó Martin.

El señor Pinkus miró pensativo a Martin.

—En la factura hay una partida discutible de 7343 marcos —dijo. Le he dicho a ese hombre que si me consigue un visado de salida para mi pasaporte le pagaré.

La noche siguiente, cuando empezaba a amanecer, se presentaron en casa de Martin Oppermann, en la Corneliusstrasse. Echando a un lado a la trastornada muchacha de servicio, uno de ellos se plantó con un revólver y una porra de goma en el dormitorio de Martin y Liselotte, seguido de otros cuatro o cinco tipos, muy jóvenes.

—¿El señor Oppermann? —preguntó cortésmente el jefe.

—Sí —dijo Martin. No fue el miedo ni la voluntad de ser desagradable lo que hizo sonar bronca su voz, fue sólo que aún estaba dormido. Liselotte se había sobresaltado, miraba a los tipos con grandes ojos asustados. Era una suerte, se decía por todo el Reich, caer en manos de la policía, pero ¡ay de aquel que cayera en manos de los populares!, y éstos eran populares.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó temerosa Liselotte.

—De usted nada, señora —dijo el joven. Usted tiene que vestirse y venir con nosotros —dijo a Martin.

—Muy bien —dijo Martin.

Se esforzó en pensar qué posición ocuparía ese tipo en el ejército de los mercenarios; se sabía por la chapa del cuello, la llamada «galleta». Wels llevaba cuatro estrellas. Este de aquí tenía dos. Pero Martin no sabía qué nombre se le daba. Se lo habría preguntado, pero probablemente el joven lo habría interpretado como una burla. Por lo demás, Martin estaba muy tranquilo. Se sabía que en los sótanos de los locales de los mercenarios muchos habían muerto a golpes, se conocían los nombres, y muy pocos salían de allí completamente intactos; pero, curiosamente, no tenía miedo.

—Tranquila, Liselotte —pidió. Pronto estaré de vuelta.

—Puede que eso no dependa sólo de usted, señor —dijo el de las dos estrellas.

Le metieron en un taxi. Se sentó, decaído, con los ojos entrecerrados. Poco más puede ocurrirle. En realidad, sus asuntos en Berlín están liquidados. En la lucha contra Wels, Mühlheim ha unido su astucia judía a la astucia nórdica de un abogado querido entre los populares. Le ocurra lo que le ocurra, Liselotte tendrá para vivir.

Sus acompañantes charlaban a media voz:

—¿Y si le ponemos directamente contra la pared? Ojalá pudiéramos interrogarle *nosotros*, no los treinta y ocho.

Martin mueve la cabeza. Qué métodos pueriles. Quieren que despida a sus empleados judíos. Quizá traten de ablandarle mediante malos tratos. Han metido a grandes comerciantes, directores de empresas, en cuarteles populares y en campos de concentración, para arrancarles una dimisión voluntaria o la renuncia a cualquier título legal. Los populares quieren para ellos las industrias que los quinientos mil judíos han levantado. Quieren sus establecimientos, sus puestos, su dinero. Cualquier medio les sirve para conseguirlo. Aun así, Martin se siente íntimamente seguro. No cree que vayan a retenerlo mucho tiempo. Liselotte hará algunas llamadas y también Mühlheim.

Lo llevaron a un piso alto, a una habitación vacía. Allí estaba sentado un hombre con cuatro estrellas en el cuello del uniforme; otro, frente a una máquina de escribir. El de las dos estrellas anunció:

—Jefe de escuadra Kersing, con un prisionero.

Cierto. Los de las dos estrellas se llaman jefes de escuadra. Preguntaron a Martin sus datos personales. Luego apareció uno con un uniforme pardo con más adornos, sin estrellas en el cuello, sino con una hoja. El hombre se sentó detrás de la mesa. Era una mesa bastante grande, tenía encima un candelabro con velas, una botella de cerveza y algunos libros que parecían de jurisprudencia. El hombre revolvió en los libros. Martin miró el candelabro. Qué necia puesta en escena, pensó, y esto en la era de Max Reinhardt. Así que

éste tiene una hoja al cuello. En realidad, no es una «hoja» cualquiera, es una hoja de roble. En estas cuestiones son muy precisos.

—¿Se llama usted Martin Oppermann? —preguntó el de la hoja de roble. Ya podía usted saberlo, piensa Martin. Estandarte, se llama, se le ocurre. Jefe de estandarte se llama el que lleva una hoja así, es alguien muy importante, un capitán de bandoleros.

—Sí —dice.

—¿Se ha resistido usted a las disposiciones del gobierno? —se le pregunta desde detrás del candelabro.

—No, que yo sepa —dice Martin.

—En estos tiempos —dice ahora serio el de la hoja de roble— la resistencia a las disposiciones del Führer es un acto de traición a la patria.

Martin se encoge de hombros.

—Yo me he resistido a las disposiciones de mi embalador, Hinkel —dice—, del que no sé que se le haya asignado ninguna función oficial.

—Escriba —dice el de la hoja de roble—: el acusado niega y busca excusas. Llévese a este hombre —ordena.

El de las dos estrellas y otros tres vuelven a llevarse a Martin escaleras abajo, y luego más abajo aún, por escalones mal iluminados. Así que éste es el sótano, pensó Martin. Ahora estaban completamente a oscuras, recorrían un largo pasillo. Llevaban a Martin fuertemente cogido por los brazos.

—Vaya más deprisa —dijo una voz. Era un largo pasillo, doblaba una esquina, y otra más. Alguien le iluminó el rostro con una lámpara eléctrica. Ahora había que subir unos escalones.

—Marca el paso, hombre —se le dijo, mientras se le daba un empujón. Qué métodos pueriles, pensó Martin.

Puede que lo hubieran llevado de acá para allá durante diez minutos cuando le empujaron a una sala más grande, en penumbra. La cosa tenía peor aspecto aquí. Sobre harapos y catres yacían hombres, veinte o treinta de ellos, semidesnudos, ensangrentados, gimiendo; era difícil mirarlos.

—Di «Heil Hitler» cuando entres a algún sitio —le ordenó uno de sus acompañantes, dándole un golpe en el costado.

—Heil Hitler —dijo obediente Martin. Lo empujaron por entre las estrechas filas de los gimientes de terrible aspecto. En el aire flotaba olor a sudor, excrementos, sangre.

—En la sala de espera 4 ya no hay sitio —dijo el de las dos estrellas.

Llevaron a Martin a otra sala, más pequeña, fuertemente iluminada. Aquí había unas cuantas personas de cara a la pared.

—Ponte ahí, perro judío —dijeron a Martin, y tuvo que ponerse junto a los otros. Un gramófono tocaba el himno de Horst Wessel. «La calle libre para los batallones pardos», graznaba. «La calle libre para el hombre de la sección de asalto. A la cruz gamada, millones miran llenos de esperanza. Despunta el día de la libertad y el pan».

—Cantad —ordenaron. Agitaron las porras, y los que estaban de cara a la pared cantaron. Luego pusieron un disco con los discursos del Führer, luego otra vez el himno de Horst Wessel.

—Saludad —ordenaron, y el que no mantenía lo bastante rígido el brazo o los dedos al hacer el saludo romano recibía un golpe en el brazo o en los dedos.

—Cantad —volvieron a decir. Así pasó un rato. Luego apagaron el gramófono y reinó un total silencio en la sala.

De este modo pudo pasar una media hora. Martin estaba muy cansado, giró cautelosamente la cabeza.

—Quédate quieto —dijo alguien, y le golpeó en los hombros. Dolió, pero no mucho en realidad. Luego volvió a empezar el gramófono. La aguja está gastada, pensó Martin, y yo estoy agotado. En algún momento tendrán que cansarse de mirarme la espalda.

—Ahora vamos a rezar el padre nuestro —ordenó la voz. Obedientes, recitaron el padre nuestro. Hacía mucho que Martin no lo había oído, solamente tenía una vaga idea. Prestó atención a las palabras, en realidad eran buenas palabras. El gramófono anunciaba los veinticinco puntos del programa del partido. Ahora me estoy entrenando, en cierto sentido, pensó Martin. Seguro que Liselotte estará colgada del teléfono. También Mühlheim. Liselotte, eso es lo peor.

Estar de pie dos horas no parece gran cosa. Pero no es fácil para un hombre cercano a los cincuenta, que no está acostumbrado a los esfuerzos físicos. La luz estridente y su reflejo en la pared torturaban los ojos de Martin, el graznar del gramófono sus oídos. Fueron dos horas, pero entonces le pareció una eternidad; empezó a aburrirse de veras. Lo liberaron de la pared, volvieron a llevarlo por escaleras y oscuros pasillos hasta una habitacioncita, bastante oscura. Esta vez había uno de tres estrellas delante de una mesa con un

candelabro.

—¿Desea alguna cosa? ¿Quiere pedir algo? —preguntó a Martin.

Martin reflexionó.

—Salude al señor Wels —dijo finalmente, ambiguo. El otro le miró inseguro.

Los jóvenes volvieron a ocuparse de él. A Martin le habría gustado hablar con ellos, pero estaba demasiado cansado. El siguiente con el que habló era el embalador Hinkel. No iba de uniforme.

—He intercedido por usted, señor Oppermann —dijo, mirándole con sus estrechos ojos. Al fin y al cabo hemos estado juntos unos años. Creo que es mejor que ceda. Firme que se someterá a las disposiciones del comité de empresa y despedirá a esos cuatro, y quedará libre.

—Probablemente su intención sea buena, señor Hinkel —dijo pacíficamente Martin. Pero aquí no negociaré con usted. Sobre asuntos de negocios solamente trato en la Gertraudtenstrasse.

El embalador Hinkel se encogió de hombros.

Se asignó a Martin un catre en una pequeña sala. Le dolía la cabeza; también el punto de la espalda en que le habían golpeado dolía ahora. Trató de recordar las frases del padre nuestro. Pero las palabras hebreas de la oración fúnebre que había pronunciado no hacía mucho se interponían. Era bueno estar solo. Estaba muy agotado. Pero no apagaban la luz, le impedían dormir.

Antes de que la noche terminara, volvió a ser llevado a la sala donde le habían recibido. Detrás de la mesa con el candelabro estaba ahora uno sin hoja de roble, con sólo dos estrellas.

—Puede irse, señor Oppermann —dijo. Sólo hay que cumplimentar algunas formalidades. Haga el favor de firmar aquí.

Era una certificación de que había sido bien tratado. Martin leyó y movió la cabeza.

—Si yo tratara así, por ejemplo, a mis empleados —dijo—, no sé si firmarían esto.

—No querrá decir, señor —rechinó el otro—, que ha sido maltratado aquí.

—¿Querer? —preguntó a su vez Martin. Está bien —dijo—, no lo diré.

Firmó.

—Queda esto —dijo el hombre. Era una orden de pago por valor de dos marcos, uno por alojamiento, otro por manutención y tratamiento. La música es gratis, pensó Martin. Pagó, le dieron un recibo.

—Buenos días —dijo.

—Heil Hitler —dijo el de las dos estrellas.

Cuando Martin salió al aire libre, se sintió de pronto espantosamente mal. Llovía, la calle estaba vacía, faltaba mucho para la mañana. Aún no hace veinticuatro horas que se lo llevaron. Si al menos llegara hasta casa. Tiene las piernas muy débiles, se hunden bajo su peso. Mi reino por un taxi. Ese de ahí es un policía. El policía le mira con seriedad. Quizá le cree borracho, quizá intuye que viene del cuartel de los mercenarios. Los policías odian a los mercenarios populares, los llaman la «peste parda», les dan asco. En cualquier caso, el policía se detiene y pregunta amablemente a Martin: —¿Le ocurre algo, señor? ¿No se encuentra bien?

—Quizá podría conseguirme un taxi, agente —dice Martin. La verdad es que me encuentro así así.

—Hecho, señor —dice el policía.

Martin se sienta en las escaleras del portal de una casa. Tiene los ojos cerrados. Ahora, el hombro en el que ha recibido el golpe le duele seriamente. Es una imagen extraña ver sentado en la calle de ese modo al dueño de Muebles Oppermann, tan magullado, venido a menos. Pero ya no está de pie, está sentado, puede tener los ojos cerrados; la verdad es que, pese a lo mal que se encuentra, se siente bien. Y cuánto bien le hace la leve lluvia. El taxi viene, el policía le ayuda a subir, tiene tiempo de dar la dirección. Luego se sienta en el taxi, inclinado, casi tumbado, como muerto; duerme, ronca, en contra de su costumbre, es una mezcla de estertor y ronquido.

Cuando el chófer llega a la casa de la Corneliusstrasse, llama al timbre. La propia Liselotte abre, y tras ella, a medio vestir, está el portero, alterado y feliz al ver a Martin. Ambos le sostienen. Al llegar al invernadero, no pueden seguir. Martin se sienta en un sillón, vuelve a tener los ojos cerrados, duerme, ronca.

Entretanto también la chica de servicio se ha despertado; viene, ve a Martin, comenta algo asustada. Liselotte ha pasado realmente todo el día al teléfono, como Martin sospechaba. Es una mujer valiente, pero ha visto muchas cosas en las últimas semanas. Ha oído cosas espantosas sobre lo que los populares hacen con sus prisioneros. El abogado Josephi había sido maltratado hasta la muerte cuando lo devolvieron a su casa, tenía desprendidos los riñones; todos los médicos hablaban de prisioneros de los populares que les habían llegado en muy mal estado. Liselotte ha tenido terribles fantasías. Ahora que está delante de Martin, que le ve, durmiendo, roncando, en su sillón, en uno de los nada cómodos sillones Oppermann del

invernadero, no puede contenerse. Grita, aunque la chica está delante; su pálido rostro está rojo y completamente devastado, gruesas lágrimas corren por él, aúlla, se arroja sobre el hombre que duerme, lo palpa. Él despierta, parpadea somnoliento, esboza algo parecido a una sonrisa.

—Liselotte —dice. Bueno, bueno, Liselotte, no tan fuerte.

Luego vuelve a cerrar los ojos, ronca, y entre ella y la chica lo llevan a la cama.

Gustav cruzaba el lago de Lugano en uno de los bellos y pequeños vapores. Venía del pueblecito de Pietra, donde había visto una casa con intención de alquilarla o comprarla. Los populares se habían incautado de su casa en Berlín, estaba claro que no podría regresar tan pronto allí.

Si alquila la casa allá arriba, en Pietra, quizá no tenga que habitarla solo. Quizá Johannes Cohen se quede más tiempo, quizá pueda convencerlo de que se quede con él un par de meses allí arriba.

Sí, mañana llegará a Lugano Johannes Cohen. Su amigo de juventud. Hace dos días que Gustav ha recibido el telegrama.

Está muy excitado. ¿Debe temer el encuentro, debe alegrarse de él? Todo su ser está conmocionado. En cualquier caso, serán días de lucha.

No es posible llevarse bien con ese Johannes, pero tampoco es posible estar sin él. Durante años, durante décadas Gustav ha discutido con él, cien veces se ha dicho: ahora se acabó, definitivamente. Pero nunca se acabó definitivamente. Ese Johannes Cohen es un hombre que le irrita hasta cegarle, que le revuelve, le fuerza a pensar; pero quien le haya conocido no tiene más remedio que volver a él.

Ahora, hace catorce meses que Johannes no ha dado noticias. Ni siquiera le ha felicitado por su quincuagésimo cumpleaños. Y eso que lo que Gustav ha hecho no es motivo de ruptura ni para la más sensible de las personas. El invierno pasado, cuando los alborotos estudiantiles eran especialmente tumultuosos, Gustav le aconsejó en una enfática carta que abandonara de una vez su cátedra de Leipzig. ¿No ha conseguido Johannes lo que quería? Tras el éxito mundial de su libro *De la astucia de la idea*, o *¿tiene sentido la historia universal?*, después de que tantas universidades extranjeras le cortejaran, el reticente rectorado le ha ofrecido al fin la cátedra de Filosofía. ¿No puede conformarse con eso? Sencillamente, los estudiantes de Leipzig no le querían. ¿No había alborotos día sí y día no? ¿No podía vivir mejor y más tranquilamente de los ingresos de sus libros? Él, que tanto odiaba el dialecto sajón, ¿tenía que permanecer, precisamente en esa difícil situación, en Leipzig, entre estudiantes que le insultaban, y además en sajón? ¿Tenía necesidad de sentarse en su cátedra y esperar a que la policía le permitiese empezar la clase? ¿Por qué tenía que instruir a estudiantes que no querían ser instruidos? A aquellos que valían la pena podía llegar por medio de sus libros.

Eso era lo que Gustav había escrito a su amigo Johannes Cohen hacía catorce meses. Pero Johannes no había contestado. Desde entonces, no había dejado saber nada de él. Gustav no ha querido confesárselo, pero el silencio del amigo durante todo ese tiempo le ha ofendido amargamente. Johannes se arrogaba desde siempre el derecho de criticar a cualquier persona de manera sarcástica y perversa. Con cuánta frecuencia, cuando estudiaban juntos, le daba un sablazo y al mismo tiempo se reía de él del modo más brutal. Pero si intentaba darle un consejo, cautelosa, amistosamente, reaccionaba con indignación o, peor aún, callaba arrogante durante más de un año. Ahora se ha demostrado que Gustav tenía razón en su carta de entonces; han echado a Johannes con escarnio. Pero eso, Dios lo sabe, no es ninguna satisfacción para Gustav. Cierto, la obstinación con que su amigo se aferraba a su plaza le indignaba y repugnaba, pero en el fondo sentía respeto ante esa obstinación, por irracional que fuera, envidiaba a Johannes por ella. Si ha de ser completamente sincero, esa firmeza era para él un silencioso y constante reproche.

Respiró aliviado al recibir, hace unos días, la carta de Johannes. El hecho de que ahora, cuando necesitaba un amigo, recurriera a él le llenaba de orgullo. Enseguida le telegrafió diciéndole que viniera. Así que mañana Johannes estaría allí. Gustav caminaba arriba y abajo por la cubierta del pequeño vapor, con su paso rígido y rápido, pisando con toda la suela. Tenía ante sí, atractivo, el rostro del amigo, de un moreno amarillento, de nariz afilada, inteligente, arrogante, vivaz. Anhelaba, contento, ese alivio espiritual.

La primavera en el lago de Lugano era hoy la más hermosa desde hacía muchos años; era muy cálida, le rodeaba un silvestre y dulce florecer. Sería estupendo que Johannes pudiera pasar un mes con él allí arriba. La forzada distancia de Berlín le parecía de pronto a Gustav casi un regalo. Era un regalo que un hombre de cincuenta años tuviera la posibilidad de volver a cambiar radicalmente desde la base. Con ayuda de Johannes podría conseguirlo.

El vapor atracó. Gustav recorrió el paseo a lo largo de la playa. Tuvo que responder a muchos saludos. Quería estar solo. Fue hasta el extremo del paseo, y allí se sentó en un banco.

Muchos han dejado Alemania, pero muchos más se han quedado. Los populares no pueden matar o

encerrar a todos sus adversarios; porque dos tercios de la población son adversarios suyos. Se busca un *modus vivendi*. Se producen las más extrañas relaciones, humanas, comerciales, en estos tiempos de reordenación entre los populares y sus enemigos. Cientos de miles ascienden, cientos de miles caen, a ojos vistas. «Subimos, caemos, nos lleva el viento. / Somos como cangilones de la noria, / el destino llena éste y vacía aquél, / sube, baja, encadena lo hostil / disputando, travieso, como un niño que juega». Sí, los que subían y los que bajaban estaban unidos entre sí, y lo percibían. Por doquier, los perseguidores ofrecían a los perseguidos salvar sus puestos o patrimonios simplemente participando, y toda la revolución popular, si se miraba con atención, se disgregaba en millones de pequeños negocios recíprocos.

Gustav, esa tarde hermosa, asentado, lleno de alegre nerviosismo por la llegada de su amigo, consideraba con indulgencia las curiosas anécdotas que le habían contado.

El pintor Holsten había sido un artista de segunda fila, bonachón, arrogante, y había venido a menos, pero en sus tiempos de esplendor había tratado a su ayuda de cámara de forma generosa y amistosa, y ahora ese hombre era ayuda de cámara de un ministro popular. El ayuda de cámara tenía *savoir-vivre*, sabía pagar sus deudas, y ahora el pintor decidía quién tenía que presidir las asociaciones de artistas, quién debía recibir encargos públicos.

Un abogado popular, uno de los que más gritaban en la lucha por expulsar a los judíos de la Justicia, ayudó a un abogado judío a fugarse pasando la frontera.

—Cuento, querido colega —dijo a modo de despedida—, con que en caso necesario me prestará el mismo servicio.

Muchos de entre los nuevos señores buscaban cobertura entre los actuales perseguidos para el caso de que cambiaran las tornas.

Con un poquito de incomodidad, Gustav pensó en su amigo Friedrich Wilhelm Gutwetter. Ha leído un ensayo suyo en el que, con grandes y solemnes palabras, anunciaba el «hombre nuevo» y ha visto cómo era jaleado en los círculos populares y objeto de risa, tristeza y ataque en los círculos de sus adversarios. Gustav, convencido de la absoluta honestidad de su amigo, se habría alegrado de que no hubiera escrito semejante texto. Ayer recibió una carta de Gutwetter. Como el viaje de Gustav se alargaba, Gutwetter le pedía permiso para utilizar en su ausencia la biblioteca de la Max Reger Strasse y poder trabajar allí.

Mientras Gustav pensaba en estas cosas, ponderativo, reflexivo, se acercó un joven de poco más de treinta años, complexión ancha, rostro huesudo y cuadrado. Gustav le conocía, era un tal doctor Bilfinger, un joven y rico caballero de los Sudetes. Gustav ya le ha visto ayer y anteayer. El joven llamaba la atención, andando por ahí con su primaveral gabán gris, siempre solo, vestido de forma muy correcta, con cuello rígido, siempre con el sombrero en la mano, preocupado de su aspecto, los ojos entrecerrados mirando al frente. Titubeó al ver a Gustav, se acercó finalmente, preguntó si podía sentarse con él. Era evidente que algo le preocupaba. Gustav, a su manera fresca y complaciente, animó al desmañado caballero. Sí, dijo éste al fin, tenía toda clase de cosas que contar, y quería hablar precisamente con Gustav. A través de su amigo Frischlin, había oído algunas cosas acerca de él; en realidad Gustav estaba interesado en lo que iba a decir, y quería en cierto modo disculparse con él. Gustav quedó sorprendido al oír mencionar a Frischlin. En sí mismo, eso no era raro: se acordaba ahora de haber oído alguna vez el apellido Bilfinger en labios de Frischlin. Pero tenía la sensación de haber olvidado a Frischlin en los últimos tiempos; casi intencionadamente, pensaba en los raíles de la estación de Berna, que habían sido como hilos, y este joven Bilfinger le parecía un mensajero de Frischlin. Se le quedó mirando. El doctor Bilfinger estaba sentado allí con su gabán gris, correcto; el rostro cuadrado con el corto cabello cepillado parecía digno de confianza, poseído por una idea.

—Por favor, hable, doctor Bilfinger —pidió Gustav. Pero Bilfinger respondió que había tenido malas experiencias, sólo hablaría en un sitio en el que estuvieran a salvo de espías. Le propuso ir en coche a algún sitio con él después de la comida. Al aire libre, se podía hablar y escuchar sin ser molestado.

Por la tarde, se sentaron en un pequeño claro cubierto de césped a la orilla del lago, al sol, y el doctor Bilfinger habló. Había estado en Suabia, en una finca que iba a heredar algún día, en las cercanías de Künzlingen, con su tío, el magistrado von Daffner. El 25 de marzo había ido a Künzlingen para sacar dinero del banco. Había visto cómo tropas populares dirigidas por el jefe de estandarte Klein, de Heilbronn, ocupaban el pueblo, rodeaban la sinagoga, interrumpían —era sábado —la ceremonia religiosa. Echaron a los hombres de la sinagoga y encerraron en ella a las mujeres, sin decirles qué iba a ser de los hombres. Los llevaron al Ayuntamiento y los registraron «en busca de armas». No fue posible saber por qué razón habían de llevar los hombres armas a la ceremonia religiosa del sábado. Como siempre, golpearon a todos y cada uno de ellos con varas de acero y porras de goma, de modo que cuando salieron del Ayuntamiento la mayoría tenía un aspecto lamentable. Un septuagenario, un tal Berg, murió ese mismo día; de un ataque

cardíaco, se dijo luego. El alcalde aconsejó a los judíos, la mayoría de ellos muy queridos, que abandonasen Künzlingen enseguida: no podía garantizar su seguridad. Pero pocos pudieron seguir su consejo, la mayoría tuvieron que guardar cama.

Lo ocurrido había conmovido a Bilfinger, y acompañado de su tío, el citado señor von Daffner, había ido a la capital regional, Stuttgart, y se había presentado ante el viceministro de policía. Éste, un tal doctor Dill, llamó enseguida al alcalde de Künzlingen. El alcalde, esquivo, ora aceptaba los acontecimientos, ora los negaba. Los populares habían amenazado con que todo aquel que relatara algo acerca de los malos tratos recibiría una lección. El viceministro, para aclarar los hechos, envió a la comisión criminal de Stuttgart a Künzlingen, bajo la dirección de los comisionados de policía Weizenäcker y Geissler. La comisión constató que el relato de Bilfinger se quedaba muy corto. Pero la investigación tuvo como única consecuencia que uno de los populares pasó cuatro días en arresto y el jefe de estandarte Klein fue castigado con el traslado a otro estandarte fuera de Heilbronn. En el principal periódico de Stuttgart, el relato de los acontecimientos tenía el siguiente tenor: «En las cercanías de Mergentheim, cierto número de vecinos fueron registrados para ver si tenían armas. En el curso del registro se produjeron algunos reprobables malos tratos, por lo que uno de los agentes fue detenido».

Él era jurista, prosiguió Bilfinger, un jurista experto y apasionado, y le reconcomía que actos que infringían de forma tan clara artículos transparentes del Código Penal no fueran a ser castigados. Había estado haciendo averiguaciones en la comarca sita entre Mergentheim, Rothenburg y Crailsheim. No era fácil reunir material auténtico, porque los maltratados estaban terriblemente intimidados, algunos asustados hasta el borde de la locura. Se les había amenazado, así como a sus mujeres e hijos: si decían una sola palabra, sabrían vengarse de ellos. Esa gente impedía avanzar, se negaban, con rostro perturbado, a decir nada. Aun así él había visto heridos, había podido interrogarlos, había hablado con testigos fiables, funcionarios de policía, médicos de los maltratados, había visto fotos. Una cosa estaba clara: en esa comarca habían tenido lugar alteraciones del orden público, pogromos organizados; la paz civil se quebrantaba sin duda alguna.

En el pueblo de Bünzelsee, por ejemplo, trece hombres judíos tuvieron que recorrer las calles en procesión, bajo una lluvia de golpes, el primero de ellos con una bandera en la mano, gritando: «Hemos mentido, hemos engañado, hemos traicionado a nuestra patria». A los hombres se les afeitó la cabeza y la cara, fueron golpeados con varas de acero y porras de goma. En la población de Reidelsheim, los populares golpearon, entre otros judíos, a un maestro al que, con las palabras: «Isidor, ¿dónde está tu lista?», exigían un catálogo de las empresas que los judíos pensaban boicotear, lista que no existía. El maestro fue maltratado de tal modo que un pariente llamado Binswanger, que le visitó al caer la tarde, sufrió un ataque cardíaco al ver sus heridas. El médico cristiano que le atendió, un tal doctor Staupp, pidió al yacente que le eximiera del secreto profesional: no quería seguir viviendo en esta Alemania, sino marcharse y contar lo que había visto.

En Weissach, los nueve judíos de mayor prestigio fueron puestos de cara a la pared ante los muros del Ayuntamiento. Fueron «interrogados». Si, al responder, alguno volvía mecánicamente la cabeza hacia el que preguntaba, era golpeado. Entre los así «interrogados» había dos que habían hecho la guerra en el frente como oficiales, uno de ellos había perdido una mano allí. Muchos miembros de la población cristiana expresaron su dolor e indignación por tales acontecimientos.

En Oberstetten, una anciana judía estaba a punto de morir. Los populares apartaron a sus dos hijos de su lecho de muerte y registraron la casa «en busca de armas». El funcionario policial que asistió al registro declaró que no seguiría contemplando semejante escena. La mujer murió sin tener a sus más próximos con ella; el funcionario perdió su puesto.

Dado que a todas luces las autoridades de Württemberg, siguió contando Bilfinger, no pensaban perseguir los pogromos más allá de los cuatro días de arresto para uno de los mercenarios, él y su tío, el magistrado, habían ido a Berlín a protestar ante las instancias competentes del nuevo Reich. En todas partes se habían limitado a encogerse de hombros: una revolución no era el té de las cinco; y al insistir ellos, las cosas se habían vuelto desagradables. No se veía con gusto que personas privadas se ocuparan de los asuntos de la Justicia. Un jefe de negociado había sido condenado a diez meses de cárcel por confeccionar un listado de aquellos que, según las comunicaciones oficiales, habían muerto en enfrentamientos políticos. Por último, una persona de buena fe les había advertido que debían cruzar la frontera lo antes posible, porque de lo contrario corrían el riesgo de que se les aplicara prisión preventiva. La prisión preventiva era una medida administrativa. Se disponía tanto para proteger a la sociedad de los detenidos como a los detenidos de la sociedad; «para protegerles de la justificada ira del pueblo», se decía en los términos del nuevo poder. Imponer la prisión preventiva dependía tan sólo de la voluntad de los jefes paramilitares y de

la policía secreta. No se llamaba a un juez, no se comunicaban los motivos al detenido, no había recurso ni plazos, no se permitía llamar a un abogado. La prisión se cumplía en los campos de concentración. Éstos se consideraban centros correccionales en el sentido del artículo 362 del Código Penal. Los campos de concentración eran territorio de soberanía paramilitar, que no permitía la injerencia de ninguna otra autoridad. La mayoría de los mercenarios se reclutaban entre parados muy jóvenes. Eran ellos los que tenían que educar a los internos: profesores, escritores, jueces, ministros, dirigentes de partidos, «según las condiciones necesarias para el espíritu de la nueva era».

Esto fue lo que contó el doctor Bilfinger, sentado en una loma cubierta de césped, a la orilla del lago de Lugano. Lo contó en secos y funcionariales giros, de manera prolija, no era un buen narrador. Su agradable acento suabo guardaba extraña contradicción con lo narrado. Estaba allí sentado con su gabán gris, tranquilo, sin omitir ningún detalle; su relato duró casi una hora. Gustav escuchaba. Estaba en una postura un tanto incómoda, de forma que las piernas se le estaban durmiendo poco a poco, pero apenas cambió de posición. Al principio parpadeaba a veces de manera nerviosa, pero luego también su mirada quedó inmóvil. No interrumpió a Bilfinger ni una vez. Había oído muchas cosas y cosas peores, pero el estilo jurídicamente objetivo de este joven volvía las imágenes de sangre y suciedad más físicas que todos los demás relatos. Escuchó bien, apasionadamente. Engullía lo que el otro decía, lo acogía por completo en su ser, de forma que no sólo se convirtiera en conocimiento sino en sentimiento, en una parte de sí mismo.

Bilfinger había narrado con lentitud, de manera uniforme, sin pausa. Hasta ahora, decía, sólo había podido hablar de casos concretos. Ésta era la primera vez que lo contaba de forma cohesionada, sin cautelosos giros y circunlocuciones, de manera objetiva, como corresponde a un buen jurista. Gustav tenía que comprenderle, insistía. No eran los crímenes concretos los que tanto le habían irritado, sino el hecho de que quedaran impunes. Era alemán de los pies a la cabeza, era miembro de la hermandad de veteranos del Casco de Acero, pero también era jurista de los pies a la cabeza. Que en un pueblo de sesenta y cinco millones de personas hubiera violentos, pobres de espíritu, era algo comprensible, pero que la «no moral» el «no derecho» del hombre primitivo se anunciara como sentido y norma de la nación y se estableciera en leyes del Reich era algo de lo que se avergonzaba como alemán. Los fríos pogromos contra trabajadores y judíos, el absurdo antropológico y zoológico asentado en la legislación, el sadismo legalizado, eso era lo que le indignaba. Procedía de una antigua familia de juristas, y pensaba que una vida sin Derecho no valía la pena de ser vivida. No podía convivir con el Derecho Alemán que los nuevos dueños del poder habían implantado en lugar del romano, y que se basaba en el principio de que un hombre no era igual a otro, sino que el alemán popular era dueño por nacimiento, superior a todos los demás, y que había que juzgarlo conforme a principios distintos de los aplicados al no popular. Ni con la mejor voluntad podía considerar leyes las disposiciones de la «legislación» popular, porque parte de aquellos que dictaban esas leyes eran criminales conforme a la legislación de todos los pueblos blancos, y otra parte de ellos tenían que estar encerrados en un manicomio, tras el correspondiente dictamen médico. Un hombre, como Goering, que según una sentencia en firme de los tribunales suecos no estaba considerado en plena posesión de sus facultades intelectuales normales y por tanto no podía tener la tutela de su propio hijo tampoco podía tutelar a treinta y ocho millones de prusianos. Alemania había dejado de ser un Estado de derecho. Para él, Bilfinger, estas cosas eran fundamentales. Pensaba que el buen aire alemán estaba, por decirlo toscamente, contaminado y apestado por lo ocurrido, y más aún por el hecho de que lo ocurrido no tuviera consecuencias penales. No podía seguir viviendo en ese país. Había tirado por la borda todas sus expectativas en Alemania y se había ido. Se quedó mirando al frente con sus grandes gafas enmarcadas en oro, con el rostro anguloso lleno de amargura.

—Han roto las varas de medir del mundo civilizado —dijo, en tono encarnizado, con su acento suabo, furioso, impotente.

Gustav guardó silencio. «Han roto las varas de medir del mundo civilizado», seguía resonando en sus oídos, con el acento suabo del joven. «Han roto las varas de medir del mundo civilizado». Veía a un hombre con una regla amarilla midiendo una cosa pequeña. Podía medir quince centímetros de altura, veinte como mucho. El hombre medía y volvía a medir, y entonces rompía la regla y escribía: «2 metros». Luego llegaba otro y escribía: «2,50 metros».

Gustav guardó silencio durante más de un minuto.

—¿Por qué me lo ha contado precisamente a mí? —preguntó al fin; su voz sonó insegura, tuvo que carraspear para aclarársela. Bilfinger le miró con sus estrechos ojos, confuso, avergonzado.

—Hay dos razones —dijo— por las que pensé que era de su incumbencia. En primer lugar, porque entonces firmó aquel manifiesto contra la barbarización de la vida pública, y, en segundo lugar, porque mi amigo Klaus Frischlin dijo de usted en una ocasión que era un «contemplativo». Sé muy bien lo que quería

decir con eso; tengo en gran consideración a mi amigo Frischlin.

Se había ruborizado ligeramente, hablaba con vergüenza.

El sol había descendido, hacía frío. Gustav, siempre con voz tomada, dijo:

—Doctor Bilfinger, le agradezco que se haya dirigido a mí —luego, muy deprisa, prosiguió—: Hace frío. Tenemos que volver.

En el camino de regreso, dijo:

—No hablemos ahora, doctor Bilfinger. No tiene sentido hablar de ello.

¿Qué se podía decir ante un relato así, si se amaba a Alemania? ¿Y qué quería decir: amaba? Resonaron en su interior unos viejos versos, no sabía si los había escrito él mismo u otro: «¿Amas tú a Alemania? Pregunta sin sentido: / ¿Puedo amar lo que yo mismo soy?».

Bilfinger dijo:

—He escrito, con datos muy precisos, lo que he visto y lo que otros me han contado. Lo he atestiguado ante notario y lo he reforzado mediante declaraciones juradas. Así lo han hecho, en cuanto pudieron huir al extranjero, los que podían dar fe de ello, como testigos y como víctimas. Si quiere, le enviaré el memorándum. Pero es muy largo y nada agradable de leer.

—Le ruego que me lo envíe —dijo Gustav.

No pudo cenar esa noche, no pudo dormir esa noche, y el plan con el que había coqueteado de comprar o alquilar la casa de Pietra le parecía ahora completamente absurdo.

El joven doctor Bilfinger ha tirado por la borda su ventajosa posición en Alemania, ha abandonado Alemania por el hecho de que algo así pudiera ocurrir y quedar impune. Y Bilfinger es alemán, sólo alemán, igual a aquellos que golpean. Para él, Gustav, es peor. Él es igual a aquellos que golpean e igual a aquellos que son golpeados.

Un hombre es maltratado, le patean los riñones hasta tal punto que se le desprenden, sus huesos quedan al descubierto. Eso es lo que ha leído, lo que le han contado, desde Prusia Oriental, desde Silesia, desde Franconia, desde el Palatinado. Pero han sido palabras muertas. Sólo ahora, tras el relato de este joven suabo, las cosas se han vuelto reales. Ahora las ve, las percibe. Los golpes de los que ha oído hablar abren heridas en su propia piel.

No, no puede quedarse sentado en Pietra, inactivo, en estos tiempos.

Las olas pasan, el sentimiento y el pensamiento de los hombres pasan como las olas. Pero a los hombres les ha sido dado hacer posible lo imposible. No se puede remontar dos veces la misma ola, pero el hombre puede. Dice: «Detente, ola». Retiene lo perecedero en la palabra a la que da forma, en la piedra a la que da forma, en el sonido al que da forma.

Otros engendran hijos para perpetuarse. A él, Gustav, le ha sido dado a veces transmitir a otros la belleza que ha sentido. Es un «contemplativo», ha dicho Frischlin. Ésa es una gran obligación. ¿No tiene el deber de transmitir la ardiente indignación que ha sentido?

El dominio de los populares ha sido implantado con acontecimientos de una atrocidad que Occidente no creía posible desde hacía siglos. Pero ellos han cerrado Alemania herméticamente. Quien dice a los alemanes lo que ocurre en su país, quien se lo susurra tan sólo, es perseguido hasta la tercera generación. En la Kurfürstendamm de Berlín, en la Jungfernstieg de Hamburgo, en la Hohe Strasse de Colonia, no se ha visto ni oído ninguna de esas atrocidades: triunfantes los populares, no existen. ¿No habrá que gritárselas en los sordos oídos a los de la Kurfürstendamm, la Jungfernstieg, la Hohe Strasse, no habrá que ponérselas ante los obtusos ojos, para que sus sentidos despierten de una vez? ¿No será su ira una buena arma para tal fin?

A la mañana del día siguiente, Gustav volvía a estar en su banco al final del paseo del lago, solo. Los acontecimientos son extraños. Si no hubiera firmado aquel —cierto— superfluo manifiesto, no estaría sentado aquí, Bilfinger no le habría hablado, quizá anduviera por ahí como uno de aquellos que recorren la Kurfürstendamm, la Jungfernstieg, la Hohe Strasse, ciegos, sordos, con el corazón y los sentidos cerrados. Así que lo que le ha arrastrado hasta ahí es un azar, y sin embargo ningún azar.

Ningún azar. Frischlin ha dicho que era un «contemplativo». Sabe lo que Frischlin quería decir. «El que actúa siempre carece de conciencia; nadie tiene conciencia salvo el contemplativo». Está orgulloso de que Frischlin le haya llamado contemplativo.

El joven Bilfinger ha «plasmado documentalmente los acontecimientos», va a enviarle el escrito. Gustav tiene miedo físico a ese escrito. Tiene miedo a estar tumbado en su cuarto, al pequeño y ridículo escritorio de su hotel. Abajo, en el *dining-room*, tocarán música, se bailará en el salón, la gente se sentará en el bar, beberá, coqueteará, y el escrito con el sobrio y terrible relato yacerá en el cajón de su escritorio.

Si al menos Johannes Cohen estuviera allí. Es condenadamente difícil discutir esto con uno mismo. Gustav se figura el rostro moreno, amarillento, enjuto, inteligente, sarcástico, de su amigo. Le daría una paliza si supiera en qué cielos y en qué abismos ha pasado la última noche. Menos mal que viene esta tarde.

Estaba tan ensimismado en sus ensoñaciones que se sobresaltó ligeramente al oír su nombre:

—Hola, Oppermann.

Era Rudolf Weinberg, director de la gran fábrica de artículos higiénicos. El elegante y obeso caballero preguntó si podía sentarse con él. Estaba visiblemente contento de haber encontrado a Oppermann. Normalmente no le gustaba, explicó, caminar más de diez minutos seguidos; pero aquí hay que ir hasta el otro extremo del paseo para librarse de las quejas con las que los muchos refugiados le martillean a uno los oídos. Se había sentado con un gemido.

—Uno puede compadecerse de ellos, pero no sirve de nada que además le amarguen a uno sus pocos días de vacaciones con sus lamentos. Desde luego que las cosas están mal, muy mal. Pero vamos a dejar que los populares se organicen y se arreglarán. Todos mejoran en cuanto están verdaderamente arriba. Y desde el punto de vista económico la historia no va mal. Naturalmente que han pasado cosas terribles. No se puede barrer sin una escoba. Pero, con la mano en el corazón, ¿no son excepciones esos incidentes? ¿No ha mejorado la situación? Cuando voy por Berlín, apenas noto diferencias. Y están poniendo el grito en el cielo. No hacen más que tonterías. No hacen más que excitar a la gente con sus gritos. Si uno abre los periódicos, parece que en Alemania no se puede cruzar la calle sin ser agredido. No creo que eso sea cierto.

El señor Weinberg se sentaba opulento al bello sol y sacudía la cabeza ante la sinrazón del mundo.

—Hum —dijo pensativo Gustav, y las arrugas verticales aparecieron en su frente. ¿De manera que cree que esa gente tiene malas pulgas? Interesante. Realmente interesante. Dígame, Weinberg —prosiguió, con mayor viveza—, usted tiene una sucursal en Münich. ¿Cómo están las cosas allí? ¿Ha estado en Münich en los últimos tiempos?

—Sí —dijo Weinberg—, he venido aquí pasando por Münich.

—¿Y podría tal vez informarme —prosiguió amablemente Gustav— de cómo está el abogado Michel? Le quitaron la chaqueta, le cortaron los pantalones de forma ridícula, de modo que se vieran los calzoncillos, y le colgaron del cuello un cartel: «No volveré a quejarme de los buenos populares». Así lo pasearon por el centro de la ciudad. Parecía bastante vapuleado. He visto fotos. ¿Y sabe usted cómo está el gran rabino de Münich? A él lo llevaron fuera de la ciudad, le golpearon y, finalmente, lo dejaron a una hora de distancia de la ciudad, casi desnudo. Era una noche fría. ¿Y ha oído hablar del abogado Alfred Wolf? Tuvo un enfrentamiento con un colega cristiano, empleó toda clase de material contra ese colega. Ahora, el colega se ha convertido en ministro de Justicia. Luego, el abogado Wolf desapareció en un campo de concentración. ¿Ha oído hablar de los campos de concentración, Weinberg? Porque ahora hay campos de concentración en Alemania, cuarenta y tres hasta la fecha. Debería ver uno algún día, Weinberg. ¿Cuántos kilómetros hay hasta Oranienburg? Unos treinta, creo. Si un día hace una excursión en coche al lago, pare en Oranienburg. Allí podrá ver toda clase de cosas, no necesitará esforzarse mucho. El abogado Wolf fue a parar al campo de concentración de Dachau. Es uno de los peores. «Dios mío, déjame callau / que no vaya a parar a Dachau», rezan en Baviera. Pero el abogado Wolf no se quedó callado, y fue a parar a Dachau. Es rico, y tiene muchos contactos que se pusieron en marcha. Hubo algún tira y afloja. El propio Führer intercedió ante el ministro de Justicia, pero éste insistió: «Ese hombre es mío». Sea como fuere, tres días después un policía se presentó ante la madre del doctor Wolf y le preguntó si su hijo no padecía del corazón. La mujer supuso que su hijo había pretextado una dolencia cardíaca para que lo trataran mejor. «Sí —dijo a toda prisa—, siempre ha tenido un corazón débil». «Por eso fue —respondió el policía. Es que acaba de morir». Entregaron el cadáver en un ataúd sellado, contra la declaración jurada de que no sería abierto. ¿No ha oído nada de eso en Münich, Weinberg?

El fabricante Weinberg se removía incómodo en su banco. Oppermann no hablaba en voz baja, y casi todo el mundo aquí entendía alemán. Ah, cómo había podido olvidarse; Oppermann se había expuesto, justo antes del momento culminante, el muy idiota.

—Claro, claro —le tranquilizó—, han ocurrido cosas terribles. Nadie lo niega. Yo mismo lo he dicho. Pero sólo en los primeros días. Ahora hace mucho que el gobierno ha detenido eso, se lo aseguro. Y todo el movimiento antisemita amainaría si los judíos del extranjero se tranquilizasen. Lo sé. He hablado con personas importantes, gente que se alegraría de poder quitar por entero ese punto de su programa. Pero los del extranjero lo impiden. Siguen instigando, en vez de construir puentes de plata. Le digo, Oppermann, que va en interés de todos nosotros, también en el suyo, desmentir las exageraciones. Ese griterío no hace más que perjudicar a los judíos que se han quedado. Al fin y al cabo, usted mismo querrá volver algún día.

Gustav calló. El señor Weinberg supuso que sus argumentos habían causado impresión y trató de

calmarlo por completo:

—Por lo demás, en lo que concierne al abogado Wolf —dijo—, desde luego que el caso es muy lamentable. Pero, entre nosotros, ese hombre era un mal tipo. Me han dicho que uno de los más antipáticos entre nuestros contemporáneos.

—Es posible —dijo Gustav. Sabe, Weinberg, es curioso lo de la simpatía. Es posible que, por ejemplo, tampoco usted le sea del todo simpático a éste o al otro. Pero ¿le parecería adecuado que, por ejemplo, yo le tirase al lago por semejante motivo?

Weinberg se puso en pie.

—Hay que disculparle algunas cosas por su estado de pánico —dijo con dignidad. Pero se lo aseguro seriamente, Oppermann, el que no se expone no corre peligro. Lo crea o no, yo personalmente no he percibido nada de todo ese antisemitismo. Le digo, Oppermann, que usted mismo podrá regresar a Alemania dentro de algún tiempo. Verá que los cobradores del coche cama agradecen su propina exactamente igual que antes, y el guardia de tráfico responderá las dudas de su chófer con la misma amabilidad que hace un año.

—Tiene razón —dijo Gustav—, no se debe ser descontentadizo.

Una vez que el señor Weinberg se hubo marchado, se quedó mirando el alegre paisaje, con las arrugas verticales en la frente. Su parpadeo nervioso había empeorado. Ha entrenado poco en los últimos tiempos. Tenía la gran cabeza inclinada, como si buscase algo. La cháchara del señor Weinberg le había conmovido más hondamente de lo que él mismo reconocía.

Eran muchos los que hacían como el señor Weinberg. Recorrían las anchas calles del oeste de Berlín, vivían en sus grandes casas y no querían ver lo que ocurría en otros barrios, en los sótanos de sus propias casas. Pensaban que había paz y orden en Alemania. Se enfadaban mucho cuando se hablaba de las cien mil personas internadas en campos de concentración y de los cuarenta millones a los que se amenazaba con ellos para que mantuvieran la calma. Callaban, enterraban tan hondo lo que sabían que finalmente ni ellos lo creían. Se unían, todos, actuando y tolerando, para falsear necia y descaradamente la verdad. «Han roto las varas de medir del mundo civilizado», oía con claridad el acento suabo de Bilfinger, y veía al hombre con el centímetro amarillo y le veía escribir: «2,50 metros».

Estaba allí sentado, la cabeza inclinada, sombrío. Rechinando levemente los dientes. Quizá sea inútil, quizá vaya en contra de la razón, pero es preciso hablar. Obligan a sus prisioneros a subirse encima de una caja, hacer flexiones y exclamar:

«Yo, cerdo marxista, he traicionado a mi patria». No se puede vivir y callar y mirar la tosquedad y la frescura con la que falsifican la verdad.

Miraba fijamente al frente, con la mente perdida. En alguna parte, sonó un reloj. Él acogió en su interior el sonido de las horas, mecánicamente primero, luego penetrando hasta su consciencia. Salió de su ensimismamiento. Hace mucho que su hora habitual de comer ha pasado. De repente nota que está hambriento, emprende el camino de regreso. Vuelve por el paseo con paso rápido y rígido. Se burla de sí mismo: ¿Qué es lo que le está pasando? ¿Qué es lo que quiere? ¿A qué se agarra? Es un comerciante berlinés del año 1933, interesado en cuestiones literarias, con un patrimonio suficiente. Por haber puesto una firma, vanidosa e irreflexivamente, al pie de un documento bastante superfluo, ha padecido varias incomodidades. ¿Y por eso quiere entrar a formar parte de los profetas? ¿Qué se les ha perdido a los ricos entre los profetas? Ésa es la interpretación correcta. «Saúl entre los profetas» significa: ¿qué se le ha perdido a ese rico entre los profetas? Pero él es un «contemplativo», ha dicho Frischlin. Bilfinger ha hablado con él porque es un «contemplativo». Al parecer, suponen que eso compromete. Absurdo. Qué romántico, qué anacrónico. Si siente usted el impulso hacia la grandeza, señor doctor Oppermann, entonces haga el favor de acometer su Lessing. También el doctor Frischlin haría mejor en dedicarse más al Lessing que al orden del mundo. Otros están llamados a decir lo que ocurre, a gritarlo, a sacudir al mundo. ¿Cómo se le ocurre a usted, señor doctor Oppermann? ¿Quién se lo ha encargado?

Se fue a comer. Comió bien y con apetito. Junto con el hambre, se esfumaron los arrebatos necios y románticos. Se acostó, se durmió y durmió bien, sin soñar.

Le despertó Bilfinger, que traía los documentos. Enseguida todo volvía a estar allí, y le habría gustado arrojarse sobre los documentos sin perder un instante. Tiene que tenerlos asimilados antes de que llegue Johannes Cohen, para que éste no pueda confundir sus sentimientos.

Bilfinger no cejaba. Bilfinger no se fue, Bilfinger se quedó. El doctor Oppermann le había escuchado una vez, estaba obligado a seguir escuchándole; estas cosas no le afectaban menos que a él. El apasionado jurista Bilfinger seguía allí, mirando a Gustav a través de sus gafas con montura dorada, hablando con frases secas, listas para la imprenta. Desde siempre, los alemanes tendían a sustituir el Derecho escrito por

la autoridad de un solo caudillo. Ya en tiempos de los romanos habían considerado que un derecho vinculante para todos iba contra el honor del individuo, y si odiaban a los romanos no era porque quisieran implantar entre ellos el Derecho romano, sino el Derecho mismo. Preferían someterse al juicio de un superior en el que creían que al de unos parágrafos establecidos conforme a la razón. Pero por desgracia, el Führer aprueba el crimen. El Führer ha saludado como compañeros suyos a populares condenados por el brutal asesinato de un trabajador. Una cosa así refuerza al pueblo en la sensación de que lo que importa no es el veredicto, sino únicamente la «inspiración momentánea» del Führer. Esto conduce a acontecimientos como los que él ha visto en Württemberg.

No le había sido fácil, dijo aún, irse de Alemania. No sólo dejaba Alemania atrás, sino también la expectativa de una honrosa carrera, la expectativa de una hermosa finca en la que su familia tenía su casa desde hacía más de cien años, dejaba además una muchacha a la que amaba. Ahora le ha planteado la disyuntiva de venir con él y abandonar esta Alemania hasta que vuelva a ser un Estado de Derecho o liberarle de sus compromisos.

Esto fue lo que Bilfinger expuso a Gustav, preocupado, diligente, suabo y justo.

Mientras Bilfinger hablaba, Gustav miraba los documentos. Ahí estaban, tal como él los había imaginado, grandes, pesados, sobre el delicado escritorio del hotel. Apenas Bilfinger se hubo marchado, se lanzó sobre ellos. Los cogió, los leyó. Sí, emanaba de ellos la misma excitación que ayer del relato de Bilfinger. Otra vez cobraban cuerpo las secas palabras. El sadismo organizado, el refinado sistema de humillaciones, el aplastamiento burocratizado de la dignidad humana, todos los acontecimientos de los que los documentos hablaban con sobriedad funcionaria, se le transformaban en agitadas imágenes. Estaban ahí, estaban en su retina. Eran muchos documentos, los leyó con atención durante un tiempo torturadoramente largo, necesitó dos horas hasta terminar.

Luego, con movimiento pesado y mecánico, abrió el cajón para dejarlos en él. Pero el cajón era pequeño, y ya contenía un paquete de cartas. Lo sacó. Era el paquete de correspondencia que Frischlin le había enviado. Encima estaba la admonitoria tarjeta que él había dictado en su momento, al cumplir los cincuenta años: «Se nos ha encargado trabajar en la obra, pero no nos ha sido dado culminarla».

Golpeó a Gustav como un rayo. Los raíles de la estación de Berna, hilos entre él y Frischlin, desenredándose hasta el infinito, pero nunca rompiéndose. Bilfinger, el mensajero. «¿Quién me lo ha encargado?», se ha preguntado, tranquilamente, hace pocas horas, ha comido y se ha echado a dormir.

Se quedó mirando fijamente la tarjeta. Klaus Frischlin, como acostumbraba, había escrito su nombre a máquina y dejado espacio para la firma de puño y letra. Gustav cogió la pluma y puso su nombre al pie de la tarjeta. La dejó sobre los documentos de Bilfinger y lo colocó todo ordenadamente en el cajón.

Se sentó delante, con los brazos apoyados sobre el cristal del ridículo y pequeño escritorio, parpadeando enérgica y dolorosamente.

Por la noche, fue a la estación a recoger a Johannes. Aún era muy pronto, el tren llevaba retraso. Finalmente, entró en la estación. Gustav buscó el rostro amarillento y vivaz de su amigo, expectante ante el chiste perverso con el que pensaba saludarle. Bajó mucha gente, también conocidos; era de noche, no se veía toda la estación. Gustav buscó mucho tiempo, pero buscó en vano. Sorprendido, profundamente decepcionado, regresó al hotel. Quizá Johannes le había pasado por alto y había ido allí directamente. Pero tampoco lo encontró en el hotel. Johannes no había venido.

Tampoco estaba allí a la mañana siguiente. Gustav telegrafió. Esperó todo el día. Sin respuesta. Al día siguiente vino un telegrama: «Johannes gravemente impedido próximos tiempos. Richard». Gustav se sobresaltó. Richard era el hermano de Johannes. ¿Qué podía impedir gravemente a Johannes?

Otros dos días después, recibió una carta de un desconocido, matasellada en Estrasburgo, en la que por encargo de Richard Cohen se le comunicaba que Johannes había sido detenido el jueves por paramilitares e internado probablemente en el campo de concentración de Herrenstein.

En lo que a él se refería, respondió Gustav a la carta de Friedrich Wilhelm Gutwetter, le rogaba que utilizara libremente su biblioteca, o más bien los restos de su biblioteca. Por desgracia, hasta donde él estaba informado, ahora eran otras instancias las que se consideraban facultadas para otorgar o negar semejante permiso. Si Gutwetter lograba entrar a la Max Reger Strasse, podía examinar con atención qué había en su biblioteca, los huecos y, sobre todo, los ejemplares dañados y rotos. Había en Alemania muchas colecciones de libros en el mismo estado de deterioro, y también los propietarios de las colecciones se encontraban en ese estado cuando no se habían ido a tiempo. Una vez que Gutwetter había descrito en grandes palabras cómo sería el «hombre nuevo», podía hacer el favor de describir también los padecimientos de aquellos hombres viejos que, en extremo inocentes, habían de pagar por el surgimiento

del «hombre nuevo».

Gutwetter, al leer esto, movió su tranquila y amable cabeza.

—¿Qué pretende nuestro amigo? —dijo, sorprendido, a Sybil. ¿A qué viene esa irritabilidad? ¿Cómo puede pedirme que describa pequeños acontecimientos privados con frases que sólo están a la altura de los acontecimientos cósmicos? ¿Pide en serio que niegue la vivencia dionisíaca, cuyo altavoz me gustaría ser, porque ha sufrido algunas incomodidades?

Friedrich Wilhelm Gutwetter experimentaba un nuevo impulso. Había recorrido su camino conforme a la ley bajo la cual lo había emprendido. Había celebrado el surgimiento del «hombre nuevo», más natural, que sigue su instinto salvaje y originario, tal como lo había hecho siempre. Nada más. No estaba sorprendido de que la historia hiciera finalmente realidad sus visiones, las visiones del poeta. En cambio, los populares estaban sorprendidos de haber encontrado una voz como la suya. Casi todos los eruditos, casi todos los artistas de importancia habían vuelto la espalda a los populares; qué suerte que de pronto hubiera allí un gran escritor que se pusiera de su parte. Lo que Gutwetter había escrito sin maldad, por sentimiento cósmico, se convertía de pronto en gran poesía política. El gobierno dio instrucciones de que se ensalzara a aquel hombre. Se le ensalzó. Todos los periódicos publicaban sus declaraciones, era estimadísimo por el Führer, se había convertido en alguien conocido de la noche a la mañana. Aun así, lejos de la pequeña ambición, él se mecía en su éxito con sonrisa indulgente. Se dejaba llevar como invitado de honor a las frecuentes grandes fiestas que organizaban los ministros populares; su tranquila cabeza de grandes ojos emergía, imponente, de la vestimenta llamativa y raída; a los fotógrafos les gustaba. Él lo aceptaba, ingenuamente halagado; igual que un adulto gusta de los juegos de los niños, dijo a un conocido.

Trató de arrastrar a Sybil en su tardía y magnífica ascensión. Ella se le pegó de buen grado, a su manera simpática y confianzuda. Mientras había permanecido cercana a Gustav había compartido sus opiniones liberales, los populares le parecían indeciblemente necios y toscos. Eso no excluía que, desde un punto de vista secular, las visiones de Gutwetter se hicieran realidad. Ella no tenía demasiado interés en las cuestiones políticas, no se comprometía. No era una visionaria como Gutwetter; lo que para el poeta era ya forma, para ella seguía entre la niebla. A su ágil, fría e infantil manera, bromeaba sobre las innumerables tonterías grotescas que se les escapaban a los populares, y Friedrich Wilhelm Gutwetter reía de todo corazón con ella.

Sin embargo, poco después la simplicidad grandilocuente de Gutwetter perdió el encanto que al principio había tenido para ella. Empezaba a encontrar insípidas, neblinosas, sus ampulosas frases; su lirismo hímnico empezaba a aburrirle. Ya había aprendido lo que podía aprender de él desde el punto de vista literario. Se le hacía pesada la infantil y repetitiva admiración de su persona. Echaba de menos a Gustav, su liberalidad, su mundanidad. Él elogiaba lo que ella tenía de bueno con discretos modales de conocedor, y la reprendía por lo que le disgustaba con igualmente discreto reproche. Después de la veneración carente de juicio de Gutwetter, necesitaba doblemente esa amistad crítica. Lamentaba haberse preocupado tan poco de las cosas de Gustav, haber mantenido una relación tan poco estrecha con el fiel Frischlin.

Gustav es un hombre complaciente. Ha habido momentos en los que ella estaba tan ocupada consigo misma que le quedaba poco tiempo para él. Jamás se lo ha hecho pagar. Tampoco lo hará ahora. Tras un largo silencio, le telegrafió diciendo que había avanzado en su trabajo lo suficiente como para poder ir.

El telegrama le llegó a Gustav en el momento en que más alejado estaba de ella. Los documentos de Bilfinger estaban en su escritorio, no tenía a nadie con quien poder hablar. Su amigo Johannes Cohen estaba en un campo de concentración en la fortaleza de Herrenstein, en Sajonia. Si cerraba los ojos podía verlo, demacrado, de pie encima de una caja haciendo flexiones, grotesco, con la noble cabeza rapada, tan sólo una cruz gamada de pelo, gritando detrás de cada flexión: «Soy el perro judío Johannes Cohen, que ha traicionado a su patria». Era horripilante. En esa visión, Johannes Cohen parecía una marioneta, un famoso bailarín que Gustav había visto una vez en una pantomima; saltaba, ágil, elástico, graznaba su frase como un papagayo. Gustav no podía evitar reírse, y la risa hacía daño. Ahora, más aún que antes, después de la detención de Johannes Gustav se veía tironeado entre la sobria razón y la pasión del indignado acusador. Fue entonces cuando llegó el telegrama de Sybil, su pequeña y esbelta Sybil. No, no puede tenerla aquí ahora. No podría hablar con ella de todo esto, y no podría hablar de nada más que de esto. Hace poco la necesitaba de manera apremiante, y ella se mantuvo al margen. Ahora no le quedaba más remedio que rechazarla. Lo hizo de un modo suave, lo más cuidadoso posible.

Sin embargo, Sybil no apreció el gesto, no vio más que el rechazo. Torció los labios en un mohín de niña, empezó a llorar igual que una niña. Lloró inconteniblemente, tendida boca abajo, con la almohada empapada. Pero, poco a poco, su decepción se transformó en ira. Gustav estaba proscrito en Alemania, se

ponía en riesgo quien afirmaba conocerle, quien trataba con él. Ella iba a cargar con eso, iba a ir a verle, y él, con gesto indiferente y arrogante, rechazaba su amistad. Él nunca se ha esforzado seriamente por compenetrarse con ella. Precisamente porque en lo más hondo de sí misma sabía que había perdido a ese hombre por su propia culpa, estaba indignada con él. No respondió a su carta.

Dejó de sentir aburrimiento cuando Gutwetter le hacía la corte, a su manera silenciosa y anticuada. Pronto no se vio a Gutwetter más que en su compañía.

Cuando el estudiante Berthold Oppermann no apareció en el aula en aquella ocasión para pedir disculpas, el catedrático Vogelsang se puso furioso. Había llamado a los reporteros de la prensa popular, reunido el claustro de profesores y a los estudiantes del centro, preparado un discurso cortante e incendiario, y ahora el joven judío osaba simplemente largarse y privarle de la emocionante celebración. Cuando, al llamar a casa del estudiante, se supo que Berthold Oppermann estaba mortalmente enfermo, Vogelsang no tuvo más que una sonrisa despreciativa. Esas fintas no valían con él. Agresivo, graznando, había declarado que ese insolente no conseguiría sustraerse a la expiación de su crimen mediante una fingida enfermedad. Cuando tres días después la fingida enfermedad terminó con la muerte del estudiante, el penúltimo curso tomó muy mal la declaración de Vogelsang. Al entrar en clase y empezar a hablar, se produjo el sordo zumbido, producido por rostros inmóviles, que en su día había hecho al catedrático Schulte, del instituto Kaiser Friedrich, volverse hacia la pared con los ojos llenos de lágrimas. Vogelsang no se volvió hacia la pared. Sus cicatrices enrojecieron aún más; se prometió que haría morder el polvo para siempre al espíritu de la disgregación.

Pronto le llegó la oportunidad. Porque aquellas lágrimas no habían impedido al catedrático Schulte convertirse en ministro de Educación. Bernd Vogelsang, que tenía buena relación con Schulte desde hacía años, había profundizado en Berlín su amistad con él. Nada se oponía a su traslado al Ministerio.

Pero antes tenía que despejar el campo aquí, en el instituto Königin Luise. Es el primer objetivo que se fijó al pisar Berlín. Un hombre alemán no deja un trabajo a medias.

En primer lugar, está el asunto de Werner Rittersteg. Desde luego el procedimiento contra él ha sido suspendido, es el líder reconocido de sus compañeros. Pedell Mellenthin se cuadra ante él casi tanto tiempo como ante el propio Vogelsang. Pero no hay duda de que los resultados de Rittersteg en lengua y matemáticas son insuficientes; conforme a las normas en vigor, no podría pasar al último curso. Por su parte, Vogelsang consideraba que aquí no había lugar para el detallismo, no se podía someter al héroe Rittersteg al oprobio de no pasar de curso. Había cosas más importantes que el conocimiento muerto, declaró, las lagunas en los conocimientos académicos estaban más que suplidas por el exceso de ética. Pero al decir esto topó con la helada sorpresa del director François. Un alumno que no aprobaba dos asignaturas no podía pasar de curso. Terco, meticuloso, el director se atenía al tenor literal de la disposición.

Bernd Vogelsang no tuvo más que una sonrisa arrogante para esa testarudez. ¿Para qué estaba el poder? Las disposiciones de la época de la decadencia y el oprobio alemán eran, ante la revolución nacional, como una telaraña ante una ametralladora. Al fin y al cabo, eran ellos quienes manejaban las palancas de la maquinaria legal. Un pequeño tirón de la palanca, y archivos enteros de anteriores disposiciones se convertirían en papel mojado. ¿Se quiere atrapar a un joven héroe en la maleza de necios parágrafos, se le quiere dificultar su carrera, su actividad en pro de la Nueva Alemania, porque sus conocimientos escolares no han soportado el azar de un examen? Estaría bueno. Hay que acabar de raíz con tan perverso sabotaje. Vogelsang promovió una disposición del Ministerio de Educación por la que había que facilitar en la medida de lo posible las pruebas, tanto en los institutos como en las universidades, a los examinandos que hubieran prestado especiales servicios a la causa nacional. Altos funcionarios anticuados objetaron que una disposición así tendría como consecuencia que en algunos casos los enfermos pudieran ser atendidos por médicos sin duda fiables desde el punto de vista nacionalista, pero no desde el punto de vista científico. El celo patriótico de Vogelsang despejó sin esfuerzo tales reparos.

Una vez dictada la disposición, volvió a presentarse ante François. Había una segunda cosa que liquidar: su enfrentamiento personal con el director. Ganaría este asalto tan victoriosamente como el primero. Cuando estaba en Tilsit, sólo podía imaginar el triunfo mostrándose férreo, ante el vencido, con el pie encima de su nuca. En Berlín ha aprendido otra modalidad de triunfo, una más silenciosa, más elegante. Ahora está sentado en el gran despacho de la dirección para saborear el triunfo, relajado con una pierna sobre la otra, los brazos cruzados, sin el sable invisible. Una sonrisa complaciente anida bajo su bigotillo trigueño, y en verdad vuelve a llevar el cuello dos milímetros más bajo.

—Me interesa, señor director —empieza, con la voz rechinante lo más alegre posible—, aclarar una cuestión más antes de dejar este centro. En su momento, no pudimos ponernos de acuerdo sobre si el

estudio del libro *Mi lucha* era adecuado en centros como éste. ¿Se acuerda, señor director?

François asiente. Mira a Vogelsang con sus ojos azules, serio, ni hostil ni enfadado. Vogelsang está a punto de saborear su última, su mejor victoria. Porque en lo más hondo de su pecho sigue llevando clavado el aguijón de no haber encontrado entonces la respuesta adecuada al escarnio hecho con el venerado libro. Con aquella anécdota del emperador Segismundo, que estaba por encima de los gramáticos, ese hombre le hizo entonces un desaire. Ahora, tardía pero certera, Vogelsang conoce la respuesta.

—Permítame, prosigue con elegancia, responder a aquella anécdota del concilio de Constanza que entonces me relató, comparando irónicamente al Führer con el emperador, con otra anécdota de la historia eclesiástica. En el sínodo de Chipre —hablaba con lentitud, marcando los puntos y las íes—, un obispo alegó las palabras del salvador ante el inválido: «Levántate y anda». Pero la palabra griega *krabbaton* le pareció demasiado vulgar a este príncipe de la Iglesia, erudito, ávido de sutilezas estilísticas, y la sustituyó por la más literaria *skimpous*. Entonces el santo sínodo se puso en pie de un salto y le gritó: «¿Acaso eres mejor que el que dijo *krabbaton*, que te avergüenzas de emplear sus palabras?».

François había escuchado atentamente. Era un hombre muy justo. No era una mala respuesta, una respuesta llamativamente buena para un popular. Se quedó allí sentado, reflexionó, y guardó silencio.

Vogelsang malinterpretó el silencio. Había aplastado al otro. Viéndolo allí sentado, pequeño, vencido por el enemigo incluso en su arma más importante, la palabra, el bienhumorado catedrático sintió incluso lástima de él. Un hombre nacionalista, cuando tiene la rodilla sobre el pecho del adversario, es generoso. Ahora te vas a enterar, muchacho. Va a dejar a ese hombre, por qué no, otros dos meses en el cargo, bajo estricto control naturalmente, de modo que no pueda seguir envenenando los corazones de la juventud. Desde luego, antes tendrá que hacer penitencia. Bernd Vogelsang quiere ver su contrición. Sin eso no lo va a dejar ir. Ese hombre debe reconocer su derrota, *expressis verbis*.

—Usted sabe —dice— que voy a hacerme cargo de la Sección de Personal del Ministerio de Educación. Le conozco mejor que la mayoría de sus colegas, pero para la decisión que pronto tendré que tomar sólo me importa una cosa: ¿cuál es su actual opinión respecto a nuestra discrepancia? ¿Da usted la razón al San Espiridón de mi anécdota? ¿Insiste en su principio de que la ética de un libro no puede llegar hasta sus alumnos si su estilo no está a su altura?

La verdad es que François no consideraba indecente la actitud de Bernd Vogelsang. Le está ofreciendo otros pocos meses de plazo, quizá incluso más. Es una tentación. Pero sabe que no se darán por satisfechos con ese único sacrificio. Le exigirán cada vez más. Tendrá que decidir una y otra vez entre cometer una nueva indecencia o ir a parar a la pobreza. Y en algún momento no podrá contenerse, y lo echarán. Su destino está decidido. Tendrá que ir a parar a la pobreza, al proletariado, sus hijos tendrán que llevar una vida dura y sombría, él una ancianidad dura y sombría. Ahora este hombre le ofrece un pequeño plazo, a cambio de una única y pequeña concesión. Ha hecho algunas concesiones, la última en el caso del alumno Oppermann. No hará más. Aún está a este lado de la frontera, aún está en sus manos decidir cómo dará el paso, si erguido o a trompicones. Una vez al otro lado, es probable que también degenere interiormente; es lo bastante viejo como para saber que el que nada tiene tampoco tiene expectativas de mantenerse honesto. Así que al menos dará erguido el paso al otro lado.

—Es muy amable de su parte, querido colega —dice—, que por así decirlo deje a mi criterio si puedo seguir aquí sentado durante algún tiempo —se levanta; involuntariamente, es como una fuga, se coloca detrás del busto de Voltaire. Sin duda, la tranquilidad y seguridad de este espacio —prosigue— merecen el pequeño *sacrificium intellectus* que me exige. Pero fíjese, querido colega —habla con redoblada cortesía, una ínfima sonrisa sobre la perilla—, no soy lo bastante flexible, tengo quizá demasiado poca «astucia nórdica» como para hacer ese pequeño sacrificio intelectual. Lo siento, pero tengo que insistir en que estamos aquí para enseñar a los jóvenes un alemán decente. Hay tanta ética en un alemán decente que podríamos renunciar a la ética de su Führer. Porque, sea ese escritor canciller o no, es un tormento leer su libro. El estudio de ese libro echará a perder el alemán de la juventud.

Ahí estaba, otra vez, la frase que había hecho callar a Bernd Vogelsang. Ese hombre está acabado, va a ser destituido: pero no se calla. En el fondo, a Vogelsang le impone semejante actitud. Ahí se ve que incluso una familia güelfa se aclimata cuando ha vivido ciento cincuenta años entre alemanes.

—Lamento sinceramente —terminó, chillón, reservado, pero no enfadado, su última visita a esa estancia — que persista en la doctrina equivocada. En estas circunstancias, difícilmente me será posible acogerle en la Nueva Alemania. Pero, si mis convicciones lo permiten, trataré de hacer que su despedida sea honrosa y fácil —y ésa era su firme voluntad.

Naturalmente, François no dijo nada a Nubecilla Negra sobre la oferta de Vogelsang y su respuesta. Por lo demás, los días de cambio fueron más agradables para él de lo que había pensado. Porque Nubecilla

Negra, que había llegado a la convicción de que el destino de su marido estaba definitivamente sellado, cambió de actitud. Desde luego, habría sido más inteligente que se hubiera adaptado a los tiempos; pero ella había sabido desde siempre que, con todo su aparente desaliño, era un hombre duro en su interior; precisamente por esa dureza se había casado con él. Naturalmente, había que intentar armonizarle con los tiempos. Pero si eso fallaba, si de pronto, como ahora, había decisiones ya tomadas, no tenía sentido seguir atormentando a su marido. Así que se volvió dulce. Trataba de consolarle. Decía que ahora podría terminar en paz su manuscrito *La influencia del hexámetro antiguo en el estilo de Klopstock*, que era para lo que él valía. Entretanto, ella se esforzaría en encontrarle un puesto en algún colegio privado o en el extranjero. Sería duro. Pero tenían tres años, en tales circunstancias era lo que podían aguantar con el capital de que disponían, y quizá le dieran una pensión, y en cualquier caso se las arreglarían.

El consuelo hizo bien a François. Siempre había sabido que Sócrates tuvo que tener sus motivos para casarse con Xantipe.

Jacques Lavendel comunicó al magnate de la economía Friedrich Pfanz que pensaba abandonar Alemania y liquidar sus negocios allí. Friedrich Pfanz era uno de los hombres que sostenían los hilos que hacían bailar a los dirigentes populares, y Jacques Lavendel era uno de sus socios de confianza. Como americano, Jacques Lavendel habría podido permanecer sin riesgo en Alemania. No quería.

—Soy justo, Pfanz —dijo. Sé que es sólo una parte de ustedes la que ha hecho estas canalladas. En el fondo es un pueblo decente, lo admito. Durante catorce años, ha tenido que soportar la más abominable propaganda antisemita… usted sabe cómo se ha hecho, en parte es culpable de ella… y en realidad es un milagro que después de todo esto no hayan ocurrido más cosas. *Well*. Pero en este momento el aire entre ustedes está demasiado viciado para mí. Soy un capitalista. Entiendo sus motivos. Sé que nada podía sanear su descompuesta economía salvo llamar en su ayuda a esa chusma piojosa. Pero fíjese, soy capitalista y soy judío. Si usted me dice: vamos a matar a los judíos, pero sólo nos referimos a los sindicalistas, eso no hará que mis judíos resuciten.

A Pfanz le habría gustado conservar a Lavendel en el país. Le dijo que todo esto era un período de interinidad, que pronto volverían a someter a esa chusma, que el ejército estaba listo para aplastar a los mercenarios, que los oficiales volverían a gobernar en vez de los sargentos, que él mismo estaba decidido a entrar en el gobierno. Y propuso a Lavendel incluirlo en la gran operación de reaseguro para la cual él iba a cargar con el incómodo puesto de ministro.

Pero Jacques Lavendel no se echó atrás.

—Le creo, Pfanz, dijo con su voz ronca, cuando dice que el famoso Führer empezará a sentir el tirón de las riendas cuando usted entre en el gobierno. Pero mire, ya no soy joven, ya no soy codicioso, ya no soy curioso. Me basta con ver sus acciones en el noticiero de algún cine extranjero, mientras aquí hacen la gran colada. Prefiero formar en espíritu en sus filas. Así que, que le vaya bien, Pfanz, ya nos veremos cuando se haya arruinado.

Previendo esta evolución, ya había preparado con mucha antelación la liquidación de sus negocios. La estructura de los mismos era opaca. Controlaba una serie de grandes sociedades inmobiliarias, y resultó que esas sociedades eran en realidad insolventes. Necesitaban grandes subvenciones oficiales, o los bancos hipotecarios perderían su dinero. Como también muchos bancos hipotecarios estaban subvencionados por el Reich o por los Länder, la retirada de Jacques Lavendel de sus negocios en Alemania representaba un sensible daño para el Reich. Jacques Lavendel tomó nota de ello moviendo la cabeza, con una sonrisita apenas perceptible.

Era verdad que no era un hombre codicioso. Él y Klara habían decidido tomarse unos años de vacaciones. Primero se retirarían a su hermosa propiedad de Lugano. Habían invitado a los tres hermanos Oppermann a ir allí después de Pascua. También Heinrich estaría para esas fechas. Jacques Lavendel había dejado a la elección de su hijo terminar sus estudios en Europa o en América. Heinrich prefería seguir en un país germano-parlante: terminaría sus estudios en Zurich o en Berna. Eso alegraba a Jacques Lavendel. Tenía su punto de aprecio por Alemania.

Antes de abandonar el país, Heinrich aún tenía que resolver cierto asunto. Su denuncia ante la fiscalía había provocado que en la vivienda de los Lavendel apareciera un policía de la Brigada de Investigación Criminal y le interrogara de forma tosca e incompleta. Su testimonio no había tenido otras consecuencias ni para Werner Rittersteg ni para él mismo. Werner ni siquiera parecía haberse enterado. Heinrich no podía dar el asunto por terminado en ese estadio. Cada vez crecía más en él la idea de que Werner Rittersteg, con sus Jóvenes Águilas y su perversa propuesta en el club de fútbol, había enterrado a Berthold. Mientras pensaba, esforzada e inútilmente, en cómo resolver la cuestión, el propio Werner vino en su ayuda.

La muerte de Berthold no había dejado impávido al Larguirucho pero, con lógica primitiva, se decía que ahora que Heinrich había perdido a su mejor amigo, quizá fuera más accesible a sus cortejos. Su padre había cumplido su promesa y había puesto un motor fueraborda en su bote de remos, guardado en un cobertizo en el lago de Teupitz. De pasada, como si nada hubiera ocurrido, Werner invitó a Heinrich a ir con él algún día al lago y probar el motor. Y, mira por donde —a Werner Rittersteg se le paró el corazón por la alegre sorpresa—, tras una brevísima reflexión, Heinrich aceptó. Sí, se ofreció a llevar él mismo a Werner a Teupitz.

Así que cogió en secreto el coche de su padre, y los dos muchachos fueron a Teupitz. Heinrich conducía bien y con seguridad. Subieron al bote y surcaron el tranquilo lago. Werner estaba confuso, encogido, pero el interés técnico de Heinrich por el bote le ayudó a superarlo. En general, Heinrich se mostró monosilábico, pero no enfadado. Se sentaron en el gran restaurante, ahora casi desierto, bebieron una mezcla de cerveza y zumo de frambuesa, comieron salchichas. Anocheció antes de que emprendieran el viaje de regreso.

Werner iba en el coche con sentimientos encontrados. Habían charlado como compañeros, pero eso era todo; la cosa no había llegado tan lejos como él había esperado. Incluso ahora daba la impresión de que Heinrich se arrepentía de haber ido con él. En cualquier caso, estaba extremadamente silencioso.

—¿Adónde vas? —preguntó Werner, con renovada esperanza, cuando Heinrich salió de la carretera principal.

—Este camino es más bonito —dijo Heinrich—, y sólo es un poquito más largo.

Ya era de noche, los faros arrancaban a la oscuridad un trozo de bosque, había una luna pequeña y muy tenue. Heinrich conducía muy despacio, la angustia de Werner aumentaba.

—Podríamos parar y dar una vuelta —dijo, con voz ahogada.

—Muy bien —dijo Heinrich; paró y apagó los faros.

Entraron en el bosque. El suelo era húmedo y desigual, hacía bastante frío y estaba muy oscuro. Había un agradable y fuerte olor a tierra y pinos. Reinaba un completo silencio, sus pasos no hacían ruido en el suelo húmedo y blando; sólo de vez en cuando, alguna rama, al pisarla, crujía bajo sus pies. Soplaba un viento muy leve.

Werner, en la oscuridad, tropezó varias veces. De pronto, Heinrich le agarró. Primero, Werner pensó que quería evitar que se cayera, pero Heinrich le puso la zancadilla y lo derribó en tierra.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —gritó Werner.

Heinrich no respondió, le cogió por la nuca y le hundió la cabeza en el húmedo suelo, hasta que le faltó el aliento.

—Le metiste un cuchillo en las tripas a Karper, cerdo. Acabaste con Berthold. Ahora vas a ver cómo se acaba con alguien.

Hablaba bajo, jadeante, enérgico. Apretaba cada vez más en el suelo el rostro del otro.

—Sí, muchacho, te voy a liquidar —le dijo. Dirán que reventaste por tu causa nacional. Nadie pensará en mí. Dirán que la comuna te ha liquidado. Quizá sea un consuelo para ti. Pero un muerto es un muerto, y los discursos de Vogelsang te van a servir de poco.

Apretó con más fuerza. El otro pataleaba, no podía liberar los brazos, no podía respirar.

De pronto, Heinrich le soltó, saltó de su espalda.

—Levántate —ordenó. Pero el Larguirucho siguió tendido y no se movió. Levántate —ordenó Heinrich por segunda vez, y lo levantó. Calzonazos —dijo.

Werner estaba ahí, mísero, balbuciente, con el rostro arañado por las ramas caídas, ensangrentado, con un grueso verdugón cruzándole la frente, la ropa llena de tierra húmeda.

—Lávate y ven —ordenó Heinrich.

Él mismo, detrás de su rudeza, se sentía desvalido, miserable. Había querido resolver su asunto; había fracasado.

—Ven —ordenó al Larguirucho. Él mismo le ayudó a limpiarse un poco. Le sostuvo, le ayudó a regresar al coche.

Volvieron a casa, en silencio. Cuando llegaron a la carretera, Heinrich le hizo bajar.

El señor Markus Wolfsohn está sentado en su negro sillón orejero del piso de la Friedrich Karl Strasse. La cena ha sido escasa, pan, mantequilla, un dudoso paté. La señora Wolfsohn ahorra ahora hasta el último céntimo, controla al máximo la caja.

Esta noche, vuelve a darle su opinión al señor Wolfsohn. Ahora lo hace a menudo. Muy claro, pero no alto. No es preciso que la oigan en casa de los Zarnke. El señor Wolfsohn la entiende aunque hable bajo; ya

le ha dicho mil veces lo mismo. Hay que irse, hay que largarse, mejor hoy que mañana. Las mujeres aquí en la casa, aunque casi todos los maridos llevan la esvástica, siguen hablando con ella, pero sólo en secreto; si viene alguien, se interrumpen. La señora Hoppegart dice que las cosas aún van a empeorar. Todos le aconsejan que se vaya. Pero ¿cómo? ¿Y adónde? En el banco hay dos mil seiscientos setenta y cuatro marcos. Si le hubieran hecho caso y ahorrado más, si el señor Wolfsohn no siempre hubiera gastado tanto en muebles, ahora tendrían cuatro o cinco mil. El sillón orejero, por ejemplo. Era una ocasión, una ganga, cierto. Pero el que carece de dinero tiene que pasar de largo incluso ante las gangas.

El señor Wolfsohn la deja hablar. Cuando las cosas van mal, las mujeres protestan y «siempre lo han sabido», es una vieja historia. Sólo que no debería exagerar de ese modo. Cuatro o cinco mil marcos. Jamás habrían podido arañar tal cantidad. El único lujo que se ha permitido en su vida fue la fachada nueva. Pero entonces las cosas tenían mejor aspecto. Entonces a uno sólo lo tiraban del metro en marcha, no del país.

El señor Wolfsohn hace un tímido intento de ser optimista. Ha sido despedido de Alemana de Fábricas del Mueble, pero ¿no está de momento bajo la protección del señor Oppermann? Sólo que ahí se agota todo aquello que podría sustentar el optimismo del señor Wolfsohn. Desde aquí, todo se vuelve negro. Los comités de empresa populares acosan, el embalador Hinkel exige que le pongan en la calle. El señor Oppermann se ha dejado pelos en la gatera a causa de eso. El señor Oppermann se ha comportado de un modo muy decente, pero ¿cuánto tiempo podrá resistir?

E incluso si pudiera, ya no da alegría vivir. Si hay que seguir viviendo de este modo hasta el final, mejor abrir ahora la llave del gas. Sólo es cuestión de tiempo que le echen de Los Arenques Feos; le tienen aprecio, pero no tienen más remedio que hacerlo. Y su contrato de arrendamiento tampoco va a ser renovado. Está sentado en un derribo, la casa tiembla, por así decirlo, bajo sus pies. Seguro que hallarán los medios y las vías para meter aquí al señor Zilchow, el cuñado del señor Zarnke, antes de que termine el plazo.

En realidad los Zarnke se han vuelto mucho más ruidosos aquí, en el bloque. El Zarnke original ya no se toma la molestia de proferir amenazas. Cuando ve al señor Wolfsohn, se limita a extender el brazo y gritar: «Heil Hitler». Y el señor Wolfsohn tiene que responder «Heil Hitler». «¿Decía usted algo?», se permite a veces la broma de preguntar el señor Zarnke, y el señor Wolfsohn tiene que repetir «Heil Hitler».

Lo que se oye decir a los compañeros de trabajo, a los pocos judíos conocidos, es escalofriante. El señor Wolfsohn no quiere oírlo. Si se repite una cosa así, si se oye tan sólo, uno se encuentra, visto y no visto, en un campo de concentración.

También Marie trae a casa semejantes historias, historias horribles, los conocidos judeo-orientales de su hermano Moritz Ehrenreich se las susurran. Pero el señor Wolfsohn se niega, se rebela, cierra la boca a Marie, no lo tolera bajo ninguna circunstancia; son esos cuentos de terror los que lo llevan a uno a la cárcel.

¿Son cuentos de terror? El señor Wolfsohn se lo dice con énfasis, quiere que lo sean. Pero en una ocasión, por la noche, regresando de un inventario, vio un coche parado ante una casa del centro, uno de esos coches muy grandes en los que los populares suelen pasar a toda prisa. Tenía los faros encendidos, de manera que la calle estaba bajo una luz estridente. El señor Wolfsohn iba a dar un rodeo, pero pensó que eso llamaría la atención, así que siguió su camino por la otra acera, pasó de largo ante el gigantesco coche que, vigilado tan sólo por dos hombres, parecía muy desagradable y belicoso, con sus poderosos faros. Al parecer estaban registrando una casa, haciendo una redada o algo por el estilo. Justo cuando pasaba el señor Wolfsohn estaban sacando a alguien. El señor Wolfsohn no quería mirar, era mejor no preocuparse de nada, pero aun así no pudo evitar echar una ojeada, lleno de temerosa curiosidad. Vio a un hombre vestido con un traje marrón, parecido al que él tenía; uno le sujetaba por el cuello, otro por el brazo derecho, otro por el izquierdo; el hombre tenía la cabeza baja, parecía muy magullado. Por una mínima fracción de segundo el señor Wolfsohn vio su rostro, estaba amarillo, pálido, una gigantesca mancha morada le corría sobre un ojo.

El señor Wolfsohn no le había contado nada a Marie, pero no conseguía quitarse de la cabeza el rostro amarillo, pálido, agotado, del hombre. Desde entonces, al volver a casa, siempre que doblaba hacia la Friedrich Karl Strasse miraba temeroso si no había uno de esos grandes coches allí parado. Noche tras noche, tenía miedo a que de pronto los poderosos faros del coche cayeran sobre su ventana, aunque era algo imposible: su casa estaba demasiado alta. Se imaginaba que llamaban a la puerta en medio de la noche, y antes de que tuvieran tiempo de abrir ya estaban dentro, y le habían dado con la porra en el ojo, y uno tenía una mancha, grande como la mancha de encima del cuadro, y el rostro amarillo y pálido como el de aquel hombre.

Durmió mal durante esas noches; a Marie no le había contado una palabra de su experiencia; tanto más le afectó cuando, una noche en que yacía insomne, de pronto ella se le acercó y dijo:

—Tengo tanto miedo, Markus; miedo a que vengan hoy.

Él quiso responder algo enérgico, como que qué tontería era ésa, pero no pudo. Sólo había dicho lo que él mismo pensaba. Ya no pudo dormirse, y se dio cuenta de que tampoco ella dormía. Su miedo aumentó. Se dijo que todo eran bobadas, él no había hecho nada. En la ciudad de Berlín viven cuatro millones doscientas mil personas, ha hecho tanto y tan poco como todos ellos, ¿por qué va a tener miedo precisamente él? Pero no sirvió de nada. Pensaba en el embalador Hinkel, pensaba en el señor Zarnke, y tenía miedo, cada vez más miedo, sudaba, le dolía el estómago, deseaba que ya fuera mañana. Luego, le acometía una rabia terrible por tener que aguantar ese miedo. ¿Por qué él? ¿Por qué no el señor Zarnke? En cualquier caso, no aguantará otra noche como ésta. Lo dejará todo. Es absurdo vivir de ese modo. Simplemente se irá, al otro lado de la frontera, a alguna parte. En cualquier sitio mejor que así. Si al menos fuera ya mañana…

Igual que Markus Wolfsohn y su esposa yacían muchos en Berlín y en las ciudades del Reich. No habían hecho nada, pero existía un embalador Hinkel o un señor Zarnke, y temían que les echara encima a sus mercenarios. Sus antepasados habían vivido aquí desde hacía siglos, en la mayoría de los casos más tiempo que los de los mercenarios, y les costaba trabajo imaginar la vida en otra parte. Aun así, todos habrían abandonado a gusto este país, su patria, ¡oh, cuán a gusto! Pero ¿cómo iban a vivir en otra parte? Si tenían empresas, se les obligaba a entregarlas a cambio de nada. Si tenían dinero, no se les dejaba llevarlo consigo, y los otros países no les permitían entrar sin él. Había algunos, como el señor Weinberg, que se quedaban en Alemania porque no podían imaginar cómo salir adelante con menos dinero que hasta ahora; preferían vivir constantemente en el miedo y el riesgo y quedarse junto a su dinero.

En lo concerniente al señor Wolfsohn, por la mañana se sentía agotado. Pero cuando se duchaba y se iba a la tienda, dejaba de pensar en irse de Alemania. ¿Adónde iba a ir él? ¿A Palestina? Sin dinero no le dejan entrar a uno. ¿Y qué iba a hacer allí? ¿Establecerse como colono? ¿Cosechar olivas? ¿Pisar uvas? No se imagina cómo se hace. Se pisan las uvas, y luego se fermentan. En cualquier caso no es un trabajo agradable. Y con dos mil seiscientos setenta y cuatro marcos tampoco hay mucho que fermentar. Entre liquidar aquí y salir, historias de pasaportes, dinero para el viaje, quedarán como mucho dos mil. ¿Y a Francia? Aunque tiene una buena pronunciación en francés, se le ha olvidado mucho, y aunque pueda decir *Bonjour, Monsieur*, seguro que eso no basta para vender muebles en París.

Por lo demás, la noche siguiente fue mejor, y dos noches después dormía bien y profundamente. Pero entonces se dio cuenta de que el señor Hinkel le miraba de reojo de una forma extraña; la noche siguiente había vuelto el miedo, y la siguiente fue espantosa.

A la tercera noche, Markus Wolfsohn y su esposa se habían acostado pronto y se habían dormido; vinieron de verdad. Markus se levantó balbuciente y enjuto, con su arrugado pijama.

Marie procedió con prudencia, preguntó a esa gente qué podía llevarse Markus. De pasada, le increpó en voz baja y enérgica:

—Siempre he dicho que teníamos que habernos ido.

Él estaba completamente confuso. Ella le hizo ponerse su mejor traje, porque era el más cálido, le preparó unas cuantas cosas. Los niños se movían trastornados a su alrededor. Los policías dijeron que se los llevaran a la cama a dormir. Eran corteses, casi amistosos, no acosaban, eran verdaderos policías, no mercenarios. Cuando la señora Wolfsohn empezó finalmente a llorar, dijeron:

—No tenga miedo, señora. Pronto volverá a tener a su esposo.

La señora Wolfsohn puso de su parte para hacer realidad el consuelo. Corrió enseguida a la Gertraudtenstrasse. Allí la atendieron con amabilidad, podía estar segura de que harían lo que pudieran. Corrió a las oficinas de la comunidad judía. También allí le prometieron ayuda. Volvió corriendo a la tienda. El propio Martin la recibió, le dijo que había contratado abogados populares, los más adecuados en este caso. En cuanto supieran de qué acusaban al señor Wolfsohn, se lo dirían. La señora Wolfsohn regresó por la tarde, a la mañana siguiente, a la tarde siguiente. El señor Oppermann es paciente, el señor Brieger es paciente, también el señor Hintze.

Al tercer día pueden decirle algo. Algo fantástico: el señor Wolfsohn ha participado en el incendio del Reichstag. Marie Wolfsohn estaba preparada para cualquier cosa. Quizá hayan encerrado a su Markus por haber descontado tres marcos al sastre en el último traje que le han hecho. Quizá uno de Los Arenques Feos ha declarado que Markus ha hecho trampas al skat. Hoy en día, cualquiera que le guarde rencor a un judío puede hacerlo encerrar. Pero que acusaran a Markus Wolfsohn, a su Markus, de haber prendido fuego al Reichstag la derrumbó. Todo el mundo sabe que el señor presidente del gobierno regional de Prusia ha causado el incendio. ¿Se han vuelto completamente locos para pretender cargar ese crimen a su Markus, de la Friedrich Karl Strasse? Eso no se lo cree ni el más joven de las Juventudes Hitlerianas. Sin control, se

puso a gritar en el despacho principal de la Gertraudtenstrasse. Sorprendidos, Martin Oppermann y el señor Brieger trataron de calmarla. Le explicaron que el enorme absurdo de la acusación era un cierto consuelo, porque también las autoridades tendrían que darse cuenta de que tal acusación no podía enredar precisamente al vendedor Markus Wolfsohn ni en plena embriaguez de diversiones populares nacionalistas.

Entretanto, Markus Wolfsohn estaba en su celda. La celda era luminosa y estaba vacía, pero precisamente su desconsolada y vacía luminosidad la volvía doblemente espantosa. No tenía ni idea de por qué estaba allí, y ellos no se lo decían. Pasar tres días enteramente mudo y completamente solo en ese diminuto espacio, siempre con luz, porque también durante la noche la lámpara del pasillo arrojaba su luz cegadora sobre el cuarto, era el peor martirio que se podía haber ideado para el sociable y locuaz señor Wolfsohn. Una y otra vez, pensaba en qué podía haber hecho. No encontraba nada. Cuando se hablaba de política, siempre había estado mudo como un pez. Si pasaban mercenarios, él levantaba diligente el brazo al modo romano lo mejor que podía y gritaba «Heil Hitler». No tenía oído musical, tardó mucho en distinguir la canción de Horst Wessel de entre los muchos cantos marineros y portuarios parecidos; así que, por prudencia, en cuanto escuchaba alguna de esas melodías se ponía en pie de un salto y adoptaba la posición de firmes. Por el amor de Dios, ¿de qué le acusaban?

No se lo dijeron. Le dejaron solo, mudo, durante tres veces veinticuatro horas. Una inmensa y gris desesperanza le invadió por completo. Incluso si volvían a dejarlo salir alguna vez, estaba perdido para siempre. ¿Quién iba a emplear hoy a un vendedor judío que había sido encerrado por los populares? Pobre Marie, pensó. Qué bueno habría sido para ella seguir siendo Mirjam Ehrenreich en vez de convertirse en Marie Wolfsohn. Ahora estaría probablemente con su hermano Moritz, asistiría a actos deportivos, tendría de qué vivir, y al fondo habría palmeras y camellos. De este modo, está casada con un traidor a la patria y tiene hijos de un lobo rabioso. Si al menos no se hubiera restaurado la fachada. Ahora habría en el banco cincuenta marcos más. Es una suerte que no se lo haya pagado todo al arenque feo Schulze. Es decir, claro, quizá ha sido él el que le ha denunciado a cuenta del resto, ya se lo ha advertido por dos veces. De pronto, la voz un tanto achispada de August vuelve a resonar en sus oídos: «Tendrás suerte si al llegar el verano todavía te llevamos con nosotros». Es una maldad. Es el que más ha aportado a la caja, y ahora, en la excursión del día de la Ascensión, los otros se van de sabbat con su dinero.

Mientras los pensamientos del señor Wolfsohn giran en torno a tales cosas, todo va bien. Pero hay horas en las que no siente nada más que miedo, un miedo espantoso, aniquilador. Probablemente van a hacerle cosas horribles. Si se tratara de una pequeñez, hace mucho que lo habrían llevado ante un juez. Se acuerda de ciertos discursos del Führer en la radio: la ejecución de la pena era demasiado suave, había que volver a introducir los buenos y viejos métodos, colgar en público a los delincuentes, cortarles la cabeza con un hacha. Se imagina cómo lo llevan al patíbulo en un carro. El hombre del hacha probablemente llevará un frac. Él, Markus Wolfsohn, no llegará vivo hasta allí. Antes habrá muerto diez veces de miedo.

Canta en voz baja para darse valor. En cuanto el gran silencio desaparece, todo va mejor. Moaus zur jeschuosi canta, «amparo y roca de mi salvación». Canta sin musicalidad, pero le gusta. Es consolador oír una voz, aunque sólo sea la propia. Canta más alto. Entonces alguien entra dando voces.

—Cierra el pico, perro judío —le gritan, y la celda vuelve a estar vacía, luminosa, muda.

Es el tercer día que está allí. No se ha afeitado, está sucio, sudoroso, su bigotillo está descuidado. A pesar de la nueva fachada, ya no tiene en absoluto un aspecto elegante. Está sentado allí, obtuso, hace mucho que sus ágiles ojos han visto todo lo que se puede ver en la celda.

En ese tercer día, de repente, se apodera de él una desmedida furia. Se levanta, se queda erguido en la diminuta estancia, con un pie adelantado. El fiscal ha hablado, ha expuesto que el acusado Markus Wolfsohn es un lobo rabioso, es culpable de que se perdiera la guerra, y de que haya venido la inflación, y de que todo el pueblo alemán esté en quiebra, y pide contra él la pena de muerte por decapitación. Pero ahora tiene la palabra él, Markus Wolfsohn, y como está perdido les da a los jueces su opinión:

—Es una infame mentira, señores —dice. Soy un buen ciudadano y buen contribuyente. No he buscado otra cosa que mi tranquilidad. Por la mañana mis clientes, por la tarde un poquito de skat, la radio y mi casa, por la que pago mi alquiler puntualmente el día uno de cada mes. Vender muebles no es una acción hostil hacia el Estado. No soy culpable, Alto Tribunal. Los de la esvástica son culpables. Los señores Zarnke, Zilchow y compañía. Y, aunque no se pueda decir, es cierto todo lo que se dice de ellos. Ellos prendieron fuego al Reichstag, ellos tiran a la gente del metro en marcha, y luego llaman a un hombre de frac que corta la cabeza de las personas decentes. Esto es una loca maldad, señores.

Así arregló cuentas con sus adversarios el señor Wolfsohn, por desgracia sólo en su imaginación. Pero el juez que se sentaba ante él en negra vestimenta talar, con birrete y peluca rizada, tenía blancos y fuertes dientes y pelo rojo, y era en realidad el señor Rüdiger Zarnke.

Al cuarto día, Markus Wolfsohn fue llevado realmente ante el juez. Desde luego, éste no llevaba un traje talar negro, sino un traje corriente de paisano. Comprado hecho, constató el señor Wolfsohn. Probablemente en una cadena de tiendas que serán también tiendas judías. Ese hombre ya no podrá comprar en ellas. En el futuro, tendrá que gastar más dinero.

Le preguntaron si se dedicaba a la política y qué periódicos leía. En realidad, el interrogatorio fue relajado, incluso el señor Wolfsohn se alegró de poder volver a hablar después de tanto tiempo. El juez estaba preguntándole ahora dónde y cómo pasaba las tardes, especialmente en la segunda mitad de febrero. En esa época el señor Wolfsohn ya no iba con Los Arenques Feos, e indicó, como era verdad, que siempre estaba en casa.

—¿Siempre? —preguntó el juez. Tenía una voz fina, y al final de una pregunta subía a veces muchísimo el tono. Wolfsohn reflexionó.

—Sí, siempre —dijo.

Había allí un hombre con una máquina de escribir, y el juez le hacía tomar nota de todo.

—Entonces, ¿también estaba en casa la noche del 27 al 28 de febrero? —preguntó el juez.

—Creo que sí —dijo titubeante Wolfsohn.

—¿Qué hizo esa noche? —le preguntaron.

Wolfsohn pensó esforzadamente.

—La verdad es que no sé decirlo con exactitud. Normalmente cenamos y charlamos un rato. Probablemente luego leí el periódico y escuché un poco la radio.

—Pues esa noche tiene usted que haberlo hecho todo de forma inusualmente silenciosa —opinó el juez.

En la mente de Wolfsohn se apuntó una relación. Ajá, Zarnke, era Zarnke. Zarnke ha estado espiándole. Pero sólo pueden ir a por él si ha dicho algo, no si no ha dicho nada. Volvió a reflexionar. En la noche del 27 al 28. ¡Eh! El 28 de febrero Moritz Ehrenreich partió hacia Marsella, eso fue un martes, y el día antes habían celebrado su despedida. Naturalmente, esa noche no estaba en casa. Y, resplandeciente, dijo al juez:

—Disculpe, señor juez. Debe tener razón. La verdad es que esa noche no estaba en casa. Estaba celebrando la despedida de mi cuñado, un cierto señor Ehrenreich que partía al día siguiente, de la estación de Friedrichstrasse, allí no pude ir. Estuvimos en la *Butterblume*, una licorería de la Oranienstrasse. Pequeña, pero muy decente. Con unas salchichas estupendas, señor juez. Era el local favorito de mi cuñado.

—¿Así que ahora afirma que en la noche en cuestión estaba con su cuñado? —volvió a preguntar el juez.

—Sí, así es —declaró Wolfsohn. Se levantó acta de todo.

De vuelta a su celda, seguía sin saber qué querían de él. Pero hasta donde sabía, los culpables no eran ni el embalador Hinkel ni el arenque feo Schulze. Y que no tuvieran la culpa esos dos, sino el señor Zarnke, ese Zarnke al que desde siempre creía capaz de cualquier maldad, era para él una cierta satisfacción.

La señora Wolfsohn se sobresaltó —no había oído subir a nadie— cuando de pronto llamaron a la puerta. Eran dos hombres de uniforme pardo. Pero sólo eran el señor Zarnke y otro.

El señor Zarnke entró ruidosamente. En realidad no tenía por qué disculparse, pero, hombre de orden como era, explicó que el administrador le había pedido que echara un vistazo a la casa. La señora Wolfsohn no replicó.

—Por favor —dijo.

El señor Zarnke y el otro, que naturalmente es su cuñado, el señor Zilchow, visitan pues la casa. La señora Wolfsohn se mantiene silenciosa, reservada, cerca de la puerta. Conoce exactamente el objetivo de la visita. El piso es pequeño, no hay mucho que visitar, pero los dos caballeros permanecen en él un tiempo llamativamente largo. El señor Zarnke imaginaba que entre los judíos todo estaba sucio y deteriorado; ahora se asombra de que, en el fondo, nada sea muy distinto a como es en su casa. No puede por menos de constatar que el espacio está aprovechado con más habilidad, y en realidad siempre ha deseado un sillón así de grande. La propia señora Wolfsohn, rolliza y pelirroja, no parece, a pesar de haberla pillado por sorpresa, tan abandonada como a veces la señora Zarnke cuando se la pilla por sorpresa. El señor Zarnke es un hombre justo.

—Tiene usted la casa bien arreglada —constata—, eso hay que concedérselo, aunque su marido sea un traidor a la patria.

—¿Traidor a la patria? —dice la señora Wolfsohn. Sin duda usted no está en sus cabales —dice. Tendría mucho más que decir, algunas cosas bien fuertes y ciertas. Pero no es tonta, y desde que se llevaron a su marido se ha vuelto doblemente lista. Sabe que el silencio siempre es lo más inteligente. Se ha dado cuenta de que la casa y ella misma han hecho una impresión favorable sobre Zarnke, así que cuando insultan a Markus, ella se guarda sus certeras respuestas. Calma, calma, no va a echar a perder la buena impresión.

Quizá luego él no testifique de un modo tan desfavorable.

En conjunto, los dos caballeros están satisfechos. Solamente una cosa les molesta, el cuñado lo dice con énfasis: la mancha en la pared. Examinan su extensión.

—Me permite —dice cortésmente el señor Zarnke, y levanta un poco el cuadro *El juego de las olas*. Es un escándalo cómo se ha dejado echar a perder esto. Bonito cuadro, por otra parte.

El aprecio mostrado por el cuadro hace que la señora Wolfsohn se justifique en cuanto a la mancha. El señor Krause, explica, siempre le ha prometido a su marido mandarla arreglar; pero luego no lo ha hecho porque ellos son judíos.

—Bueno —dice Zarnke—, eso es comprensible. Pero cuando *nosotros* vengamos, naturalmente eso tendrá que cambiar.

Volvió a mirarlo todo una vez más, complacido, de un solo vistazo. Dijo «adiós» y se fueron, sin tanto estrépito como habían venido.

Al día siguiente, la señora Wolfsohn tuvo otra visita, quizá menos importante para su destino, pero llena de profundo significado para su vida interior. Y es que recibió una notificación con el sello azul del Juzgado de Primera Instancia número II, Berlín SW. La notificación era una demanda del dentista Schulze por el pago de la suma de veinticinco marcos, resto de la deuda de un tratamiento odontológico, más los costes de notificación causados.

La señora Wolfsohn se quedó mirando fijamente el formulario impreso, al que habían añadido unas pocas palabras y cifras a máquina. Así que su marido, Markus, la había engañado, se había hecho hacer el puente por su cuenta, le había ocultado dinero. Abismos se abrieron ante ella. Un hombre que engaña tan desvergonzadamente a su propia esposa y tira por la ventana el dinero de sus hijos sólo para revestirse los dientes de oro, por pura vanidad, es capaz de todo. Se sentó, nerviosa. Quizá en realidad había estado practicando en secreto políticas revolucionarias, quizá había algo de verdad en que estaba involucrado en el incendio del Reichstag. Y, naturalmente, el edredón barato que le había regalado por Navidad también era un embuste. Había pagado por él mucho más de lo que le había dicho. ¿En qué iba a creer ahora? Pero las sospechas no impidieron que siguiera trabajando en favor de su Markus con la misma energía que hasta ahora.

Por lo demás, la demanda del dentista Schulze tuvo como consecuencia una segunda visita del señor Zarnke. En el bloque de casas de la Karl Friedrich Strasse no había secretos. Se supo enseguida que la señora Wolfsohn tenía dificultades de pago, se exageró, se inventó una visita del ejecutor judicial. Ella solamente tuvo que retirar la suma del banco. Como siempre, el señor Zarnke se había enterado de la orden de pago y acudió. No dio muchos rodeos. Era cosa segura que él, es decir, su cuñado Zilchow, se haría cargo del piso en breve plazo. Sería una lástima que la señora Wolfsohn tuviera que venderle a otro a precio de saldo unos muebles que en parte eran muy adecuados. Estaba dispuesto a adelantarle cierta suma por ellos, o incluso a adquirir algunas de las piezas, con la condición de que ella pudiera utilizarlas hasta que se mudara. Ella era una mujer seria y cuidaría de que los muebles pertenecientes a otro fueran tratados y cuidados debidamente. Para no irritarle, la señora Wolfsohn no dijo claramente que no. El señor Zarnke recalcó que, sin embargo, no podía dar mucho por ellos. Alemania había sido exprimida por los judíos y los capitalistas; la gente como su cuñado y él difícilmente podían permitirse muebles como éstos.

Que Alemania había sido exprimida por los judíos y los capitalistas había sido la opinión del señor Zarnke desde siempre. Pero él había esperado que el Führer lo solucionara con mucha rapidez; esa esperanza era la razón por la que se había alistado entre los mercenarios populares. Pero habían pasado ya tres meses desde que el Führer tomara el poder y aún no había cambiado nada. El señor Zarnke estaba impaciente, más que impaciente. Todos en su sección lo sabían. En muchas ciudades del Reich, los mercenarios empezaban a amotinarse. Habían ayudado al Führer a llegar al poder, y ahora resultaba que la economía de los nuevos mandamases era aún peor que aquella contra la que se levantaron. Se había expropiado a unos cuantos ricos, pero su dinero no era para las masas; los otros ricos y los dirigentes populares se lo repartían. El presidente de la República había obtenido una finca nueva a sumar a la vieja, el presidente del gobierno prusiano se había convertido en un hombre rico, y el señor Pfanz, el presidente del gran consorcio de seguros, se había convertido en ministro de Hacienda. Era una ironía haber trabajado tanto para eso.

Así se hablaba en la sección del señor Zarnke. Él, como jefe, tendría la obligación de evitar tales habladurías, pero no lo hacía. Tampoco los otros jefes de escuadra lo hacían. El señor Zarnke, probablemente también bajo la influencia de la casa y de la personalidad de la señora Wolfsohn, empezaba a revisar todas sus concepciones políticas. Si las promesas económicas del Führer eran papel mojado, puede que también otros puntos de su programa lo fueran. Quizá los judíos no tenían la culpa de todo. Quizá el

señor Wolfsohn no había hecho la guerra, y aunque no estaba en casa la noche en cuestión, quizá no había participado en el incendio del Reichstag. Cada vez con mayor fuerza, tan rebeldes ideas se apoderaban del alma sencilla del jefe de escuadra Rüdiger Zarnke.

Así pues, no se sintió especialmente indignado cuando una mañana el señor Wolfsohn reapareció de pronto en la Friedrich Karl Strasse. Un tanto pálido, más delgado que de costumbre, pero por lo demás en modo alguno humillado y pisoteado.

Cuando vio a Markus en la puerta, la señora Wolfsohn no dio a su alegría expresión menos ruidosa que a su indignación por los sufrimientos que él había tenido que soportar; no le importaba que le oyeran al lado o no. Corrió ocupadísima de un lado para otro. Tenía que tomar enseguida un baño caliente; luego fue a por comida, y mientras la preparaba dejó abierta la puerta de la cocina, y él estaba sentado en el negro sillón orejero y ella charlaba con él. Estaba feliz de haber vuelto a casa, estaba allí sentado, miraba y escuchaba, y no hablaba mucho.

Ella le vio comer con buen apetito, lentamente, y tan sólo le dolió un poco lo que costaba. En realidad, tenía la intención de guardar en su pecho las quejas contra él hasta que hubiera terminado de comer; pero como tardaba, no se contuvo, y cuando hubo terminado el filete y el huevo y empezó con el queso, comenzó a hablar del inmenso engaño que había cometido con ella y con los niños. Él apenas se defendió. Comió el queso, lentamente, con placer, compungido, pero no demasiado.

Se había vuelto interiormente mucho más duro. Había tomado la decisión de irse a Palestina. Era pequeño y no muy fuerte. Pero alguien que, sospechoso de haber incendiado el Reichstag, ha pasado unas cuantas semanas de prisión preventiva bajo el régimen de los populares y las ha superado, como él, probablemente sea también capaz de aprender hebreo y asentarse en Palestina como campesino. La señora Wolfsohn, sencillamente, se rió de él. Pero el señor Wolfsohn se mantuvo firme. Habló del destino, leyó mucho la Biblia, leyó en la sala de lectura de la comunidad judía todo lo que pudo encontrar sobre Palestina, fue, con recomendaciones de Martin Oppermann y de Brieger, a ver a cien personas para conseguir el dinero para la emigración, no actuó con apresuramiento, pero sí con ganas de irse.

Eso no hizo que descuidara sus obligaciones en Muebles Oppermann, contemplado con odio por el embalador Hinkel, pero con una cierta admiración, porque había conseguido volver a escapar de las garras de los populares. El embalador Hinkel se daba cuenta de que, al parecer, incluso el movimiento popular era demasiado débil contra la conspiración mundial judía. Los sesenta y cinco millones de alemanes no lograban echar de su puesto a un Markus Wolfsohn.

El señor Wolfsohn había aprendido. Recordaba las noches de miedo que había pasado entre sudores fríos junto a la señora Wolfsohn, las espantosas noches en la celda iluminada. Sus experiencias también le habían vuelto más bondadoso. Ni siquiera sintió especial alegría cuando se enteró de que ahora el señor Zarnke también había sido detenido. Él y toda su sección; el ejército había aplastado a los mercenarios y los había llevado a campos de concentración. Naturalmente, Markus Wolfsohn sintió una cierta satisfacción. En una ocasión, se había imaginado cómo iba a golpear al señor Zarnke. Ahora, el destino había golpeado al señor Zarnke de un modo mucho más terrible de lo que el señor Wolfsohn había deseado; porque si la celda era ya tan terrible, cómo sería el campo de concentración.

El propio señor Wolfsohn no se entregaba a una falsa seguridad. Gestionaba aplicado su salida de Alemania, su partida hacia un cielo mejor.

Cuando tenía ya la garantía de que se aprobaría su petición de visado de entrada en Palestina, la señora Wolfsohn le contó un día que la señora Zarnke había ido a verla y le había preguntado si podía hacer algo por su marido. Era inocente como un niño y estaba en un campo de concentración, y las costas les eran sustraídas de su manutención, de modo que no le quedaban más que cincuenta y dos marcos al mes para ella y los niños; con eso no podía pagar ni el alquiler, tendría que dar el piso a su cuñado. El señor Wolfsohn aplacó el sentimiento de triunfo que quería alzarse en él, se limitó a sacudir la cabeza y decir:

—Sí, sí, así son las cosas.

Luego se dijo que, naturalmente, no podía permitirse bajo ninguna circunstancia hacer crítica alguna al gobierno sin ponerse en peligro. Pero cuando estuviera al otro lado de la frontera, estaba dispuesto a hacer a la señora Zarnke un donativo único de media libra palestina.

Jacques Lavendel cogió la torta mediana de pan ácimo, custodiada en la antigua fuente de plata de varios pisos, y la partió en dos trozos. Se reclinó en el cojín de raso en el que había bordadas letras hebreas en pesado hilo de oro. Con su voz ronca, canturreando en arameo, recitó:

—Éste es el pan de la miseria que nuestros padres comieron en Egipto. El que esté hambriento que venga a comer de él. El que esté necesitado que venga y celebre con nosotros la fiesta del Pesah. Este año

aquí, el año que viene en Jerusalén. Este año siervos, el año que viene hombres libres.

Luego se volvió a su hijo:

—Te toca a ti, Heinrich.

Y Heinrich por su parte recitó las antiquísimas preguntas que esa noche tenía que plantear el más joven de los comensales:

—¿En qué se distingue esta noche de todas las demás noches?

Todos en la mesa pensaron en Berthold; si él hubiera asistido, como era un poco más joven que Heinrich, habría sido quien recitara este fragmento.

Era la noche del 11 de abril, el 14 de Nisán del calendario judío, la noche del Seden. Esta noche es sacrosanta entre los judíos desde tiempo inmemorial; en ella conmemoran, con una celebración religiosa doméstica y un banquete, el recuerdo de la liberación de los egipcios y de la cena del Pesah. Este recuerdo seguía vivo en ellos a través de los milenios, porque «no sólo el faraón se alzó contra nosotros», dice la liturgia vespertina, «sino que en todas las épocas hay hombres que se alzan contra nosotros para exterminamos, pero Dios nos salvó con su mano».

Desde que Gustav había cumplido cincuenta años, los Oppermann no se habían reunido en tan gran número como hoy en casa de Jacques Lavendel, junto al lago de Lugano. También Joachim Ranzow y Liselotte estaban presentes. Todos se sentaban en torno a la gran mesa puesta para la celebración. Los instrumentos necesarios para el ritual constituían la parte más hermosa de la colección de Jacques Lavendel. Sobre la mesa estaba la antigua fuente de plata de varios pisos para las finas y blancas tortas de pan ácimo, y junto a ella bandejitas plateadas de todo tipo, una con un hueso y un resto de carne asada, otra con hojas de lechuga, una pequeña báscula con una mousse dulce a base de manzanas y nueces. Alrededor había copas de plata, una de ellas muy grande, llena, intacta, destinada al profeta Elías, el predecesor del Mesías, en el caso de que, como era deseable, se presentara esta noche como invitado. Jacques Lavendel había entregado a cada uno de los comensales un libro con las oraciones prescritas para la noche, un Haggadah. Poseía muchas ediciones del libro, entre ellas algunas muy antiguas, con ingenuas ilustraciones. Curiosamente, toda la fiesta era como dichos libros, apasionada, ingenua, alegre, melancólica, llena de orgullo y llena de humildad; los símbolos pueriles se alternaban con otros de más profundo significado.

Mientras la ronca voz de Jacques Lavendel chapoteaba confortable en el anticuado canturreo, Gustav hojeaba su libro de oración, su Haggadah, contemplaba las ingenuas ilustraciones. Veía al faraón en una bañera, con la corona en la cabeza y el rostro rígido: eran las diez plagas, y el agua se convertía en sangre. Ahí estaba, con el mismo rostro rígido, en su trono, y a su alrededor, seguían siendo las diez plagas, saltaban ranas. Cuando se enumeraban las diez plagas, al mencionar cada una de ellas, había que sumergir un dedo en el vino, uno tras otro, los diez dedos de la mano; luego se sacaban las gotas de la copa de la alegría, porque esa alegría había sido pagada con plagas que sufrieron otros. Las propias plagas también se recordaban por extenso. Ahí, entre las ingenuas imágenes de su libro, había judíos que arrastraban ladrillos y barro bajo el látigo de los capataces para construir las ciudades de Pitón y Ramsés. En realidad, entonces los judíos lo tenían fácil; los capataces les pegaban con simples látigos. Ahora les pegan con porras de goma y varas de acero, y se oyen historias sobre palmas de manos y plantas de pies abrasadas. Y de pronto volvió a aparecer allí la imagen que perseguía incesantemente a Gustav desde que había recibido aquel telegrama: su amigo Johannes Cohen de pie en la caja, grotescamente triangular y terminada en un borde afilado; Johannes bailaba sobre el borde, hacía flexiones, grotescas, saltaba y volvía a caer de rodillas, como si fuera un títere; a la manera de aquel famoso bailarín que Gustav había visto un día en un espectáculo de mimo, estiraba los brazos y a cada reverencia, como un papagayo, exclamaba: «Yo, perro judío, he traicionado a mi patria».

Gustav se forzó a regresar a las ilustraciones de su Haggadah. Estaban sentados en torno a una larga mesa, una reunión de judíos celebrando su banquete. Desde hacía tres mil años, celebraban así su «liberación». Es sin duda una equívoca libertad la que les ha sido otorgada. Cuando imploran a Dios que derrame su ira sobre sus enemigos, abren las puertas en señal de confianza, para que éstos se enteren también de esa confianza. Pero, gente cautelosa, como el señor Weinberg, primero echan un vistazo al pasillo para asegurarse de que no hay nadie allí que pueda oír. Aun así, creen tercamente en su definitiva liberación. Desde hace casi mil novecientos años, ponen su copa para el profeta, el predecesor del Mesías, tercamente, año tras año, y a la mañana siguiente los niños constatan decepcionados que la copa continúa llena, que, otra vez, el profeta no ha bebido de ella. «Se nos ha encargado trabajar en la obra, pero no nos ha sido dado culminarla».

Jacques Lavendel había terminado con la primera parte de la celebración religiosa. Empezaron a comer.

Hasta ese momento habían hablado en hebreo y arameo sobre la tierra de Egipto, de la que Dios había liberado a los judíos hace tres mil años; ahora se hablaba en alemán sobre la Alemania de la que aún no habían sido liberados. Porque sólo una pequeña parte podía escapar de ese país de horror; eran muchos aquellos a los que no se permitía salir, y si a uno se le permitía, veía incautado su patrimonio. Si en el extranjero se relataba lo que de espantoso estaba ocurriendo en Alemania, los populares lo tomaban como pretexto para oprimir aún más a los judíos. ¿Hay que dejar por eso de instigar al mundo civilizado contra esta Alemania de la barbarie? No. Todos en la mesa están de acuerdo sobre esta cuestión. Porque, con o sin pretextos, los populares están firmemente decididos a llevar el patrimonio de los judíos a sus bolsillos, a ocupar sus puestos, a aniquilarlos. No es posible dejarse confundir. Una y otra vez, hay que decir al mundo cómo en esta Alemania se ensalzan como virtudes instintos primarios hostiles a la cultura, cómo se eleva a religión de Estado la moral de las hordas de la selva virgen. Pero los Oppermann son gente inteligente, conocen el mundo. Y el mundo es tibio. Hay haberes en Alemania que no se quieren perder, hay intereses en suministros para las fábricas alemanas de armamento, hay temor al bolchevismo, que podría sustituir el dominio de los populares. Al lado de estas cosas, humanidad y civilización son débiles argumentos. Tiene que haber otros más sólidos para mover a intervenir al mundo.

Martin habló de sus planes. Por la humilde parte que le toca, él quiere ayudar a plantar en otro suelo lo que de bueno hay en Alemania. Desde siempre ha estado interesado en el arquitecto de interiores Bürkner. Pero Muebles Oppermann no era el sitio adecuado para él, desde allí no podía propagar eficazmente su obra. Ahora quiere llevárselo a Londres, abrir allí una tienda exclusiva sólo para distribuir los productos de ese Bürkner. No obtendrá grandes beneficios. ¿Para quién, además? Pero un hombre tiene que tener algo que hacer.

Cuando Martin dijo eso, Gustav sintió un malestar físico. Antes, se había reído en ocasiones de la «dignidad» de Martin; ahora, estaba consternado porque Martin hubiera perdido por entero esa dignidad. Nunca antes habría hablado con tanta locuacidad de su situación, sus planes, su «ocupación». Esa «ocupación»: coger lo que hay de bueno en Alemania y trasplantarlo al extranjero. Te lo pones demasiado fácil, amigo mío. Y a la propia Alemania, ¿se la entrega a la decadencia? Martin no sabe lo bien que lo tiene. Ahí está Liselotte, sentada a su lado. Su rostro es menos luminoso que antes, de acuerdo, sus largos ojos grises se han vuelto más opacos. Aun así, con qué firmeza y calma se sienta. Allá donde vaya, Martin verá siempre en Liselotte un trozo de Alemania. Y hay muchos como Liselotte, leales y duros, muchos como Bilfinger y Frischlin. Toda Alemania, incluso hoy, está llena de ellos. ¿Van a dejarlos sencillamente en la estacada? En el cajón de su ridículo escritorio del hotel yacen los documentos de Bilfinger. Johannes Cohen está en un campo de concentración, va a ser «corregido». ¿Quién sabe en Alemania de estas cosas? ¿No hay que decírselas a los alemanes? Gustav se siente muy unido a sus hermanos, todos aquí sentados a la mesa. Son inteligentes, respeta su gran sentido de la realidad. Aun así, ahora encuentra su inteligencia tibia, despegada. Quien haya visto alguna vez los documentos de Bilfinger, quien haya sentido alguna vez los tormentos de Johannes Cohen como él lo hace, ya no puede someterse a esa clase de inteligencia.

El banquete había terminado; Jacques Lavendel prosiguió con la ceremonia. Pero se mostró conciliador: no le importó que algunos de sus huéspedes se retiraran a un rincón y siguieran hablando en voz baja.

Ahí estaba Gina. Con su preocupada voz de ama de casa, habló de la difícil situación a la que se había enfrentado. ¿Debía acompañar a Edgar a París o a Ruth a Palestina? Acaban de llevar a la niña al barco. Y la niña ha rechazado seriamente la compañía de la madre. Ruth es tan independiente y tan lista. Pero, aunque se lo prohíba, en cuanto Edgar haya medio instalado su nuevo laboratorio de París, irán a Palestina a ver cómo está.

El propio Edgar nada oye de su rápida e incolora cháchara. Está sentado a la mesa, donde Jacques Lavendel salmodia, y hojea en su Haggadah. Ha aprendido hebreo siendo niño, no muy bien; deletrea con cierto esfuerzo las palabras, descifra su sentido con ayuda de la traducción. Es un cosmopolita, se ha reído desde siempre del esfuerzo de los sionistas por devolver a la vida una lengua muerta. Ahora incluso el pequeño doctor Jacoby tiene que aprender hebreo para poder subsistir allí, y la verdad es que carece de expectativas en ningún otro sitio. Él, Edgar, tiene expectativas. Pero no le alegran demasiado. Ya no es joven, a sus espaldas lleva un año difícil, y nada de lo que le espera será fácil. También él mira las ingenuas imágenes de su Haggadah. En ellas, hombres egipcios arrojan bebés judíos al Nilo. Qué métodos tan imperfectos tenían entonces. Nuestros egipcios lo hacen más a conciencia. Quieren esterilizar a todos los judíos, además de a los socialistas y a los intelectuales; sólo los populares deben reproducirse, nadie más debe estar en condiciones de participar en la fiesta.

Los del rincón vuelven a hablar de Alemania. Se esfuerzan en mantenerse imparciales. Pero su objetividad es una máscara. Su patria, su Alemania, ha resultado ser una estafadora. Uno estaba tan

firmemente asentado en esa patria, desde hacía siglos, y de pronto se le escurre bajo los pies. Consideraron con sobriedad que lo más probable era que nunca pudieran regresar, pues ¿qué otra cosa podía sustituir al imperio de los populares que la guerra, y años de sangre y de la más espantosa revolución? Pero muy en secreto, en contra de su razón, esperaban de todas maneras que las cosas fueran de otro modo. Alemania volvería a ser grande y sana como era.

Jacques Lavendel les invitó a volver a sentarse a la mesa. Había llegado a la penúltima página de su Haggadah.

—Ahora tenéis que participar —pidió amablemente.

Era la pieza final del Haggadah, aquella antiquísima canción aramea del corderito que mi padre compró por dos céntimos y al que mató el gato. Y entonces empieza el círculo de la venganza: el perro mata al gato y el palo mata al perro y el fuego quema el palo y el agua apaga el fuego y el buey se bebe el agua y el matarife mata al buey y la Muerte mata al matarife y Dios mata a la Muerte. Un corderito, un corderito. Jacques Lavendel, meciendo la cabeza, con los ojos entornados, entregado, salmodió la sencilla, profunda, melancólica canción. Las palabras arameas resonaban misteriosas; también la traducción, impresa junto al texto arameo, sonaba apagada, tranquilizadora y amenazante a un tiempo. Gustav, a través del canturreo de Jacques Lavendel, oyó la obstinada voz cuaba: «Han roto las varas de medir», y vio una mano que borraba la falsa inscripción «2,50 metros», y volvía a escribir la medida correcta.

Y entonces la canción había terminado, y en medio del silencio Heinrich dijo:

—*Well, Daddy*, cantas muy bien; pero si nos hubieras puesto la canción en el gramófono aún habría sido más hermoso.

Pasaron a otra habitación. Jacques Lavendel, transformándose de viejo judío del gueto en señor burgués, habló de sus planes. Primero iba a quedarse unos meses aquí, haciendo el vago a conciencia. La verdad es que tiene que estar agradecido al Führer por haberle empujado, de una forma un poco brusca, a relajarse al fin. Va a leer mucho. En su opinión, han aprendido demasiado poco. El muchacho solo no puede recuperarlo todo, aunque su consejo acerca del gramófono atestigua buenas dotes de observación. También piensa viajar. No puede uno fiarse de los libros y los periódicos. Hay que ir a América, a Rusia, a Palestina, ver con los propios ojos qué va a ocurrir.

Oyéndole hablar así, Martin piensa que para Jacques Lavendel es fácil viajar. Lo más hermoso de un viaje es la vuelta a casa. Jacques Lavendel tiene aquí esta casa, a la que pertenece, tiene una nacionalidad, es el único que tiene tierra firme bajo los pies. Todos los demás carecen de casa; cuando sus pasaportes hayan expirado, difícilmente podrán renovarlos. Martin se ha recubierto de una dura costra; aun así, ante la idea de que la casa de la Gertraudtenstrasse va a la deriva, de que realmente esta casa fortuita en Lugano es lo único sólido que tienen los Oppermann, siente una punzada. Y ahora incluso Klara, hasta ahora, como siempre, la más silenciosa de todas, dice, a su manera amable y resuelta:

—Parece que por el momento ninguno de nosotros sabe exactamente adónde va. Sabéis que si alguno quiere tomar unas vacaciones, será bienvenido en todo momento. Nos alegraría veros aquí de vez en cuando.

Habló con la sobriedad de siempre, pero todos sintieron que ahora los Oppermann ya no tenían un punto central; la historia de Immanuel Oppermann y sus hijos y nietos había terminado.

Hoy aún siguen juntos, pero, en el futuro, será como mucho el azar el que los reúna. La patria se les ha escapado, han perdido a Berthold, la casa de la Gertraudtenstrasse y todo lo que la rodeaba, el laboratorio de Edgar, la casa de la Max Reger Strasse. Lo que tres generaciones de ellos construyeron en Berlín, siete generaciones de ellos en Alemania, se ha ido. Martin se va a Londres, Edgar a París, Ruth está en Tel Aviv, Gustav, Jacques y Heinrich irán quién sabe dónde. Han sido barridos hacia los siete mares del mundo, hacia todos los puntos cardinales.

Entretanto, las nieblas de la mentira se espesaban cada vez más sobre Alemania, herméticamente aislada del resto del mundo, entregada a las mentiras que los populares esparcían sobre ella día tras día en millones de formas, desde los altavoces hasta el papel impreso. Habían fundado un ministerio especial para este fin. Con todos los medios de la técnica más moderna, se sugería a los hambrientos que estaban saciados, a los oprimidos que eran libres, a los amenazados por la creciente indignación del mundo entero que el mundo entero los envidiaba por su energía y gloria.

El Reich se armaba para la guerra, dentro y fuera de sus fronteras, violando abiertamente los tratados. El objetivo de la vida era la muerte en el campo de batalla, anunciaban los grandes hombres de los populares de palabra y por escrito. La guerra era el cumplimiento más deseable del destino nacional, anunciaban los altavoces. Todo el tiempo libre de los más jóvenes se empleaba en ejercicios militares, las calles resonaban

con el eco de los cantos guerreros. Pero el Führer, en discursos solemnes, cargados de salvaje patetismo, aseguraba que el Reich se atenía estrictamente a los tratados, que no quería otra cosa que la paz. Al pueblo le explicaban, guiñando un ojo, que los discursos del Führer sólo estaban destinados al necio extranjero, para poder seguir armándose sin ser molestados. Su elevada finalidad santificaba este «camuflaje» nacido de la «astucia nórdica». De este modo, el gobierno trataba de reunir a sesenta y cinco millones de personas en una alianza de astucia y guiños.

Ése era el espíritu en el que se educaba a la juventud. Se le enseñaba que la guerra no se había perdido, que el pueblo alemán era el más noble del mundo y, por eso, estaba amenazado dentro y fuera por pérfidos enemigos. Se exhortaba a los jóvenes a explicar a los que preguntasen que sus ejercicios militares no eran más que «deporte». Se enseñaba a los niños que quien decía una verdad que no fuera útil a los populares era un canalla y un fuera de la ley y que ellos pertenecían al Estado, no a sus padres. Se escarnecía y escupía sobre aquello que sus padres ensalzaban, se ensalzaba lo que a sus padres les parecía maldito y se les castigaba con dureza si defendían la opinión de sus padres. Se les enseñaba a mentir.

En la Alemania de los populares, no había crimen peor que profesar la razón, profesar la paz y tener convicciones firmes. El gobierno exigía que cada cual espiara a sus más próximos para ver si también ellos daban testimonio de la convicción prescrita por los populares. El que no presentaba una denuncia de vez en cuando era considerado sospechoso. El vecino espiaba al vecino, el hijo al padre, el amigo al amigo. Se susurraba en las casas, porque la palabra pronunciada en voz alta penetraba a través de las paredes. Se tenía miedo de los compañeros, de los empleados, del camarero que le traía a uno la comida, del hombre sentado al lado en el tranvía.

La mentira y la violencia se entrelazaban. Los populares abolieron los principios que desde la Revolución francesa eran para los blancos los elementos de la civilización. Anunciaron que los hombres no eran iguales ante su ley. Reimplantaron la esclavitud y la «camuflaron» como «trabajos voluntarios». Encerraban a sus adversarios, los cuidaban peor que a animales, los martirizaban, y lo llamaban «educación física». Les grababan a fuego en la piel cruces gamadas, les obligaban a orinar los unos encima de los otros, a arrancar hierba con los dientes, los llevaban en ridículas procesiones por las calles y llamaban a eso «educación para una convicción nacional». Se abolió el mandato «no matarás». El crimen político era ensalzado como un acto sublime, el Führer llamaba «camaradas» a asesinos por ser asesinos, se ponían lápidas conmemorativas de criminales, se arrancaba de sus tumbas a los asesinados, se hacía a un asesino, por ser un asesino, jefe de la policía. En el primer trimestre de predominio popular en el Reich se cometieron mil quinientos noventa y tres crímenes impunes, más que en toda la década anterior, y ésos sólo fueron los conocidos, los documentados. También en los primeros meses de dominio fueron ejecutadas más personas que en los quince años anteriores.

La mentira y la miseria se entrelazaban. Los populares decían «pan y libertad», pero se referían a pan para sus adeptos a base del pan y los puestos de los demás y libertad para sus adeptos de matar al contrario. Echaron del país a los más dotados o los encerraron para hacer sitio a sus ineptos seguidores. Encarecieron los alimentos y bajaron los sueldos. El hambre y la miseria entre el pueblo aumentaron. El número de matrimonios en el primer trimestre de dominio popular estuvo un cinco y medio por debajo de la correspondiente cifra del año anterior, la mortalidad aumentó un dieciséis por ciento. El paro creció hasta lo inconmensurable: Alemania tenía el mayor número de desempleados del mundo. Pero los populares, con boca de hierro, afirmaban que habían reducido el paro.

La mentira, el beneficio y la satisfacción de los propios vicios se entrelazaban. Quien pertenecía al partido dominante podía hacer desaparecer a sus competidores en un campo de concentración. Después del Führer, el hombre más popular de Alemania era aquel cuya voz en la radio más amaba el pueblo. Ahora, pagaba en un campo de concentración la competencia que había hecho al Führer. Con la amenaza del campo de concentración se arrancaba a los acreedores judíos la reducción de la deuda, y a los deudores judíos el pago acelerado. Al casero judío se le negaba el alquiler, «ya se le enviaría a Palestina». Todo aquel que no pertenecía a los populares vivía bajo constante amenaza. Bastaba constatar que los precios de la carne habían subido bajo este gobierno o que el programa de una fiesta no estaba bien hecho para ser llevado a un campo de concentración. Bastaba la acusación de un «crimen» así, aunque no se hubiera cometido. Si a uno de ellos no le gustaba la nariz de un transeúnte, podía golpeársela. Si declaraba que el de la nariz no había levantado el brazo lo bastante rápido al ser entonado un himno popular, era suficiente justificación.

El pueblo era bueno. Había producido hombres y logros de enorme talla. Estaba formado por personas robustas, trabajadoras, capaces. Pero su civilización era joven, no era difícil abusar de su siempre dispuesto y acrítico idealismo, avivar sus instintos atávicos, sus afectos primitivos, para que atravesaran su fina

envoltura, y eso era lo que ahora sucedía. Desde fuera, el país parecía el mismo de siempre. Los tranvías, los coches, circulaban, las tiendas, restaurantes, el teatro, mantenían —obligados en su mayoría— sus puertas abiertas, los periódicos tenían las mismas cabeceras, los mismos tipos de letra. Pero, interiormente asilvestrado, acanallado, podrido, el país degeneraba cada día más, la brutalidad y la mentira le roían, la vida entera se convertía en un maloliente maquillaje.

Había muchos interesados en los asuntos públicos. Creían en la fingida paz de la vida cotidiana, las fiestas y manifestaciones que los populares organizaban a granel para encubrir la miseria de los campesinos y trabajadores, de los campos de concentración y de trabajo. Además, los que habían ocupado los puestos de los más capaces, que habían sido expulsados, y los que vivían de las sobras de los nuevos poderosos aparentaban un nuevo bienestar. Desde luego, la mayoría del pueblo no entraba en tales categorías, había más indignados que contentos. Maldecían, pasaban de largo ante los cuarteles de los mercenarios para no tener que saludar, se mordían los labios, oían la perversa canción de la sangre judía que tenía que salpicar el cuchillo para que las cosas volvieran a ir bien. Pero tenían que callar; quien se dejaba sorprender hablando acababa ante el juez.

Entonces, en Alemania se aprendió a mentir. Muchos elogiaban en voz alta a los populares, pero los maldecían secretamente. Su ropa llevaba el color pardo de los populares, su corazón el rojo de sus adversarios: se llamaban «bistecs» a sí mismos. El partido de los bistecs era más grande que el del Führer. Pero sus voces no llegaban hasta el extranjero, y la voz del extranjero no llegaba hasta ellos. Había un cuartel de paramilitares en Berlín-Kopenick, llamado Demuth, tristemente famoso porque allí se «instruía» a los prisioneros de manera especialmente salvaje. Mientras se les maltrataba en los sótanos, uno de los mercenarios ponía en marcha su moto en el patio para que el ruido del motor ocultara los gritos de los torturados y el sonido de los golpes. Ese motor, puesto en marcha, pero tan sólo para ocultar el griterío de los maltratados, era el símbolo del Tercer Reich Alemán.

Absurdo y mentira era lo que hacían y lo que permitían los poderosos de ese Reich. Mentira tanto lo que decían como lo que callaban. Con la mentira se levantaban y con la mentira se acostaban. Mentira era su orden, mentira su ley, mentira sus sentencias, mentira su alemán, mentira su ciencia, su derecho, su fe. Mentira era su nacionalismo, su socialismo, mentira su ética y su amor. Mentira todo, y auténtica tan sólo una cosa: su odio.

El país sollozaba. Pero se mantenía la paz y el orden. Los pilares de ese orden eran los seiscientos mil paramilitares, y estaba cimentado en los cien mil prisioneros. El país caía en la miseria, el país se acanallaba: pero quien recorría la Kurfürstendamm de Berlín, la Jungfernstieg de Hamburgo, la Hohe Strasse de Colonia no veía nada más que paz y orden.

De esa Alemania vino Anna.

Gustav fue a esperarla a la estación de la ciudad costera provenzal de Bandol. Ella bajó del tren. Estaba un poco más rellena, pero seguía siendo delgada, con aire de chiquilla y de mujer a un tiempo, grande, tranquila. Soplaba el mistral. Gustav vio complacido cómo el viento, fresco y agradable, enrojecía sus mejillas, pero en torno a los ojos seguía pálida. Se sentó junto a él, alegre, relajada. Gustav cogió su mano; ella se quitó el guante y se la dejó.

Gustav estaba satisfecho de haber elegido ese hermoso paisaje sureño para su encuentro. La orilla del mar ora se alzaba escarpada, ora se ondulaba en grandes arcos, nunca demasiado imponente; montañas bajas se elevaban en amplias líneas, mates, con olivos de un verde grisáceo, rocas quebradizas de un pardo gris, vides y pinos.

Anna le expuso durante la cena cómo había imaginado su estancia aquí. Cansada después del fuerte trabajo de los últimos años, se alegraba de no hacer nada, de estar junto al mar. Será hermoso ir a pasear, bañarse, tumbarse al sol. Pero no puede estar completamente sin trabajo. Su francés está lleno de lagunas. Se ha traído libros, un buen diccionario. Hablaba tranquila, seria y alegremente, como siempre. Bajo el espeso cabello castaño, sus ojos luminosos miraban analíticos, dejaban muchas cosas a un lado, cogían lo que les correspondía, lentamente, pero para siempre. Anna estaba exactamente igual a como Gustav la había visto por última vez hacía diecinueve meses. Estaba asombrado. Le parecía que todo el que viniera de ese país de pesadilla tenía que haber cambiado de raíz. ¿Era justo lo que pretendía, borrar de ese rostro luminoso y sereno, de esa frente angulosa la tranquilidad, igual que para él había quedado borrada para siempre? Y, si era justo, ¿lo conseguiría?

Al principio no habló de las cosas que le agitaban. Más bien se limitó a decir a Anna que esta vez no podía ser su anfitrión tan a manos llenas como antes. Ordenada y calculadora como era, le pareció muy bien. Alquilaron un coche viejo y pequeño y salieron, ansiosos de aventura, a buscar una casa barata en la que poder vivir unas cuantas semanas. Encontraron una, en la península de La Gorguette. Se alzaba, ancha,

baja, solitaria, en una pequeña bahía, de un color rosáceo, roída, sobre unos acantilados no muy altos. Detrás se alzaban colinas con olivos, vides y, sobre todo, pinos. La carretera subía por los acantilados en redondo y claro impulso. Ni flores ni hierbas prosperaban al aire salino. Delante de la casa sólo estaba el mar y, cayendo suavemente, soleado, un terreno arenoso bordeado por un espeso coto de pinos jóvenes y bajos, que descendían por los acantilados hasta el mar.

Un hombre pobremente vestido les mostró el interior con nobles ademanes. Las estancias eran grandes, vacías, ruinosas, el mar entraba por todas las ventanas. Había unos pocos muebles deteriorados. El hombre era de palabra escueta, nada insistente. Anna creía que se las arreglaría bien allí; le excitaba la idea de crear orden. Lo más necesario se repararía con poco esfuerzo y poco dinero. El hombre pobre de nobles ademanes, un viticultor que tenía una pequeña propiedad a unos cientos de metros tierra adentro, se declaró dispuesto a ayudarles. La alquilaron.

Cuarenta y ocho horas tenían que bastar para que pudieran entrar en la casa. Durante todo el día siguiente, Anna recogió y organizó; el viticultor tiraba de sierra, de martillo, tranquilo, ahorrativo con las palabras, con hermosos movimientos. Gustav miraba. A veces, Anna le preguntaba una palabra francesa para entenderse con el hombre. Por lo demás, poco podía ayudar. A ella le gustaba la tarea, se entregaba por entero a hacerla. Si se hubiera casado, si se hubiera ido a vivir con ella, todo habría sido distinto.

Estorbaba. Se tumbaba delante de la casa, al sol, sesteaba a la ligera brisa. Era consolador y a la vez inquietante la firmeza y tranquilidad del rostro de Anna. Ese rostro con su ancha y hermosa boca, su robusto arco ciliar, la frente angulosa bajo el espeso cabello castaño, ese rostro era Alemania.

La Alemania de ayer. Tiene que ahuyentar la calma de ese rostro para que la Alemania de hoy vuelva a ser la Alemania de ayer. El mar se extendía ante sus ojos, grande, de un azul grisáceo, con pequeñas olas blancas al leve viento; el paisaje era amplio, pacífico. Qué alegría le daba poner orden en esta casa en ruinas con humildes recursos. Aquí podría tener una buena época si se decidía a callar, a no perturbar la calma de Anna. Lástima no poder callar.

Comieron algo hecho a toda prisa, huevos, fiambre, fruta, queso, vino. Fue una alegre comida. Los planes de Anna respecto a todo lo que había que hacer esas cinco semanas tomaron cuerpo. Primero hay que arreglar un poco todo esto. Se ha hecho una determinada idea del aspecto que tiene que tener, y ése es el aspecto que tendrá. Naturalmente, una vez que hayan acabado tendrán que volver a irse.

También tiene otros firmes proyectos. Deporte, entrenamiento todas las mañanas, la hermosa carretera ligeramente ascendente es adecuada para correr. Era una muchacha metódica, pero tenía sentido del humor, se reía cuando Gustav le tomaba el pelo por su meticulosidad. Ella es lenta, necesita esa minuciosidad. Por ejemplo, pasa bastante tiempo antes de que se familiarice con una persona. Por eso en los últimos tiempos ha estudiado de forma sistemática teorías fisiognómicas. Gustav le pregunta si se ha vuelto más inteligente en este último año y medio, si le nota algo, si por fin a sus cincuenta se ha vuelto más sabio. Anna le mira con seriedad. Ha cambiado, declara. Su boca hedonista se ha vuelto un poco más definida, también las líneas en torno a los ojos y la nariz se han hecho más duras, ya no son tan arbitrarias. Gustav oye su análisis con una mínima sonrisa, pensativo.

Por la tarde, fueron a Tolón para completar el ajuar de la casa. La cantidad que Anna quería pagar por él era pequeña. Entraron en muchas tiendas; Anna era incansable, encontraba aquí un objeto, allá otro. Disfrutaron del colorido de la ciudad, de su ruido, comieron en el puerto; luego Anna volvió a salir, sola, y finalmente declaró triunfante que había reunido todo lo que deseaba.

Se hizo de noche y se hizo de día, el tercer día. Anna pronto habría alcanzado la satisfacción. Gustav seguía sin hablarle de lo que le conmovía. Después de comer, tomaron el sol en los acantilados de su pequeña bahía. Anna estaba tumbada boca abajo, apoyada en los codos, y leía, con el diccionario al lado, su libro francés. A veces preguntaba a Gustav la definición exacta de una palabra; era testaruda, a veces insistía aunque él tuviera razón.

No puede dejar pasar este día sin hablar. Dando rodeos, cauteloso, empieza. El final de la primavera y el principio del verano son la época más bella en Alemania. En realidad, él habría querido pedirle que antes de que volviera a su trabajo fuera con él por una o dos semanas a Berlín, a su casa de la Max Reger Strasse. Yacía de espaldas, con las manos velludas enlazadas detrás de la cabeza; miraba, pesadamente reflexivo, al profundo cielo. Lástima, concluyó lentamente, que ya no sea posible.

—¿Por qué no? —preguntó Anna tras una pequeña pausa, sin dejar de leer. Gustav se incorporó a medias.

—¿Es que no sabes nada? ¿No has oído nada?

No, ella no sabía nada. Resultó que no sabía nada de los asuntos de Gustav, de aquel manifiesto, de su persecución. Resultó que en el fondo no sabía nada de toda la porquería alemana.

Estaba indignada con lo que le había ocurrido a Gustav. Pero se negaba con decisión a sacar conclusiones generales del caso. A su lenta y circunspecta manera, le expuso cómo veía ella las cosas. Hablaba más para sí que para él. Un gobierno nacional se ha abierto paso de forma aún más nacional. Se le festeja en grandes y necios discursos, se celebran gigantescas y necias manifestaciones. Pero ¿cuándo han sido inteligentes los discursos populares y las manifestaciones? El boicot era, naturalmente, algo repugnante, y también la quema de libros. Daba asco leer los periódicos y oír el griterío de los populares. Pero ¿quién les tomaba en serio? En el fondo, la vida sigue, como siempre. En su empresa, por ejemplo, se ha elegido un nuevo comité de empresa, se han bajado los sueldos de los trabajadores. Al principio, el nuevo comité de empresa ha intentado darse humos, ha exigido el despido de diecisiete judíos y socialistas. Pero ahora se ha vuelto a contratar a nueve de los despedidos. El jefe, el director general Harprecht, se burla cariñosamente de ella a veces «por su judío». Repite las ceremonias externas del nuevo culto, pero se burla de ellas cuando está a solas con Anna o con otras personas de confianza. Ella ha leído citas de periódicos extranjeros que hablan de atrocidades en Alemania. Cuando compara esas noticias atroces con lo que ha visto con sus propios ojos, empieza a dudar de si los relatos sobre los horrores de la Revolución francesa o la rusa no serán también ciertos tan sólo en una décima parte.

Ahora ambos se sentaban erguidos, Gustav en el suelo con las piernas cruzadas, ella en una piedra. Siempre había puesto el diccionario de francés a la sombra de un bloque de piedra; ahora estaba al sol, y la tapa se estaba curvando. Ella hablaba despacio, esforzándose por no decir demasiado ni demasiado poco. Sus ojos claros le miraban sinceros y relajados. Ésta era Anna, su Anna. Venía de Alemania, la herméticamente cerrada, era una de aquellos que vivían arriba y no sabía lo que ocurría bajo sus pies. Creía en «la paz y el orden», defendía su fe.

La escuchó atentamente, sin interrumpirla. Ha oído varias veces lo que decía, estaba en todos los periódicos alemanes. De este modo se protegían en Alemania incluso los honestos, los bienintencionados, para no perder el suelo bajo los pies, la patria.

¿Debe hablar? ¿Tiene sentido? ¿No es frívolo, más aún, desalmado, arrancar a esta mujer de su buena y enérgica calma? Ve a Johannes Cohen sobre su caja, «de rodillas, de pie», lo ve como a la marioneta del mimo, gritando con su voz graznante, como un papagayo: «Yo, perro judío, he traicionado a mi patria». Esta chiquilla, Anna, no puede vivir cuatro días aquí, en una casa del sur de Francia, sin poner orden: ¿debe seguir viviendo sin saber cómo su patria se pudre y arruina? No, no puede perdonar a Anna.

Empieza a hablar de lo que Bilfinger le ha contado. Habla, y en torno a sus palabras se oye el leve susurro del viento y del mar. No habla tan seca y objetivamente como Bilfinger, el sentimiento tiñe sus palabras, no puede hablar tranquilamente, refuerza aquí y allá, exagera. Sí, que escuche, eso ocurrió en su Württemberg, muy cerca de su Stuttgart, mientras ella andaba por la calle y no veía más que paz y orden.

Mientras habla, sabe que habla mal, demasiado excitado, nada creíble. No cuenta, lanza alegatos. ¿Qué es lo que quiere? Lo que Bilfinger quería estaba claro. Tenía que contárselo a alguien a quien incumbiera, a él, el judío. Pero ¿qué le mueve a él a estremecer a Anna? No quiere nada de ella. No quiere que haga nada. Sí, quiere algo de ella. Una confirmación. La confirmación de que sus sentimientos son correctos. ¿No es egoísta por su parte? No. Ellos han roto las varas de medir, y nos ha sido encargado, y él tiene que tener esa confirmación. No hay muchos con los que pueda hablar.

Con Johannes Cohen lo habría podido hacer. Pero Johannes Cohen está en Herrenstein. «De rodillas, de pie».

Anna escucha. Sus ojos luminosos se oscurecen. Está indignada. No ante lo que oye, sino ante el hecho de que alguien pueda creerlo. Como le han quitado la casa a Gustav, cree que todo el país se ha convertido de repente en una selva, sus habitantes en bosquimanos. El mar se ha vuelto más ruidoso, habla con una voz más fuerte. Las mejillas de ella están teñidas de rojo, en torno a los ojos su piel está completamente blanca.

Gustav no está muy afectado por su ira. Sabía que no iba a ser fácil sacar a Anna de sus seguras creencias. Ella viene del país de la mentira. Desde hace meses, los mejores técnicos de la mentira han esparcido por el país miles de millones de mentiras con los medios más modernos. Anna ha respirado ese aire repleto de mentira, día tras día, hora tras hora. El Ministerio de la Mentira trabaja en nublar la mente de personas como ella, en ocultarles lo que es; en ello ve esta revolución pervertida su más importante misión política. Anna está embebida de esas mentiras por todos los poros. Desintoxicar a Anna requerirá tiempo y dureza.

Gustav saca los documentos. Están tumbados boca abajo, con el rostro apoyado en los codos, y le lee lo que Bilfinger ha escrito. Las olas vienen regulares, los papeles vuelan al mistral, hay que sujetarlos con piedras. Gustav lee, le entrega los documentos, las declaraciones juradas, las fotos. De sus propios asuntos

habla poco, y de Johannes Cohen nada. Debe ir lentamente al encuentro de ella, igual que penetró lentamente en él.

Cuando termina, ella no dice nada, apila cuidadosamente los documentos, los devuelve a su sólido envoltorio. Está pensativa, no convencida. Por el pequeño y pedregoso sendero, suben hacia su casa. Anna se pone a trabajar. Luego, le llama para cenar. Ante ellos está la llanura arenosa, el coto de pinos, el mar. Se hace de noche, refresca con rapidez. Hablan de mil cosas, grandes y pequeñas; Anna quizá está un poquito menos alegre, pero relajada como siempre.

Así continúa durante la noche, así a la mañana siguiente. Dan su carrera, nadan, se van a pasear. Anna lee su libro francés, se ocupa de la casa. El día transcurre tal como ella había previsto.

Sólo en una ocasión reaparecen las cuestiones de ayer. Anna pregunta si Johannes Cohen va a venir, y cuándo; Gustav le ha escrito que quizá les visite durante tres o cuatro días. Y ahora él habla de su amigo Johannes. Le dice que no vendrá a visitarles, y por qué. Eso le afecta más que los documentos de Bilfinger:

—¿Y no es posible ayudarle, no es posible hacer nada por él? —pregunta vehemente, después de un silencio consternado.

—No —responde Gustav. Los paramilitares no toleran que nadie se les dirija. Si interviene un ministro o cualquier otro civil, el prisionero paga las consecuencias.

Tenía las arrugas verticales en la frente, rechinaba un poco los dientes. Pero se prohibió hablar más de los campos de concentración. Se daba cuenta de que ahora la tranquilidad de ella había recibido una sacudida, pero era inteligente; esperó hasta que le hubiera dado suficientes vueltas detrás de su frente angulosa.

El momento llegó la noche siguiente. Él ya estaba acostado, leyendo, cuando ella fue a reunirse con él. Se sentó en la cama. Dijo que había terminado de acomodar la casa. Estaba como ella se había imaginado. Pero ya no disfrutaba de veras. Las cosas de las que Gustav le había hablado eran terribles, espantosas, y no era fácil digerirlas. Aun así, tenía que defender el conjunto, a su Alemania, contra él. En líneas generales, el cambio se había hecho necesario y sin duda era deseado por el pueblo. Los poderosos de ayer, él tenía que admitirlo, habían tenido siempre mil escrúpulos, escrúpulos de legalidad sobre todo. En vez de golpear en la cabeza a sus adversarios, habían recabado cien dictámenes jurídicos antes de atreverse a exhortarles a practicar un poco menos la alta traición. Cuando realmente encerraban a un criminal político volvían a soltarlo a las pocas semanas, y cuando quitaban la pensión de jubilación a un acusado de alta traición volvían a anular el acuerdo, por escrúpulos legales, a los quince días. No habían hecho nada, no habían hecho más que poner paños calientes, y así habían dejado pudrirse y corromperse a la República. Los nuevos poderosos eran astutos y simples, pero hacían algo. Eso era lo que deseaba el pueblo, eso era lo que le imponía respeto. También el Führer, precisamente en su astuta simpleza, inaccesible a cualquier crítica, en su fe terca y férrea, era el hombre adecuado para el pueblo, la contrafigura necesaria a los dirigentes anteriores. Había sido una revolución, una revolución deseada. Se habían hecho muchas barbaridades, pero esas manifestaciones acompañaban a toda revolución, y los afectados siempre hablaban de robo, crimen, fin del mundo. ¿No había Gustav leído ayer mismo la queja de un escritor egipcio desaparecido hacía más de cuatro mil años, muy parecida a lo que Gustav decía ahora? Habían pasado cosas espantosas, sí, pero de ellas eran responsables individuos, no el pueblo y no el nuevo Reich. Y si hubiera cien mil fechorías, se trataría de cien mil casos aislados.

Gustav miró su rostro serio y luminoso. Estaba menos tranquilo que antes. Lo que decía estaba sacado a toda prisa de aquí y de allá. La queja del poeta egipcio de hacía cuatro mil trescientos años. Su buena memoria ha retenido las palabras: «Los sabios han sido ahuyentados, el país está gobernado por unos pocos insensatos. El reinado de la chusma comienza. El hombre de la plebe está arriba, y lo aprovecha a su manera. Lleva el lino más fino y unge su calva de mirra, tiene una gran casa y almacenes de grano. Antes iba él mismo como mensajero, ahora envía a otros. Los príncipes le halagan, y los altos funcionarios del viejo Estado, en su angustia, hacen la corte al nuevo advenedizo». Gustav es amigo de las buenas citas, pero ésta, un tanto traída por los pelos, no basta para refutarle. Todo lo que ella ha dicho es un sucedáneo, muy por debajo de su nivel habitual. Anna es una persona veraz de pies a cabeza. Cuando cree en algo de todo corazón, sabe expresarlo bien. Lo que ahora alega es blando, quebradizo. No hace falta haber estudiado demasiada fisiognomía para ver que sólo lo cree en parte.

Gustav no tuvo dificultades para rebatirle. Se había incorporado a medias, apoyaba el rostro en la mano; en el cono de luz de la lámpara de la cama, era el centro de la estancia. Sí, era cierto, dijo, no era el pueblo el que había cometido tales fechorías. Era un grandioso testimonio de la bondad del pueblo el que, atizado por el gobierno durante catorce años a la persecución de los socialistas y los judíos, se hubiera mantenido tan tranquilo. No era el pueblo el bárbaro, sino el gobierno, el nuevo Reich, sus funcionarios y sus

mercenarios. Todas las fechorías habían sido cometidas por mercenarios del gobierno, todas habían sido encubiertas por él. La barbarie no estaba sólo en los hechos, estaba precisamente en los principios de esos hombres nuevos. Ellos habían roto las antiguas varas de medir y legalizado la arbitrariedad y la violencia. No se reprochaba a este gobierno que hubieran ocurrido las fechorías, sino que impidiera toda investigación, que encerrase a los acusadores, sancionando con ello de antemano nuevas fechorías. Gustav habló de las desvergonzadas profesiones de fe en el terror que esa gente había plasmado en diez mil libros, discursos, decretos, de su desnudo y abierto pesebrismo. De su necia petulancia racial. Habían sacado un fetiche del desván, y revolvía el estómago tener que ver ahora cómo los catedráticos le hacían sacrificios en sus aulas, cómo los jueces dictaban jurisprudencia en su nombre. Es una comedia repugnante. Aparece un rey en ropa interior, y el pueblo cae de rodillas y grita con qué espléndido ornato viste. Sin duda, ahora están construyendo grandiosas máquinas en Alemania, trabajan con exactitud en sus fábricas, hacen una música magnífica, muchos millones de personas se esfuerzan por seguir siendo decentes. Pero junto a ellas se ha abierto la selva, se tortura y se cometen matanzas, y ellos tienen que apartar convulsivamente la vista y el oído. Son actos individuales, admitido; admitido también que cada maltrato individual, cada muerte aislada, es una pequeñez comparada con el conjunto. Pero es que el conjunto se compone de esas pequeñas cosas, como el cuerpo de células, y finalmente se echa a perder cuando se destruyen demasiadas células.

Tampoco esta vez Gustav habló con sobriedad, apenas mencionó cifras y datos. Pero dijo aquello de lo que estaba lleno; no eran palabras lo que exponía, se vertía a sí mismo. Ella le miró, su gran cabeza excitada y parlante en el cono de luz de la lámpara, cada una de sus arrugas iluminada con nitidez. No parecía joven, pero sí varonil, combativo. Era un Gustav distinto del que ella conocía. Su tibieza conciliadora había desaparecido: los acontecimientos le habían aferrado, se habían mezclado con él, habían endurecido, adensado la materia de la que estaba hecho. Anna le amaba.

Sin embargo, sólo le creía a medias. Lo que había tras esa frente angulosa se aferraba a ella. Era un trabajo agotador hacerle cambiar de opinión. La resistencia ante Gustav de ella era la resistencia de toda Alemania, envenenada, hipnotizada, regresando con espantosa lentitud de su estupefacción a la realidad. Ahí tenía él la confirmación que necesitaba. Lo que se había propuesto hacer era algo necesario.

Estaba donde quería estar. En realidad, ahora sólo podía permitirse unas pocas semanas tranquilas con Anna. Lo que tendrá que hacer después será muy duro para él. Ella, aunque ya no habló mucho más acerca de Alemania, estaba transformada. Por titubeante que se muestre, a su vuelta verá otra Alemania.

Vivieron unos días tranquilos y claros en su casa ruinosa, tan llena de limpieza y orden por dentro. En la paz de esta clara y latina orilla del mar era difícil de entender que a sólo veinte horas de distancia estuviera el país de las pesadillas, esa Alemania sobre cuyas ciudades caían de pronto los horrores de la selva virgen. Gustav y Anna caminaban por el ancho y dulce paisaje, la carretera subía en noble impulso por los acantilados, había vides, pinos y olivos a su alrededor, el mar resonaba uniforme en sus sueños y en sus velas, el ligero y fresco viento salino soplaba constantemente. Por las noches subían rebaños de cabras a las tranquilas colinas. La vida era ancha y tranquila, clásica.

Consiguió no decir una sola palabra sobre Alemania en cuatro días, incluso hubo horas en que la olvidó. Luego, de pronto, volvió a estar espantosamente presente.

Estaban sentados en uno de los pequeños y abigarrados cafés del puerto de la pequeña y próxima ciudad costera, y Gustav leía un periódico. De pronto, pálido bajo su piel morena, lo dejó caer. Anna lo recogió. En él decía que el famoso profesor alemán Johannes Cohen se había suicidado en el campo de concentración de Herrenstein. También Anna palideció al leerlo, primero en torno a los ojos, luego la palidez se extendió por todo su rostro.

—Vámonos —dijo.

Se fueron a casa, en silencio. Gustav bajó hasta el mar, se sentó en una piedra. Ella lo dejó solo. Por la noche, dijo:

—Tenías razón, Gustav. Me he equivocado. He mirado hacia otro lado. Tienes razón, Alemania ha cambiado. Naturalmente no es sólo esa muerte, y no es lo que tú me has dicho y lo que me has dado a leer, y no es porque, si supieran que estoy contigo, en Alemania me cortarían el pelo y me arrastrarían por las calles calificándome de desvergonzada. Pero cuando pienso en lo que he visto en Alemania, y cuando lo veo desde aquí con mis nuevos ojos, ahora, desde este momento, tengo que decir que me avergüenzo, Gustav. La nueva Alemania es radicalmente mala.

Gustav pensó en el rostro amarillento, inteligente, altivo, de su amigo Johannes. Suicidio, ley de fugas, fallo cardíaco, eran las causas oficiales habituales para la muerte en un campo de concentración. Luego se metía lo que había quedado del prisionero, huesos rotos, carne mutilada, en un ataúd sellado, y se entregaba a los familiares contra reembolso de los gastos y contra la garantía de que no se abriría el ataúd.

Ahora también prohibían las esquelas con las palabras «Fallecido repentinamente».

—La gran mayoría de mis amigos y conocidos —dijo— estuvieron en el frente durante la guerra. Muchos cayeron. No conté mis muertos en esos últimos meses. Pero una cosa es cierta: desde que los populares llegaron al poder, han muerto más amigos míos de muerte violenta que en los tiempos de la guerra.

Cuando, más tarde, Anna le preguntó qué pensaba hacer, respondió:

—No callar. Eso es todo lo que sé.

Anna, titubeante, preguntó:

—¿No es una imprudencia?

El miedo que había en su voz le satisfizo. Se encogió de hombros.

—No puedo seguir viviendo así —dijo.

Llegó el verano, Anna tenía que regresar. Gustav la llevó a la estación de Marsella. Su rostro le parecía a ella más serio que antes, infantil y sin embargo viril, satisfecho en cualquier caso. Con sentimientos encontrados, temerosa por el destino de él, contenta ante su nuevo carácter, cruzó la frontera.

Él se quedó en el andén, vio desaparecer a Anna camino del país de la pesadilla. El tiempo que había pasado con ella había resultado agradable, y lleno de beneficio. Ahora sabía muchas cosas que antes, inconsciente e irreflexivo, le habrían agobiado.

Por el momento, siguió viviendo en la casa ruinosa en el acantilado, lejos de toda prisa. El orden que Anna ha creado no durará mucho, pero eso no le molesta. No se aparta de los hombres, charla con los que hay a su alrededor, pescadores, vinateros y aceiteros, turistas ocasionales. Pero también pasa mucho tiempo solo. Con sus hermanos, su gente, mantiene poca relación. Le escriben, pero responde poco, cada vez menos. Vive tranquilamente, seguro de su destino.

El dinero en su cartera disminuye. Podría dirigirse a Mühlheim o al banco suizo en el que tiene una cuenta; no lo hace. Se quedará aquí mientras haya dinero en el monedero. El dinero del banco está destinado a sus ulteriores fines.

Sus costumbres se vuelven más sencillas, vive sin necesidades. Camina o viaja en su cochecito, cada vez más echado a perder, por el ancho paisaje. Se le ve en cualquier parte tumbado al sol, tomando su comida: pan, queso, fruta, con un trago del áspero vino del país. También se sienta en las pequeñas tabernas, habla con campesinos, comerciantes, pescadores, cobradores de autobús. Hay altavoces, por las tardes se oye música en todas partes, por la noche se baila; la vida es colorida y ruidosa. Gustav se deja llevar. Sí, puede ser divertido, muy agradable; a menudo hay en él una chispa de aquel antiguo Gustav al que los hombres escuchaban con gusto, de cuya amistad estaban orgullosas las mujeres. También ahora las mujeres le miran y lamentan que se vaya. Está con frecuencia pensativo, raras veces triste. Las cosas del país de las pesadillas están ahí, no les cierra los sentidos, no están menos en él que más allá de la frontera. Pero aunque siempre están presentes, él se mantiene tranquilo, casi alegre.

En la cercana gran ciudad de Marsella, ve en una librería una nueva obra alemana, un folleto: «Relato sobre el avistamiento de una nueva especie humana. Dedicado a una amiga.

Por Friedrich Wilhelm Gutwetter». Compra el libro. Encuentra en él alguna cosa bella sobre la idea popular, frases sublimes y significativas, tan sublimes, por supuesto, que sólo se puede reconocer vagamente la idea. Es una idea sin dirección y sin número de teléfono, no se puede hacer nada de provecho con ella. Tampoco Sybil, su pequeña, esbelta, materialista Sybil, podrá hacer mucho con eso. Al día siguiente, cuando va a envolver el almuerzo, le falta papel. Arranca dos hojas del «Relato sobre el avistamiento de una nueva especie humana».

Desde Berlín le comunican que ahora también Jean, el viejo y digno criado del club de teatro, ha entrado en el partido popular. Eso le conmueve más. Sus últimos momentos en Berlín y aquellos cinco marcos no estuvieron bien invertidos. Habría empleado mejor el tiempo en Berthold.

A veces, cuando está solo abajo en su bahía o sentado en el terreno arenoso en pendiente, bordeado de pinos, ante la casa ruinosa de un marrón rosáceo, ve pescar a un hombre junto a los acantilados. En realidad los acantilados forman parte del terreno alquilado por él, podría echarle. Le gusta estar solo, pero la cercanía de la gente no le resulta desagradable. A veces el hombre chapotea en busca de erizos de mar, a menudo se tumba en los acantilados a tomar el sol. Pronto Gustav va a preguntarle la hora, entabla pequeñas conversaciones con él. Es bajo de estatura, de movimientos perezosos, tiene una gran cabeza con una gruesa barba de lobo de mar, lleva un traje ancho azul oscuro, de tela dura y basta, como muchos en esta región. Resulta que es uno de los numerosos alemanes que viven aquí abajo, un tal Georg Teibschitz.

El señor Teibschitz ha llegado de Alemania en las últimas semanas. Tiene poco dinero, pero lo suficiente para poder vivir tres o cuatro años, aquí o en otro sitio donde los inviernos no sean muy fríos. El señor

Teibschitz se tiende al sol, guiñando los ojos, hundidos y somnolientos en su pesada cabeza, sestea, hace largas pausas entre las frases, antes de las respuestas. Ha visto mucho y ha vivido mucho. Parece ser que hace unos cuantos años era rico, luego su dinero se esfumó, después parece haber vuelto a tener dinero. Ahora sólo quiere una cosa: tranquilidad y poca gente a su alrededor. Ha visto aquí cerca una casita, casita es demasiado, una caseta de perro, una agradable caseta de perro en un agradable paisaje, de un pardo grisáceo, con muchos olivos. La caseta costará sus buenos quince mil francos. El señor Teibschitz ha dejado una mujer en Alemania que podría enviarle el dinero, pero no se hace muchas ilusiones: probablemente no se lo enviará.

El señor Teibschitz carece de necesidades, pero ama los pescados y mariscos de todas clases, y sabe cocinarlos bien. Gustav le ofrece hacerlo en su cocina. Tiene carbón vegetal y una especie de parrilla. El señor Teibschitz, con la experta ayuda de Gustav, coge los peces, los asa con aceite, añade romero y tomillo; también sabe preparar una sabrosa bullabesa. Come despacio, con placer, mastica lentamente, chasquea un poco la lengua.

Cuando el señor Teibschitz aún era rico, tuvo algunos intereses estéticos. Sobre todo se interesó por cuadros, poseía una hermosa colección, su punto fuerte eran los paisajes. Tiene sentido del paisaje, puede describir en pocas palabras un paisaje de tal modo que uno lo ve. Ha hecho grandes viajes y se ha percatado bien de lo que vio. Si la mujer le deja en la estacada y no puede comprar la caseta de perro, probablemente haga un viaje a pie, por Italia, por Sicilia. Esto es lo que cuenta el señor Teibschitz al señor Oppermann, fragmentaria, perezosamente, mientras pesca, mientras se tumba al sol en los acantilados, mientras prepara el pescado.

Un día, el señor Teibschitz se presenta muy cambiado. Se ha hecho afeitar la barba de lobo de mar. Le daba problemas para comer, explica a Gustav. Gustav tiene una influencia nefasta sobre él, añade a su manera perezosa y burlona, va a terminar de convertirlo en un sibarita. Pero la realidad es lo contrario. La presencia del otro hace a Gustav cada vez menos exigente. Ahora también él se compra un traje ancho, azul, de tela basta, como el del otro. Desde que el señor Teibschitz se ha hecho afeitar la barba, se aprecia cuánto se parecen los dos hombres, incluso cuando se sientan juntos con sus anchos trajes azul marino. Involuntariamente también, el uno adopta las costumbres del otro. Antes Gustav luchaba contra su mala costumbre de rechinar los dientes, ahora se deja ir. Cuando el señor Teibschitz chasquea la lengua, él rechina los dientes. En una ocasión, riendo, constata:

—Nos estamos pareciendo el uno al otro, señor Teibschitz. El señor Teibschitz le contempla.

—Usted tiene aspecto de persona más importante, doctor Oppermann —dice de forma pesada, seca, opaca.

El señor Teibschitz no habla con frecuencia de las cosas de Alemania, pero tampoco las evita. Estaba a gusto en Alemania. El cielo alemán, el paisaje alemán, las gentes de Alemania le eran muy queridas. Lástima que ahora echen a perder el paisaje con sus cruces gamadas. El año anterior, en Nidden, vio una esvástica que cubría por completo la mayor de las gigantescas dunas del lugar. Naturalmente, tres días después el viento se la había llevado. El paisaje soporta muchas cosas, pero al final siempre sigue siendo el mismo. Cuando aún tenía dinero, volaba mucho. De esa forma se ve lo grande que es el país, y la diminuta porción de él que ocupan los grandes asentamientos de los que tanto se enorgullecen. Lástima que ahora ese hermoso país esté rabioso. Los demás aún no quieren darse cuenta del todo. Creen que si apaciguan al perro rabioso no morderá. Pero, por lo que él sabe de los perros rabiosos, no son así.

Lástima por la hermosa Alemania. Y enseña a Gustav la foto de un paisaje prealpino.

Ahora, con sus modestos ingresos, el señor Teibschitz colecciona fotos en vez de cuadros. Gustav contempla gustoso varias piezas de la colección. Hombres, paisajes. El señor Teibschitz le muestra también cabezas de la nueva Alemania. Cabezas de los nuevos dirigentes, cabezas muy vacías llenas de rigidez histérica y brutalidad. Uno tras otro están ante el micrófono, con la boca muy abierta. El señor Oppermann y el señor Teibschitz, en sus anchos trajes azul marino de tela basta, se inclinan sobre las fotos, contemplan las cabezas, una boca abierta detrás de otra. No dicen nada, sólo se miran, sus propias bocas se ensanchan, sonríen. Y de repente, a pesar de todo lo que los hombres que tienen esas cabezas les han hecho, estallan en risas, de una manera estruendosa, relajados. Y entonces el señor Teibschitz señala la corona de esta parte de su colección: una foto en la que varios de los más conocidos dirigentes populares escuchan un concierto. Los que antes habrían las bocas de forma tan salvaje y brutal están ahora fláccidos, sentimentalmente entregados a la música, los ojos soñadores.

Que también podrían hacer otras cosas lo muestran otras fotos de la colección del señor Teibschitz. Allí había postales de las que se vendían en Alemania para el fondo de apoyo a los mercenarios, a veinte céntimos la pieza. Se representaba, por ejemplo, a mercenarios rapando a un joven judío, exhibiendo a una

chica en un escenario con el cartel: «Yo, criatura desvergonzada, me he entregado a un judío», a un dirigente sindical llevado por las calles en una carreta. Los rostros de las víctimas estaban terriblemente tranquilos, el joven judío tenía la cabeza inclinada, la muchacha la boca entreabierta, el líder sindical, un hombre viejo y calvo, iba en el carro con las piernas cruzadas, el torso inclinado, agarrándose trabajosamente con una mano, la boca firmemente cerrada. El señor Teibschitz alargó las postales a Gustav, una tras otra, su mano morena y velluda salía trabajosamente de la estrecha manga de la blusa azul. Gustav miró las fotos largo tiempo, también tenía la boca apretada. ¿No estaban realmente locos, para vender y enviar al mundo su vergüenza de forma triunfante?

—¿Entiende usted —preguntó— cómo puede la gente en Alemania soportar esto? ¿No se sublevan al verlo?

El señor Teibschitz, a su lenta y perezosa manera, dijo que ya había furia en Alemania. Había oído algunas cosas. En un campo de concentración de la región de Braunschweig, por ejemplo, cuando los prisioneros se enteraron de la muerte de Clara Zetkin quisieron honrar su memoria. Decidieron guardar silencio durante veinticuatro horas. Este silencio irritó a sus guardianes populares. Les hicieron pasar hambre, endurecieron la «instrucción». El propio comandante del campo, un experto popular, aplicó los más duros de los métodos ensayados para romper el irritante silencio. Lo que consiguió fue que al caer la tarde veintidós prisioneros tuvieran que ser llevados al lazareto debido a peligrosas hemorragias. Los prisioneros siguieron callando. Los dejaron sin cenar. El silencio de los cuatrocientos era tal que se doblaron los puestos de guardia y se montaron las ametralladoras en las torres de vigilancia. El comandante y los suyos pasaron la noche en estado de alerta. Por la mañana, hizo sacar a tres presos entrados en años de los barracones y, como seguían callando, los fusiló. En otra ocasión, el señor Teibschitz habló de la ejecución de cuatro trabajadores del distrito hamburgués de Altona que habían sido apresados en un ataque de los populares a un barrio obrero. Hicieron formar a setenta y cinco presos para que contemplaran la muerte de sus compañeros. Cuando se preguntó su último deseo al más joven de los condenados, pidió poder estirar los brazos una vez más. Liberado de sus cadenas, propinó un puñetazo en la cara al jefe de los mercenarios. Luego subió al patíbulo.

El señor Teibschitz contó varias historias de ese tipo, con detalles tan exactos que era imposible que fueran reproducción de vagas noticias de prensa. En una ocasión, Gustav le preguntó:

—Dígame, señor Teibschitz, ¿cómo sabe esas cosas con tanto detalle?

El señor Teibschitz, a su manera acostumbrada, pasó largo rato sin abrir la boca. Gustav dudaba ya de que fuera a responderle. Era entrada la tarde, el cielo estaba pálido. Había salido la luna, una luna amarillenta, creciente; el sol y la luna se alzaban a la vez en el cielo.

—Nosotros éramos informados con mucha precisión de todas estas cosas —dijo al fin el señor Teibschitz.

—¿Quiénes son «nosotros»? —preguntó Gustav. Lo hizo titubeante, no conseguía del todo ocultar su excitación. El señor Teibschitz bostezó:

—«Nosotros» éramos números, si quiere usted saberlo con exactitud —respondió. Yo por ejemplo era el número CII734. Se trata de un servicio de información en el interior. Una especie de misión interior —añadió pesadamente. Algo fatigoso, la emigración interior, se lo aseguro. Se vive en restaurantes, hoteles, se duerme todas las noches en un sitio distinto, con la policía siempre pisándote los talones. Probablemente vender muebles Oppermann sea más fácil.

—¿Y qué clase de gente son esos «nosotros»? —siguió preguntando Gustav.

—Son —respondió el señor Teibschitz— funcionarios del partido, proletarios, muchas mujeres, incluso niños. El consumo de material humano es grande. Pero hay donde elegir: también el número de desilusionados es grande. Naturalmente, sólo se puede aceptar a gente que sepa con exactitud cómo son las cosas para alguien que no tiene dinero —volvió mínimamente la pesada cabeza; guiñó ligera, jovialmente, un ojo somnoliento a Gustav—: Usted por ejemplo, doctor Oppermann, tendría pocas posibilidades.

Los dos hombres callaron un buen rato. El sol se ponía.

—No debe imaginar que se trataba de un trabajo romántico —dijo aún el señor Teibschitz. Al contrario, era inusualmente aburrido. Trabajo de oficina bajo la espada de Damocles. Aburrimiento y peligro juntos es demasiado. Finalmente, me resultó demasiado aburrido y no pude más. Hace falta un odio firme y grande para aguantar. Ya no soy capaz de producir tanto odio. Cuando se le ha dejado a un loco una ametralladora, no tiene sentido odiarle porque ya no se le puede quitar. El hombre inteligente se larga.

Por lo demás, casi no hablaban de política. Podían pasar horas juntos en silencio, pescando, contemplando a los pescadores, observando a las hormigas, pequeños cangrejos de mar, arañas. Cuando querían pasar un día emocionante pescaban erizos, que abundaban en la pequeña bahía.

Una mañana, el verano avanzaba sensiblemente, el señor Teibschitz le dijo a Gustav que pronto

emprendería el viaje a pie por Italia. Había tenido noticias de la mujer de Alemania. Le daría todo el dinero que quisiera, pero sólo dentro de Alemania. Así que su caseta de perro se había ido al garete.

Gustav estaba consternado. Una idea se agitaba en su interior. Esa misma mañana, hizo al señor Teibschitz una propuesta. No se atrevió a hacerla directamente, dio torpes rodeos, sonrió con un embarazo casi infantil. Estaba dispuesto a dar al señor Teibschitz el dinero para la adquisición de la caseta de perro. La única condición que ponía era que el señor Teibschitz, que se bastaba con su carné de identidad, le diera su pasaporte. El señor Teibschitz dijo «hum», nada más.

Por la tarde, llevaba consigo su pasaporte. Examinó a Gustav de arriba abajo.

—Estatura media —controló la descripción de su pasaporte—, rostro redondo, color de los ojos marrón, color del pelo rubio oscuro, marcas especiales ninguna. Suerte que me dejara el bigote después. De lo contrario, se diferenciaría usted de mí también en la foto. Ahora sólo parece más importante —añadió a su manera pesada, un tanto insidiosa—. Pero quizá los hombres de la frontera no lo aprecien. Muy bien, señor Teibschitz —dijo, y le dio el pasaporte. Además, le regaló un traje gris que había llevado mucho tiempo. Gustav odiaba los trajes grises, pero se lo agradeció mucho, y le cedió a su vez su gastado cochecito por el resto del tiempo de alquiler.

—Que le vaya bien, señor Teibschitz —dijo el señor Teibschitz cuando Gustav se fue. Y cuando se le haga demasiado aburrido, y le garantizo que se le hará, venga a mi caseta de perro.

Gustav no se dio prisa. Se detuvo en Marsella, en Lyon, en Ginebra, en Zürich. En Zürich se encontró con su sobrino Heinrich.

El rostro del chico de piel delicada y morena seguía siendo muy infantil, pero sus ojos habían envejecido, se habían vuelto más reflexivos; ahora su mirada era con frecuencia tan somnolienta, contemplativa y astuta como la de su padre. Había reflexionado mucho en las últimas semanas. Las palabras y conceptos acudían a él con dificultad, pero al final su buena y sana razón triunfaba siempre sobre aquella sorda violencia que le había impulsado a su fallido enfrentamiento con Werner Rittersteg. No era fácil para un chico tan joven, que se había educado en Alemania y la amaba, digerir en aquellas semanas las cosas que sucedían en su país. Heinrich sabía que los populares no sólo habían empujado a la muerte a su primo Berthold Oppermann, sino también a muchos otros; había leído aquella disposición que establecía que en los colegios tenía que haber máscaras antigás para todos los estudiantes, a excepción de los judíos. Apretaba sus jóvenes y fuertes puños, pero no confundía a los populares con los alemanes, y mantenía la prudencia cuando se hablaba de Alemania.

Ahora estaba en la habitación de hotel de su tío Gustav, sentado en la repisa de la chimenea, esforzándose por mantener el equilibrio y porque aquella frágil cornisa no se desplomase debajo de él. Gustav le preguntó por sus planes para el futuro. Heinrich ha decidido definitivamente ser ingeniero. Le interesan sobre todo ciertos trabajos de ingeniería subterránea. Ve muchas posibilidades en ellos. Va a trabajar varios años en Inglaterra y América, pero su objetivo sigue siendo trabajar en Alemania. Seguro que tendría mejores expectativas en cualquier otro sitio, pero Alemania es el trasfondo necesario para sus planes favoritos, porque al fin y al cabo no piensa abandonar su formación humanística aunque le sirva de poco en su profesión de ingeniero. Le gustaría trabajar en Alemania. Se le pasa por la cabeza una autopista por debajo de Berlín, un metro para Colonia. No deja que los locos le confundan acerca de su Alemania.

Su tío Gustav extrae lo que le conviene. Así que también el muchacho quiere manifestarse, a su manera. Ellos no le quieren en Alemania, pero él la quiere; quiere llevar a Alemania aquello que considera bueno. Esto conmueve mucho a Gustav. Y, sin transición, le habla de otros alemanes que no se dejan confundir. De los niños que a pesar de los golpes se niegan a cantar el himno de Horst Wessel, de los jueces que se dejan encerrar en campos de concentración antes que hacer el saludo romano, de los presos a los que es posible fusilar, pero no rompen su silencio.

Pero Heinrich no es la persona adecuada para oírlo. Salta de la repisa de la chimenea, camina arriba y abajo. No, *Sir*, dice, tales manifestaciones no pueden inspirarle respeto. También él ha oído algunas cosas al respecto, excepto una: si servían de algo. No podía imaginar que sirvieran de algo. Mártires ya hemos tenido suficientes. Basta. Curva los labios, muy rojos, baja un poco los párpados, parece de repente adulto, parecido a su padre, pero más amargo que él, más duro.

—No se puede hacer una manifestación más imponente que la de la propia muerte —dice. Berthold se manifestó de ese modo. Yo era muy amigo suyo. No sirvió de nada que muriese. Y por muchos que mueran o se hagan encerrar en esos espantosos campos, no servirá de nada.

Ha hablado con decisión, casi con un poquito de patetismo. No le gusta. Rápidamente desciende a la cotidianeidad.

—*Well* —dice, sonríe, y vuelve a ser completamente joven. Soy un mal polemista, pero tengo aquí un amigo, un estudiante, un joven suizo, que lo hace mucho mejor y puede decir con más precisión lo que quiero decir. He quedado con él esta tarde en el café Corso. Quizá quieras venir tú también. Seguro que Pierre te interesa. Es realmente una lumbrera.

Gustav acudió. El amigo de Heinrich resultó ser un joven rubio, divertido, bastante insolente, de unos diecinueve años. Su nombre era Pierre Tüverlin, y era hermano del famoso escritor, según se supo pronto. Con su rostro abierto y simpático, su cabello rojizo, sus ojos casi sin pestañas, no le preocupaba ganarse rápidas simpatías. Aun así, a Gustav no le disgustó la relajada despreocupación con que exponía sus tajantes y precoces opiniones.

El café era grande, ruidoso, lleno de humo y de música a todo volumen. Pero era evidente que los dos chicos se sentían muy bien. Apenas contó Heinrich de qué había hablado esta mañana con su tío Gustav, cuando Pierre Tüverlin se lanzó sobre él con su voz clara y ahogada, superando sin esfuerzo la música:

—No, señor, eso no es así. No hay nada que hacer con el romanticismo. Por mí puede ahorrarse todos sus ejemplos. Son condenadamente anacrónicos, como si además se toma un veneno. Los ejemplos no valen contra una ametralladora.

Heinrich escuchaba a su amigo con ojos llenos de fe.

—Razón, razón y más razón —concluyó. Eso es lo que necesitamos ahora.

Y Heinrich recalcó:

—*Common sense*. Todo lo demás sobra. Quien quiera hacerlo de otro modo estará fuera de lugar.

Gustav estaba sorprendido, casi triste, de que unos chicos jóvenes pudieran atenerse a cosas tan frías. La música tocaba en ese momento un popurrí de *La muda* de Portici. Hacía cien años, esa ópera había arrastrado a sus oyentes en Bruselas de tal modo que se lanzaron a la calle e hicieron la revolución. Estos chicos no se iban a dejar arrastrar por una cosa así.

—¿Y Sócrates? ¿Séneca? ¿Cristo? ¿Fue inútil su muerte? —pregunto.

—No lo sé —dijo rechazante el señor Tüverlin. Pero sé que desde que existe el conocimiento experimental es más inteligente vivir por una idea que morir por ella. Así se sirve más a la idea. Unos cuantos pueriles calumniadores aseguran que el gran Galileo dijo: «Y sin embargo, se mueve». No dijo nada. En cuanto vio los instrumentos de tortura, abjuró a toda prisa. Y era un gran hombre. Si él sabía exactamente que sin embargo se mueve, ¿por qué no iba a decir que no se movía? Lo dijera o no, se movía, pensó. Y eso es lo que deberían hacer sus hombres ejemplares, señor. Deberían gritar «Heil Hitler» y pensar otra cosa. Sus hombres ejemplares, señor —concluyó, subrayando cada palabra con el vehemente agitar de su mano derecha, recubierta de un vello rojizo—, son inútiles, románticos, anacrónicos. En nuestra época al menos, los ademanes de mártir son absurdos.

Ahora, Heinrich se avergonzaba un poco de su vehemencia anterior. Estaba sentado, rígido, en su cómodo sillón de café, con la actitud de un hombre que hace una visita ceremoniosa.

—Mis padres y yo —dijo— hablamos con frecuencia de lo que deberían hacer los judíos de Alemania. Están en una situación espantosa. La mayoría no pueden salir, no tienen dinero, no les dejan entrar a ningún país. Se esfuerzan en mantener su negocio en Alemania en las más difíciles circunstancias. Les escupen por donde van, están fuera de la Ley, en los baños está escrito que no pueden pasar, en sus pasaportes estampan «judío», ninguna chica cristiana puede ir por la calle con ellos, los echan de las asociaciones, no pueden jugar al fútbol más que entre ellos. Si uno se queja a la policía, recibe la respuesta de que eso no es más que la justa ira del pueblo. ¿Deberían manifestarse? ¿Les estás pidiendo, tío Gustav, que se planten en la calle y griten: «Vosotros sois los inferiores, y nosotros los mejores»?

—Yo no estoy pidiendo nada, muchacho —dijo Gustav. Probablemente los judíos de Alemania tienen razón.

La música era estruendosa, las tazas entrechocaban, la gente alrededor charlaba a voces; aun así, Gustav habló sin demasiado énfasis, y tan cortésmente que los jóvenes, que habían querido replicar enseguida, se quedaron callados por un instante.

Entonces Tüverlin dijo, más moderado:

—Gente que lleva décadas casada con judías y tiene hijos de ellas ha declarado que ahora se dan cuenta de su error, se avergüenzan de ello, además hace años que no se acuestan con sus mujeres judías, y han pedido el divorcio. Son unos cabrones. Sin embargo, no es posible saber si emitieron esa declaración de acuerdo con sus mujeres, para facilitarle la vida a ellas y a sus hijos. Entonces no serían unos cabrones, sino personas inteligentes.

—*Well* —dijo Heinrich—, tiene que ser condenadamente difícil aguantar cuando alguien que es diez veces más insignificante que uno mismo te escupe en la cara. Creo que a veces hace falta autocontrol,

inteligencia y cerrar la boca. Mi compañero Kurt Baumann me ha escrito que ahora tienen temas como «¿Qué es lo heroico?», y cosas por el estilo. Nunca saqué más de un seis en lengua, pero me gustaría escribir esa redacción. Verías la cara que ponían. Me darían un cuatro, pero merecería un diez.

Poco podía decir Gustav contra lo que alegaba su joven sobrino, pero tenía las imágenes surgidas de los documentos de Bilfinger, pensó en las fotos del señor Teibschitz, en el Johannes de sus visiones, la marioneta encima de la caja, haciendo grotescas flexiones, de rodillas, de pie, graznando como un papagayo. Así que ante la racionalidad de los jóvenes se instaló en una segura y suave obstinación, y sin reproche alguno, pensativo, dijo a su sobrino Heinrich:

—Creo que, de pura razón, habéis olvidado odiar.

El rostro infantil de Heinrich enrojeció. Toda la delicada piel morena de su ancha y gran cabeza estaba roja. Pensó en cómo había escrito la denuncia contra Rittersteg, pensó en el bosque de Teupitz, en la delgada luna, en cómo había apretado la cabeza de Werner contra la tierra húmeda, y en cómo lo había hecho todo a medias porque su odio no era suficiente. Parecía furioso y confuso.

—No soy de madera —dijo finalmente. Pero, tras un silencio mínimo, añadió—: Por eso, estiraría la mano y gritaría «Heil Hitler» —insistió. *Sure* —aseguró. Lo haría diez veces.

Y Pierre Tüverlin, de diecinueve años, cerró el debate con su voz ahogada:

—No tiene sentido querer influir en los sentimientos de la gente con hermosos discursos y gestos. Cambiad los presupuestos y cambiaréis a la gente. No al revés.

—*Yes, Sir* —dijo Heinrich con sus diecisiete años. Luego Gustav pagó el café, los bollos y los cigarrillos de los dos chicos, y se fueron.

Gustav recogió esa misma noche todo lo que traía consigo, también los documentos de Bilfinger y el paquete de correspondencia privada con la tarjeta admonitoria, y lo envió a Lugano, a casa de su cuñado. Luego, con una astuta sonrisa, se puso el traje gris que le había regalado el señor Georg Teibschitz.

Era un día radiante cuando el hombre que llevaba el pasaporte de Georg Teibschitz cruzó la frontera, un hombre pesado, lento y amigable vestido con un traje gris raído, con una gastada maletita en la mano.

Anduvo por ahí, primero por el sur de Alemania, por Baden, por Suabia, por pequeñas ciudades, pueblos, el comerciante Georg Teibschitz, que ha trabajado un tiempo por su cuenta, ha hecho mucho dinero, ha trabajado luego al servicio de otros y en este momento estaba en paro. Tenía buenos papeles, el hombre de Bandol le había dado aún más legitimaciones; podía probar lo que decía.

No tenía prisa. Respiraba el aire alemán, veía el paisaje alemán, oía voces alemanas, flotaba en una dulce y gran dicha, como en un ancho mar. Recorrió las calles, atravesó el país en esa maravillosa primavera, respiró, miró. En esos días, estaba de acuerdo consigo mismo y con su destino como nunca antes. La vida fluía, tranquila, monótona, fuerte como siempre, y él se dejaba llevar.

Sólo que precisamente porque la paz y el orden que se respiraban en esta Alemania le habían enganchado enseguida, porque se movía con el movimiento de los otros, empezaba a tener los pensamientos de los otros, sintió doblemente el peligro de la falsa calma, la necesidad de mostrar la clase de descarado embuste que era este aparente orden.

Lentamente, empezó su actividad. Ahora le ayudaba haber charlado tanto en esas últimas semanas, allá abajo, junto al mar meridional, con pescadores, cobradores de autobús, gentes sencillas de todas clases. Se lanzó a largas conversaciones con pequeños burgueses, campesinos, trabajadores. La gente no ocultaba ante él sus asuntos privados, pero en cuanto empezaba a hablar de política, se cerraban. No era buena época para hablar. Aun así, consiguió hacer hablar a alguno que otro.

Estaba decepcionado. Las imágenes que habían brotado en él después de los relatos de Frischlin, Bilfinger, Teibschitz, tenían salvajismo y color: la realidad era gris y sobria. Se aceptaban las fechorías de los mercenarios con un encogimiento de hombros. Ya se sabía que los populares eran unos cerdos, no hacía falta que nadie viniera a decírselo a uno. Que se golpeaba a los detenidos, que se les echaba sal en su escasa comida y no se les daba agua para la sed, que se les obligaba a untarse mutuamente con sus propios excrementos eran cosas contra las que se estaba inmunizado. Lo que preocupaba era la cuestión de cómo poder calmar la extrema necesidad con sueldos cada vez más escasos. El problema de las masas no era la barbarie de los populares, sino la obligación de salir adelante con los dos céntimos que ahora les deducían del sueldo.

De vez en cuando, en cafés, pequeños restaurantes, ante las oficinas del paro, Gustav topaba con agentes de aquella misteriosa organización de la que Georg Teibschitz le había hablado. Trataba de establecer relación con ellos, pero no lo lograba. Estaba claro que esa gente sólo querían ser números, como le había contado el señor Teibschitz. Un hombre como Gustav no podía llegar hasta ellos.

En una ocasión, inesperadamente, en la ciudad de Augsburg, se encuentra a Klaus Frischlin. Frischlin no levanta la voz, no quiere llamar la atención. Tanto más cortante es lo que dice:

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué se le ha perdido en Alemania? ¿Cómo ha venido aquí? Le daré la posibilidad de volver a cruzar la frontera, pero por favor, esté fuera dentro de veinticuatro horas.

Por inesperado que fuera este encuentro, hacía mucho que Gustav estaba interiormente preparado para él. Había sido Frischlin el que le había atraído a esta historia, siempre Frischlin, desde el momento en que le dijo por teléfono que iba a ir a Berna. Frischlin fue el primero en hablarle de los acontecimientos en Alemania, por Frischlin habló Bilfinger con él. Frischlin le hizo llegar esa tarjeta que le llamaba a la tarea que había que hacer, aunque no pudiera ser culminada. Frischlin es, hace mucho que Gustav lo sabe, el hombre que convirtió a Georg Teibschitz en el núm. CII734. Como un escolar que hace voluntariamente un trabajo que supera sus fuerzas, pero que aun así tiene derecho a esperar ser elogiado por su buena voluntad; astuto, socarrón, con una sonrisa confusa e infantil que abarca toda la gran cara mal afeitada, Gustav confía al otro su secreto:

—Espero que no tenga nada en contra de que yo sea CII734.

Pero el gesto de Frischlin se petrifica.

—Está loco —dice con dureza. ¿Qué es lo que se ha creído? No nos hace ninguna falta aquí. No puede causar más que daño —se volvía cada vez más vehemente—: ¿Qué se ha imaginado, hombre? ¿Qué busca aquí? Vaya un quijotismo. Qué heroísmo de libro. ¿A quién quiere impresionar? Como mucho a sí mismo. Lo que usted hace despierta irritación, no admiración.

El rostro de Gustav se había apagado. Sus mejillas, sin afeitar, colgaban fláccidas, era un viejo. Aun así, las palabras de Frischlin no le hicieron vacilar ni un momento. Quejumbroso, terco, como un niño que insiste en sus propósitos porque los adultos no le entienden, sacudió lentamente la gran cabeza:

—Creía que precisamente usted me entendería, doctor Frischlin.

A Klaus Frischlin le habría gustado sacudir aún más fuerte a Gustav. Ese hombre no sólo se hacía daño a sí mismo, sino a todos ellos. Y el tono en que Gustav había hablado le mostró que sin duda de ese modo no se iba a hacer entender. También de pronto sintió lo ajeno que se le había vuelto ese hombre corpulento, ajeno a la realidad, con su entusiasmo infantil, su suave testarudez, la virginidad que había conservado durante cincuenta años hasta llegar a esta Alemania.

—Doctor Oppermann —dijo, y Gustav nunca habría creído que ese hombre pudiera hablarle tan cálida y enfáticamente—, no quisiera que le ocurriera nada. Pero es inevitable que lo cojan si anda por aquí tan indefenso y tan rebelde. Por favor, váyase de Alemania. Por favor, lárguese. Créame, nuestro Lessing le diría lo mismo —concluyó con una ínfima sonrisa.

«Nuestro Lessing». Gustav se alegraba mucho de que Frischlin hubiera dicho «nuestro Lessing».

—¿Se acuerda —preguntó— de aquella cita de Lessing que yo quería anteponer al libro tercero?: «Camina con tu paso imperceptible, eterna providencia. Pero no permitas que esa imperceptibilidad me haga dudar de ti. No me dejes dudar de ti aunque parezca que tus pasos caminan hacia atrás. No es cierto que el camino más corto sea siempre la línea recta. Tienes que cargar mucho en tu eterno camino, dar muchos rodeos»… Fíjese —concluyó triunfante—, por eso estoy aquí.

—Es una locura, hombre —dijo Frischlin, otra vez seriamente indignado. Precisamente por eso tiene que irse. ¿Qué es lo que pretende? ¿Ayudar a la providencia a dar un rodeo? Naturalmente, se le necesita para decir a la gente lo que hay. Hace mucho que la gente sabe lo que hay, pero no quiere saber nada. Lo que quiere saber es: ¿qué debemos hacer? ¿Lo sabe usted, doctor Oppermann? ¿Tiene usted una solución? Mire por dónde: nosotros tenemos una. Por eso permito a mi gente que arriesgue su vida. A usted no se lo permito —dijo con vehemencia.

Los dos hombres caminaron un trecho sin hablar.

—¿Está muy furioso conmigo? —preguntó finalmente Gustav, implorante, triste, como un chico que se ha llevado una bronca, aunque en lo más hondo de su interior sabe que tiene razón. Frischlin se encogió de hombros:

—Lo siento por usted, doctor Oppermann —dijo, y el tono fue tan parecido al que Mühlheim empleaba a veces con él que, a pesar de la ira de Frischlin, Gustav se sintió feliz por este encuentro.

Prosiguió su vida con dulce testarudez. Ahora estaba en aquellas regiones de las que hablaba el relato de Bilfinger. Caminaba por el bello paisaje suabo. Quería completar el material de Bilfinger; porque llegaría el día en que ese material tendría un interés más allá del histórico.

Pero semejante actividad le reportó una decepción. Las gentes que hasta ahora habían sido nombres, palabras, letras resultaron ser, una vez ante él, mucho más sombras que las imágenes de su fantasía. Lo único corpóreo era su miedo, su ser enormemente intimidado. A la menor alusión enmudecían, le

mostraban la puerta. A alguno de los testigos oculares, en tanto no tenían que ver con las víctimas, pudo hacerles soltar la lengua; los rostros de las propias víctimas, cuando se hablaba de lo ocurrido, se petrificaban en la decisión de no haber visto nada, de no saber nada.

Este miedo acumulado, este espanto profundamente asentado, llenaba a Gustav de una compasión física. Trató de hacer hablar a los atemorizados desde muchos ángulos. No sólo era su necesidad de material; creía que los golpeados superarían más fácilmente el horror que había arruinado toda su vida si hablaban de él.

En una ocasión, estaba sentado con un veterinario, un tendero y un mecánico ante un vaso de vino. Se indignaron cuando se habló de lo que había pasado en su ciudad. Se dejaron llevar, utilizaron palabras fuertes. Gustav aportó lo suyo. En la mesa de al lado se fijaron en ellos. Antes incluso de salir del local, fueron detenidos.

En el campo de concentración de Moosach tomaron sus datos personales: Georg Teibschitz, de Berlín-Charlottenburg, Knesebeckstrasse 92. Edad 49 años, ingresado por derrotista. Le raparon la cabeza, le hicieron desnudarse —se desprendió a disgusto del traje gris—, le obligaron a ponerse un traje a rayas. La chaqueta era demasiado larga, los pantalones demasiado pequeños, Gustav tenía un aspecto ridículo; si le hacían arrodillarse, se rompería por todas las costuras. Pensó en Johannes. Tenía miedo a las flexiones y a la vez las esperaba con secreta tensión.

Lo llevaron a un patio. Lo pusieron en fila con otros cinco, les hicieron ponerse firmes. Tres jóvenes mercenarios de duros y benignos rostros campesinos les vigilaban.

Los seis tenían que mantenerse firmes, nada más. Durante la primera media hora, la tensa posición no agotó en exceso a Gustav. Sordamente, en lo más hondo de su interior, siempre había sentido que su empresa tendría un final así, estar aquí de pie, con el cuerpo rígido, cruelmente vigilado por unos muchachos necios y benévolos. Aun así, se había entregado con placer a su tarea. Que Frischlin y el joven Heinrich la encontraran absurda: él sabía que estaba hecha a su medida. Durante mucho tiempo, Johannes Cohen había sido un reproche para él. Johannes, aguantando en su cátedra en medio de los estudiantes sajones amotinados; Johannes, la marioneta, haciendo flexiones, uno, dos; el muerto Johannes, con los huesos rotos, una bola de carne desgarrada en un ataúd sellado. Ahora Johannes ya no podía reprocharle nada. Estaban al mismo nivel.

Así pensaba y sentía Gustav durante la primera media hora. Desde ese momento sólo sintió una cosa: no lo soportaré. Los habían dejado sin comer. Su vecino había empezado ya a aflojar, a hundirse sobre sí mismo; la porra de goma le había ayudado a volver a ponerse firme. Si al menos la nuca no me doliera tanto, pensó Gustav. Voy a adelantar el pie derecho. No, el izquierdo. Entonces golpearán. Aun así, voy a adelantar el pie izquierdo. Sencillamente lo levantaré y lo sacudiré un par de veces. Pero no lo hizo.

Luego, al fin, pudieron mover los miembros. Fue una gran dicha, hacía al mismo tiempo daño y mucho bien. Hubo cena, un bocadillo de manteca. Gustav estaba sediento, pero por desgracia no les dieron agua. En vez de eso, se les hizo formar para la revista. Tuvieron que saludar a la bandera con la cruz gamada que estaban arriando, con el brazo en alto al modo romano, y cantar el himno alemán. Luego, por fin, pudieron irse a dormir.

Gustav compartía habitación con otros veintitrés. La habitación era estrecha y apestosa, no era agradable pensar en cómo olería él dentro de algunas horas.

Primero, la sed atormentó a Gustav. La paja pinchaba y crujía, el olor se hacía cada vez peor. Pero la sed hacía olvidar el mal olor, el doloroso cansancio hacía olvidar la sed y el olor. Había focos iluminando el edificio. A intervalos de menos de un minuto, su luz estridente pasaba sobre la cara. Los guardias se acercaban al barracón, gritaban, maldecían. A lo lejos, uno que sin duda estaba siendo «interrogado» gritaba, aullaba de manera prolongada. Gustav yacía de costado, rechinando levemente los dientes. Se durmió. Se durmió profundamente. Ni los focos, ni el ruido, ni la sed, ni el mal olor le molestaron, hasta que a la mañana siguiente un agudo toque de corneta le arrancó del sueño.

Después de haber rezado su oración matinal, plantados firmes junto a sus catres, llegó algo bueno para Gustav: trajeron agua. Fue espléndido sentir la humedad goteando sobre los labios adelantados, por la garganta abajo. Por desgracia, el que había tras él empujaba. Pero la dicha volvió otra vez. Hubo desayuno: un agua caliente y negra llamada café, con un trozo de pan. De acompañamiento, naturalmente, el himno de Horst Wessel y el de Alemania.

Marcharon hacia el patio. Estaban reunidos varios cientos de presos, con sus grotescos trajes a rayas. Izaron la bandera de la cruz gamada. Saludaron a la romana, «Heil Hitler».

Hicieron gimnasia. Era un día pesado, bochornoso, con espesas nubes negras en el cielo. La sección de Gustav empezó a correr. Durante veinte minutos. Al poco tiempo Gustav comenzó a sudar, pero la carrera

no le resultó pesada. Doce horas antes estaba mortalmente agotado; es extraño qué secretas reservas de energía tiene el ser humano. Treparon por una pared de escalada. Otra vez a correr. Se arrodillaron, con la cabeza apuntando al suelo. Mucho tiempo.

Empezó a llover. Gustav esperaba que por fin les obligarían a hacer flexiones. Pero no lo hicieron. Les hicieron tirarse al suelo húmedo y reptar siguiendo las órdenes: pierna adelante, brazo adelante, arriba el culo, la otra pierna adelante, el otro brazo, de pie, cuerpo a tierra, de pie, cuerpo a tierra. Llovía con más fuerza. La cabeza rapada se enfriaba desagradablemente con la humedad. En el escaso césped se formaban sucios charcos. Cuerpo a tierra, en mitad de los charcos, de pie, a tierra, de panza al charco, a balancearse.

—En honor de Alemania, por mar y por tierra —gritó el mercenario con estrellas que daba las órdenes. Éste es un ejercicio sano —gritó. Nadie puede quejarse. Y si los judíos extranjeros se quejan, os cargaremos con sacos de arena —rió estruendosamente. Reíos —ordenó. Rieron.

Empezaron a repartir el trabajo. Había tres grupos de presos: fácilmente corregibles, difícilmente corregibles, incorregibles. El preso Georg Teibschitz había sido internado por derrotismo, no había nada más en su contra; se le alineó de forma provisional entre los fácilmente corregibles. Se asignó a su grupo trabajo ligero. Como en muchos otros campos, también en Moosach habían tenido la idea de tender una nueva carretera, porque no se podía encontrar trabajo alguno para los presos. Naturalmente, no había ninguna necesidad de tal carretera; los alrededores de Moosach eran pantanos y ciénagas, estaban escasamente poblados; hacer la carretera era difícil, dada la condición del suelo. Pero el trabajo se hacía en aras del propio trabajo.

Así que Gustav tuvo que acarrear grava. La carretilla era pesada, el terreno blando, resbaladizo, la carretilla se hundía una y otra vez, en algunos lugares había a ambos lados un pantano insondable. Pero Gustav era fuerte. De todos modos, pronto la piel de las manos se le hinchó y llenó de ampollas.

Tardaba unos ocho minutos en empujar la carretilla llena desde el montón de grava hasta el lugar de trabajo, y menos de la mitad en regresar con ella vacía. Cuando se estaba cerca del objetivo con la carretilla cargada, uno se alegraba de pensar en el descanso del regreso. Gustav miró a sus compañeros. Había allí veintiuno de los veintitrés de su dormitorio, rapados al cero o con el pelo muy corto, la mayoría tenían una salvaje pelambre en las mejillas, o incluso verdaderas barbas; dos llevaban mechones de pelo en forma de cruz gamada. Algunos llevaban gafas, la mayoría tenían cara de intelectuales. Todos parecían consumidos, agotados, obtusos, algunos parecían al borde de la idiotización; casi todos tenían manchas azules y moradas en el rostro. Ahora Gustav sabía cuál era el verdadero aspecto de Johannes en el campo de Herrenstein. Distinto de la marioneta de sus visiones, mucho más espantoso en sus sucios vestidos a rayas. Pero Gustav sólo tenía tiempo para tales observaciones cuando empujaba la carretilla vacía; cuando empujaba la llena, sólo pensaba: «¿Cuándo llegaré?». Y: «Ojalá estuviera de vuelta».

Marcharon de vuelta al campo. Cantaron el himno de Horst Wessel. Rezaron la oración de la mesa: «Ven, señor Jesús, sé nuestro huésped / y bendice lo que nos has dado. / Protege a nuestra nación alemana / y a nuestro canciller Hitler, el más grande de sus hijos». Comieron sopa de col y rábano y pan. Lavaron los platos. Salieron desfilando al patio. Formaron firmes. Soportaron la revista. Gritaron «Heil Hitler» mientras el comandante pasaba ante ellos. Cantaron el himno alemán. Empezaron a hacer gimnasia.

Y esta vez, por fin, vinieron las flexiones. Fueron distintas de lo que Gustav había imaginado. Nada del rápido y elástico un, dos. Más bien se ejecutaban en cuatro tiempos, cada uno, medido con reloj, de dos minutos. Primer tiempo: de puntillas; segundo: rodillas flexionadas; tercero: otra vez de puntillas; cuarto: posición inicial. Si no se levantaban lo bastante los talones, si no se flexionaban lo bastante las rodillas, las patadas ayudaban. Las botas de los mercenarios eran grandes y pesadas. Mientras estaba en cuclillas, Gustav pensó en su abuelo Immanuel, que un día, cuando su madre estaba muy enferma, le había dicho: «*Gam su letovo*… no hay mal que por bien no venga». Él no había entendido cómo algo malo podía ser bueno. El abuelo le había explicado que se lo «contabilizarían». Había una especie de contabilidad, y lo que abajo aparecía como malo, en el debe, arriba aparecía como bueno, en el haber. El pequeño Gustav no lo había entendido del todo. Ahora, lentamente, empezaba a entender lo que quería decir el abuelo. De manera mecánica, repitió las palabras hebreas. Uno, de puntillas: *gam*. Dos, flexión: *su*. Tres, de puntillas: *le*. Cuatro, posición inicial: *tovo*. Por lo demás, se esforzaba en no venirse abajo, porque entonces aparecían las botas de los mercenarios. Al cabo de media hora estaba agotado. En una ocasión se derrumbó realmente, la patada del joven vigilante de cara campesina fue dura. Desde ese momento no pensó nada más, sólo en los dos minutos de posición inicial y descanso, y durante los dos minutos de posición inicial y descanso pensaba con miedo en los seis minutos de esfuerzo que iban a seguirles.

En la media hora de tiempo libre después de la gimnasia, Gustav estuvo tumbado en un rincón. Luego tuvieron que formar, y uno con estrellas pronunció un discurso. En realidad, explicó, habría que matar

como terneros a todos los judíos y marxistas. Pero el Tercer Reich era noble y generoso y hacía el intento de educar a estos infrahumanos. Sólo cuando uno se revelaba total y enteramente incorregible, se acababa con él. Ésta era a todas luces la «instrucción», la «educación». Porque ahora les leían frases de *Mi lucha*. Tenían que repetir a coro las tesis: «Igual que una hiena no se aparta de la carroña, así un marxista no se aparta de la traición a la patria», y otros principios del Führer. Este Führer, les explicaron, había nacido el 20 de abril de I889 en Braunau, Austria, y todo lo que hacía y decía venía directamente de Dios. Aquella de las reses presentes que mañana no se supiera de memoria los datos de la vida del Führer y las frases pronunciadas hoy sería castigada con tres semanas en una celda de aislamiento. El evangelio del Führer estaba plasmado en ese libro, *Mi lucha*; los presos tenían derecho a comprarlo, encuadernado en cartón, por cinco marcos setenta, en tapa dura por siete marcos veinte. Podían hacer que sus parientes les remitieran el dinero.

Se instruía de este modo a veinticuatro personas, la mayoría de ellos intelectuales, profesores, médicos, escritores, abogados, y el que los instruía era un joven campesino. Los presos estaban allí con sus trajes a rayas, con manchas azules y negras en el rostro, rapados o con el pelo muy corto, dos con restos de pelo en forma de cruz gamada. Estaban allí con gestos vacíos, obtusos, y repetían a coro las frases que se les decían, esforzándose temerosos en registrarlas en sus atormentados cerebros. Gustav recordaba oscuramente que en una ocasión había leído pasajes de Mi lucha a un hombre llamado François, y que se habían reído.

También esa noche Gustav durmió profunda y pesadamente. El segundo día transcurrió como el primero, el tercero como el segundo. El campo de Moosach estaba considerado humano; sin duda Gustav recibía patadas y a veces un golpe en la cabeza o en la cara, pero aquí los presos eran «interrogados» con mucha menos frecuencia que en otros. Lo que hacía sufrir a Gustav era la falta de alimento y el exceso de ejercicio; a menudo se sentía débil, a pesar de su cuerpo entrenado, y se notaba el corazón.

Si malos eran los esfuerzos, peor era el hambre, el mal olor y, sobre todo, la eterna monotonía, la eterna grisura. No se podía hablar con nadie, y el aburrimiento de los ejercicios desmoralizaba. Quieren convertirnos en animales, pensaba Gustav, quieren vaciarnos el cráneo y volvernos obtusos. Ya no tenía más pensamiento que preguntarse si hoy habría flexiones o posición de firmes o arrastrarse por el suelo, y si hoy le tocaría la carretilla pesada o la ligera o incluso la del mango ondulado, que es especialmente mala para las ampollas.

Aunque no podía hablar con ellos, ahora conocía muy bien a sus veintitrés compañeros de barracón. Sabía quién era más manso, quién más iracundo, quién estaba acostumbrado al trabajo físico, quién no, quién era más fuerte y quién menos, quién lo soportaría previsiblemente por más tiempo, quién por menos. Sabía quién decía «a sus órdenes» con voz fuerte, quién en voz más baja, quién cantaba en voz alta y quién no. Esto último era muy importante, porque el humor del inspector de las muchas estrellas sufría cuando el himno de Horst Wessel o el «Heil Hitler» no sonaba lo bastante gallardo. El que más llamaba la atención entre los compañeros de barracón de Gustav era un hombre, quizá mediados los cincuenta años, que parpadeaba con frecuencia y, evidentemente, había llevado gafas; aún se veía el corte levemente marcado en el puente de la nariz.

Probablemente le habían roto las gafas en una «declaración», o se las habían quitado para divertirse. Ese hombre no tenía más que la temerosa respuesta «a sus órdenes» a todo lo que se le decía, y cuando se le hablaba mantenía asustado el brazo delante de la cara. Era obvio que su cerebro estaba fallando. Molestaba en los trabajos y ejercicios comunes, era una carga para sus compañeros, incluso para los guardias. Pero para éstos, que también sufrían el aburrimiento del servicio, la idiotización del hombre era una bienvenida distracción, preferían hacer divertidos experimentos con esa idiotización en vez de meterlo en un centro para perturbados mentales.

Los días transcurrían monótonos, sobrios. En una ocasión en que Gustav empujaba su carretilla por un nuevo tramo, llegó a un charco negruzco. Se detuvo un instante a tomar aliento. Vio en el charco, al sol, una gran cabeza con una sucia barba y un poco de pelusa blanquecina en el cráneo. Hacía mucho que no veía su rostro, antes lo miraba con frecuencia. Miró su cabeza con interés. Estaba consumido, los ojos apagados, con venillas sangrientas. Así que ése era ahora el aspecto del señor Georg Teibschitz. Gustav se sorprendió, pero no le disgustaba ese Georg Teibschitz. Por desgracia no tuvo mucho tiempo para contemplar su rostro, porque la carretilla debía volver. Cuando al día siguiente llegó al mismo sitio, el charco se había reducido tanto que ya no pudo ver su cara en él. Estaba decepcionado.

Pasaron tres días, siempre la misma torturadora monotonía y grisura. Sólo hacia el final de la segunda semana se produjo un incidente. Un alto oficial de los paramilitares, uno con hojas de roble, asistió a la «instrucción» de la sección. La sección tenía que repetir a coro uno de los principios populares: «El interés general viene del interés personal». Pronunciaron la frase, la repitieron varias veces. De pronto el de las hojas de roble aguzó el oído e interrumpió. Hizo que repitieran la frase en grupos de cuatro. Llegó al grupo

de Gustav. Allí, se oía muy claro, una voz decía: «El interés general viene del interés penal». El de las hojas de roble mandó repetir. Otra vez se escuchó: «El interés general viene del interés penal». Era el idiotizado sin gafas, todos lo oían, y todos sabían que lo decía con la mejor voluntad de hacerlo bien. Así parecía haberlo entendido; ésa, creía él, era la opinión de los populares. Pero el idiota no lo era oficialmente, era malintencionado. Él y toda su sección fueron castigados con la privación, alternativamente, de la comida y de la cena. Pero los principales culpables, el grupo al que pertenecían Gustav y el que no tenía gafas, fueron encerrados en la celda de aislamiento.

Las celdas de aislamiento estaban cerca de las letrinas; de hecho eran antiguas letrinas, acondicionadas para su nueva finalidad clavando una tabla. Cada celda medía metro y medio cuadrados, y estaba completamente oscura. Allí fue encerrado Gustav durante una semana, día y noche. Sólo le dejaban salir para las comidas. Lo que más le atormentaba en un primer momento era el espantoso olor; luego le torturó más, y cada día peor, la imposibilidad de mover los miembros, de estirarse. Lo que más le dolía era la espalda.

Había horas en las que Gustav se hundía en una especie de semisueño, horas de la más desolada desesperación, horas de rabia, horas de febril reflexión acerca de quién podría hacer algo por él. Pero ya no había horas en las que Gustav estuviera conforme con su destino. Nunca más pensó: *Gam su letovo*.

Había sido un loco al volver a Alemania. Los dos chicos tenían razón, Heinrich y aquel otro. Los judíos tenían razón; los que seguían en Alemania y callaban. Qué insolente arrogancia haberse creído mejor que el señor Weinberg. ¿Se habrá arreglado Bilfinger con su novia? Ese maldito Bilfinger. Él tiene la culpa de todo. Había que arrancarle las gafas de su cráneo cuadrado. No, Johannes Cohen tenía la culpa de todo. Él le había atraído hasta aquí. Siempre era Johannes el que lo echaba todo a perder. Y él lo tenía fácil con sus flexiones. No hace falta mucho arte para saltar como una marioneta. Estar de puntillas dos minutos es distinto, querido. Sobre todo en el tercer tiempo.

¿Cómo se llamaban las estancias en las que los romanos encerraban a sus esclavos? Hay un escritor clásico que ha escrito acerca de eso. Qué tontería no poder acordarme de su nombre. En la Max Reger Strasse creía que no podía trabajar si no tenía espacio para caminar arriba y abajo. ¿Y si propongo a esta gente que me quite una comida y me deje salir dos horas a cambio? No lo harán.

Han roto las varas de medir. Ahora lo sé: Columela, así se llama el hombre que escribió acerca de los esclavos, y las estancias se llamaban ergástulas. Mi memoria. Sigo teniendo una memoria decente.

Una bestia en un corral, eso es lo que soy. ¿A quién le sirve que me eche a perder en medio de esta peste? Todos tenían razón. No hay nada más ridículo que un mártir. A Johannes Cohen habría que darle dos bofetadas. *De mortus nil nisi bene*. Pero aun así habría que dárselas. Anna tenía que habérmelo quitado de la cabeza. Tenía que haberme hecho encerrar en un psiquiátrico. Y ahora voy a atizarle a Johannes, en mitad de su cara amarilla.

Golpea. Alcanza la pared de madera de la celda. Es un golpe sin fuerza, pero se sobresalta, teme que alguien haya podido oírle. Rápidamente se pone firmes y dice: «A sus órdenes».

Una noche lo sacaron para una «declaración». Estaba considerado un derrotista, seguía estando entre los fácilmente corregibles, a pesar del castigo. Si se le interrogaba no era con mala intención, sino únicamente porque no tenían otra cosa que hacer. No obstante, Gustav regresó del interrogatorio en tal estado que, cuando al día siguiente fueron a sacarlo de la celda, estaba tirado medio en diagonal, inconsciente. Lo metieron dos días en el barracón que servía de lazareto. Luego volvió a su cuarto anterior, y sus días pasaron como antes. Sólo que ahora había desaparecido el hombre mayor sin gafas, y ocurría que en vez de él era Gustav el que, cuando se le hablaba, ponía el brazo delante de la cara y decía «A sus órdenes».

En esas semanas en que trabajaba en la organización central de la resistencia, Klaus Frischlin se había vuelto aún más frío y calculador. Aun así, fue un duro golpe para él enterarse por sus listas secretas de que Georg Teibschitz había sido atrapado.

Trató de encontrar a Mühlheim. Él mantenía estrechas relaciones con colegas populares. De esta forma podía poner en marcha acciones de salvamento imposibles para muchos de sus amigos. Naturalmente, eso no podía hacerse sin riesgo para él mismo, y sus colegas populares siempre le aconsejaban que se fuera de una vez. Pero Mühlheim no podía resistirse a los ruegos de los que veían en él su último recurso. Soy un loco, se decía. ¿Para qué seguir insistiendo? Y asumía, después de una última tarea, que había una ultimísima.

Se acordaba a menudo de su tonto amigo Gustav. Naturalmente, tenía pocas noticias suyas, hace mucho que no ha sabido nada de él. Es probable que Gustav ande por alguna hermosa región del extranjero, a salvo, alegre, en compañía de una mujer agradable. Si llega el día en que él, Mühlheim, pueda esfumarse al

fin en el extranjero, no le costará mucho trabajo dar con él. Hacía mucho que había olvidado las tonterías del amigo, anhelaba cada vez más encontrarle ahora en el extranjero.

En esta situación encontró a Mühlheim la llamada de Klaus Frischlin. Con apresuramiento, al teléfono, preguntó a Frischlin si tenía noticias de Gustav, si sabía dónde estaba. Frischlin respondió escuetamente que le informaría acerca de todo eso cuando se vieran personalmente. Así que Mühlheim esperó tenso la visita de Frischlin. Éste le dijo sin muchos rodeos que en el campo de concentración de Moosach había un tal Georg Teibschitz, que no era otro que Gustav Oppermann.

Mühlheim palideció profundamente, perdió el control, dejó caer sobre Frischlin su dolor y su ira.

—Usted era el único que mantenía contacto con él —le espetó. Tenía que haberle disuadido. Es un niño.

—¿Por qué cree que no traté de disuadirlo? —preguntó fríamente Klaus Frischlin.

Mühlheim se quedó inmóvil, desvalido. Intervenir a favor de alguien que había caído en manos de los mercenarios era extremadamente peligroso. Sus colegas populares se negarían a ayudarle. Quería irse el martes. Va a tener problemas. Va a pasar como en la parábola de los viñedos. Pero no piensa ni por un momento en escurrir el bulto.

Había dos posibilidades: probarían las dos. En primer lugar, pondrían en movimiento a E W. Gutwetter, y en segundo lugar Jacques Lavendel presionaría en el Ministerio de Economía para que intervinieran desde allí.

Friedrich Wilhelm Gutwetter, sinceramente entristecido por la suerte de Gustav, se mostró sorprendido cuando Mühlheim le pidió que interviniera en su favor. ¿Qué podía hacer? Para él la política es una estrella extraña. No sabría a quién dirigirse, y cómo. ¿Cómo va a explicar que se interesa por un desconocido señor Teibschitz? ¿Se sabe siquiera de qué se le acusa? Toda la elocuencia de Mühlheim se estrelló contra la acorazada y pueril ingenuidad del gran ensayista.

Mühlheim se dirigió a Sybil Rauch. Tenía pocas esperanzas. Sin duda Sybil iba a comportarse de forma similar a la de Gutwetter; quizá incluso sintiera una pequeña satisfacción al saber que a ese hombre le iba tan mal después de haberse separado de ella. Pero fue distinto. Al saber lo que había ocurrido Sybil palideció, su rostro tembló, todo su cuerpo esbelto e infantil tembló. Empezó a llorar sin control, como una niña, metió la cabeza entre las manos, se estremeció. Luego, cuando Mühlheim le comunicó que había hablado en vano con Gutwetter, su rostro cobró una expresión indignada y decidida. Había soportado durante semanas, meses, la infantilidad hímnica de Gutwetter, había echado de menos con frecuencia a Gustav, cada vez más. Si la política es una estrella extraña para el señor Gutwetter, tendría que lanzarse hacia esa extraña estrella si esperaba seguir encontrando en Sybil Rauch comprensión para su sentimiento cósmico.

También Sybil tuvo que vérselas con un Gutwetter antipático y terco. Pero ella disponía de argumentos más eficaces que Mühlheim. Pronto tuvo en sus manos un escrito a instancias muy influyentes, que abría importantes expectativas.

Jacques Lavendel por su parte interrumpió su ocio en Lugano y viajó a Berlín para volver a hablar con su amigo Friedrich Pfanz en el Ministerio de Economía. Le dijo que no hacía demasiado bien su trabajo, de lo contrario, no podrían pasar cosas como, por ejemplo, las que pasaban en los campos de concentración. ¿Creía el señor Pfanz que estas historias eran productivas para el crédito de Alemania? El señor Pfanz no lo creía. También el señor Jacques Lavendel se vio pronto en posesión de un escrito a instancias influyentes que ampliaba también las expectativas.

Entretanto, un nuevo comandante había tomado posesión en Moosach. El nuevo señor visitaba el campamento, visitaba los trabajos en la carretera. Habían llegado al punto en que había que apisonarla. Le dijeron que para eso hacía falta una apisonadora de veinte caballos. El comandante tuvo una idea. Veinte caballos correspondían a la energía de ochenta hombres. ¿Acaso no tenían ochenta hombres? ¿Para qué esa cara maquinaria? Así que engancharon al cilindro ochenta presos; los acompañaban mercenarios con porras y revólveres. Y mira por donde, las cuentas salieron, el cilindro se movió. «Un, dos, Heil, Hitler», ordenaban los mercenarios. Los ochenta presos, con sus trajes a rayas, con sus rostros barbudos, consumidos y manchados, rapados, algunos con el corte de la cruz gamada, tiraban, jadeaban, tiraban. «Un, dos, Heil, Hitler». Todos los presos debían probar los métodos del comandante. Así que cada día tiraban otros distintos. No era un trabajo apreciado. Las cuerdas cortaban. Uno dependía de sus compañeros. El trabajo tenía que llevarse a cabo de forma exacta, con ritmo, porque se hacía a la vista de testigos.

Sí, el nuevo comandante estaba muy orgulloso de su idea. Esta carretera había sido construida con energía humana, sin máquinas, respondía a los nuevos tiempos, al Tercer Reich, al espíritu, que lucha contra las máquinas. Invitó a amigos a probar si esa carretera no era igual de transitable que cualquier otra.

Desde luego, no tenía ningún objeto; llevaba del campo de Moosach a la ciénaga, la rodeaba y volvía al campo; nadie la necesitaba. Pero era una buena carretera, los amigos y conocidos del comandante tenían que ver lo buena que era.

Vinieron y vieron. Vieron a los presos enganchados al cilindro, y eso fue algo que nunca habían visto antes. Lo contaron a sus conocidos. El campo estaba cerrado, la carretera estaba cerrada, pero la forma de construirla suscitó curiosidad, muchos pidieron al comandante un permiso para ver los trabajos, y él estaba orgulloso del gran interés provocado por su idea.

Sybil Rauch había llegado mientras tanto a la capital meridional para promover más eficazmente la liberación de Gustav. Había oído hablar de la idea del nuevo comandante y había conseguido un permiso. Iba todos los días a ver dónde trabajaban los presos con la apisonadora.

Fue al séptimo día cuando Gustav y los hombres de su sección fueron enganchados al cilindro. Su salud había empeorado en los últimos tiempos. Sufría de insuficiencia respiratoria. Aunque era un hombre robusto, el ejercicio empezaba a agotarle cada vez más, y tenía cada vez más, y más frecuentes, desvanecimientos.

Pero el día en que llegó ante el cilindro se sentía bastante fresco, y mientras tiraba de la soga, «un, dos, Heil, Hitler», le vinieron pensamientos que hacía mucho tiempo que no tenía. Pensó en aquella noche del Seder en casa de Jacques Lavendel, en Lugano, y en que entonces faltaba Berthold. Debería haber preguntado: «¿En qué se distingue esta noche?». Debería haberse preocupado por Berthold, no por Jean. Jean era uno de los populares, quizá estaba entre los guardias. No, es demasiado viejo para eso. Jean, con su rostro digno, tenía que ir para ministro. Tienen pocos líderes con buenas cabezas. Piensa en las fotos de las cabezas que le enseñó Georg Teibschitz. No se puede reír cuando se está enganchado a una apisonadora y hay que tirar, corta demasiado en los hombros, pero se puede sonreír; además, no se nota debajo de la barba. Qué despacio avanza la apisonadora, terriblemente despacio. «Camina con tu paso imperceptible, eterna providencia». No dice «lento», dice «imperceptible». «Camina con tu paso imperceptible, eterna providencia». Le irrita no saber cómo sigue. Ha trabajado años en Lessing para no saber ahora cómo sigue la frase. ¿Adónde llevará la carretera por la que pasan la apisonadora? Construyeron las ciudades del faraón, las ciudades de Pitón y Ramsés. Pero eso tenía sentido, esta carretera parece no tener ninguno. Hurra, ya sabe cómo sigue: «Pero no permitas que esa imperceptibilidad me haga dudar de ti». Le satisfizo haberse acordado. Tiró con más facilidad, y no pensó más en ello.

Sybil también estaba allí ese día, y recorría los rostros de los prisioneros. Eran rostros barbudos, con manchas la mayoría, difíciles de reconocer. Era extraño pensar que uno de esos hombres, en la casa de la Max Reger Strasse, se había quedado despierto porque no encontraba el color adecuado para el papel pintado, y que había estado dándole vueltas a la sonoridad de una frase, y que ella se había acostado con él. Estaba en su ridículo cochecito al borde de la carretera, en campo abierto, el suelo estaba húmedo, el coche hundido, le costará trabajo sacarlo. Estaba allí sentada, esbelta, infantil, pensativa, mirando a los hombres con sus ojos tristes. Pero no reconoció a Gustav.

Tenía un permiso de visita para dos días después. Fue al campo. La llevaron a una sala de visitas. Detrás de un mostrador, conducido por dos mercenarios, apareció un hombre viejo, sucio y consumido. Ella palideció profundamente, conmovida hasta el fondo de su corazón. Pero se controló, sonrió. La sonrisa no fue tan infantil como de costumbre, su largo rostro temblaba, pero de todos modos era una sonrisa. Luego —quizá fuera insensato, ese hombre se llamaba Georg Teibschitz aquí, pero no podía contenerse por más tiempo, no podía llamarle por su nombre falso— ella dijo, y su voz suave y fina estaba llena de alegría, compasión, cordialidad, esperanza, consuelo, invocación:

—Hola, Gustav.

—A sus órdenes —dijo el hombre, asustado, y se puso el brazo delante del rostro.

Dos días después fue liberado. Jacques Lavendel insistió en llevarle enseguida al otro lado de la frontera, se había encargado de que no hubiera obstáculos a la salida del señor Georg Teibschitz. Acompañado de un enfermero, llevó a Gustav al sanatorio de un famoso cardiólogo en las cercanías de Franzensbad, en Bohemia.

A Sybil le habría gustado ir con él. Pero Gutwetter insistió en que regresara. Reprochante, casi lloroso, le dijo por teléfono que sólo iba a estar fuera tres o cuatro días y llevaba ya quince. Ahora que había conseguido su objetivo, tenía que pensar en él. Gutwetter se había acostumbrado a ella; su forma de ser, sobria y objetiva, daba más sustancia a sus productos cósmicos. La necesitaba, ya no podía trabajar sin ella. Sybil se dio cuenta de lo en serio que hablaba. Si cedía ahora a sus sentimientos y se iba con Gustav, quizá Gutwetter se le escapara para siempre. Decidió ir a ver a Gustav más adelante, y regresó a Berlín.

Dos meses después, dos semanas después de que Gustav Oppermann falleciera de *debilitas cordis*, debilidad cardíaca aguda, Heinrich Lavendel recibió un envío postal de un tal Carel Blaha, de Praga, para él desconocido, consistente en tres documentos.

El primero era un relato de Gustav Oppermann sobre sus vivencias en Alemania. El relato, treinta y siete hojas escritas a máquina, contenía indicaciones detalladas sobre actos de violencia que los mercenarios populares habían cometido en las comarcas suabas, así como una descripción exacta del campo de concentración de Moosach. Se había evitado cuidadosamente todo juicio de valor.

El segundo documento era una tarjeta postal. El texto decía: «Nos ha sido encargado trabajar en la tarea, pero no nos ha sido dado terminarla». Estaba firmada: «Gustav Oppermann, piltrafa». La dirección original, «Gustav Oppermann», había sido tachada y modificada a mano por Gustav Oppermann: «Heinrich Lavendel».

El tercer documento era una carta del doctor Klaus Frischlin, el secretario de Gustav Oppermann. Decía:

> «Estimado señor Lavendel: El doctor Gustav Oppermann, su tío, me ha encargado hacerle llegar el relato y la postal adjuntos. Él habría preferido que le hubiera hecho entrega en persona del documento y de la postal, pero obligaciones inaplazables me fuerzan a permanecer en Alemania. Por eso le hago llegar los documentos a través de una persona de confianza.
>
> Su tío me dictó el relato dos días antes de morir. Hablar le costaba grandes dificultades. Sin embargo, como se desprende de la claridad de su exposición, estaba en plena posesión de sus facultades mentales. Tras la lectura del manuscrito, emitió en mi presencia, ante el notario doctor Georg Neustadel, declaración jurada de haber dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Adjunto una copia del documento notarial.
>
> Una vez que el notario se marchó, el doctor Oppermann me pidió que le respondiera a una pregunta que le inquietaba: si consideraba que él y su vida habían sido inútiles. Le respondí que había mostrado, en circunstancias muy difíciles, su disposición a pronunciarse por lo que era correcto y útil. Él sólo veía lo que ocurría, y no sabía lo que había que hacer. Recorrió una carrera maratoniana para entregar un testigo con un mensaje: sólo que, por desgracia, en el testigo no había ningún mensaje.
>
> La creciente insuficiencia respiratoria impidió responder a su tío. Pero, como era evidente que quería oír más y, por más que desaprobaba su conducta, yo era su amigo, no tuve reparos en añadir lo siguiente: sin duda no había estado en posesión de la verdad, pero había sido un buen ejemplo de ella. El trabajo prosigue, y nosotros sabemos qué hay que hacer. Al decir “nosotros” me refiero, y probablemente también él, a una parte muy grande de la población alemana. Le aseguro que no nos someterán.
>
> Aunque le costaba trabajo hablar, el doctor Oppermann me pidió repetidas veces que pusiera en su conocimiento esta conversación, señor Lavendel. Eso es lo que hago ahora. Suyo, Klaus Frischlin».

Información de 1933

Ni uno solo de los personajes de este libro existió documentalmente dentro de las fronteras del Reich alemán en los años 1932-1933, pero sí la totalidad de ellos. Para conseguir la veracidad del retrato de los tipos, el autor tuvo que borrar la realidad fotográfica de cada rostro. La novela *Los hermanos Oppermann* no reproduce hombres reales, sino históricos.

El material sobre las concepciones, moral y usos de los populares en Alemania se encuentra en el libro de Adolf Hitler *Mi lucha*, en los relatos de quienes se escaparon de los campos de concentración y especialmente en las notificaciones oficiales de la *Gaceta del Reich* del año 1933.

L. F.

LION FEUCHTWANGER (Münich, Alemania, 1884 - Los Ángeles, Estados Unidos, 1958). Novelista y dramaturgo alemán. Nació el 7 de julio de 1884 en Münich (Alemania). En la primera de sus novelas históricas, *La duquesa fea* (1923), expone la vida en el Tirol del siglo XIV. Posteriormente publicó *El judío Süss* (1925), novela sobre el absolutismo del siglo XVIII; y *Josephus* (1932), fue la primera novela de una trilogía que establecía un parangón entre la historia judía y la situación de los judíos en sus tiempos. Autor también de *Éxito* (1930). Con la llegada de los nazis al poder en 1933, se refugió en Francia pero fue detenido por el régimen de Vichy. Consiguió llegar a los Estados Unidos. Otras de sus obras son *Las hermanas Oppenheim* (1933), *Exilio* (1940) y *Destino orgulloso* (1947).

Feuchtwanger creció en una casa que fue tanto judía como fervientemente patriota hacia Alemania. Esta dicotomía aparecería más tarde en sus obras escritas, sobre todo en su novela Josephus.

Lion sirvió en el ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial, una experiencia que le llevó a una inclinación izquierdista en sus obras. Se convirtió en una figura conocida del mundo literario y ya era popular en 1925 cuando su primera novela con éxito, *Jud Süss*, fue publicada. También publicó *Erfolg* que era una crítica poco velada hacia el partido nazi y Hitler. El nuevo régimen fascista comenzó pronto a perseguirlo, y mientras que estaba en una gira de conferencias en Estados Unidos, en Washington D.C., Hitler llegó al poder y el embajador alemán, Friedrich Wilhelm von Prittwitz und Gaffron, le recomendó que no volviera.

Su casa fue saqueada, y esto incluyó la pérdida de varios manuscritos. Feuchtwanger y su mujer no volvieron a Alemania; se trasladaron al sur de Francia, estableciéndose en Sanary sur Mer. Sus trabajos estaban incluidos entre los quemados por los nazis. Su ciudadanía alemana fue retirada por el régimen nazi; fue declarado por éstos como el Enemigo número Uno del Estado. (Esto se menciona en su novela *Der Teufel in Frankreich* —El diablo en Francia—).

En sus obras, Feuchtwanger expuso las políticas racistas nazis años antes de que Londres y París abandonaran su política de apaciguamiento. También recordaba que los políticos americanos habían sugerido que había que dar a Hitler una oportunidad. Con la publicación de Die Oppermanns en 1933 se convirtió en el más destacado portavoz de la oposición al Tercer Reich. La novela fue traducida en un año al checo, danés, inglés, finés, hebreo, húngaro, noruego, polaco y sueco.

En 1936, todavía en Sanary sur Mer, escribió *Der falsche Nero* —El falso Nerón—, donde comparaba al nuevo rico romano Terentius Maximus que pretendía ser Nerón con Hitler.

Cuando los alemanes invadieron Francia en 1940, Feuchtwanger fue capturado e internado en un campo de concentración. No obstante, consiguió escapar con la ayuda de su mujer Marta y Varian Fry, un periodista americano que ayudó a huir a muchos refugiados de la Francia ocupada. Feuchtwanger consiguió asilo en Estados Unidos, se estableció en Los Ángeles y allí continuó escribiendo hasta su muerte en 1958.

Notas

[1] El partido nazi se autoidentificó en sus inicios con la expresión «movimiento popular». El uso de ese adjetivo se hizo común en todas sus manifestaciones, tanto en boca de ellos mismos como de sus adversarios. [N. del T.]. < <